

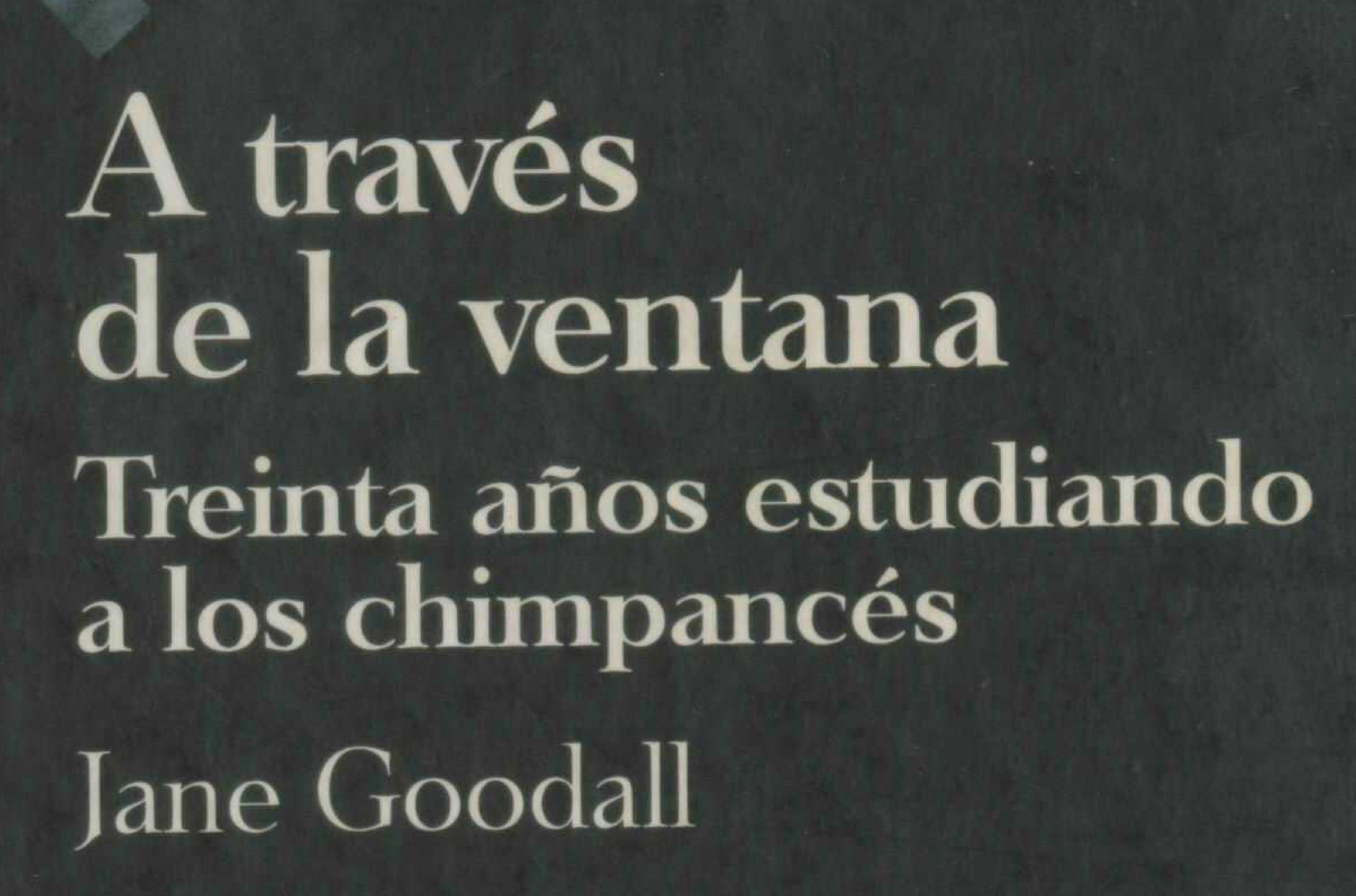
Este libro es de lectura obligada para todos aquellos que se interesan por el comportamiento de los primates o por el de nuestra propia especie. Pero *A través de la ventana* es también una vívida narración de la vida cotidiana de los chimpancés, de su estructura social, sus odios y sus amores, ejemplificada en ocasiones en individuos concretos que Goodall ha estudiado a lo largo de varios años.

Jane Goodall es la máxima autoridad mundial sobre el comportamiento de los chimpancés, y dirige en el Parque Nacional del Río Gombe las investigaciones que se llevan a cabo sobre esta especie. Es también autora de numerosas publicaciones científicas y de divulgación sobre el comportamiento de los primates.

A través de la ventana

J. Goodall

18



A través de la ventana

Treinta años estudiando a los chimpancés

Jane Goodall



A través de la ventana

Biblioteca
Científica
Salvat

A través de la ventana

Treinta años estudiando a los chimpancés

Jane Goodall

SALVAT

Versión española de la obra original en inglés *Through a window*
publicada por George Weidenfeld & Nicolson Ltd. de Londres

Traducción: Jacint Nadal Puigdefábregas
Diseño de cubierta: Ferran Cartes / Montse Plass

ISBN: 84-345-8880-3 (Obra completa)
ISBN: 84-345-8898-6 (Volumen 18)
Depósito Legal: B-33635-1993
Publicada por Salvat Editores, S.A., Barcelona
Impresa por Printer, i.g.s.a., Noviembre 1993
Printed in Spain

Sólo si los comprendemos podremos cuidarlos.
Sólo si los cuidamos podremos ayudarlos.
Sólo si los ayudamos se salvarán.

A través de la ventana

Treinta años estudiando a los chimpancés

Jane Goodall

Título de la obra original en inglés: Through a window (1990)
Edición en español: 1993

ÍNDICE

DEDICATORIA

A los chimpancés del mundo, a los que viven libres en la naturaleza y a los cautivos y esclavizados por el hombre. Para todos los que han contribuido a su conocimiento y comprensión.

Y a todos aquellos que han ayudado y que están ayudando en la lucha para conservar los chimpancés en África, y para proporcionar bienestar y esperanza a los que viven cautivos.

Y a la memoria de Derek.

Y, desde luego, a mi madre, Vanne, sin la que este libro no hubiera sido posible.

I. GOMBE

Me di la vuelta y miré la hora: eran las 5.44 de la madrugada. Mis largos años de experiencia en madrugar me permiten despertar antes de oír sonar el desagradable timbre del despertador. Poco después estaba sentada en las escaleras de mi casa, mirando el lago Tanganika. La luna en menguante permanecía suspendida sobre el horizonte, allí donde la montañosa costa de Zaire delimitaba el lago Tanganika. Era una noche tranquila y los reflejos de la luna bailaban y se llegaban hasta mí, serpenteantes, a través del pausado movimiento del agua. Terminé enseguida mi desayuno -un plátano y una taza de café del termo- y diez minutos más tarde subía ya por la embarrada cuesta detrás de mi casa, con mis pequeños prismáticos y mi cámara apretujándose en mis bolsillos con la libreta y los lápices, un racimo de uvas para mi comida, y bolsas de plástico, en las que poner las cosas si llovía. La tenue luz de la luna brillando en la húmeda hierba me permitía encontrar el camino sin dificultad, y así llegué al lugar donde la noche anterior había observado dieciocho chimpancés en su descanso nocturno. Me senté a esperar a que despertaran.

Los árboles estaban aún embebidos de los misterios del último sueño de la noche. Todo permanecía tranquilo, lleno de paz. Los únicos sonidos eran el ocasional crujido de una rama y el suave murmullo del agua del lago allí donde acariciaba los guijarros, camino abajo. Mientras me sentaba allí me embargaba esa expectante sensación que, en mi interior, precede siempre a un día con los chimpancés, un día recorriendo la selva y las montañas de Gombe, un día para nuevos descubrimientos, para nuevas vivencias.

Entonces se produjo una repentina explosión de sonido: un duelo entre un par de arrogantes y maravillosos petirrojos. Me di cuenta de que la intensidad de la luz había cambiado: el amanecer me había invadido inadvertidamente. La luz del sol lo capturaba todo, venciendo a su propia plateada e indefinida luminosidad reflejada en la luna. Los chimpancés aún dormían.

Cinco minutos después se oyó en lo alto un susurro de hojas. Miré hacia arriba y vi las ramas moviéndose contra el cielo iluminado. Allí era donde Goblin, el macho dominante de la comunidad, había hecho su nido. Luego volvió la tranquilidad. Debió darse la vuelta, tumbándose después para un último y corto sueño. Inmediatamente después se produjo movimiento en otro nido, a mi derecha; luego, en otro a mi espalda, más arriba, en la pendiente. Ruidos de hojas, el crujido de una ramita: el grupo comenzaba a despertar. Mirando a través de los prismáticos hacia el árbol donde Fifi había confeccionado su nido para ella y su hijo, Flossi, pude ver la silueta de su pie. Un momento más tarde Fanni, su hija de dieciocho años, trepó desde su cercano nido y se sentó justo encima de su madre, pequeña mancha oscura contra el cielo. Los otros dos vástagos, el adulto Freud y el adolescente Frodo, habían anidado más arriba, en la cuesta.

Nueve minutos después de su primer movimiento Goblin se incorporó súbitamente y, casi enseguida, abandonó su nido y empezó a saltar salvajemente por el árbol, agitando vigorosamente las ramas. El pandemónium estalló. Los chimpancés más cercanos a Goblin dejaron sus nidos y siguieron su camino. Otros se incorporaron a mirar, tensos y preparados para volar. La paz de la primera hora de la mañana fue interrumpida por los feroces gritos y rugidos que los subordinados de Goblin emitían para inspirar respeto o temor. Momentos más tarde finalizaba la parte arbórea de la exhibición; Goblin saltó abajo y cargó delante de mí, manoteando y pateando el suelo húmedo, poniéndose en pie y agitando la vegetación, cogiendo y tirando una roca, un viejo pedazo de madera, de nuevo una roca. Luego se

sentó, con los pelos erizados, unos quinientos metros más abajo. Respiraba pesadamente. Mi propio corazón latía a mayor velocidad. Mientras él se movía me había levantado, abrazándome a un árbol, rezando para que no me aporreara como hace algunas veces. Pero, por suerte me había ignorado; así que me volví a sentar.

Con suavidad, jadeando, el hermano menor de Goblin, Gimble, descendió y vino a saludar al alfa o macho dominante, tocando su cara con sus labios. Luego otro macho adulto se acercó a Goblin y Gimble se apartó del camino. Era mi viejo amigo Evered. Se acercaba con sonoros y sumisos gruñidos. Goblin, lentamente, alzó un brazo en señal de saludo y Evered se lanzó hacia delante. Los dos machos, abrazados, gritaban ruidosamente en la excitación de esta reunión matinal; sus blancos dientes brillaban en la penumbra. Durante unos momentos se desparasitaron uno a otro y luego, calmado, Evered se apartó y fue a sentarse tranquilamente.

Sólo bajó otro adulto más: Fifi, con Flossi colgando de su vientre. Evitó a Goblin, pero se acercó a Evered gruñendo suavemente; alzó su mano y tocó su brazo. Entonces ella empezó a desparasitarle. Flossi se subió al regazo de Evered y contempló su cara. Él le echó una mirada, desparasitó su cabeza con ahínco durante un momento y luego se volvió para devolver a Fifi sus atenciones. Flossi se acercó a Goblin, pero sus pelos continuaban erizados, así que pensó que más le valdría trepar a un árbol cerca de Fifi. Pronto empezó a jugar con Fanni, su hermana.

La paz volvió a reinar, pero faltaba el silencio del amanecer. Arriba, en los árboles, los otros chimpancés del grupo empezaban a moverse, preparándose para el nuevo día. Algunos empezaron a comer; oí el suave murmullo producido por las semillas y las pieles de los higos arrojados al suelo. Me senté, llena de felicidad por haber vuelto a Gombe después de una larga y desacostumbrada ausencia, de casi tres meses de conferencias y reuniones en Estados Unidos y Europa. Aquel iba a ser mi primer día con los chimpancés y mi plan era disfrutarlo completamente, ponerme al corriente de todas las novedades de mis viejos amigos, tomar fotografías, recuperar mi forma física para la escalada.

Evered tomó la iniciativa de la marcha, treinta minutos después, deteniéndose dos veces para mirar atrás y comprobar que Goblin se iba también. Fifi los siguió, con Flossi a sus espaldas como un pequeño jinete, y Fanni inmediatamente detrás. En aquel momento los otros chimpancés bajaron y caminaron tras ellos: Freud y Frodo, los machos adultos Atlas y Beethoven, el magnífico adolescente Wilkie, y dos hembras, Patti y Kedevu, con sus hijos. Había otros más, pero iban más arriba, por la cuesta, y no pude verlos. Nos dirigimos hacia el norte paralelamente a la playa; después nos internamos en el valle de Kasakela y, con frecuentes pausas para comer, nos encaminamos hacia la ladera opuesta. Por el este el cielo se iluminó, pero hasta las ocho y media el sol no rebasó los picos de la escarpada cordillera. En aquel momento nos encontrábamos encima del lago. Los chimpancés se detuvieron y gruñeron unos instantes, disfrutando de los cálidos rayos del sol de la mañana.

Aproximadamente veinte minutos después se produjo un súbito estallido de gritos de chimpancé, una mezcla de suspiros y chillidos. Distinguí la peculiar voz de la grande y estéril hembra Gigi por encima de las del grupo de hembras y jóvenes. Goblin y Evered se detuvieron gruñendo, y todos los chimpancés dirigieron sus miradas allí de donde venían los sonidos. Entonces, con Goblin ahora en cabeza, la mayor parte del grupo se movió en esa dirección.

Fifi, sin embargo, se quedó detrás y continuó acicalando a Fanni, mientras Flossi jugaba sola colgando de una rama baja cerca de su madre y de su hermana mayor. Decidí quedarme también, aprovechando que Frodo, que no dejaba de molestarme, se había

marchado con los demás. Él pretendía divertirse conmigo y comenzó a volverse agresivo al ver que yo no le seguía el juego. A sus doce años es mucho más fuerte que yo y su conducta es peligrosa. Una vez golpeó mi cabeza con tanta fuerza que casi me rompió el cuello. Y en otra ocasión me empujó cuesta abajo. Solamente puedo esperar que, a medida que crezca y deje la infancia atrás, madure y abandone estos hábitos irritantes.

Pasé el resto de la mañana vagando pacíficamente con Fifi y sus hijas, trasladándonos para comer de un árbol al siguiente. Los chimpancés se alimentan de distintos tipos de fruta. Durante unos tres cuartos de hora arrancaron hojas de los arbustos bajos, que enrollaban y masticaban después. Una vez pasamos por delante de otra hembra, Gremlin, y su nuevo hijo, el pequeño Galahad. Fanni y Flossi corrieron hacia ellos para saludarlos, pero Fifi apenas miró en esa dirección.

A cada momento ascendíamos más y más. Al poco rato, en una loma abierta y verdeante, encontramos otro pequeño grupo de chimpancés: el macho adulto Prof, su joven hermano Pax y dos tímidas hembras con sus hijos. Estaban comiendo hojas de un esplendoroso árbol *mbula.* Hubo unos pocos y tranquilos gruñidos de saludo cuando Fifi y los jóvenes se incorporaron al grupo; después empezaron también a comer. En aquel momento los otros se fueron y Fanni los siguió. Pero Fifi se hizo un nido y se acurrucó en él para la siesta. Flossi también se quedó trepando, balanceándose, entreteniéndose junto a su madre. Después se fue con Fifi a su nido, comenzó a mamar y pareció caer dormida.

Desde donde estaba sentada, debajo de Fifi, podía ver el valle de Kasakela. Al frente, hacia el sur, el Pico. Una oleada de cálidos recuerdos me invadió al verlo, inclinado como una turgente espalda de mujer sobre la verde loma que separa Kasakela del valle de Kakombe, donde tenía mi casa. En los primeros tiempos de investigación en Gombe, en 1960 y 1961, pasé día tras día observando los chimpancés a través de mis prismáticos desde este aventajado mirador. Me subía al Pico un pequeño cofre de latón con una olla, un poco de café, azúcar y una manta. A veces, cuando los chimpancés dormían cerca, yo permanecía allí con ellos, envuelta en mi manta para resguardarme del frío de la noche. Gracias a este contacto diario empezamos a compartir gradualmente algunas cosas de la vida cotidiana; aprendí sobre su alimentación, sobre sus rutas y empecé a comprender su estructura social, única, de pequeños grupos que forman parte de otros mayores, de grandes grupos que se dividen en otros más pequeños, con chimpancés errando en solitario.

Desde el Pico vi por vez primera un chimpancé comer carne: David Greybeard. Lo había visto subir a un árbol agarrando el cadáver de un pequeño jabalí de río potamoquero, correspondiente a la especie *Potamochoerus porcus (N.* del T.), que compartió con una hembra mientras los jabalíes adultos embestían desde abajo. Y a sólo unos nueve kilómetros del Pico, en un inolvidable día de octubre, en 1960, había visto a David Greybeard, junto a su íntimo amigo Goliath, tratando de pescar termitas con unas ramitas. Mirando hacia atrás reviví la emoción que sentí cuando vi a David tender la mano, sosteniendo un manojo de ramitas, apretarlo para que pudiese pasar por la estrecha boca del nido de termitas y acercarlo cuidadosamente al termitero. No sólo estaba usando los troncos como herramienta: estaba, de hecho, modelándolos para conseguir un objetivo concreto, mostrando un principio de construcción de herramientas. ¡Qué emocionados telegramas envié a Louis Leakey, el avispado genio que me animó a investigar en Gombe! El hombre no era, después de todo, el único animal creador de herramientas. Ni los chimpancés eran los plácidos vegetarianos que todo el mundo suponía.

Aquello fue después de que mi madre, Vanne, se marchó para volver a sus otras responsabilidades en Inglaterra. Durante su estancia de cuatro meses había efectuado una

inestimable contribución al éxito del proyecto: montó una clínica con cuatro postes y un techo de paja, donde proveyó de medicinas a los nativos, la mayoría pescadores, y a sus correspondientes familias. Aunque sus remedios eran simples -aspirinas, sales, tintura de yodo, vendas, etc.-, su dedicación y su paciencia no tenían límites, y sus curas funcionaron con frecuencia. Mucho más tarde supimos que la mayoría de la gente llegó a creer que poseía poderes mágicos para las curaciones. De esta manera consiguió que la población local me respetase y me apoyase.

Por encima de mí se agitaba Fifi, sosteniendo en sus brazos a la pequeña Flossi para que pudiese mamar más cómodamente. Entonces sus ojos se cerraron de nuevo. La pequeña se amamantó durante un par de minutos más; luego se quedó dormida. Yo continué la jornada soñando despierta, reviviendo en mi mente los momentos más señalados del pasado.

Recordé el día en que David Greybeard visitó por vez primera mi campamento junto al lago. Había venido para comer de los frutos maduros de una palmera que allí crecía. Atisbó unos plátanos que había sobre una mesa, fuera de mi tienda, los cogió y fue a comérselos entre los matorrales. Desde que descubrió los plátanos se convirtió en visitante habitual y, gradualmente, otros chimpancés comenzaron a seguirlo hasta mi campamento.

Una de las hembras que llegó a ser una visitante regular en 1963 fue la madre de Fifi, la vieja Flo, de arrugadas orejas y bulbosa nariz. ¡Qué día tan emocionante cuando, después de cinco años de preocupación maternal por su hija, Flo recuperó su atractivo sexual! Ostentando su hinchado caparazón trasero rojizo atrajo un buen número de pretendientes. Muchos de ellos nunca habían estado en el campamento, pero habían seguido a Flo hasta allí: la pasión sexual había vencido a las precauciones naturales. Y, en el momento en que descubrieron los plátanos, se incorporaron rápidamente al grupo de visitantes habituales de mi campamento. Así me fui familiarizando con la totalidad del grupo y con las características de los chimpancés, cuyos aspectos se describen en mi primer libro, *In the shadow of man.*

Fifi, tumbada tranquilamente sobre mí, era una de las supervivientes de aquellos primeros días. La primera vez que la vi, en 1961, era sólo una criatura. Había superado la terrible epidemia de polio que azotó a la población, tanto humana como de chimpancés, en 1966. Diez de los chimpancés del grupo en estudio murieron o desaparecieron. Otros cinco quedaron lisiados, incluso su hermano mayor, Faben, que perdió la movilidad de un brazo.

Durante la época de la epidemia el Gombe Stream Research Centre estaba dando sus primeros pasos. Los dos primeros colaboradores ayudaban a recoger y mecanografiar datos sobre la conducta de los chimpancés. Por aquel entonces visitaban regularmente el campamento unos veinticinco chimpancés y, por tanto, teníamos sobrado trabajo. Después de observar los chimpancés durante todo el día solíamos transcribir las notas de nuestras grabadoras hasta altas horas de la noche.

Mi madre, Vanne, efectuó otras dos visitas a Gombe durante la década de los sesenta. En una de ellas coincidió que la National Geographic Society, que por entonces financiaba el estudio, envió a Hugo van Lawick para realizar una filmación. Louis Leakey consiguió «por enchufe» el pasaje y los gastos de Vanne, insistiendo en que no estaría bien que yo estuviera sola en la jungla con un joven. ¡Cómo han cambiado las normas sociales en un cuarto de siglo! En todo caso, Hugo y yo nos casamos, así que Vanne, en su tercera visita 1967, tuvo que compartir conmigo, durante un par de meses, la tarea de cuidar a mi hijo Grub (su verdadero nombre es Hugo Eric Louis) en la jungla.

Un leve movimiento se produjo en el nido de Fifi y vi que se había vuelto y que me estaba mirando. ¿Qué pensaría? ¿Cuánto recordaba del pasado? ¿Pensaba en Flo, su vieja

madre? ¿Había seguido la desesperada lucha de su hermano, Figan, para alcanzar el puesto dominante, la posición alfa? ¿Se enteró de aquellos años en que los machos de la comunidad, a menudo dirigidos por Figan, disputaron una especie de guerra primitiva contra sus vecinos, asaltándolos, una y otra vez, con desorbitada brutalidad? ¿Sabía algo de los caníbales ataques realizados por Passion y su hija mayor sobre la población de recién nacidos de la comunidad?

Mi mente se devolvió al presente al oír el llanto de un chimpancé. Sonreí. Tenía que ser Fanni. Había alcanzado la edad en la que una joven hembra se separa de su madre para viajar con los adultos. Pero de pronto deseaba a su madre desesperadamente y abandonaba el grupo para buscarla. El llanto se acentuó y pronto pude ver a Fanni. Fifi no prestaba mucha atención, pero Flossi saltó del nido y se lanzó a abrazar a su hermana mayor. Y Fanni, encontrando a Fifi donde la había dejado, cesó de llorar como una cría.

Estaba claro que Fifi había estado esperando a Fanni; en aquel momento bajó del árbol y se pusieron en marcha con los pequeños tras ellas. La familia se trasladó rápidamente, colina abajo, hacia el sur. Mientras los seguía parecía como si todas las ramas tuvieran que enredarse en mi pelo o en mi camisa. Me arrastré frenéticamente, reptando a través de una increíble espesura de maleza. Delante tenía a los chimpancés, rápidas sombras negras moviéndose sin esfuerzo. La distancia entre nosotros aumentó. Tenía ramas enredadas en los zapatos y en la correa de la cámara y espinas en los brazos, y mis ojos se inundaron de las lágrimas cuando mi cabello se enredó con cuanto había a mi alrededor.

Después de diez minutos estaba empapada en sudor; tenía la camisa rasgada, las rodillas arañadas de arrastrarme por el pedregoso suelo y, encima, los chimpancés habían desaparecido. Me quedé inmóvil, intentando escuchar algo más que el latido de mi corazón, mirando en todas direcciones a través de la espesura que me rodeaba. Pero no pude oír nada.

Los siguientes treinta y cinco minutos estuve vagando por los rocosos parajes del arroyo de Kasakela, parando para escuchar, inspeccionando las ramas por encima mi cabeza. Pasé bajo una tropa de monos colobos rojos que saltaban por las copas de los árboles, fijándome en sus extrañas llamadas de elevado tono. Encontré algunos papiones de la tropa-D, incluyendo al viejo Fred, con su ojo inútil y su doble rizo en la cola. Y luego, mientras me preguntaba a dónde ir a continuación, escuché el grito de un joven chimpancé a lo lejos, por encima del valle. Diez minutos más tarde encontré a Gremlin con el pequeño Galahad, a Gigi y a los dos más jóvenes y recientes huérfanos de Gombe, Mel y Darbie, que perdieron a sus madres cuando apenas contaban tres años. Gigi, como solía hacer por aquellos días, estaba «haciendo de tía» de ambos. Todos comían en un alto árbol, sobre un torrente casi seco, y me senté en unas rocas a observarlos. Mientras perseguía a Fifi el sol se había ocultado; entonces, mirando hacia arriba a través de la vegetación, pude ver el cielo, gris y amenazante. Creció la oscuridad y con ella llegó la calma; se hizo ese silencio que tan a menudo precede a la tormenta. Sólo el ruido de los truenos, cada vez frecuente, rompía la tranquilidad; los truenos y los leves movimientos de los chimpancés.

Cuando empezó a llover Galahad, que había estado jugando y acariciando los dedos de su madre, saltó a sus hombros rápidamente. Y los dos huérfanos se apresuraron a sentarse, bien juntos, cerca de Gigi. Pero Gimble empezó a saltar por las copas, balanceándose vigorosamente de rama en rama, trepando para luego precipitarse y agarrarse de otra rama. Así que la lluvia se hizo más intensa y cada vez más gotas se abrían paso entre el verde dosel sus saltos se volvieron más salvajes y atrevidos y el balanceo de las ramas más ostensible. Cuando fuese mayor este comportamiento se expresaría en la magnífica

exhibición bajo la lluvia, o danza de la lluvia, del macho adulto.

De repente, pasadas las tres y tras el anuncio de un cegador destello de luz y de un trueno que hizo retemblar las montañas, las grises nubes dejaron caer una lluvia torrencial y pareció como si el cielo y la tierra estuviesen unidos por el agua en movimiento. Entonces Gimble dejó de jugar y, como los demás, se sentó junto al tronco del árbol. Yo me abracé a una palmera, aguantando como pude. Mientras seguía lloviendo interminablemente me iba enfriando más y más. Pronto, acurrucada sobre mí misma, perdí toda noción del tiempo. No recuerdo nada más, no había nada en qué pensar excepto en el silencio, en la paciencia, en la resistencia a todo trance.

Debió pasar una hora antes de que dejase de llover y el núcleo de la tormenta se dirigiese hacia el sur. A las cuatro y media los chimpancés bajaron y se fueron a través de la empapada y goteante vegetación. Yo los seguí, caminando penosamente, con mis empapadas ropas estorbando cada uno de mis movimientos. Bajamos por el lecho del torrente y luego nos dirigimos hacia arriba, al otro lado del valle, en dirección al sur. En aquel momento llegamos a una verde serranía que dominaba el lago. Apareció un tenue y húmedo sol cuya luz se reflejaba sobre las gotas, de modo que el mundo parecía cuajado de diamantes colgando, brillando en cada hoja y en cada brizna de hierba. Me agaché para no destruir una enjoyada tela de araña, que brillaba exquisita y frágil, atravesando el camino.

Los chimpancés subieron a un arbolito para comer hojas tiernas. Me situé en un lugar desde donde podía ver cómo disfrutaban de la última comida del día. La belleza de la escena cortaba el aliento. Las hojas brillaban, verde claro a la suave luz del sol; el tronco húmedo y las ramas parecían de ébano; los abrigos negros de los chimpancés constituían un espectáculo de reflejos cobrizos. Y detrás de este cuadro vivo se extendía el dramático telón del oscuro cielo índigo sin la menor señal de luz, y el distante ruido de los truenos.

Hay muchas ventanas a través de las cuales podemos ver el mundo e investigar. Unas han sido abiertas por la ciencia y pulidos sus cristales por una sucesión de mentes privilegiadas. A través de ellas podemos ver con mayor profundidad, con más claridad, en temas que una vez estuvieron por encima del conocimiento humano. A lo largo de los años, curioseando a través de esa ventana, he aprendido mucho sobre la conducta de los chimpancés y el lugar que ocupa en la naturaleza de las cosas. Y ello, a su vez, nos ha ayudado a comprender un poco mejor ciertos aspectos de la conducta humana, nuestro propio lugar en la naturaleza.

Pero hay otras ventanas; ventanas abiertas por la lógica de los filósofos; ventanas a través de las cuales los místicos buscaron visiones de la verdad; ventanas desde las que los líderes de las grandes religiones han mirado a la búsqueda no sólo de la maravillosa belleza del mundo, sino también de la oscuridad y de la fealdad. La mayoría de nosotros, al meditar sobre el misterio de nuestra existencia, miramos el mundo a través de alguna de esas ventanas. A veces, ésta se presenta empañada por el aliento de nuestra finita humanidad. Entonces limpiamos de vaho un pequeño círculo y dirigimos la mirada a través de él. No es maravilla que el minúsculo tamaño del agujero por el que miramos nos induzca a confusión. Después de todo, es como intentar abarcar el panorama de un desierto, o del mar, mirando a través de un periódico enrollado.

Mientras estaba aquí, de pie tranquilamente, en medio del húmedo bosque y de las criaturas que viven allí, miré por un breve momento a través de otra ventana y con otra mirada. Es una experiencia que llega sola, sin hacerse rogar, hasta algunos de los que pasamos tiempo solos en la naturaleza. La atmósfera se vio invadida por una encantadora sinfonía, el trinar de los pájaros. Escuché nuevas frecuencias en su música, así como en el

canto de las voces de los insectos; notas tan altas y dulces que me dejaron asombrada. Ya me había fijado en la forma y el color de las hojas sueltas; era la variedad de sus nervios lo que realmente las hacía únicas. Los aromas eran nítidos, fácilmente identificables: a fruta madura o fermentada; a tierra empapada y fría, a corteza mojada; el olor húmedo a pelo de chimpancé y, sí, mi propio olor. Y la aromática fragancia a hojas tiernas y rotas, casi arrolladora. Noté la presencia de un antílope jeroglífico y entonces lo vi, paciendo tranquilamente con los cuernos oscurecidos por la lluvia. Y yo estaba completamente llena de aquella paz «que trasciende toda comprensión».

Entonces llegaron por el norte unos lejanos gritos de chimpancés. El trance quedó interrumpido. Gigi y Gremlin contestaron, profiriendo sus gritos distintivos. Mel, Darbie y el pequeño Galahad se unieron al coro.

Estuve con los chimpancés hasta que hicieron sus nidos, pronto después de la lluvia. Y cuando se asentaron, Galahad cómodamente al lado de su madre, Mel y Darbie cada uno en su pequeño nido junto al grande de tía Gigi, los dejé y volví por el camino de la jungla hasta la costa del lago. Pasé de nuevo junto a la tropa D de papiones. Estaban reunidos alrededor de sus árboles dormitorio, peleándose, jugando, acicalándose unos a otros a la suave luz del atardecer. Mis pies hacían crujir los guijarros de la playa y el sol era como un gran globo rojo sobre el lago. Mientras iluminaba las nubes en otra de sus magníficas actuaciones el agua se volvía dorada, atravesada por ondulados rayos violetas y rojos bajo el cielo llameante.

Más tarde, agachada junto a mi pequeño fuego de leña, fuera de la casa, donde había cocinado y luego comido judías, tomates y un huevo, aún seguía absorta en la experiencia de aquella tarde. Pensaba que había sido como mirar hacia el mundo a través de la ventana que conocen los chimpancés. Me puse a soñar frente a la mortecina llama. Si pudiésemos, aunque fuese brevemente, ver el mundo a través de los ojos de un chimpancé ¡cuánto podríamos aprender!

Una última taza de café y pasaría dentro, encendería la lámpara a prueba de viento y escribiría las notas del día, de aquel maravilloso día. Mientras no conozcamos la mente del chimpancé debemos proceder laboriosa y meticulosamente, si es necesario durante treinta años. Debemos continuar recogiendo anécdotas y, poco a poco, compilar vidas completas. Debemos continuar, durante años, observando, grabando e interpretando. Ya hemos aprendido mucho. Gradualmente, mientras se acumulan conocimientos y más y más gente trabaja en equipo y comparte información, vamos alcanzando la celosía de la ventana por la cual, algún día, seremos capaces de ver más claramente el interior de la mente del chimpancé.

II. LA MENTE DEL CHIMPANCÉ

A menudo me fijaba en los ojos de un chimpancé y me preguntaba que ocurría detrás de ellos. Solía observar los de Flo, tan vieja, tan sabia. ¿Qué recordaba de su juventud? David Greybeard tenía los ojos más bonitos de todos ellos, grandes y brillantes. De alguna manera, expresaban completamente su personalidad, su serena confianza en sí mismo, su inherente dignidad y, desde hace algún tiempo, su obstinada determinación de hacerlo todo a su manera. Durante mucho tiempo me disgustaba mirar directamente a los ojos de los chimpancés; creía que, como en la mayoría de los primates, podría ser interpretado como un reto o al menos como un signo de mala educación. Pero no fue así. Mientras se les mire con amabilidad, sin arrogancia, un chimpancé lo comprenderá e incluso puede devolver la mirada. Entonces -o así me lo imagino- es como si los ojos fueran ventanas que miran al interior de la mente. Solamente el cristal es opaco, para que el misterio no pueda quedar nunca completamente desvelado.

Nunca olvidaré mi encuentro con Lucy, una chimpancé de dieciocho años educada en un hogar. Llegó y se sentó junto a mí en el sofá; con su cara muy cerca de la mía investigó en mis ojos. ¿Qué buscaba? Quizás signos de desconfianza, de desagrado, o de miedo; mucha gente debe haberse desconcertado un tanto cuando por primera vez se encaran con un chimpancé adulto. Lo que fuese que Lucy leyera en mis ojos evidentemente la satisfizo, pues, de repente, puso un brazo alrededor de mi cuello y me dio un generoso beso de chimpancé, con la boca abierta de par en par sobre la mía. Había sido aceptada.

Mucho tiempo después de este encuentro me sentí profundamente molesta. Había estado en Gombe durante unos quince años y el trato con los chimpancés de la jungla me resultaba ya bastante familiar. Pero Lucy, que había crecido como una niña humana, parecía haber cambiado; sus características esenciales de chimpancé habían sido sustituidas por actitudes humanas adoptadas con el paso de los años. Aunque aún permanecía a una eternidad del hombre estaba hecha por el hombre; era otra clase de ser. Miré, sorprendida, cómo abría la nevera y varios armarios, encontraba botellas y un vaso y hasta se servía un gin-tonic. Se llevaba la bebida a la televisión, la encendía, cambiaba de un canal a otro, pero como no le gustaban la volvía a apagar. Elegía una revista de la mesa y, llevando todavía su bebida, se sentaba en un cómodo sillón. Según iba hojeando la revista, manifestaba ocasionalmente su reconocimiento de algunas de las cosas que leía empleando los signos para sordos de la ASL, la American Sign Language. Yo, desde luego, no entendí nada, pero mi anfitriona, Jane Temerlin (que era también la «madre» de Lucy), tradujo: «Ese perro», comentó Lucy señalando la fotografía de un pequeño caniche blanco. Ella volvió la página. «Azul», declaró, señalando la foto de una mujer que anunciaba una marca de jabón vestida con un llamativo vestido azul. Y finalmente, después de unos movimientos indeterminados con la mano señalando quizás, unos murmullos -«Este de Lucy, este mío»-, cerró la revista y la dejó sobre su regazo. Jane me explicó que había sido adiestrada en el uso de los pronombres posesivos tres días a la semana con las lecciones que recibía en la ASL.

El libro escrito por el «padre» humano de Lucy, Maury Termerlin, fue titulado *Lucy, Growing Up Human.* Y, de hecho, el chimpancé se parece más a nosotros que cualquier otra criatura viva. Hay un parecido cercano en la psicología de ambas especies y genéticamente, en la estructura del ADN, hombres y chimpancés sólo se diferencian en algo más de un uno por ciento. Por este motivo la investigación médica utiliza chimpancés como animales de prueba cuando necesita sustitutos de los hombres para probar ciertos

medicamentos o vacunas. Los chimpancés pueden ser infectados con todas las enfermedades infecciosas humanas conocidas, incluyendo aquellas, como la hepatitis B y el SIDA, a las que son inmunes los demás animales (exceptuando gorilas, orangutanes y gibones). Existen igualmente sorprendentes similitudes entre los hombres y los chimpancés en la anatomía y en la distribución del cerebro y del sistema nervioso y- aunque muchos científicos no estén muy de acuerdo- en el comportamiento social, en la habilidad mental y en las emociones. La noción de continuidad evolutiva en la estructura física del simio prehumano hasta el hombre actual ha sido moralmente aceptada por la mayoría de los científicos durante mucho tiempo. Esto, que podría ser afirmarse igualmente en lo que se refiere a la mente, fue considerado de modo general como una hipótesis absurda, especialmente por aquellos que usan y abusan de los animales en sus laboratorios. Resulta conveniente, después de todo, creer que aunque la criatura que se está utilizando reaccione como un hombre, es una cosa sin mente y, sobre todo, sin sentimientos: un animal «mudo».

Cuando empecé mi estudio en Gombe, en 1960, no estaba permitido, al menos en los círculos etológicos, hablar sobre la mente de un animal. Sólo los humanos tenían mente. Tampoco era adecuado hablar de la personalidad de un animal. Por supuesto, todo el mundo sabía que cada animal *tenía* sus propias y únicas características, como podía confirmar cualquiera que hubiese tenido un perro o un animal de compañía. Pero los etólogos, empeñados en hacer de la suya una ciencia «dura», se oponían al esfuerzo de intentar explicar estos sucesos de manera objetiva. Una respetada etóloga, a la vez que reconocía la existencia de una «variabilidad entre los individuos animales», afirmó que era mejor que permaneciese «escondida debajo de la alfombra». En aquella época las alfombras etológicas estaban llenas de bultos, tantas cosas escondían.

¡Qué ingenua fui! Como no había recibido una graduación en ciencias no me di cuenta de que se suponía que los animales no tenían personalidad, ni pensaban, ni sentían emociones o dolor. Yo no tenía ni idea de que cuando los conocía hubiese estado más correcta asignando a cada chimpancé un número en vez de un nombre. No me di cuenta de que no era científico tratar su conducta en términos de motivación u objetivo. Y nadie me había dicho que palabras como *infancia o adolescencia* eran únicamente fases humanas del ciclo de la vida, determinadas culturalmente y no utilizables cuando nos referimos a los chimpancés. Sin saberlo, empleé libremente todos estos términos y conceptos prohibidos en mi primer intento de describir, como mejor pude, cuanto de interesante observé en Gombe.

Nunca olvidaré la respuesta de un grupo de etólogos a algunas observaciones que efectué en un erudito seminario. Yo describía que Figan, como un adolescente, había aprendido a ir al campamento después de abandonarlo los machos senior y así podía coger unos cuantos plátanos para sí mismo. En la primera ocasión que tuvo de ver los frutos gritó poderosamente por el placer que representaba para él la llamada de los alimento: al verle, una pareja de viejos machos le atacaron por detrás, cogieron a Figan, y le quitaron sus plátanos. Y además, al llegar a este punto de la historia, conté que a partir de aquel momento hasta la fecha Figan tenía suprimidas sus llamadas. Podíamos oír breves sonidos en su garganta, pero tan débiles que nadie más podía oírlos. Otros jóvenes chimpancés a los que nos esforzábamos en dar fruta a escondidas, sin que se enteraran sus mayores, nunca aprendieron a autocontrolarse. Con un grito de júbilo se delataban sólo para que les robaran el botín cuando los machos mayores cargaban por detrás. Esperaba que mi auditorio quedara fascinado e impresionado, como yo lo estaba. Esperaba un intercambio de puntos de vista sobre la indudable inteligencia de los chimpancés. En lugar de ello se produjo un cortante silencio después del cual el moderador cambió precipitadamente de tema. Excuso

decir que me sentí tan desairada que me resistí durante mucho tiempo a contribuir con cualquier comentario a cualquier reunión científica. Mirando atrás, sospecho que todos y cada uno de los asistentes estaban interesados, pero, por supuesto, hasta hoy no se permite presentar una mera «anécdota» como evidencia.

La editorial a la que escribí para mi primera publicación me pidió que no tratara a los chimpancés como personas. Indignada, acabé cambiando todo lo que diese la imagen de un animal para que el trato fuese el mismo que el que reciben las personas. Como no era mi deseo abrirme un hueco en el mundo de la ciencia, sino que simplemente quería seguir viviendo y aprendiendo entre los chimpancés, la posible reacción del editor no me preocupó. De hecho, yo gané aquella partida: el libro que fue finalmente publicado confería a los chimpancés la dignidad de su género y los ascendía de simples «cosas» a seres en esencia.

Sin embargo, y a despecho de mi ciertamente agresiva actitud, quise aprender y aprecié la increíble suerte que tuve al ser admitida en Cambridge. Quería conseguir mi Doctorado en Filosofía, aunque sólo fuera por consideración a Louis Leakey y a las demás personas que habían escrito en apoyo de mi admisión. Y aprecié también lo afortunada que fui al tener a Robert Hinde como supervisor. No sólo porque pude beneficiarme de su mente brillante y de su claro pensamiento, sino también porque dudo que hubiese podido encontrar otro profesor que se adecuase tan bien a mis necesidades particulares y a mi personalidad. Gradualmente fue capaz de revestirme de algunas de las características de los científicos. De esta manera, aunque seguí manteniéndome en la mayoría de mis convicciones -que los animales tenían personalidad; que podían sentir felicidad, tristeza o temor; que podían sentir dolor; que podían esforzarse para conseguir ciertos objetivos si eran bien motivados-, pronto me di cuenta que estas convicciones eran difíciles de probar. Era mejor ser prudente, al menos mientras no me ganase ciertas credenciales y credibilidad. Y Robert me dio un maravilloso consejo sobre cómo hacer que las ideas más revolucionarias tuviesen cierto tinte científico. «Tú no puedes saber que Fifi estaba celosa», me reprendió en una ocasión. Discutimos un poco. Y luego: «¿Por qué no dices: *si Fifi fuese una niña, diríamos que estaba celosa?».* Así lo hice.

No es fácil estudiar las emociones incluso cuando los sujetos son seres humanos. Sé como me siento si estoy triste, o feliz, o enfadada, y si un amigo me dice que está triste, feliz o enfadado asumo que sus sentimientos son similares a los míos. Pero, desde luego, no puedo saberlo. Si intentamos ponernos a estudiar seriamente las emociones de seres progresivamente distintos de nosotros, el trabajo, obviamente, crece en dificultad. Si asignamos emociones humanas a seres no humanos somos acusados de antropomorfismo, pecado común en la etología. Pero ¿es eso tan malo? Si probamos el efecto de los medicamentos en los chimpancés porque biológicamente se parecen tanto a nosotros; si aceptamos que existen similitudes increíbles entre los cerebros y sistemas nerviosos del hombre y del chimpancé ¿no es lógico asumir que existirán similitudes en los más básicos sentimientos, en las emociones de ambas especies?

De hecho, todos cuantos que han trabajado largo tiempo con chimpancés no han dudado en asignar a los chimpancés emociones similares a las que en nosotros mismos etiquetamos como placer, alegría, pena, enfado, aburrimiento, etc. Algunos de los estados emocionales de los chimpancés son tan obviamente semejantes a los nuestros que incluso un observador inexperto podría comprender lo que sucede. Un pequeño que se tira al suelo, con la cara arrugada, azotando con los brazos cualquier objeto cercano, golpeándose en la cabeza, está claro que ha cogido una rabieta. Un joven que se retuerce junto a su madre, dando

volteretas, encaramándose a su espalda, tirando de su mano pidiendo unas cosquillas está, lógicamente, lleno del «placer de vivir». Algunos observadores no dudarían en atribuir su comportamiento a la felicidad, al buen vivir. Y uno no puede observar a los pequeños chimpancés sin darse cuenta que tienen las mismas necesidades de afecto que los niños. Un macho adulto tumbándose a la sombra después de una buena comida, aceptando condescendiente jugar con un pequeño o rascar ociosamente a una hembra adulta, está ofreciendo signos claros de buen humor. Cuando se sienta con el pelo erizado, gritando a sus subordinados y amenazándolos con gestos irritados y todo esto se produce seguidamente, es una señal evidente de malhumor. Juzgamos de este modo porque el parecido de la conducta de un chimpancé con la nuestra nos permiten compararlas.

Es difícil tratar emociones que no hayamos experimentado. Puedo imaginar, hasta cierto punto, el placer de una hembra chimpancé durante el acto de la procreación. Los sentimientos de su compañero macho están más allá de mi conocimiento, como lo están los del macho humano en el mismo contexto. He pasado incontables horas observando madres chimpancés tratando con sus hijos. Pero hasta que no tuve mi propio hijo no empecé a comprender el básico y poderoso instinto del amor materno. Si alguien accidentalmente hacía algo que asustase a Grub, o que amenazase su bienestar de alguna manera, yo sentía un chorro de ira irracional. ¡Cuánto más fácil fue comprender los sentimientos de la madre chimpancé cuando agitaba su brazo con furia y gritaba amenazadoramente al individuo que se acercaba a su hijo demasiado, o al compañero de juegos que, sin querer, hería a su pequeño! Y Basta que no sufrí el duro revés de la muerte de mi segundo marido, no pude empezar a apreciar la desesperación y el sentimiento de pérdida que puede causar a los jóvenes chimpancés la pérdida de sus madres.

La empatía y la intuición pueden ser de valor incalculable cuando intentamos comprender ciertas complejas interacciones del comportamiento si, como así se hace, son registradas precisa y objetivamente. Afortunadamente, rara vez he encontrado problemas para registrar los hechos de manera ordenada, incluso durante las épocas de poderoso compromiso emocional con los actores. Y «saber» intuitivamente cómo se siente un chimpancé -por ejemplo, después de un ataque- puede ayudar a comprender lo que va a ocurrir a continuación. No deberíamos tener miedo, como mínimo, a intentar utilizar nuestra relación con el cercano proceso evolutivo de los chimpancés en nuestros intentos de interpretar conductas complejas.

Hoy en día, como en tiempos de Darwin, una vez más es elegante hablar de la mente animal, así como estudiarla. Este cambio se iba produciendo de manera gradual y se debía, al menos en parte, a la información obtenida de cuidadosos estudios de las sociedades animales en el campo. Como estas observaciones pasaron a ser ampliamente conocidas, era imposible rechazar la complejidad del comportamiento social que iba revelando en una especie tras otra. El confuso desorden reinante bajo las alfombras de los etólogos era puesto en evidencia y examinado pieza a pieza. Gradualmente se vio que las explicaciones parsimoniosas de comportamientos aparentemente inteligentes eran con frecuencia erróneas. Ello condujo a una sucesión de experimentos que, considerados en conjunto, probaban claramente que muchas habilidades intelectuales que han sido consideradas, o mejor dicho, pensadas como exclusivamente presentes en los seres humanos, se presentan también, aunque en un grado menor de desarrollo, en otros seres no humanos. Particularmente, por supuesto, en los primates no humanos, y especialmente en los chimpancés.

Cuando comencé a leer acerca de la evolución humana aprendí que una de las

características de nuestra propia especie era que nosotros, y solamente nosotros, éramos capaces de hacer herramientas. El «Hombre fabricante de herramientas» era una de las definiciones utilizadas más a menudo, a pesar de la cuidadosa y exhaustiva investigación de Wolfgang Kohler y Robert Yerkes en la capacidad de los chimpancés para fabricar y usar herramientas. Estos estudios, llevados a cabo de modo independiente durante los años veinte, fueron recibidos con escepticismo. Tanto Kohler como Yerkes eran científicos respetados y ambos tenían un profundo conocimiento de la conducta de los chimpancés. Realmente, las descripciones de Kohler de las personalidades y el comportamiento de varios individuos de su colonia, publicadas en su libro *The Mentality of Apes* se cuentan entre las más vivas y brillantes jamás escritas. Y sus experimentos, que muestran cómo los chimpancés amontonaban cajas y luego se encaramaban en las inestables construcciones para alcanzar la fruta que colgaba del techo, o unían dos palos para hacer una larga vara capaz de alcanzar la fruta que, de otra manera, quedaba fuera de su alcance, se han convertido en clásicos, apareciendo en casi todos los libros de texto que tratan la conducta inteligente en animales no humanos.

Por el momento, las observaciones sistemáticas del uso de herramientas proceden de Gombe y han quedado olvidados aquellos estudios pioneros. Aún más: se sabe que los humanizados chimpancés podían utilizar instrumentos; otra cosa era descubrir si era un suceso corriente en la jungla. Yo recuerdo bien que escribí a Louis sobre mis primeras observaciones, describiendo como David Greybeard no solamente usaba manojos de ramas para coger termitas, sino que, de hecho arrancaba hojas y con ellas *hacía* una herramienta. Y recuerdo también que recibí el telegrama que contestaba a mi carta: «Ahora debemos definir herramienta, redefinir hombre o aceptar los chimpancés como humanos.»

Al principio hubo unos cuantos científicos que intentaron echar abajo mis observaciones con las termitas, ¡incluso llegaron a sugerir que yo había adiestrado a los chimpancés! Pero muchísimas personas quedaron fascinadas por la información y por las subsiguientes observaciones en las que los chimpancés de Gombe empleaban objetos como herramientas. Y sólo unos cuantos antropólogos manifestaron su disconformidad cuando sugerí que los chimpancés, probablemente, transmitían sus tradiciones en el uso de herramientas de generación en generación por medio de la observación, imitación y práctica, de manera que se podía suponer que cada población pudiera tener su propia cultura en el uso de herramientas. Lo cual, incidentalmente, parece cada vez más cierto. Y cuando describí como un chimpancé, Mike, resolvió espontáneamente un nuevo problema utilizando una herramienta (rompió un palo para tirar un plátano al suelo cuando estaba demasiado nervioso para cogerlo de mi mano) no creo que nadie se sorprendiese lo mas mínimo en la comunidad científica. Es verdad que yo no fui atacada, como Kohler y Yerkes, por sugerir que los humanos no eran los únicos seres capaces de razonar.

A mitad de la década de los sesenta vi comenzar un proyecto que, junto con otras investigaciones semejantes parecidas, pretendía enseñarnos mucho sobre la mente del chimpancé. Era el proyecto Washoe, concebido por Trixie y Allen Gardner. Ambos compraron un pequeño chimpancé y empezaron a enseñarle los signos de la ASL, el lenguaje de los signos usado por los sordomudos. Veinte años antes otro equipo formado por los esposos Richard y Cathy Hayes había intentado, casi sin éxito, enseñar a hablar a Vikki, un joven chimpancé. La iniciativa de los Hayes nos enseñó mucho sobre la mente del chimpancé, pero Vikki, aunque pasó bien las pruebas de coeficiente de inteligencia y aunque era una joven inteligente, no podía aprender a hablar como los hombres. Los Gardner, sin embargo, consiguieron un éxito espectacular con su alumno, Washoe. No sólo

aprendió los signos con facilidad, sino que rápidamente empezó a usarlos juntos en diversas situaciones. Estaba claro que cada signo evocaba en su mente la imagen mental del objeto que representaba. Por ejemplo, si en el lenguaje de los signos le pedían que trajese una manzana, se iba y encontraba una manzana que estaba fuera de la vista, en otra habitación.

Otros chimpancés entraron en el proyecto, algunos de ellos empezando a vivir en familias que utilizaban normalmente el lenguaje de los sordomudos antes de reunirse con Washoe. Y finalmente Washoe adoptó un pequeño, Loulis. Venía de un laboratorio donde jamás había penetrado la idea de enseñar los signos. Mientras estuvo con Washoe no recibió lecciones acerca de la adquisición del lenguaje, al menos, de los humanos. Sin embargo, cuando tenía ocho años utilizaba en el contexto correcto cincuenta y ocho signos. ¿Cómo los aprendió? La mayoría, al parecer, imitando el comportamiento de Washoe y de los otros tres chimpancés, Dar, Moja y Tatu. A veces recibía instrucción del propio Washoe. Un día, por ejemplo, empezó a pavonearse de ir sobre dos pies, con el pelo erizado, haciendo la señal de comida *¡comida!, ¡comida!, ¡comida!* con gran agitación. Había visto a un hombre acercándose a ella con una tableta de chocolate. Loulis, de sólo dieciocho meses, contemplaba la escena pasivamente. De repente Washoe detuvo su exhibición, fue hacia él, cogió su mano e hizo el signo de comida (los dedos apuntando a la boca). En otra ocasión y en un contexto similar, hizo el signo correspondiente *a chicle,* pero colocando su mano sobre Loulis. En una tercera ocasión Washoe, sin que viniese al caso, cogió una sillita, se la llevó a Loulis, la colocó frente a él e hizo claramente el signo de *silla* tres veces mientras miraba a Loulis fijamente. Los dos signos de comida fueron incorporados al vocabulario de Loulis, pero el signo de silla, no. Obviamente, las prioridades del joven chimpancé eran similares a las de un niño humano.

Cuando las noticias sobre los éxitos de Washoe llegaron por primera vez a la comunidad científica, provocaron de inmediato una tormenta de amargas protestas. Esto implicaba que los chimpancés eran capaces de dominar un lenguaje humano, y esto, a su vez, indicaba un poder mental de generalización, abstracción y formación de conceptos, además de habilidad para comprender y utilizar símbolos abstractos. Y dicha habilidad intelectual era ciertamente, prerrogativa del *Homo sapiens.* Aunque muchos estaban fascinados y excitados por los descubrimientos de los Gardner eran muchos más los que rechazaban el proyecto en su conjunto, en la suposición de que los datos eran poco fiables, la metodología poco sólida, y las conclusiones no solamente erróneas, sino completamente absurdas. La controversia originó todo tipo de proyectos sobre el lenguaje. Y, aunque los investigadores eran reticentes a empezar y esperaban desmentir los trabajos de Gardner, y aunque su intención era demostrar lo mismo por un camino distinto, sus investigaciones proporcionaron información adicional sobre la mente de los chimpancés.

Y así, con nuevos incentivos, los psicólogos empezaron a medir la capacidad mental de los chimpancés de diversas maneras; una y otra vez los resultados confirmaron que sus mentes son misteriosamente iguales a la nuestra. Durante largo tiempo se sostuvo la idea de que sólo los humanos eran capaces de lo que se denomina transferencia cruzada de información», es decir, si alguien cierra *los* ojos y con las manos palpa una patata de forma extraña, al abrir los ojos la reconocerá entre otras patatas solamente con verla. Y viceversa. Resultó que los chimpancés también son capaces de «saber» con sus ojos y «sentir» con sus dedos en idéntico proce*so.* De hecho, ahora sabemos que algunos otros primates no humanos poseen la misma habilidad. Espero de toda clase de criaturas la misma habilidad.

Entonces se probó experimentalmente y por encima de cualquier duda que los chimpancés podían reconocerse a sí mismos ante un espejo, lo que demuestra que, de algún

modo, poseen alguna clase de auto-concepto. De hecho, Washoe ya había demostrado esta habilidad unos años antes, reconociéndose espontáneamente ante un espejo, mirando fijamente su imagen y haciendo el signo de su nombre. Pero esa observación era meramente anecdótica. La prueba llegó cuando a unos chimpancés que habían estado jugando con espejos se les aplicaron, mientras estaban anestesiados, toquecitos de pintura inodora en puntos, como la cabeza y las orejas, que no podían ver sino en el espejo. Cuando se despertaron no sólo quedaron fascinados por su manchada imagen, sino que inmediatamente investigaron con sus dedos las manchas de pintura.

El hecho que los chimpancés tuviesen una excelente memoria no sorprendió a nadie. Después de todo, hemos crecido creyendo aquello de que «un elefante nunca olvida», así que ¿por qué iba a ser distinto un chimpancé? El hecho de que Washoe hiciera espontáneamente el signo del nombre de Beatrice Gardner, su madre adoptiva cuando volvió a verla después de una separación de once años, no es una hazaña que supere a la de un perro que reconoce a su amo después de separaciones más largas, a pesar de que la longevidad de un chimpancé es mucho mayor. Los chimpancés pueden también hacer planes para su inmediato futuro. Esto quedó bien ilustrado en Gombe durante la estación de las termitas: a menudo un individuo preparaba una herramienta para usar en un termitero que estaba a más de cien metros y completamente fuera de su campo visual.

Este no es lugar para describir con detalle otras capacidades cognoscitivas que han sido estudiadas en laboratorio en los chimpancés. Entre otras conclusiones, se sabe que los chimpancés poseen habilidades prematemáticas: pueden, por ejemplo, diferenciar fácilmente entre el *más* y el *menos.* Pueden clasificar cosas en categorías específicas de acuerdo con un criterio dado -por ejemplo, no tienen dificultad en separar una pila de alimentos en *frutas y verduras* en una momento dado y, en otro, dividir la misma pila de alimento de *grandes a pequeños,* incluso aunque esto requiera poner verduras junto con frutas. Los chimpancés a los que se ha enseñado un lenguaje pueden combinar signos de modo creativo para describir objetos para los que no poseen un símbolo concreto. Washoe, por ejemplo, dejó perplejos a sus guardianes al preguntar por una *fruta roca.* Por casualidad intuyeron que se estaba refiriendo a las nueces de Brasil, que había encontrado poco antes por primera vez. Otro chimpancé entrenado en el uso de los signos describió un pepino como un *plátano verde y* otro se refirió un Alka-Seltzer como *la bebida que se oye.* Pueden, incluso, inventar signos. Cuando Lucy envejeció tuvimos que ponerle una traílla para sacarla de paseo. Un día, impaciente por salir, pero no disponiendo de signo alguno para traílla, manifestó su deseo agarrando el cierre del anillo de su collar. Este signo pasó a formar parte de su vocabulario. A algunos chimpancés les gusta dibujar, y especialmente pintar. Los que han aprendido los signos del lenguaje, a veces etiquetan sus trabajos espontáneamente, «Esto [es] manzana», o ave, o maíz tierno, o cualquier cosa. El hecho de que las pinturas parezcan a nuestros ojos notablemente distintas a los objetos representados por los artistas hace pensar que los chimpancés son malos dibujantes ¡o que nosotros tenemos mucho que aprender del arte representativo de los grandes monos!

Algunas veces la gente se pregunta por qué los chimpancés han desarrollado tan complejos poderes intelectuales cuando su vida salvaje es tan simple. La respuesta es, por supuesto, que su vida en libertad no es tan simple. Ellos emplean -y necesitan sus habilidades intelectuales durante el habitual día a día en su compleja sociedad.

Continuamente tienen que tomar decisiones, como dónde ir o con quién viajar. Necesitan imperiosamente desarrollar su habilidad social, particularmente aquellos machos que luchan por un alto puesto en la jerarquía dominante. Los chimpancés de nivel inferior

deben aprender a contentarse -a ocultar sus deseos, o bien a hacer las cosas en secreto- si quieren seguir viviendo con sus superiores. En realidad, el estudio de los chimpancés en libertad nos sugiere que sus habilidades mentales se han desarrollado durante milenios para poder arreglárselas cada día. Hoy, el volumen de datos fiables acerca de la inteligencia de los chimpancés obtenidos con tanto cuidado en los laboratorios, constituyen un valioso soporte para los que estudiamos los casos de inteligencia y conducta racional en la jungla.

Es más fácil estudiar la destreza mental en el laboratorio, mediante cuidadosos y elaborados tests y con un juicioso empleo de los datos, puesto que los chimpancés pueden verse animados a superarse a sí mismos, a exprimir sus mentes hasta el límite. Tiene más sentido realizar los estudios en la jungla, pero resulta mucho más dificultoso. Tiene más sentido, porque podemos comprender mejor la presión ambiental que conduce a la evolución de la habilidad mental en las sociedades de chimpancés. Es más difícil porque, en libertad, casi todas las conductas pueden ser influidas por incontables variables; los años de observación, grabación y análisis ocupan el lugar de los controvertidos tests; las mediciones pueden ser contadas con los dedos de la mano; los únicos experimentos son realizados por la propia naturaleza y sólo el tiempo termina por proporcionar una respuesta.

En la jungla, una simple observación puede tener un gran significado y constituir la clave de algún enrevesado enigma de ciertos aspectos del comportamiento, la clave para comprender, por ejemplo, un cambio de relación. Obviamente, resulta crucial observar el mayor número posible de acontecimientos de este tipo. Durante los primeros años de mi estudio en Gombe quedó claro que una sola persona sólo podría comprender una fracción de lo que ocurría en una comunidad de chimpancés en un momento dado. Y así, a partir de 1964, pude formar un equipo de investigación para ayudarme a obtener información sobre la conducta de nuestros más cercanos parientes vivos.

III. EL CENTRO DE INVESTIGACIÓN

El Gombe Stream Research Center creció a partir de un tímido comienzo para convertirse en una de las más dinámicas estaciones de campo del mundo para el estudio del comportamiento animal. Los dos primeros ayudantes de investigación se reunieron conmigo en 1964. No tardamos mucho en darnos cuenta de que había más trabajo del que tres personas podían abarcar, a pesar de que mi marido Hugo, estaba también allí para ayudar. Y así solicitamos fondos adicionales para emplear a algunos estudiantes. Casi todos ellos sucumbieron al hechizo de Gombe y nos devolvieron nuestra fe en ellos ayudándonos a recoger más y más datos sobre la vida de los chimpancés.

Durante 1972 tuvimos hasta veinte estudiantes; por aquel entonces no sólo estudiábamos los chimpancés, sino que también tratábamos a los papiones. Había estudiantes graduados en diversas disciplinas, principalmente antropología, etología y psicología, procedentes de universidades de Estados Unidos y de Europa. También teníamos no graduados, alumnos del programa biológico interdisciplinario sobre el hombre de la Universidad de Stanford y del departamento de zoología de la Universidad de Dar es Salaam. Los estudiantes dormían en minirrefugios -pequeños cobertizos de chapa de aluminio ocultos entre los árboles, cerca del campo-, pero se reunían para el rancho a la hora de comer. Disponíamos de un funcional edificio de cemento y piedra en la playa, construida por mi viejo amigo George Dove, en cuyo campo, en Serengeti, estuvimos Hugo y yo cuando Grub era un bebé. George había construido oficinas, y también una cocina con un horno de madera. E instaló un generador, de manera que podíamos disponer de un poco de electricidad, lo que nos reportó mayor comodidad para el trabajo nocturno y nos permitió asimismo utilizar un congelador que nos hizo olvidar las pesadillas de los abastecimientos de alimentos. George construyó incluso una casita de piedra para usar como cuarto oscuro.

La vida en el centro de investigación era agitada. Además de los principales asuntos de observación de animales y recogida de datos, se organizaban seminarios semanales en los que discutíamos sobre los descubrimientos y planeábamos mejores maneras de reunir los datos de los distintos estudios. Había un espíritu de colaboración entre los estudiantes, un deseo de compartir información, que era, según mi opinión, bastante inusual. No era fácil promover esta actitud de generosidad: al principio, muchos de los estudiantes graduados se mostraban incomprensiblemente reticentes a contribuir con sus preciosos datos al centro de información. Pero yo sabía que tenía que conseguirlo, si queríamos llegar a dominar la extraordinaria y compleja organización social de los chimpancés y documentar su vida con la mayor amplitud posible. No sólo me ayudaron muchos estudiantes, sino también Dave Hamburg, jefe del departamento de psiquiatría de la Universidad de Stanford. Él fue quien trajo a los estudiantes de biología humana. Y aunque estos jóvenes apenas estuvieron algo más de seis meses en Gombe, poseían tan buena preparación antes de venir a África que sus contribuciones resultaron muy valiosas.

Aunque nosotros no podíamos saberlo por entonces, lo más importante para el futuro a largo plazo de la investigación en Gombe fue la preparación del personal de campo tanzano. Desde 1968, cuando una de los estudiantes cayó en un precipicio mientras seguía a unos chimpancés y perdió trágicamente la vida, se tomó como norma que cada estudiante subiera al monte acompañado por un tanzano. Así, si ocurría un accidente, uno de los dos podría ir a pedir ayuda. Gradualmente estos hombres adquirieron una serie de conocimientos que los hicieron imprescindibles: conocían a los chimpancés por su nombre

y podían identificar a los recién llegados y eran expertos en descubrir los caminos alrededor de un terreno escabroso. En 1972, empezaron a recoger datos por sí mismos -por ejemplo, marcando la ruta seguida por un determinado chimpancé en un mapa, anotando las relaciones que mantenían él o ella durante la jornada e identificando las diferentes especies de plantas que comían-. Los estudiantes graduados aprovechaban muy bien esta fuente de datos, y se aseguraban de la buena formación de sus ayudantes de campo. De vez en cuando yo asistía a seminarios en kiswahili, su lengua nativa, durante los cuales discutíamos varios aspectos del comportamiento del chimpancé y de los papiones, y daba charlas sobre los primates no humanos en diferentes partes del mundo. Y de este modo, el personal de campo comenzó a estar progresivamente mejor informado, más interesado y entusiasta.

Me sentía inmensamente orgullosa de haber sido la responsable de la formación de este grupo y la calidad y la cantidad de la información recogida era extraordinaria. Aún había momentos en que recordaba mis primeros días en Gombe con profunda nostalgia; los verdaderos comienzos, cuando mis únicos compañeros eran mi madre, Dominic, el cocinero, y Hassan, que con su pequeña barca se llegaba hasta Kigoma para el aprovisionamiento. Yo había trabajado muy duro, obligándome a trepar al Pico al amanecer y permaneciendo allí hasta que las montañas quedaban en sombras por la llegada de la noche. Para mí no había fines de semana ni vacaciones. Pero era joven y, físicamente, aguantaba y me enorgullecía de ello. Podía viajar a través de los bosques sabiendo que los únicos seres que iba a encontrar durante todo el día serían los chimpancés, o los papiones, o algunas de las criaturas salvajes que habitan estos exuberantes valles o las abiertas cadenas montañosas. Pero el cambio fue inevitable: no había posibilidad alguna de que una sola persona, no importa de qué modo se organizase, puliese realizar un estudio que realmente comprendiese el conjunto de los chimpancés de Gombe. Aquí, en el centro de investigación, el creciente número de personas moviéndose por los árboles ha disminuido esa sensación del transcurrir de las horas en absoluta soledad.

En realidad, en 1972 pasé sólo periodos muy cortos con los chimpancés a pesar de que, fuera de los tres meses al año que dedicaba a la enseñanza en el programa de biología humana en Stanford, vivía permanentemente en Gombe. La razón fue que, después de los años anteriores contemplando a las madres chimpancés criar a sus hijos, estaba intentando educar a mi propio hijo. Tenía muy claro que un fuerte vínculo afectivo con la madre era positivo para el futuro del chimpancé. Sospechaba que lo mismo debía de ser cierto para los humanos y el trabajo de hombres como René Spitz y John Bowlby confirmó este punto. Y así, mientras los estudiantes pasaban la mayoría de su tiempo en el campo, yo pasaba mucho tiempo con Grub. (Su verdadero nombre es Hugo, pero es conocido como Grub por su familia y sus amigos, incluso ahora.) Solía trabajar por la mañana en la administración, y también escribiendo, y me dedicaba a Grub por las tardes.

Desde luego, me mantuve al corriente de todo lo que ocurría en la comunidad de chimpancés. Las conversaciones de cada noche, en medio del bullicio, versaban rara vez sobre algo que no fuesen los chimpancés o los papiones. Era capaz de seguir, emocionándome con las explicaciones de mis colegas, la rivalidad por el dominio entre Humphrey, Figan y Evered. Yo recibía informaciones diarias de las explosiones adolescentes de Flint y Goblin, Pom y Gilka, y de las aventuras sexuales de Gigi. Además, casi siempre veía al menos uno o dos chimpancés durante mis visitas al campamento.

Ocasionalmente, Grub y yo recibíamos las visitas de los chimpancés en nuestra casa en la playa. Una vez, Melissa y su familia estaban vagando por la galería y miraban a través de la reja soldada la sala de estar, precisamente después de que alguien regalase a Grub dos

pequeños conejitos. No hay conejos en Gombe, así que los chimpancés estaban claramente fascinados. Goblin, lleno de la curiosidad de un adolescente, permaneció agarrado a la ventana mirando y mirando hasta bastante tiempo después de que su madre y su hermana menor perdieran el interés y se marcharan. Por cierto que aquellos conejos resultaron ser un terrorífico par de cachorros, domésticos, muy afectuosos y extremadamente entretenidos. Y me enseñaron mucho; hasta entonces no tenía ni idea, por ejemplo, que a los conejos les encantaba la carne. ¡Y aún me quedé más sorprendida cuando los vi cazando y comiendo arañas!

Se sabe que los chimpancés capturan y comen niños humanos, así que, para que Grub tuviera la máxima seguridad, Hugo y yo construimos nuestra casa en la playa del lago porque los chimpancés raramente iban por allí. Los papiones, sin embargo, sí frecuentan a la orilla del lago y nuestra casa quedaba situada en el corazón de los dominios de la tropa de la Playa. Como resultado yo pasaba más tiempo que nunca observando a los papiones. No sólo constituía en sí misma una buena experiencia de aprendizaje, sino que me proporcionaba una nueva perspectiva en la manera de observar el comportamiento de los chimpancés, indicándome con toda precisión los aspectos en los que diferían de otros monos, como los papiones. Los chimpancés eran claramente más intelectuales que los papiones, como lo demuestra, por ejemplo, el empleo de objetos como herramientas. Pero los papiones eran mucho más adaptativos que los chimpancés. Hay papiones en toda África, de norte a sur, de este a oeste; en cambio, los chimpancés, de naturaleza prudente y conservadora y con una tasa más baja de reproducción, se encuentran sólo en el cinturón de la selva tropical.

Pero desde muy al principio los papiones de Gombe, valientes y oportunistas, se mostraron rápidos en probar cualquier nuevo alimento humano que pudiera caer en sus manos; y casi sin excepción, lo encontraban altamente deseable. Había una constante lucha de inteligencia entre los humanos de Gombe por un lado y los papiones por otro, con demasiada frecuencia ganada por los papiones. En vano implantamos unas normas: no comer en el exterior; no echar los restos de comida fuera, excepto en los cubos de basura cerrados; las puertas de la casa debían permanecer siempre cerradas. Todos debían obedecer las normas, pero siempre había alguien que alguna vez las olvidaba o que se equivocaba pensando: «Bueno, ahora no hay ningún papión por los alrededores». Y estos eran los momentos que los papiones esperaban.

El papión Crease era un inveterado ladrón. Acostumbraba a sentase durante horas, oculto entre el espeso follaje de algún árbol detrás de nuestras casas, lejos del resto de la tropa. Si nosotros Olvidábamos cerrar la puerta, incluso por unos momentos, aprovechaba la oportunidad para hacer una rápida escapada. Muchas veces se apoderaba de una hogaza de pan, huevos, piñas o papayas, o ele un zarpazo cogía cualquier cosa de una estantería, hasta que pusimos fuertes multas para castigar aquellos comportamientos descuidados que provocaran estas depredaciones. Una vez robó una lata recién abierta de dos libras de margarina y, sentándose, dedicó las dos horas siguientes a consumir el contenido lentamente y con aparente placer.

Un día Grub, muy excitado, me contó una épica historia de Crease. Empezó cuando un water-taxi (así llamábamos nosotros a los botecitos que transportaban viajeros arriba y abajo del lago) se estropeó cerca del centro de investigación. Estaban sacando el bote a la orilla de la playa y retirando el motor para repararlo y los pasajeros salieron a estirar las piernas. De algún modo Crease llegó a enterarse de que en el bote vacío había una carga de harina de casabe (mandioca). Sin dudarlo un instante el viejo réprobo saltó a bordo. Pero

justo en el momento en que abría uno de los sacos y empezaba a llenarse la boca de comida, el bote empezó a moverse hacia el lago. Entonces, percatándose de repente de que la orilla se estaba alejando, Crease se asustó. Saltó de un lado a otro del barco cayó y dentro del saco abierto, de manera que se formaron nubes de polvo blanco que le hicieron estornudar. Por fin uno de los estudiantes se apiadó de él y, entre risas, acercó el barco a la orilla. Crease desembarcó con poco digno apresuramiento, cubierto de nieve como un decorado navideño.

De hecho los papiones, a diferencia de los chimpancés, saben nadar. Algunas veces, cuando el agua está en calma, los jóvenes papiones van al lago a divertirse e incluso se sumergen y nadan bajo el agua. Durante los incidentes de agresión un papión puede escapar de sus perseguidores corriendo hacia el lago y esperar allí hasta que las cosas se hayan calmado en tierra.

El lago Tanganika es conocido por ser la mayor masa existente de agua incontaminada: es el lago más largo del mundo y el segundo en profundidad. A veces grandes tormentas lo barren en longitud, formando enormes olas en su superficie. Casi cada año algunos pescadores son arrastrados por el viento hacia Zaire; muchos de ellos no han regresado jamás. Y existen otros peligros, demasiados, agazapados en las profundidades cristalinas del lago. Los cocodrilos lo han abandonado, pero hay cobras de agua que viven entre las grandes rocas que emergen del agua en los promontorios de las bahías. No hay antídoto seguro para la mordedura de estas largas, pardas y sedosas serpientes, que presentan bandas negras alrededor de su cuello. Por eso me preocupaba cuando Grub nadaba en el lago. Pero en muchos aspectos Gombe constituía un entorno maravilloso para criar a un niño.

Grub pasó gran parte de su primera infancia jugando en las orillas del lago y probablemente fue allí, rodeado por los pescadores nativos, donde adquirió su pasión por la pesca. Como cualquier chico, mostraba una increíble paciencia cuando se tenía que desenmarañar una red de pesca enredada hasta la desesperación. Yo me habría marchado a los dos minutos; pero él persistiría durante toda la mañana, y algunas veces por la tarde, hasta que la red quedaba completamente desenredada en la terraza, con sus corchos, lista para usar antes del anochecer. Y a la mañana siguiente, después del excitante examen de las capturas, el laborioso proceso tenía que llevarse a cabo otra vez.

Cuando Grub tenía cinco años comenzó un curso escolar por correspondencia bajo una serie de tutores, jóvenes que se hallaban entre la escuela y la universidad y disfrutaban de la oportunidad de ver Gombe y los chimpancés a cambio de sus servicios. Pero tenía, además, muchas oportunidades de pescar y bañarse en el lago. Por esta época Maulidi Yango entró en la vida de Grub. Maulidi, empleado para desbrozar los caminos de la selva, tiene un espléndido físico y es fuerte como un roble. Los recién llegados a Gombe se asustaban al ver todo un árbol moverse ante ellos a lo largo del camino: entonces, en alguna parte debajo del árbol, veían a Maulidi. Sencillo, con un gran sentido del humor, Maulidi se convirtió en el héroe de la infancia de Grub. En realidad, Grub sostiene que Maulidi tuvo más importancia a la hora de moldear su carácter que cualquier otra persona de fuera de la familia. Era un espectáculo corriente en Gombe ver a Maulidi tumbado en la arena mientras Grub nadaba; a Maulidi remando mientras Grub pescaba o a Maulidi comiendo y disfrutando de su siesta mientras Grub le esperaba. Siguen siendo grandes amigos.

Una mañana Grub vino a decirme que Flo y Flint estaban a punto de pelearse. Por esa época Flo era ya realmente una vieja. Sus dientes estaban gastados y tenía problemas para encontrar alimentos suficientemente blandos. En el campamento le proporcionábamos raciones extra de plátanos y siempre la alimentaba con huevos cuando se acercaba a la casa.

Pero incluso así, gradualmente empezó a debilitarse más y más. A veces aún mostraba destellos del espíritu indomable que, sin duda alguna, le había permitido alcanzar tan avanzada edad.

Así estaba aquella mañana. La encontré sentada en el suelo, con apariencia fría y miserable, pues terminaba de caer uno de esos cortos y pesados aguaceros que suelen pillarnos desprevenidos en medio de la estación seca. A su lado, Flint bromeaba con Crease. El viejo papión se ocupaba de sus propios asuntos, pero Flint seguía agitando las mojadas ramas de encima de su cabeza, duchándose con las gotas. Por fin Crease, que había permanecido con la cabeza gacha tratando de ignorar a Flint, perdió la calma y saltó hacia su atormentador, amenazándolo. Flint gritó, y en un momento Flo apareció en escena. Cargó contra Crease profiriendo potentes gritos de amenaza. ¡Y Crease se marchó!

Unas semanas después, Crease intentó coger uno de los huevos que yo daba a Flo. Ella se erizó al instante, se incorporó, y corrió hacia el papión agitando los brazos y golpeándolo. Y Crease se retiró y se sentó a mirar desde una considerable distancia, mientras la anciana hembra saboreaba tranquilamente los huevos, de uno en uno, masticándolos con hojas.

A veces yo seguía a Flo y a Flint cuando pasaban paseando por delante de casa. De vez en cuando Flint aún intentaba subir a los hombros de su madre, y creo que ella lo habría llevado si hubiese estado lo bastante fuerte. Pero ella no aguantaba su peso y, por tanto, Flint tenía que andar. Incluso sin él a sus espaldas Flo tenía que sentarse a descansar frecuentemente durante los viajes, y Flint llegaba a impacientarse y continuaba, lloriqueando, cuando ella no le seguía. A veces él retrocedía y, con mala cara, la empujaba vigorosamente, intentando forzarla a seguir. Cuando ella insistía en seguir descansando, él no sólo no la dejaba en paz, sino que la molestaba tirando de sus manos hacia él y gritando malhumorado si ella rehusaba moverse. Una vez llegó a empujarla fuera de un nido, de modo que cayó estrepitosamente contra el suelo. A veces sentía ganas de abofetearlo. Estaba claro que Flo habría estado muy sola sin él. Se movía tan lentamente que incluso su hija Fifi raramente viajaba con ella, y por aquel entonces Flo se había vuelto tan dependiente de Flint como él lo era de ella. Recuerdo una vez, cuando llegaron a un desvío en el camino, que Flo eligió un camino y Flint el otro. Seguí a Flo. Después de unos minutos se paró, miró atrás y emitió unos pequeños y tristes gemidos. Se detuvo un momento esperando, supongo, a que Flint cambiase de opinión. Como él no apareció, ella volvió atrás y se fue detrás de su hijo.

Recibí la noticia de su muerte en una brillante y clara mañana. Su cuerpo había sido encontrado yaciendo boca abajo en el arroyo de Kakombe. Aunque yo sabía que el fin estaba cerca, eso no mitigaba mi dolor y me quedé mirando hacia abajo, donde permanecía Flo. Hacía once años que la conocía y la quería de verdad.

Aquella noche vigilé su cuerpo para evitar que lo profanaran los cerdos salvajes que merodeaban por allí. Flint estaba cerca, en silencio y su dolor hubiera sido peor si hubiera encontrado el cuerpo de su madre roto y medio devorado. Mientras la velaba a la brillante luz de la luna pensaba en la vida de Flo. Durante quince años seguidos vagó todas las noches por las colinas de Gombe. Y aunque no llegué a registrar toda su historia, a invadir la intimidad de ese escabroso terreno, la vida de Flo había tenido, en sí misma y por sí misma, un significado y un valor lleno de objetivos, vigor y amor a la vida. ¡Y cuánto aprendí de ella a partir de nuestra larga relación! Porque ella me enseñó a honrar el papel de la madre en la sociedad y a apreciar no solamente la inconmensurable importancia que la madre tiene para un niño, sino también la alegría y el gozo que la relación puede

proporcionar a la madre.

IV. MADRES E HIJAS

«Los modales hicieron al hombre», escribió el poeta William de Wykeham. Ah, pero ¿quién hizo los modales? Quizá podemos aventurar que «la Madre hizo los modales», por supuesto con una pizca de experiencias tempranas y una buena cantidad de herencia genética. Los relativos roles de «naturaleza» *versus* «crianza» han provocado muchos amargos argumentos en los círculos científicos en los últimos años. Pero las llamas de la controversia se han apagado ya, y se acepta generalmente que, incluso en los animales inferiores, el comportamiento adulto se adquiere a través de una mezcla de genética y experiencia adquirida por el individuo a lo largo de la vida. Cuanto más complejo es el cerebro de un animal, mayor es el papel que la enseñanza puede desempeñar en el modelado de su comportamiento, y más variaciones podemos encontrar de un individuo a otro. La información obtenida y las lecciones aprendidas en los años de la infancia, cuando el comportamiento es flexible al máximo, parecen tener una particular significación.

Para los chimpancés, cuyos cerebros se parecen más a los de los seres humanos que a los de cualquier otra especie, la naturaleza de las primeras experiencias puede tener mucha influencia en la conducta del adulto. En mi opinión es particularmente importante la disposición de la madre del niño, su posición en la familia, y si hay hermanos mayores, su sexo y personalidad. Una infancia segura lleva a la confianza en sí mismos y a la independencia cuando se llega a la edad adulta. Una vida temprana desordenada puede dejar secuelas permanentes. En libertad, casi todas las madres cuidan de sus hijos con relativa eficiencia. Pero incluso se dan casos de diferentes tipos de técnicas de educación. Sería difícil encontrar dos hembras que hubiesen podido recibir trato más distinto durante los primeros años que la hija de Flo, Fifi, y la hija de Passion, Pom. De hecho, Flo y Passion son los dos extremos opuestos de una escala: la mayoría de madres tienen su lugar entre estos dos extremos.

Fifi tuvo una maravillosa y despreocupada infancia. La vieja Flo era una madre altamente competente, afectiva, tolerante, juguetona y protectora. Figan formaba parte de la familia cuando Fifi estaba creciendo, sumándose a los juegos cuando Flo no estaba de humor, y solía transigir con su hermana menor en sus infantiles discusiones. Faben, el primogénito de Flo, acostumbraba también a estar por allí. Flo, que era la hembra dominante cuando la conocí, era muy sociable. Pasaba bastantes ratos con otros miembros de la comunidad y tenía una relajada y amigable relación con la mayoría de los machos adultos. En este ambiente social Fifi se convirtió en una pequeña enérgica que confiaba en sí misma.

La infancia de Pom, en comparación con la de Fifi, fue poco agradable. La personalidad de Passion era tan distinta de la de Flo como la tiza del queso. Cuando yo la conocí por primera vez, a principios de los años sesenta, era incluso una solitaria; no tenía compañeras hembras cercanas, y en aquellas ocasiones en que se encontraba en un grupo con machos adultos su relación con ellos era inquieta y tensa. Era una madre fría, intolerante y brusca, y rara vez jugaba con su pequeña, particularmente durante los dos primeros años de vida. Y Pom, como era la primera cría en sobrevivir, no tenía hermanos para jugar durante las largas horas en que ella y su madre permanecían en su casa. Pasó una época difícil durante los primeros meses, por lo que se convirtió en una pequeña ansiosa y enmadrada, siempre temerosa de que su madre se fuera y la dejara atrás.

Así pues, no es sorprendente que Pom y Fifi reaccionaran de modo distinto ante los

diversos desafíos que una joven hembra debe afrontar cuando tiene que crecer en libertad.

Todos los jóvenes chimpancés se trastornan y deprimen durante el difícil tiempo del destete, cuando la madre impide a la cría, con creciente frecuencia y determinación, tanto mamar como montar en sus espaldas. Esto sucede normalmente al cuarto año. Durante unos cuantos meses Fifi se mostró sensiblemente menos alegre y juguetona; pasaba cada vez más tiempo sentada en estrecho contacto con su madre, mirándola pensativa y melancólica. Pero pasó su depresión rápidamente y por aquel tiempo nació su hermano Flint, que le seguía en edad, y volvió a ser la Fifi chispeante, enérgica y segura de sí misma.

La depresión de Pom, sin embargo, parecía que iba a continuar eternamente. Fue interesante comprobar cómo algunas veces, durante el primer año de vida de su hija, la actitud de Passion hacia ella se dulcificaba: se hizo más paciente y juguetona. Y Pom, probablemente como resultado directo de ello, comenzó gradualmente a experimentar menos ansiedad. Pero estos signos de mejor bienestar psicológico desaparecieron durante el trauma del destete. Fue, claramente, una experiencia más perturbadora para Pom que para Fifi, a pesar de que Passion, para sorpresa mía, se mostraba notablemente tolerante. Casi siempre respondía a las peticiones de Pom para que la acicalara y le permitía incluso montar en su espalda sin demasiadas protestas. Desde cuatro semanas antes teníamos la seguridad de que ya no tenía leche. Permitía a Pom sentarse junto a sí, con un pezón en la boca, mientras mantenía los ojos cerrados a veces hasta veinte minutos. Pero nada parecía ayudarla. Sin embargo, el hecho de que Pom fuera incapaz de lidiar con el destete se debió, casi con toda seguridad, al áspero trato recibido en su infancia. La única cosa que solía recibir de su madre era la leche: ahora, cuando ésta le era súbitamente denegada, volvió su primitiva sensación de inseguridad. Hasta unas semanas después, cuando Passion tuvo la siguiente cría, Pom no abandonó la costumbre de mamar.

Para todos los jóvenes chimpancés el nacimiento de un nuevo bebé en la familia señala el fin de una era, un importante escalón hacia su independencia, aunque tendrán que pasar entre tres y seis años antes de que empiecen a dejar a su madre y a moverse fuera, en el mundo de los adultos. Fifi tenía alrededor de cinco años y medio cuando Flint nació. Ahora que Flo tenía una tierna criatura que cuidar no podía dedicar toda su atención a Fifi. Pero lejos de trastornarse, Fifi estaba totalmente fascinada y contenta con el nuevo bebé, y durante sus dos primeros años dedicaba horas a jugar con él, acicalándole y llevándolo a cuestas en los desplazamientos familiares. Ahuyentaba celosamente a los otros jóvenes cuando querían jugar con él, al menos cuando era muy pequeño, y ayudaba a Flo a cogerle en situaciones potencialmente peligrosas.

Pom, al igual que Fifi, se mostró al principio curiosa y fascinada cuando Prof nació. Pero pronto, cuando pasó la novedad de su hermanito, volvió al estado depresivo en el que se encontraba antes del nacimiento. Y permaneció aletargada y lánguida durante los primeros años de vida de Prof y rara vez demostró gran interés por él. Incluso cuando, a los cinco meses, comenzó a andar a trompicones, situación que Fifi encontró irresistible, Pom continuó sin hacerla el más mínimo caso a Prof. Rara vez le transportaba, y cuando jugaban, lo que no era frecuente, Prof era quien solía iniciar el juego. Gradualmente, sin embargo, Pom superó su depresión y su hermano pasó a resultarle más atractivo. Empezó a transportarle y a jugar con el con más frecuencia. Se volvió asimismo muy protectora. Una vez, por ejemplo, Pom conducía a su familia a través del bosque y vio una gran serpiente enroscada junto al sendero. Emitiendo un pequeño aviso, «huu», subió al árbol balanceándose. Prof tenía entonces tres años y andaba trastabilleando detrás de su hermana, así que no vio la serpiente. De haberla visto tampoco hubiera pensado en un posible

peligro. Tampoco pareció comprender el discreto aviso de Pom. Passion, que formaba la retaguardia, estaba muy lejos. De repente, cuando Prof estaba a pocas yardas de la serpiente, Pom, completamente asustada, se bajó, recogió a su hermanito y trepó hasta ponerlo en lugar seguro.

El siguiente trastorno importante en su vida de joven chimpancé hembra tuvo lugar cuando, aproximadamente a los diez años, se volvió por primera vez sexualmente atractiva para los grandes machos. Fifi estaba encantada con la nueva experiencia. Algunas veces, cuando un macho estaba muy evidentemente desinteresado por lo que ella tenía para ofrecer, se acostaba muy cerca y, esperando a pesar de todo, le miraba fijamente. O mejor dicho, miraba fijamente una parte de su anatomía que estaba, en lo que a ella concernía, desilusionadamente fláccida. Una vez ella llegó tan lejos que pellizcó el fláccido apéndice... con resultados altamente satisfactorios. Pronto se hizo evidente que los machos veían a Fifi como una pareja sexual deseable. No tenía el mismo sex appeal que Flo irradiaba en otro tiempo; pero en aquellos días era, después de todo, más joven e inexperta.

Cuando Pom, a su vez, pasó a ser sexualmente atractiva para los machos adultos por primera vez halló en ello, lo mismo que Fifi, una nueva y placentera experiencia y apremiaba a cualquier macho que diera muestras de interés. Pero mientras Fifi permanecía tranquila y relajada cuando cumplía con las demandas sexuales de los machos, Pom se agachaba antes que ellos, tensa y nerviosa, y escapaba al llegar el momento de la relación. Desarrolló un comportamiento extraño, neurótico. Solía suceder, por ejemplo, que cuando iba a saludar a un macho, emitía estrepitosa y frenéticamente jadeos de sumisión y, agazapándose ante él, manoteaba cerca de su cara marchándose después. Los machos se mostraban irritados por esta conducta y a veces la amenazaban o incluso la atacaban. Y así, en un círculo vicioso, ella iba aumentando su nerviosismo y su tensión. No era sorprendente que Pom estuviera lejos de ser la popular pareja sexual que Fifi había sido cuando tenía su misma edad.

La hembra adolescente de chimpancé, igual que sucede en la especie humana, pasa por una fase infértil característica entre la menarquía y la primera concepción. Para ambas, Fifi y Pom, este periodo duró unos dos años, durante los cuales unos diez días al mes estaban en celo y eran sexualmente atractivas y muy receptivas a los machos adultos. Estos meses fueron claramente beneficiosos para Fifi. Aunque Flo acompañaba algunas veces a su hija cuando iba en busca de compañía masculina, era ya vieja, así que Fifi solía salir sin ella. De este modo aprendió cómo moverse en la sociedad de adultos sin el apoyo de una madre de jerarquía superior. Como maduraba socialmente y confiaba más y más en sí misma, completó su evolución y pasó a ser más fuerte; más capaz de salir adelante cuando, por fin, se convirtiera a su vez en madre.

Sin embargo Fifi, a la vez que se convertía en progresivamente independiente y mundana, volvía siempre a reunirse con su madre después de cada periodo de coqueteo con los machos. Y así, continuaba siendo parte importante de la familia cuando en 1968, Flo dio a luz su último bebé. Tristemente, el pequeño Flame vivió sólo seis meses, pero durante este tiempo Fifi, siempre que tenía oportunidad -cuando no estaba sexualmente preocupada con los machos- disfrutaba llevando al pequeño, acicalándole y jugando tranquilamente con él, adquiriendo así una experiencia adicional en habilidad materna. Hacia el final de sus dos años de infertilidad, Fifi copulaba frecuentemente con uno u otro de sus machos pretendientes en los alrededores de los límites de la comunidad. Allí la pareja permanecía -si el macho podía conseguirlo- separada de los demás machos, mientras duraba el estado de Fifi. Durante tales asociaciones es cuando los machos pueden tener la suerte de engendrar

un descendiente. De hecho, es completamente cierto que el primer hijo de Fifi no fue engendrado por un macho de su propia comunidad, sino por uno de los machos de Kalande, en el sur, ya que Fifi efectuó un buen número de visitas a su territorio obedeciendo al peculiar impulso de vagabundear, de entrar en contacto y emparejarse con machos desconocidos que hemos observado en la mayoría de hembras durante la adolescencia tardía. Y parece que ella concibió durante una de estas excursiones. Una vez preñada, Fifi volvió a su propio territorio. Su relación con Flo y Flint, de siete años, pasó a ser más íntima, ahora que sus impulsos sexuales estaban, de momento, aquietados.

La adolescencia de Pom fue más turbulenta. Por aquel entonces el lazo entre ella y su madre era muy fuerte; en algunos aspectos más que el que había entre Fifi y Flo. Puesto que Passion siempre defendería a su hija durante las riñas con otras hembras de la comunidad, Pom se había vuelto enérgica y agresiva en su trato con ellas. Cuando Passion no estaba cerca, las otras solían desquitarse luchando contra Pom. Pero si Passion estaba lo bastante cerca como para escuchar los gritos de Pom, corría para defenderla y madre e hija, juntas, castigaban a la hembra culpable. Y Pom muchas veces también intentaba ayudar a su madre de la misma manera.

Recuerdo claramente un incidente de este tipo. Yo había seguido a Pom toda la mañana y estaba observando cómo ella y otra hembra, Nope, buscaban termitas. En ese momento escuchamos unos jadeos y luego unos gritos cosa de un kilómetro al oeste, lejos, por el valle. Ambas hembras se volvieron hacia los ruidos, pero mientras Nope volvió a comer, Pom siguió mirando hacia el oeste. Después de unos momentos hubo otra explosión de gritos. Nope no prestó atención, pero Pom emitió un pequeño gemido de temor, tocó a Nope, y siguió mirando al lejano grupo. Un minuto después llegó el enloquecido grito de un chimpancé atacado. Instantáneamente, con un grito de miedo, Pom desapareció corriendo en dirección a los ruidos. Por suerte para mí, el camino era bueno y no me quedé atrás. Corrimos durante unos cuatro kilómetros y entonces, mientras yo me enredaba en unas parras, vi a Pom junto a su madre, rascándola. Tanto Passion como Prof, que permanecía en lo alto de un árbol, estaban sangrando por unas heridas recientes, sin duda recibidas durante los ataques que acabábamos de oír. Un macho adulto cargó sobre nosotros, golpeó a Passion y a su hija y, tras el ataque, dejó a la familia a solas.

Incluso en los periodos en que Pom estaba en celo e iba en busca de gratificación sexual, Passion acostumbraba acompañarla. Y si Pom viajaba por su cuenta con los machos, solía volver pronto a la tranquilizadora compañía de su madre y del pequeño Prof. Hasta su sexto celo no vemos a Pom durmiendo junto a un grupo de machos lejos de su familia.

Al contrario que Fifi, Pom rara vez entraba en cortejos, y la razón, al menos en parte, era su inusualmente íntima relación con Passion. Recuerdo bien una calurosa tarde de septiembre de 1976. Al mediodía había encontrado a Pom acompañado, como era usual, por su madre y por su hermano. Con ellos estaba Satán, que intentaba desesperadamente conducir a Pom hacia el norte. Pero Pom no quería ir con él. Una y otra vez, con el pelo erizado y ojos amenazantes, Satán sacudía la vegetación y se iba en la dirección elegida, volviéndose para comprobar si ella lo seguía o no. Una y otra vez Pom desoía estas llamadas. En varias ocasiones Satán, exasperado, se contoneaba junto a Pom, amenazándola. Y cuando esto sucedía Pom avisaba a Passion gritando. Entonces Passion, aunque era muy vieja, apartaba al gran macho y profería un grito compuesto de enojados -y seguramente exagerados- alaridos. Una vez Satán atacó a Pom e inmediatamente Passion, con furiosos ladridos, apartó por sí misma al asaltante de su hija golpeándolo con los puños. Probablemente Satán se sorprendió tanto como yo. Dejó a la hija y se volvió hacia la

madre, aunque sólo efectuó un semiataque. Passion y Pom se rascaron mutuamente durante un buen rato mientras Satán, ceñudo, se sentaba a su lado. Después de aquella vez sólo intentó dos ataques más de esta clase para imponer su deseo, y cuatro horas después de encontrarse con ellas, abandonó y se marchó en solitario. ¡Pom había estado bien protegida!

El nacimiento del primer bebé es, para la madre, un suceso de épica significación. Y en el caso de Fifi el nacimiento también tuvo para mí la misma significación. En realidad, durante los ocho meses del embarazo de Fifi estuve casi tan impaciente (aunque no tanto) como durante mi propio embarazo, cuatro meses antes. ¿Iba a ser, como yo predecía, el mismo tipo de madre que Flo? Vimos por primera vez el bebé en mayo de 1971 cuando tenía sólo dos días. Recordando las salvajes aventuras sexuales de la adolescencia de su madre ¡lo llamamos Freud! Tal como esperábamos, Fifi fue desde el principio una madre relajada y competente. Como Flo antes que ella, era tolerante, afectiva y juguetona. También mostraba aspectos del singular comportamiento de su madre.

Un día, cuando Freud tenía solo dos meses, un estudiante me dijo: «¿No era eso lo que Flo solía hacer?» Y allí estaba Fifi columpiando a Freud cogiéndolo por un pie mientras le hacía cosquillas, tal como Flo acostumbraba a hacer con Flint. Hasta entonces nunca habíamos visto otra madre jugando de esa manera. Fifi lo había intentado, de pequeña, cuando jugaba con el pequeño Flint, pero entonces sus piernas eran demasiado cortas. Ahora imitaba a Flo a la perfección. Durante el primer año de vida de Freud, Fifi continuó pasando la mayor parte de su tiempo con su madre, pero, para nuestra decepción, Flo mostró poco interés por su nieto. A veces lo miraba y, a medida que crecía, lo toleraba cuando alguna vez se colgaba de sus pelos. Pero por aquel entonces, Flo ya estaba realmente vieja; apenas le quedaba energía para sostener su frágil cuerpo día tras día y ninguna para lujos como jugar con el pequeño de su hija. Freud sólo tenía quince meses cuando su abuela murió.

¿Y qué fue de Pom y su primer bebé? Tenía casi trece años cuando nació Pan. Yo esperaba que le diese un trato muy similar al que ella recibiera, pero en este caso (afortunadamente para Pan) mis predicciones resultaron ampliamente equivocadas. Pom era una madre más atenta y tolerante que Passion. En realidad la primera vez que la vi con su bebé, sosteniéndolo cuidadosamente durante el viaje siempre que se soltaba, parecía actuar como una auténtica madre. Pero le faltaba algo: Pom no llegó a desarrollar el grado de cariño maternal que demostraba Fifi.

En realidad y en cierta manera, el comportamiento de Pom reflejaba el modo cómo había sido educada en su infancia. Encontró dificultades para acunar a Pan cuando éste era pequeño, o simplemente no se molestó en hacerlo. A menudo, cuando estaba sentada en un árbol, el pequeño se le resbalaba del regazo y se quedaba colgando de ella, agitándose salvajemente, pataleando mientras intentaba volver a su posición inicial. Sólo cuando se quejaba Pom miraba abajo y, al parecer sorprendida, lo volvía a colocar sobre su regazo. Raramente cuidaba de que Pan no se cayese y a menudo después de unos minutos, resbalaba de nuevo y se repetía la secuencia. Pom, como Passion, acostumbraba a desplazarse sin comprobar si su hijo la seguía; pero a diferencia de Passion, Pom casi siempre se volvía con rapidez al primer gemido de dolor. Parecía esperar que Pan siempre fuese capaz de seguirla, pero enseguida se daba cuenta de cuándo no podía hacerlo. Pom, como Passion, no era una madre juguetona, pero Pan no sufría, ya que Pom pasaba la mayor parte de su tiempo con Passion y su nuevo hijo, Pax. Y Pax, tan sólo un año mayor que Pan, era un compañero de juegos perfecto.

A pesar de haber resultado una madre mejor de lo que esperaba, Pom perdió su tercer

hijo. Yo presencié el fatal accidente que le llevó a la muerte. Fue durante una de aquellas violentas tormentas de una mañana de agosto en la que las rachas de viento arrasaban el valle, agitando las copas de los árboles y causando grandes estragos. Durante media hora estuve tendida boca arriba mirando a Pom y Pan, mientras éstos comían el fruto de la palma aceitera a metro y medio de altura. Pan casi tenía tres años; ya era capaz de pelar la fruta, aunque prefería la que le daba su madre semimasticada. Durante cierto tiempo permaneció fuertemente agarrado al cabello de Pom, hecho un manojo de nervios a causa de la violencia del viento, como les ocurre a muchos chimpancés. Pero luego se mostraba valiente y aventurero y se iba a jugar más lejos a pesar del vendaval. De pronto una furiosa ráfaga azotó violentamente la espesura y Pan, como un muñeco, fue barrido de lo árboles. Parecía casi flotar en el aire, con los brazos y las piernas extendidos como un águila, como tendido en un colchón flotante e invisible. Cuando golpeó el suelo, dura roca tras el fiero sol del verano, hizo un ruido sordo. Un momento después, dos estranguladas gritos que herían el corazón y luego el silencio.

Yo estaba temblando cuando me dirigí hacia su cuerpo. Yacía tal como había caído, sobre su espalda. Sus ojos estaban cerrados. Vi arriba a Pom, súbitamente abandonada en el árbol. Estaba mirando fijamente hacia abajo, hacia el suelo. Muy lentamente, como asustada, bajó y se aproximó a su cría. Cautelosamente marchó hacia arriba con su cuerpecito. Para mi absoluta sorpresa él la cogió del pelo y la abrazó, como si ella se marchase lejos. Me había parecido que ya estaba muerto.

Durante las dos horas siguientes permaneció con su cría, acicalándola. Ninguna madre se habría mostrado más preocupada y solícita. Pan mamó largo rato; entonces se inclinó hacia Pom, con los ojos cerrados. Cuando se movió lo hizo lentamente; parecía casi aturdido. Me di cuenta de que al final había sufrido una conmoción cerebral. Pom cogió a su magullado hijo y lo transportó a un árbol alto para comer.

Desgraciadamente esto sucedió el mismo día que yo tenía que dejar Gombe. El barco estaba esperando y no pude seguir la tragedia hasta el final. Tres días más tarde, cuando Pom fue vista otra vez, Pan había muerto. Seguramente por lesiones internas o por fractura de cráneo, o por ambas cosas. Por extraña coincidencia tres semanas más tarde, en Dar es Salaam, un muchachito, el séptimo hijo del cocinero de un vecino mío, se cayó de un cocotero y quedó en el suelo igual que Pan, de espaldas. Fue conducido rápidamente al hospital, donde le encontraron fuertes lesiones internas, incluyendo el hígado roto. Le curaron lo mejor que pudieron, pero falleció poco después.

No sería correcto culpar del accidente enteramente a Pom, acusarla de negligencia. Podría sucederle a cualquier pequeño. Pero no puedo imaginar a Fifi perdiendo una criatura de esta manera. Fifi, igual que Flo antes que ella, igual que todas las madres chimpancé verdaderamente atentas, permanecen alerta ante cualquier peligro potencial. Con frecuencia «rescatan» a sus crías antes de que hayan comenzado a dar muestras de angustia o temor. Después de la muerte de Pan, comencé a observar cuidadosamente a Fifi cada vez que andaba por lo alto de una palmera con alguno de sus hijos en días de fuerte viento. La cría permanecía siempre cerca de ella. Aunque no podría determinar si se debía propiamente a la intervención de Fifi o a aprensión de la cría, en cualquier caso era lo mismo: si la cría era extremadamente cautelosa es probable que se debiera, al menos en parte, a que sus movimientos habían sido firmemente restringidos en circunstancias interiores

Pom enfermó después de la trágica muerte del pequeño Pan; estaba tan aletargada y demacrada que creímos que no se recuperaría. Las relaciones que tenía ahora con su madre pasaron a ser tan íntimas que rara vez se separaban. Recuerdo que un día en que

accidentalmente se separaron, Pom buscó a Passion durante casi una hora, gimiendo frecuentemente para sí, encaramándose de vez en cuando a los árboles altos y mirando desde aquellos puntos aventajados en todas las direcciones. Hasta cierto punto debían ayudarla las ocasionales vaharadas del olor característico de Passion, ya que, mientras viajaba repetidamente, se inclinaba y husmeaba el camino o cogía hojas y las olía cuidadosamente antes de dejarlas caer. Cuando madre e hija terminaron por reunirse, Pom, le precipitó sobre Passion con pequeños chillidos de excitación y placer, y ambas estuvieron acicalándose durante una hora.

Como hemos visto, las historias de las vidas de Fifi y Pom han seguido líneas bien distintas. Después de la muerte de su madre, Pom se fue volviendo cada vez más solitaria y acabó abandonando la comunidad. Fifi, en cambio, se convirtió en una de las hembras dominantes de su grupo, manteniendo una amistosa relación con los machos adultos y también con las otras hembras. Asimismo, ha llegado a ser la hembra con más éxito reproductivo de Kasakela hasta hoy. Puede que la mayor contribución de Flo a Fifi fuese genética, o quizás educacional, o la mezcla de ambas; en cualquier caso la receta funcionó. Y sus dos hijos mayores, que también recibieron el cincuenta por ciento de sus genes de su madre y fueron probablemente educados de la misma manera, se desarrollaron también con la receta de Flo. Particularmente el más pequeño de los dos, Figan, que durante un tiempo fue el macho más poderoso de la historia de Gombe.

V. EL AUGE DE FIGAN

Desde el principio fue obvio que Figan estaba dotado de una inteligencia excepcional, de la que proporcioné numerosos ejemplos en mi primer libro, *In the shadow of the man.* Era igualmente clara su determinación de alcanzar la posición más alta en la sociedad de los machos. Desarrolló una impresionante y contundente exhibición. Esta exhibición sirve para que un chimpancé parezca más grande y peligroso de lo que realmente puede ser: con el pelo enhiesto, zarandeaba la vegetación con sus saltos, arrastraba ruidosamente grandes ramas por el suelo volteándolas luego por encima de su cabeza; cogía y lanzaba rocas con tal vigor que volaban impredeciblemente hacia delante, hacia atrás o hacia los lados; pa1 taba y manoteaba el suelo o los troncos de unos árboles, con los labios comprimidos y el ceño fruncido. Y lo más salvaje e impresionante de su exhibición, cuidadosamente planeada y ejecutada, era su capacidad de intimidar a los rivales sin necesidad de combas e físico, durante el cual tanto él como su oponente podían resultar heridos. Cuanto más pequeño es el individuo más impelido se ve a realizar esta exhibición.

Incluso de adolescente Figan se mostró rápido en percatarse e intentar tomar ventaja del menor signo de debilidad (como enfermedades o heridas) de alguno de los machos adultos. Entonces, cuando el macho dominante estaba en desventaja, Figan presentaba su candidatura -su impresionante exhibición- una y otra vez. A menudo era ignorado, incluso amenazado. Pero a veces su audacia tenía efecto y el macho mayor aceleraba el paso. Hasta una victoria temporal como ésta ayudaba a Figan a ganar confianza en sí mismo.

Cuando Mike depuso a Goliath y alcanzó la máxima posición (le la comunidad, Figan tenía nueve años y estaba claramente fascinado por la estrategia imaginativa del nuevo alfa: Mike empleaba bidones vacíos de quince litros en sus exhibiciones de ataque, golpeándolos y pateándolos delante de él cuando corría hacia sus rivales, con gran éxito por su parte, pues los intimidaba a todos, incluso a los más grandes que él. Todos los chimpancés estaban impresionados por estas ruidosas y con frecuencia aterradoras demostraciones. Pero Figan era el único al que vimos, en dos ocasiones distintas, «practicar» con los bidones abandonados por Mike. De modo característico -ya que era un maestro en evitar problemas- lo hacía solamente fuera de la vista de los machos de más edad, que se habrían mostrado intolerantes con este comportamiento en un simple adolescente. Indudablemente habría llegado a ser tan hábil como Mike si no hubiéramos quitado los bidones de la circulación.

La intensa motivación de Figan para alcanzar la mejor posición social posible, además de su inteligencia, le destinaba a ser un futuro alfa. Sólo parecía tener un serio inconveniente: su impetuosa naturaleza. Durante una intensa excitación social, por ejemplo, a veces empezaba a gritar incontroladamente y con frecuencia se precipitaba sobre un individuo cercano, macho o hembra, tocándole o abrazándole para tranquilizarlo. A veces agarraba su propio escroto. Sin embargo, puesto que yo estaba terminando *In the shadow of man,* escribí: «Sospecho que Figan puede llegar a ser el macho dominante».

La historia subyacente a la larga lucha de Figan para alcanzar la posición alfa es fascinante. Gira alrededor de las complejas y cambiantes relaciones que tuvo con los restantes machos: su hermano, Faben; su compañero de la infancia, Evered; y el mayor de los cuatro, el poderoso y desusadamente agresivo Humphrey.

Cuando Faben fue atacado por la polio y perdió el uso de un brazo, Figan consiguió dominar a su hermano mayor. En los tres años siguientes los dos jóvenes machos interactuaron muy poco. Por supuesto no habían estado el mismo tiempo con su madre;

probablemente habían crecido separados. En aquel tiempo Faben era amigo de Humphrey y Figan se mostraba claramente molesto en presencia de machos mucho más grandes y fuertes que él.

Al cumplir Figan los dieciséis años la naturaleza de sus relaciones con Faben volvió a cambiar. Los hermanos pasaron a ser cada vez más amigos y por primera vez les vimos uniendo sus fuerzas contra Evered, uno de los rivales de Figan y compañero de juegos infantiles. Ambos hermanos lo vencieron con facilidad, hiriéndole por añadidura.

Algún tiempo antes del ataque, las relaciones entre Figan y Evered habían sido tensas. Cuando se encontraban efectuaban vigorosos despliegues, intentando intimidarse mutuamente. Evered, por ser el mayor, acostumbraba a triunfar, pero después de ser derrotado por los hermanos empezó a saludar a Figan cuando se encontraban con nerviosos y jadeantes gruñidos. Estuvo portándose así algunos meses. Pero la juventud puede resurgir y Evered, al igual que Figan, estaba también muy motivado para ascender en la escala social. Evered recuperó gradualmente la confianza en sí mismo, o al menos en parte, porque Figan no siempre lo intentaba con su hermano: Faben se mostraba aún amistoso con Humphrey, y Figan, con sabiduría, se dejaba guiar claramente por el macho más fuerte. Por otra parte, incluso cuando los hermanos estaban juntos, Faben no *siempre* ayudaba a Figan: algunas veces se sentaba a mirar.

En esta época, aunque Mike era aún el líder, comenzaba a mostrar síntomas de vejez. Sus dientes estaban gastados; los caninos, rotos. Su pelo, mate y terroso, empezaba a debilitarse. No es sorprendente que Figan, siempre astuto y avizor, fuese el primero en aspirar a la autoridad del decaído alfa. Al principio se limitó a ignorar las exhibiciones de Mike: ¡se sentaba mirando en otra dirección! Esto tuvo el claro efecto de acobardar a Mike, que a veces se exhibía una y otra vez cerca de Figan, intentando desesperadamente provocar alguna señal de respeto. Pero Figan no se dejaba impresionar y, a medida que pasaban las semanas, se exhibía cada vez con más frecuencia cuando Mike estaba cerca. Y pronto Evered también empezó a cuestionar la posición de Mike.

Estos tres jóvenes machos, sin embargo, siguieron mostrando un gran respeto hacia Humphrey. Y el mismo Humphrey, según la costumbre (desde que derrotó a Mike en un combate) era el más respetado de los viejos alfa. Así pues, en 1969 escribí: «Pronto estaremos en una situación en la cual ningún macho dominará completamente. En verdad, algo va a pasar muy pronto».

Y ese algo sucedió en un gris y sombrío día en enero de 1970.

Mike estaba sentado solo en el campamento, comiendo tranquilamente unos cuantos plátanos, cuando de repente Humphrey, seguido de cerca por Faben, bajó de la colina y lo atacó. Sin ningún motivo aparente. Mike, gritando, buscó refugio en un árbol. Humphrey le siguió, le tiró al suelo y le golpeó, dándole patadas. Faben se unió a la pelea y propinó un par de golpes a Mike. Humphrey, que parecía impresionado por lo que había hecho, se fue, con Faben a la zaga. Los dos agresores desaparecieron, dejando a Mike visiblemente destrozado, emitiendo grititos de miedo y de dolor.

Todo sucedió con tal rapidez que terminó en un momento. Pronto constituyó un hito histórico que marcó el fin de una era: el reinado de seis años de Mike como alfa. Casi de la noche a la mañana se había convertido en uno de los machos con menos prestigio de la comunidad: incluso algunos de los adolescentes lo desafiaban y Mike apenas se mantenía en pie.

Una semana después de su derrota seguí al caído rey cuando dejó el campamento. Caminaba lentamente, parando a menudo por el camino para coger y masticar unas cuantas

hojas y frutas. Más tarde, bajo el calor del mediodía, dobló unos arbolitos y se tendió sobre ellos para descansar. Yo me apoyé en el nudoso tronco de una vieja higuera. Todo estaba tranquilo y en paz. Mike estaba echado, con los ojos abiertos, mirando al cielo. Mirándole me preguntaba qué estaría pasando por su mente. ¿Recordaba su poder perdido? ¿Somos los humanos, con nuestra continua preocupación por nuestra imagen, los únicos que experimentamos sensación de humillación? Mike volvió la cabeza y me miró directamente a los ojos. Su mirada parecía serena, tranquila. Quizás, pensé, estaba contento por el descanso que suponía dejar el poder. Después de todo, para un chimpancé dominante es un duro trabajo mantener su posición, aunque sea joven y fuerte. Y Mike era viejo y estaba muy cansado. En ese momento cerró los ojos y se durmió. Más tarde, cuando se despertó, anduvo por el bosque, solitario, disminuido entre los majestuosos árboles.

Humphrey sucedió a Mike automáticamente como alfa. Pero aunque había conseguido una victoria decisiva, apenas le supuso gloria alguna. Era fuerte y estaba en su mejor momento. Pesaba a lo sumo diez kilos más que el viejo Mike. Nada inexorable había sucedido; tras este acceso al máximo rango no existía una serie impresionante de batallas contra un poderoso adversario. Y a pesar de su fuerte y fiero temperamento, Humphrey nunca pasó a ser un verdadero e impresionante alfa: era poco más que un matón, fanfarrón, carente de la energía, inteligencia y coraje que fueron admirables características de Mike y de su predecesor, Goliath.

Aun favorecido por la feliz partida de Hugh y Charlie, los dos machos que más temía, Humphrey nunca llegó a ocupar la máxima posición. Esto sucedía pocos meses antes de que Humphrey derrotara a Mike, cuando la comunidad que yo mantenía bajo observación desde diez años atrás comenzaba a dividirse. Una parte de ellos pasaban cada vez más tiempo en el sur del área de distribución compartida hasta entonces por todos los miembros de la comunidad. Los líderes del movimiento hacia el sur eran Hugh y Charlie. Casi con certeza hermanos, ambos mantenían una relación de ayuda mutua y casi siempre viajaban juntos. Formaban un equipo formidable y era realmente sorprendente que temieran a Humphrey, que no tenía un solo amigo íntimo y únicamente contaba con la ocasional colaboración de Faben, que tenía un brazo inútil. Cuando Hugh y Charlie, junto con los otros machos del «extremo sur» efectuaban una de sus ocasionales excursiones hacia más allá del límite norte, Humphrey solía evitarlos. Gradualmente estas expediciones pasaron a ser más esporádicas y por fin terminaron por completo.

Todo parecía acorde a los deseos de Humphrey. No sólo era capaz de librarse de sus rivales, sino que, como resultado de la división de la comunidad, quedaban solamente ocho machos adultos sobre los que mantener el control: Mike y Goliath, sus antecesores, habían tenido que mantener su autoridad sobre más de catorce machos. A pesar de este buen comienzo, Humphrey sólo retuvo su máxima posición un año y medio. Figan la usurpó.

Incluso durante los primeros meses de su reinado Humphrey parecía ver en Figan un peligro potencial: se exhibía, erizaba el pelo y se magnificaba a sí mismo con más frecuencia que en otras épocas en presencia de Figan. Probablemente tales ejercicios servían tanto para estimular su confianza en sí mismo como para impresionar a Figan. Éste, por su parte, se mantenía apartado del camino de Humphrey tanto como le era posible, al menos aparentemente respetuosísimo con el nuevo alfa.

Mientras, estaba preocupado con su larga batalla para dominar a Evered. Claro que, rememorando los sucesos del periodo tormentoso, parecía probable que Figan se diera cuenta desde el principio que su más formidable rival era Evered y no Humphrey.

Poco después del cambio de los machos alfa tuvo lugar una seria lucha entre Evered y

Figan. Los dos machos empezaron una escaramuza en lo alto de un árbol. Evered estaba junto a uno de los machos senior, y Figan, superado, cayó al suelo desde unos nueve metros. El victorioso Evered se exhibió magníficamente a través de las ramas mientras Figan, chillando, se sentaba abajo. Estaba malherido, con la muñeca torcida o quizás algún hueso de la mano roto y anduvo cojeando las tres semanas siguientes.

Esto sucedía justo dos meses antes de la muerte de Flo. Ésta parecía increíblemente vieja; su cuerpo estaba encogido; sus ojos, casi siempre apagados e inexpresivos, sus movimientos lentos. Pero cuando oía los frenéticos chillidos de su hijo como mínimo a medio kilómetro de distancia, aún saltaba sobre sus pies y, con los pelos que le quedaban erizados, corría hacia los sonidos tan rápidamente que su seguidora humana se quedaba atrás. Puede que parezca poco lo que esta delicada y anciana dama podía hacer por ayudar a Figan contra sus poderosos agresores al llegar a la escena de los acontecimientos. Pero su presencia le calmaba. Su frenético griterío daba paso a suaves quejidos cuando él, cojeando, se dirigía hacia su madre. Y cuando ella empezaba a acicalarle ambos se tranquilizaban, relajándose bajo el tranquilizador contacto de sus dedos como sucedía en su infancia y adolescencia. Cuando Flo se iba, Figan la seguía, manteniendo su mano herida sin tocar el suelo. Hasta que tuvo la mano curada no la dejó para encaminarse hacia la sociedad de machos adultos con todas sus tensiones y peligros, sus estímulos y sus excitaciones.

El siguiente drama que registramos fue una pelea entre Figan y Humphrey. No fue muy dramática y ninguno de los dos machos resultó herido, pero para el macho alfa significó el principio del fin. Cuando terminó la pelea, ambos combatientes corrían repetidamente para tocar o abrazar alguno de los machos presentes. No sólo buscaban aceptación; también trataban de conseguir aliados.

En esto sólo Figan tuvo éxito: persuadió a uno o dos para que se uniesen a él y juntos atacaron a Humphrey, que escapó y estuvo vagando en solitario durante algunos días. Su periodo de mayor control había finalizado; pero el de Figan estaba por empezar.

Lo más importante que aprendimos sobre la batalla por el poder entre los chimpancés, lo que más llamó nuestra atención, fue la importancia de las coaliciones. Un macho adulto que intentaba alcanzar el puesto dominante tenía muchas más probabilidades de éxito si disponía de un aliado, de un amigo que le proporcionase una ayuda segura en los momentos de necesidad; que nunca, y eso era lo más importante desde el punto de vista psicológico, se pusiera a favor de un rival.

En aquel momento se forjó una alianza temporal entre Humphrey y Evered. Buscaban la mutua compañía y a menudo se acicalaban el uno al otro. Cuando estaban juntos, dándose apoyo moral, podían permitirse ignorar las exhibiciones de Figan. En realidad, juntos lo vencieron dos meses después. Pero eso no cambió mucho las cosas; Humphrey casi siempre evitaba a Figan, mientras la hostilidad y la tensión entre Figan y Evered parecía aumentar. Las exhibiciones que cada uno realizaba junto al otro cuando se encontraban se fueron haciendo más vigorosas. Una vez actuaron repetidamente hasta cuatro veces, cada uno durante más de una hora. Figan, con el pelo erizado, corrió hacia Evered, agarró una gran roca y se exhibió delante de él mientras los otros miembros del grupo se dispersaban. Entonces se sentó sin aliento. Momentos después empezó Evered. Saltaba agitando la vegetación cerca de su rival, rompió una rama delante de él y, concluido su turno, se sentó jadeando. Cinco minutos después Figan empezó una nueva exhibición. Y así sucesivamente. Antes de que acabaran habían conseguido crear una gran emoción y nerviosismo entre los espectadores, probablemente por su gran esfuerzo. Podríamos decir que al final el resultado estaba igualado.

Figan, a pesar de su inteligencia y de su deseo por llegar al puesto dominante nunca hubiese alcanzado la posición alfa de no haber sido por un cambio de opinión de Faben. Hasta ese momento, aunque Faben nunca se había unido en bandas contra su hermano menor, nunca le había dado su apoyo. Pero de repente, hacia finales de 1972, la relación entre ambos se volvió más íntima: si Figan desafiaba a otro macho y Faben estaba por allí se unía a él, actuando al unísono con su hermano. Si Figan necesitaba ayuda, Faben estaba preparado para prestársela. Se convirtió, o así lo parecía, en el principal apoyo de Figan para alzarse con el poder.

¿Por qué Figan mostró ese cambio de postura? ¿Fue quizás, o al menos en parte, consecuencia de la muerte de Flo? El fuerte lazo entre los hermanos no se estableció inmediatamente después de dicha muerte, pero por aquel entonces ni Faben ni Figan habían visto el cuerpo muerto de su madre, por lo que no podían saber que Flo se había ido para siempre. Luego, tras unas semanas sin signos de ella, ¿no debió sentir Faben una sensación de abandono, un lugar vacío en su corazón, pese a ser un macho adulto? ¿Una cierta soledad, que intentó mitigar pasando más tiempo con su hermano?

Es verdad que tanto Faben como Figan, siendo adultos, habían encontrado confort en la tranquilizadora presencia de su madre. Una vez, cuando se lesionó el pie, Faben viajó con Flo hasta que volvió a estar bien (igual que Figan cuando se torció la muñeca). En aquellos tiempos Faben regresaba de una larga estancia en el norte con la mano del brazo paralizado muy infectada. Desde luego, le dolía mucho. Se movía muy lentamente, andando en posición erecta y meciéndose los abultados dedos con su mano sana. Durante varios días permaneció cerca del campamento, explorando constantemente las laderas del valle, como esperando ver a alguien. Nunca sabremos si, como yo sospecho, buscaba el calor de su madre; pero Flo, por una de esas jugadas irónicas del destino, había muerto el día antes de su regreso.

No sabemos las razones ocultas tras la decisión de otorgar tan entusiástico soporte a su joven hermano, pero en abril de 1973 ambos eran totalmente inseparables. La fuerza de esta alianza no solamente condujo a la caída de Humphrey, sino que permitió a Figan, en último término, derrotar a Evered. Figan consiguió ambas victorias en el transcurso de tres importantes pugnas.

La primera tuvo lugar a finales de abril. Figan y Faben atacaron juntos a Evered, que se refugió, gimiendo y chillando, en la copa de un árbol. Los hermanos continuaron el ataque por abajo alrededor de una hora y media; durante una tregua, su víctima terminó por escapar.

Cuatro días más tarde se produjo la segunda. Figan atacó a Humphrey, con mucho oponente más peligroso que Evered, ya que pesaba al menos ocho kilos más que Figan o Evered. Sucedió por la noche. Se encontraban presentes los cuatro machos más importantes; de hecho habían estado juntos todo el día en un gran grupo, disfrutando en los charcos que tanto abundan al final de la temporada de las lluvias. Se daba el tipo habitual de excitación, exhibiciones y gritos. Nada fuera de lo ordinario. Mientras el sol se hundía en el lago por el oeste, Figan estaba comiendo solo a cierta distancia de los demás. El chasquido de las ramas y el susurro de las hojas indicaban que los chimpancés empezaban a hacer sus nidos para pasar la noche. Era un momento de paz, un tiempo para relajarse apaciblemente después de un largo día, antes de tumbarse con la barriga llena.

Figan dejó de comer. Por un momento se sentó en su árbol y entonces, totalmente en calma, descendió. Pero cuando llegó donde estaban los otros su pelo había empezado a erizarse y cuando trepó a su árbol, moviéndose aún más rápidamente, se irguió hasta

parecer el doble de su tamaño normal. De repente se encontró fuera, exhibiéndose salvajemente desde las ramas, agitándolas violentamente, saltando y balanceándose de un lado a otro del árbol. Se organizó instantáneamente un pandemónium de chimpancés chillando y huyendo de su proximidad, muchos de ellos saltando de sus nidos. En resumidas cuentas, Figan perseguía un viejo macho, lo aplastó al pasar y entonces, cayendo en el frenesí, saltó hacia abajo, donde Humphrey estaba sentado en su nido. Los dos machos, trabados en combate, cayeron al suelo desde por lo menos tres metros de altura. Humphrey se alejó y huyó de allí gritando. Figan lo agarró a corta distancia y entonces, sin detenerse a respirar, saltó atrás en el árbol y continuó brincando por las ramas.

Durante los siguientes quince minutos Figan se exhibió cinco veces más. Por dos veces atacó a machos de nivel inferior y los gritos frenéticos de sus desafortunadas víctimas se añadieron a la confusión general. Finalmente, Figan se calmó (debía estar exhausto) y se sentó. Viéndolo Humphrey, que había trepado a otro árbol, se hizo otro nido. ¡Demasiado pronto! Apenas había recostado su cabeza sobre el blando montón de hojas cuando Figan empezó otra exhibición y de nuevo se lanzó hacia su rival. Por segunda vez los dos se fueron al suelo; por segunda vez Humphrey escapó y se internó en la espesura gimiendo lastimeramente.

En aquel momento casi era ya de noche. Figan se sentó por un momento en el suelo y luego trepó a un árbol y se hizo un nido. Sólo entonces regresó Humphrey y, muy silenciosamente, se hizo su tercer nido. Esta vez pudo pasar la noche sin otra interrupción.

El hermano mayor, Faben, había observado esta escaramuza desde su nido. Me pregunto si Figan se hubiese atrevido a atacar a su poderoso adversario de no estar Faben presente. Sospecho que no. Tal como era, estaba seguro de que Faben lo ayudaría si lo necesitaba. Y quizás lo más importante: Humphrey también lo sabía.

Tras de esta decisiva victoria, observada por más de la mitad de los miembros de la comunidad de Kasakela, el dominio de Figan parecía asegurado. Pero aunque aceptó calmosamente las muestras de respeto de Humphrey, Evered seguía constituyendo una amenaza. Después de todo, él había dominado a Figan durante años, y en su larga búsqueda del poder había mostrado una persistencia y un vigor muy superiores a los de Humphrey. El gran final llegó hacia finales de mayo y, como antes, Faben concedió a Figan todo su apoyo.

Ocurrió en una calurosa y húmeda tarde. Los dos hermanos estaban comiendo tranquilamente cuando los peculiares jadeos de Evered se oyeron a lo lejos, en el valle. Se miraron con los pelos erizados, sonriendo con excitación. Luego, saltando al suelo, corrieron hacia el lugar de donde procedían los gritos. Encontraron a Evered en un árbol de la ladera. Aterrorizado, se quedó allí agachado mientras los hermanos atacaban desde abajo, agitando ramas y lanzando piedras. Entonces, como uno solo, saltaron al árbol y se tiraron sobre su víctima. Enganchados, rodando, los tres machos cayeron al suelo y Evered consiguió liberarse. Escapó colina arriba, y buscó refugio en otro árbol. Durante la hora siguiente los hermanos lo siguieron, exhibiéndose detrás de él. Pobre Evered: allí estaba, gimiendo de vez en cuando y gritando de miedo hasta que Figan y Faben terminaron por irse. Evered no se atrevió a bajar del árbol y escapar en tanto no estuvieron a respetable distancia y fuera de su vista.

Figan había alcanzado la máxima posición.

VI. PODER

Una cosa es alcanzar la máxima posición en una comunidad y otra muy distinta conservar dicha posición día tras día, mes tras mes. Figan alcanzó este objetivo gracias al sostén de hermano, pero Faben no iba a estar allí todas las horas del día y todos los días. ¿Cómo se las arreglaría Figan si uno de los otros machos pretendía modificar el nuevo orden?

La prueba no tardó en llegar. Faben, envuelto en románticos juegos con una hembra, desapareció durante tres semanas en el extremo norte de los límites de la comunidad. Figan estaba extraordinariamente inquieto, por lo que Humphrey y Evered, con el aliado a distancia, podían haber aspirado a ser los nuevos alfa. Figan trepaba a menudo a un árbol alto desde cuyas ramas superiores miraba en todas direcciones buscando cualquier señal de la presencia de su hermano. De vez en cuando emitía el largo y potente grito que utilizan para llamar la atención en tiempos de necesidad, lo que llamamos un grito de SOS. Pero Faben estaba demasiado lejos para oírle y Figan se vio obligado a confiar en sus propias fuerzas.

Me vino a la memoria el día en que le quitamos los bidones a Mike, al principio de su reinado como alfa: Mike había puesto su confianza en ellos durante la lucha, del mismo modo que Figan había confiado en Faben. Mike, en su esfuerzo por compensar la pérdida, hizo grandes esfuerzos para realizar sus impresionantes exhibiciones de distintas maneras. Lanzaba las rocas más grandes, arrancaba y agitaba ramas enormes, incluso dos a la vez. Una vez acometió a un grupo de machos adultos con una palma en cada mano e incluso se detuvo para coger una tercera. Mike se fue tranquilizando muy lentamente cuando se dio cuenta de que sin sus preciosos bidones podía mantener igualmente el respeto de los otros machos.

Y ahora, diez años después, Figan respondía a una situación parecida de la misma manera. La frecuencia y el vigor de sus exhibiciones aumentó dramáticamente; era un maestro a la hora de planear estas actuaciones. Así, si era posible, se dirigía sesgadamente colina arriba sobre un confiado grupo y después atacaba. Esto no sólo le daba la ventaja del factor sorpresa, sino que le permitía aparecer de la manera más impresionante desde arriba. Y, desde luego, era menos cansado correr cuesta abajo; por tanto podía disponer de más energía por si era necesario repetir la exhibición en caso de insubordinación.

Más efectiva era su actuación arbórea al empezar a amanecer, cuando todo estaba casi oscuro y el resto del grupo estaba o permanecía acostado. Se organizaba un pandemónium, con confusos chimpancés gritando y alborotando desde sus nidos. Figan saltaba de rama en rama en todas direcciones, sacudiendo la vegetación, chasqueando grandes ramas y, como máxima medida, aporreando de vez en cuando a algún desgraciado subordinado. La confusión y el miedo eran increíbles. Y entonces, cuando era reconocido por todos como su nuevo alfa, todo él exultaba majestad, sentándose en el suelo como el gran jefe de una tribu para recibir la obediencia de sus súbditos.

Así pues, como resultado de su elevado grado de motivación y determinación y el dispendio de tan gran esfuerzo, Figan se mantenía en la máxima posición. Y cuando Faben volvía por fin al centro del área de la comunidad, Figan era capaz de relajarse y disfrutar por completo del fruto de su trabajo: el respeto de todos los demás miembros de su grupo social y el derecho a acceder el primero a cualquiera de los lugares de alimento o a toda hembra atractiva que le fascinara. Era el Poder.

Un día, poco después del regreso de Faben, vi cómo los dos hermanos, que temporalmente estaban en el mismo territorio, se acercaban a otros tres machos que estaban comiendo pacíficamente frutos caídos. Como Figan, seguido de cerca por Faben, cargaba contra ellos, gritaron y se encaramaron a los árboles. Los dos hermanos se sentaron con los pelos erizados y miraron arriba entre las ramas. Satán, que era bastante más grande que el nuevo alfa y estaba en su mejor momento, se precipitó hacia abajo y con fuertes gruñidos de sumisión apretó su boca contra el muslo de Figan.

Y Figan, completamente relajado, absolutamente seguro de sí mismo, tendió una mano munificente hacia la inclinada cabeza. Entonces, viendo que Satán empezaba a acicalar a Figan, Jomeo y Humphrey se aproximaron también para presentarle sus respetos, y por un momento Figan se vio acicalado por los tres.

Faben nunca llegó a ocupar un alto lugar en el ranking de los machos a causa, probablemente, de su brazo paralizado. Como hermano del alfa era tratado con un nuevo respeto por los otros machos, al menos mientras Figan rondaba por los alrededores. Es probable que Faben se percatara de ello enseguida, ya que, después del primer periodo de tres semanas que pasó en el norte, rara vez pasaba más de unos cuantos días alejado de Figan.

Alguno de los machos adultos pasaba mucho tiempo en solitario; incluso Mike, cuando era alfa, sentía de vez en cuando la llamada de la soledad. Pero Figan, desde su más tierna infancia, había metido la nariz en todo y era intensamente feliz formando parte de un ruidoso y excitable grupo de machos y hembras, siendo el mejor. Ahora que Faben pasaba tanto tiempo con Figan, se hizo mucho más sociable. Ambos hermanos formaban juntos el eje a cuyo alrededor giraba la rueda de la sociedad. Los otros chimpancés, particularmente los machos, quedaban tan fascinados como intimidados cuando Faben marchaba con su espléndido caminar erecto, balanceando su brazo tullido, el pelo erizado, uniéndose a las exhibiciones de su alfa.

En los dos primeros años de su reinado Figan alcanzó una posición de poder casi absoluto sobre la comunidad. Ello significaba que podía, si así lo deseaba, mantener los derechos de cópula sobre toda hembra que le gustara, y además en exclusiva. En cuanto proclamaba su interés amenazando a cualquier posible pretendiente que se aproximara demasiado, su mera presencia cerca de la pareja del momento solía bastar para inhibir el avance sexual de los otros machos. Estableció un patrón de conquista de la comunidad de hembras, tomándolas una después de otra cuando estaban en su más alto grado de seducción, durante los últimos cuatro o cinco días de la hinchazón y enrojecimiento de la zona isquiática.

La privilegiada posición de Faben en aquella época era muy clara; participaba al mismo tiempo de las posesiones sexuales de su hermano y de ciertos preciosos artículos alimenticios, como la carne. Y Figan recibía una ayuda decisiva por su generosidad: Faben le ayudaba a vigilar a la novia de turno cuando Figan estaba momentáneamente ocupado en otra parte. Sin embargo, ni siquiera Figan y Faben juntos podían evitar que la hembra tuviera algún apareamiento ocasional clandestino con alguno de los frustrados machos del ranking amoroso. Sus oportunidades empezaban cuando la atención del macho alfa y de su hermano estaban temporalmente en otra cosa. Una vez, por ejemplo, cuando Figan y Faben estaban intentando localizar una tropa de monos colobos intentando conseguir carne de mono, otros tres machos copularon con su hembra en rápida sucesión. ¡Ninguno de los hermanos se enteró!

Sorprendía observar como las hembras siempre cooperaban en estos actos ilícitos.

Porque cuando Figan se enteraba corría hacia la pareja y, muy a menudo, golpeaba a la hembra por su infidelidad. Lo cual tenía más sentido que atacar al macho rival con una escaramuza, con lo que habría dejado otra vez a la hembra sin vigilancia y en situación de copular rápida y clandestinamente.

El macho que conseguía copular más veces con las hembras de Figan era el adolescente Goblin. Estaba completamente fascinado por el sexo e, incidentalmente, fascinado también por Figan. Porque éste no lo veía como un rival (tenía solo nueve años cuando Figan tomó el poder) Goblin podía mantener una sorprendente proximidad con las distintas hembras con las que el macho alfa satisfacía sus necesidades sexuales. Así, si se distraía aunque fuera momentáneamente la atención de Figan, Goblin aprovechaba su ventaja. Y puesto que el acto sexual se limitaba a diez o doce empujones con la pelvis, bastaba la más pequeña oportunidad si las hembras colaboraban, lo que solían hacer. Goblin se mantenía tan cerca de aquellos tentadores traseros rosados que esa capaz de obtener unos momentos de gratificación sexual en cuanto Figan se internaba por los densos matorrales.

Algunas veces un macho adolescente elige a uno de los machos seniors como su «héroe». Es atento con todos, pero es a su héroe al que observa más de cerca y con el que el más estrechamente viaja cuando deja a su familia. Figan, sin sombra de duda, era el héroe de Goblin. Solía imitar el comportamiento de Figan después de observarle con atención. Un día contemplaba cómo Figan efectuaba una magnífica exhibición, arrastrando una gran rama, golpeándola y estampándola contra el suelo y tamborileando en los contrafuertes de un gran árbol. Goblin, desde una discreta distancia, le miraba intensamente y entonces se exhibía a su vez, siguiendo la misma ruta que Figan había tomado, arrastrando la misma rama y tamborileando en el mismo árbol. Me recordaba los tiempos en que Figan practicaba con los bidones vacíos de Mike.

Figan, por su parte, era muy tolerante con esta pequeña y persistente sombra, pero de vez en cuando, si Goblin estaba demasiado cerca -cuando estaba comiendo, por ejemplo- Figan le amenazaba ligeramente. Esto sumía momentáneamente a Goblin en un delirio de disculpas. Algunas veces Figan apoyaba a su joven amigo en sus problemas con otros individuos. No nos dimos cuenta entonces del alcance de las consecuencias de la especial relación existente entre Figan y Goblin.

Bajo la ley de un poderoso macho los conflictos entre los otros miembros de la comunidad pasaron a ser mínimos, porque utilizaba su posición para prevenir las luchas entre sus subordinados. No siempre era evidente su motivación. Algunas veces podía ser un genuino deseo de ayudar a un desvalido. Otras, que el alfa cayera y su posición cambiara si otro macho iniciaba la lucha. Recuerdo que una vez Figan y Faben atacaron juntos a una hembra durante la excitación de un encuentro. Pero cuando, pocos instantes después, el joven Sherry atacó la misma hembra, Figan, modelo de caballerosidad, se le montó encima, golpeó al agresor y «rescató» a la hembra. Pero cualquiera que fuese la fuerza impulsora de las intervenciones de Figan en los asuntos de sus subordinados, su comportamiento servía para terminar con incontables disputas. Además, sospecho que muchos posibles agresores, previendo el enojo de su amo, ejercían en mayor medida su propia contención cuando se encontraba en los alrededores. Así Figan, durante sus últimos años de poder, ayudaba a promover y mantener una atmósfera de armonía social entre los miembros de su grupo.

Durante el segundo año del reinado de Figan dos de los estudiantes -David Riss y Curt Busse- me preguntaron si podrían seguir a Figan, controlar sus movimientos, comportamiento y relaciones con otros chimpancés durante cincuenta días consecutivos. Yo no estaba segura. Quizás iba a ser algo más que una intrusión en su vida, quizás lo

intranquilizarían o irritarían. Pero había un precedente: seis años antes Flo había sido seguida durante dieciséis días en un intento de ver el nacimiento de su último hijo (el intento falló porque la criatura nació de noche). A Flo no pareció importarle, y Figan era tan tolerante con los humanos como ella lo había sido. Por eso acepté, con la condición que cancelaran el seguimiento si Figan se alteraba.

La maratón empezó el 30 de junio de 1974 y continuó hasta el 18 de agosto. David y Curt, ambos acompañados por personal de campo, se turnaban cada cuatro días, de modo que mientras uno trepaba por las montañas detrás de Figan el otro escribía la información recogida y descansaba después de los cuatro arduos días de seguimiento. Los cincuenta días con Figan proporcionaron valiosísimos datos sobre el comportamiento y la vida social de uno de los más poderosos machos alfa que Gombe ha conocido cuando se hallaba en el cenit de su carrera.

En aquella época cada noche, cuando todos los estudiantes se reunían para cenar, tenía lugar un intenso intercambio de información. Alrededor de la mesa se contaban multitud de historias: los relatos de Caroline Tutin sobre la vida sexual de varias hembras, las descripciones de Anne Pusey sobre la adolescencia, las historias de Richard Wrangham referentes a la alimentación y comportamiento territorial e incontables anécdotas sobre al desarrollo de crías contadas por jóvenes dedicados al estudio de las relaciones madre-hijo. Y ahora disponíamos diariamente, además, de los relatos acerca de Figan.

Durante los cincuenta días hubo dos hembras en celo sexualmente populares y Figan las monopolizó una tras otra. La primera fue Gigi. Gigi es grande y estéril y ha tenido un ciclo sexual detrás de otro desde 1965 sin interrupción alguna por embarazos o nacimiento; en cierto modo es un tanto masculina. Tiene su propia forma de ser y no se somete fácilmente ante las amenazas de los machos. No había duda de que en los días de celo controlaba los movimientos de Figan, y por consiguiente, a todo el grupo. Por ejemplo, un día que los chimpancés se dirigían a cierto lugar buscando una fruta llamada *kifumbe,* Gigi dejó de repente el camino y penetró en la maleza. Figan y Faben la siguieron inmediatamente, mientras los otros se quedaban esperando. Unos treparon a comer otras frutas; el resto se sentó o se tumbó en el suelo.

Gigi buscó un nido de *siafu,* esas perversas hormigas mordedoras, hormigas que constituyen una delicia para los chimpancés. Cuando lo encontró arrancó una rama recta de un arbusto cercano, la despojó de las ramas pequeñas y quitó cuidadosamente la corteza hasta hacerse con una buena herramienta de unos noventa centímetros de largo. Metió un poco la mano por la boca del hormiguero y cavó frenéticamente durante unos segundos hasta que las hormigas empezaron a salir en tropel. Rápidamente comenzó a meter su herramienta por el hormiguero, esperó un momento y luego la retiró cubierta de una increíble cantidad de hormigas. Con movimientos rápidos, barrió el palo con su mano libre, se llevó a la boca todas las hormigas y masticó con fuerza. Mientras las hormigas salían del nido en cantidades aún mayores, agitadas por la intrusión, Gigi se subió a un arbolito y, utilizando su palo, continuó comiendo. Muy a menudo tenía que agitar el pie frenéticamente y dar patadas al árbol para repeler a las hormigas que se dirigían hacia la causante de la intrusión. Usaba una mano para agarrarse al árbol y la otra para pescar las hormigas, sosteniendo la herramienta con el pie entre ataque y ataque, de manera le quedase una mano libre para meterse las hormigas en la boca. Sin embargo, a pesar de las dificultades, no desfalleció.

Figan, mientras tanto, había empezado a pescar *siafu.* Pero a *los* diez minutos abandonó su herramienta y se apresuró a quitarse las hormigas que plagaban sus brazos y sus piernas.

Faben entonces cogió la herramienta abandonada, pero después de pescar dos minutos también lo dejó correr. Ambos hermanos partieron entonces en la dirección de los deliciosos *kifumbe.*

Gigi, sin embargo, no los siguió. En aquel momento se había instalado en una rama baja justo encima del termitero y, desde este lugar de relativa inmunidad, continuaba comiendo hormigas. Por este motivo Figan y Faben se sentaron y esperaron. Poco tiempo después Faben se tendió y cerró los ojos. Pero Figan comenzó a ponerse más y más impaciente. Siete veces pronunció su característico gruñido de ¡vámonos!, pero Gigi ignoró completamente sus llamadas. De vez en cuando él le tiraba ramitas, instándola así a seguirle. Pero no lo hacía con fuerza suficiente y ella no le ponía atención. Solamente cuando hubo pescado durante tres cuartos de hora (con un promedio de alrededor de dos palos llenos de hormigas por minuto) lo dejó por fin y se reunió Figan. Entonces los tres se movieron detrás del resto del grupo.

Al día siguiente, cuando las preferencias alimenticias de Gigi entraron en conflicto con las suyas, Faben la dejó y abandonó el grupo. Pero Figan le permaneció fiel. Durante una hora y veinte minutos, sumando el tiempo de cinco diferentes episodios en un mismo día, la esperó pacientemente mientras comía, gruñendo de vez en cuando un débil ¡vámonos! Pero solamente cuando terminaba por completo de comer, ella bajaba y le seguía calmosamente a donde fuera. Al día siguiente la hinchazón de Gigi había desaparecido y, con ella, el interés de Figan en ser su propietario.

En lo pocos días en que Figan y Faben atendían a dúo a Gigi tuvo lugar un hecho más que inusual durante el seguimiento de Curt.

-Inmediatamente después de que los machos dejaron sus nidos, vi copular a Faben con Gigi -nos dijo Curt aquella noche-. De repente Figan se dio cuenta y cargó hacia él con el pelo erizado. Le dio de patadas en la espalda, tres veces realmente fuerte, y Faben chilló un poco y luego gritó violentamente cuando Figan continuó cargando. Momentos después, Figan copulaba con Gigi.

-¿Es la única vez que Figan ha tenido inconveniente en compartir su hembra con Faben? -le pregunté.

-Yo vi cómo pasaba otra vez -dijo Caroline-. Ocurrió cuando Faben estaba copulando en un matorral espeso. No creo que Figan se percatara de quién era en el primer momento. ¡Luego se miraron sorprendidos!

Cuando a Patti le tocó estar en celo, Figan no tuvo que hacer siquiera un intento de aviso para prevenir a Faben de que no copulara con ella. Y en los siguientes cincuenta días no hubo más hembras en celo. Sería crudo y, en conjunto, irrespetuoso para un macho alfa describir aquí la observación de David, efectuada seis días después de la detumescencia de Patti, que le llevó a sospechar que Figan, saludablemente dormido en su nido, soñaba con los placeres sexuales de las semanas precedentes.

Un atardecer, Curt tenía una excitante historia que contar. Figan, que viajaba con Faben, Satán, Goblin y cuatro hembras, había empezado a cazar papiones. Mientras Faben y Goblin se sentaban a mirar, Figan subía lentamente hacia una madre de papión y su pequeña cría negra. Pero ella estaba alerta y, aunque él la persiguió un corto trecho, escapó con facilidad.

-¿Sabes cuál era? -preguntó Tony Collins, uno de los estudiantes que observaban los papiones.

-Sí. Era esa madre de la tropa A con el hijo ciego. ¿Cuál es su nombre? ¿No es Hokitika?

-Bueno, me alegro de que escapara -afirmó Craig Packer, otro miembro del equipo de los papiones. Todos estábamos contentos, aunque el futuro de una cría de papión ciega no es nada halagüeño; de hecho, iba a morir una semana más tarde.

Después de aquello, Figan había permanecido en la copa del árbol mirando en todas direcciones. De repente bajó al suelo y bajó velozmente la ladera. Al acercarse a un enorme árbol muerto, una especie de poste, rompió con desganada unas cuantas ramas y empezó a moverse cautelosamente y en silencio. Mirando a través del follaje, Curt vio un papión muy pequeño, casi una cría, encima del extremo superior del árbol muerto, densamente cubierto de trepadoras. Un macho adulto de papión comía a unos treinta metros de distancia, pero no se percataba de que Figan se acercaba lentamente a su deseada víctima.

-Figan corrió repentinamente hacia el pequeño. Casi lo cogió. Pero de un modo u otro consiguió escapar y saltó al suelo. Fue asombroso: debió ser un salto de al menos cuarenta pies. ¡Y entonces el pequeño aterrizó entre Faben y Goblin!

-Ahora supongo que vas a describir un horrible y sangriento asesinato -afirmó Julie Johnson, otra del equipo de los papiones-. No quiero quedarme a escucharlo.

-No, todo fue bien -Curt la tranquilizó-. Por fin, en aquel preciso momento llegó el papión macho, con lo que se produjo un gran tumulto. El pequeño papión se marchó. El macho se lanzó sobre Goblin y hubo una auténtica y espectacular batalla. No sé cómo se las arregló Goblin, pero consiguió vencer y después ahuyentar al papión. Justo en este preciso momento llegó otro gran macho. Le conocíamos: era Bramble. Empezó a amenazar a Faben y dos hembras de papión se unieron a él. Faben estaba completamente asustado y se encaramó a un árbol.

-¿Figan no le ayudó? -pregunté.

-No, se sentó a mirar. En el mismo sitio donde antes casi atrapa a la criatura. Entonces, después de un momento, bajó y todos los chimpancés se fueron.

De hecho, Figan y su grupo cazaron con relativa frecuencia durante aquellos cincuenta días. Cazaron ocho colobos y mataron siete; Figan, que casi siempre conseguía grandes éxitos como cazador, mató tres.

No hicieron muchos viajes a la periferia de su territorio. Una vez viajaron lejos hacia el sur, penetrando en el territorio de la comunidad vecina de Kahama. Oyeron gritos supuestamente lanzados por los chimpancés de Kahama y se excitaron mucho, abrazándose, sonriendo, viajando silenciosamente, pasando un buen rato observando desde un risco. Pero nada más ocurrió y ya han vuelto todos ya al norte, haciendo frecuentes demostraciones y gritando para aliviar las tensiones producidas mientras estuvieron en territorio extranjero.

Figan, como era de esperar, pasaba más tiempo con Faben que cualquier otro adulto, y joven Goblin solía estar con ellos. Figan también pasó muchos días con Gigi, no sólo cuando estaba en celo, sino también cuando carecía de interés sexual. Y bastante a menudo frecuentaba a su hermana Fifi y a su cría Freud. La mayoría de las relaciones con los individuos de la comunidad eran en aquel momento relajadas y amistosas. Figan dominaba tan claramente que, excepto en los momentos de tensión, como una reunión, no necesitaba demostraciones violentas de fuerza y de dominio.

A no ser que Evered estuviese cerca. Y entonces Figan, acompañado casi siempre por Faben, actuaba con inusual frecuencia y vigor. Pese a su posición de poder total, del apoyo de su hermano y del recuerdo de sus claras victorias sobre Evered el año anterior, Figan seguía sintiéndose amenazado por el rival de su adolescencia.

David estallaba de emoción una noche en la que, como era habitual, nos reunimos para

charlar.

-Hoy he visto el más increíble ataque sobre Evered-dijo-. Duró cerca de dos horas.

Sucedió cuando Evered, que estaba solo, se sumó al grupo. Al principio no vio a Figan ni a Faben, que estaban comiendo en la espesa maleza. Pero de repente ambos cargaron contra él y se retiró, gimiendo, hacia un árbol. Figan y Faben se exhibieron ante él unas cuantas veces y luego se sentaron en una de las ramas bajas y empezaron a acicalarse.

-Era patético -dijo David-. Evered estaba algo más de un metro por encima de ellos y emitía constantes gemidos. Los estaba mirando todo el rato, pero ellos le ignoraban y continuaban acicalándose.

-Después de eso -continuó David-, Figan y Faben dejaron el árbol y realizaron unas espléndidas exhibiciones. Lo hicieron hasta cuatro veces en la siguiente media hora.

»Entonces se iniciaron las hostilidades. Figan empezó; se dirigió saltando al árbol de Evered y lo persiguió de rama en rama. En un instante Evered saltó a otro árbol, pero Figan lo persiguió.

»Y durante todo el tiempo Faben lo seguía desde el suelo y Evered gritaba, asustado, fuera de sí, manteniéndose lo más lejos posible de Figan.

David se detuvo.

-Era realmente terrible de ver -dijo. Casi como ver a un gato con un ratón, porque sabía que Evered no tenía escapatoria, a no ser que ellos lo dejasen ir.

En ese momento todos escuchábamos expectantes la historia.

-De repente Evered dio un gran salto a un tercer árbol -continuó David-. Figan saltó tras de él y Faben súbitamente lo alcan*zó* y empezaron a golpearle. Ambos se precipitaron sobre él hasta que el pobre Ev pudo escapar.

El «pobre viejo Ev» se vio otra vez arrinconado y atacado por los hermanos. Se las arregló para subir a un árbol y sus perseguidores lo atacaron durante diez minutos más, quizá porque llegó otro macho a escena, Figan y Faben se fueron y Evered gimiendo, pudo finalmente escapar.

Un mes más tarde Figan y Faben encontraron a Evered tras dos semanas de separación. Curt observaba la reunión, que tuvo lugar en uno de los árboles altos. Fue tensa y dramática. Figan y Evered estaban abrazados; ambos gritaban. Los otros chimpancés presentes les contemplaban con fijeza. Estaban tremendamente excitados y gritaban con gran algarabía.

-Yo estaba mirando hacia arriba, intentando ver lo más exactamente posible qué estaba pasando -dijo Curt-, cuando ocurrió lo inimaginable.

Hizo una dramática pausa y nos preguntamos qué vendría a continuación.

-Bien, ya sabes que el miedo y la excitación pueden revolverte las tripas -continuó Curt-. Una de esas desdichadas criaturas (estoy bastante seguro de que era Gigi) se hizo de vientre repentinamente. Quedé cubierto de caca caliente.

Por supuesto que lo sentimos por él, pero lo cierto es que la reunión se colapsó por las carcajadas mientras Curt intentaba aparentar dolor y seriedad. Pobre Curt; había tenido que dejar de lado toda emoción e ir a lavarse al arroyo. ¡Menos mal que tenía cerca un torrente! Afortunadamente estaba con Eslom, que anotó los detalles de la lucha que siguió.

En esta ocasión Evered tenía encima un grupo de cinco agresores, Humphrey, Gigi y un macho adolescente que habían unido sus fuerzas con Figan y Faben. El ataque pareció -y así sonó increíblemente violento y era asombroso que Evered hubiera salido sólo con unas pocas y pequeñas heridas. Permaneció con el grupo el resto del día, pero se fue antes que los otros se instalaran y no le volvimos a ver hasta dos semanas después.

Apenas nos sorprendió que ante esta amarga persecución, Evered estuviera cada vez menos tiempo en la parte central del territorio de la comunidad. Parecía realmente que Figan, con la ayuda de Faben, pretendía echar a Evered de la comunidad de Kasakela.

Y entonces, absolutamente por sorpresa, las cosas cambiaron. Casi exactamente dos años después de llegar a ser el macho alfa terminaron los días de poder absoluto de Figan. Faben desapareció, esta vez para siempre. Gradualmente los otros machos se percataron de que había llegado el momento esperado y empezaron a capitalizar la vulnerable posición de Figan. En grupos de dos, tres o más, conspiraban contra su alfa. Parecía que éste jamás conseguiría mantenerse frente ellos.

Pero por aquella época, en junio de 1975, no había estudiantes americanos o europeos en Gombe para registrar los sucesos.

VII. CAMBIO

En mayo de 1975 sobrevino una repentina noche de terror: cuarenta hombres armados atravesaron el lago desde Zaire y secuestraron a cuatro de los estudiantes de Gombe. Después corrieron muchas y confusas historias sobre lo sucedido, historias de coraje e historias de horror. Mi viejo amigo Rashidi fue golpeado en la cabeza en una vana tentativa de que recordase donde estaba la llave del almacén de gasolina. Estuvo sordo de un oído hasta meses más tarde. Las dos jóvenes mujeres tanzanas que entonces trabajaban en Gombe, la guardesa del parque, Etha Lohay, y la estudiante Addie Lyaruu, volaron desde una casa de estudiantes a la siguiente, moviéndose con rapidez a través de la oscura selva para advertir a los demás del ataque.

¿Dónde habían llevado a las víctimas? ¿Estaban con vida? Se oyeron relatos sobre cañonazos oídos fuera, en el lago, y durante días creímos que los rehenes podían haber muerto. Fueron momentos de angustia. Por supuesto, todos abandonamos Gombe. Durante un tiempo permanecimos en Kigoma, esperando contra toda esperanza noticias de nuestros amigos. Pero no llegaban. Pocos meses antes del rapto me había vuelto a casar, y mi segundo marido, Derek Bryceson, tenía una casa en Dar es Salaam. Allí fuimos todos nosotros, los estudiantes apretados en la pequeña casa de invitados, y esperamos. Esperamos, esperamos y esperamos noticias durante lo que nos pareció una eternidad. Era un puro infierno para nosotros, los que nos habíamos librado. ¿Cuál no sería el sufrimiento mental de las víctimas, el de sus padres y familiares cercanos?

Después de aproximadamente una semana que se nos antojó un mes, uno de los estudiantes secuestrados fue enviado de nuevo a Tanzania con una demanda de rescate. Nunca olvidaré el alivio, la extraordinaria alegría que experimenté al saber que los cuatro estaban vivos y físicamente ilesos. Pero las negociaciones parecían durar una eternidad. La solución era políticamente delicadísima, pues involucraba las relaciones entre Tanzania, Zaire y Estados Unidos.

Fue una suerte para los cuatro jóvenes ser mental y físicamente fuertes y también lo fue que se tuvieran unos a otros para darse soporte moral. Quizá la angustia peor fue la de los últimos días, en los que quedaba un solo estudiante como solitario rehén después de pagar el rescate y quedar libres los demás. Pero fue liberado dos semanas después. Aquello fue como un negro nubarrón que terminó por pasar y nos pareció que la luz del sol volvía a brillar.

Los cuatro se recuperaron por fin de su terrible experiencia, o al menos así lo parecía a juzgar por las apariencias externas. Pero me preocupaba que su mente no hubiera quedado completamente liberada del tormento psicológico de aquellos días. La memoria está siempre al acecho, lista para emerger en forma de pesadillas en épocas de enfermedad, soledad o depresión.

Durante el periodo entre la noche del secuestro y el final de los largos días de cautiverio, mis pensamientos relacionados con la investigación en Gombe se habían visto sofocados, aplastados por la preocupación y la desesperanza. Organicé algunos análisis de datos y algún otro intento de mantener alta la moral de nuestro pequeño grupo en Dar, pero sin poner el corazón en ello. Pasaba gran parte del tiempo leyendo novelas; no había leído tanta literatura desde mis tiempos escolares. Pero cuando los rehenes fueron liberados pude volver a pensar en el futuro de la investigación. Derek, Grub y yo efectuamos varias breves visitas al parque, incluso durante aquellas semanas de pesadilla. Teníamos que animar y

manifestar nuestro apoyo al equipo de campo que, para su gran mérito, había continuado recogiendo datos básicos por entera y propia iniciativa.

Inmediatamente después del ataque fue enviado a Gombe un destacamento de la Fuerza de Campo, cuerpo especial de la policía. Esta fuerza altamente eficiente, entrenada para solucionar cualquier emergencia, significó una gran ayuda para nosotros durante sus primeras visitas. Después de pocos meses fue sustituida por un pequeño grupo de policías ordinarios. Muy gradualmente retornó un sentimiento de seguridad. Antes, cuando visitábamos la selva, no nos sorprendíamos excesivamente si veíamos un bote. Pero transcurrió más de un año hasta que pudimos volver a oír el motor de la canoa en medio de la noche sin levantarnos, con el corazón palpitante, mirando hacia el lago con el temor de tener que salir huyendo por la ladera de la montaña.

Sin la ayuda y el soporte de Derek dudo de que nos hubiéramos mantenido en Gombe después del secuestro. Yo me encontré con él en 1973 durante una visita a Dar es Salaam e inmediatamente nos sentimos fuertemente atraídos. Había llegado por primera vez a Tanzania en 1951. Durante la Segunda Guerra Mundial fue piloto de caza en la RAF, pero tras unos cuantos meses de servicio activo había sido derribado en Oriente Medio. Sobrevivió al accidente, pero sufrió lesiones en la columna vertebral y le dijeron que nunca volvería a andar. En aquellos momentos tenía diecinueve años. Resuelto a probar que los médicos se equivocaban aprendió por sí mismo, con absoluta determinación, a moverse con ayuda de un bastón. Tenía suficiente musculatura en una pierna para moverla mientras andaba, pero otra colgaba de la cadera. Aprendió también a conducir, rápidamente y bien, aunque tenía que levantarse la pierna izquierda con una mano para poder pasar el pie del pedal del embrague al del freno.

En cuanto fue capaz de moverse, Derek marchó a Cambridge, donde consiguió un diploma en agricultura. Entonces alguien le ofreció un trabajo en Inglaterra que instantáneamente rechazó. «Era una fácil agricultura de sillón», me dijo, «apropiada para un inválido». En su lugar ahorró para poder ir a Kenia, donde se dedicó a la agricultura durante dos años; entonces elevó una instancia al gobierno británico para obtener una de las hermosas estancias en las estribaciones del Kilimanjaro, que entonces formaba parte del Protectorado británico de Tanganika. Después cultivó trigo con éxito hasta que encontró a Julius Nyerere, que estaba entonces organizando el movimiento que, con el tiempo, llevaría a la independencia de Tanganika. Derek quedó profundamente impresionado por Nyerere y pasó a ser simpatizante de su causa. Ello cambió el curso de su vida. Se unió al movimiento nacionalista africano de Tanganika y pasó a estar de tal modo involucrado en política que abandonó su querida granja y se trasladó a la capital, Dar es Salaam. Ya estaba firmemente atrincherado en su país de adopción cuando, al fin, se consiguió la independencia en 1961, inmediatamente después de mi llegada a Gombe.

Derek hizo mucho por Tanzania, nombre que tomó Tanganika después de su unión con la isla de Zanzíbar. Fue elegido miembro del parlamento de Dar es Salaam por la circunscripción de Kinondoni, repitiendo su mandato por amplia mayoría cada cinco años. Asistió a muchos consejos de ministros y era bien conocido por sus contribuciones a la política agrícola tanzana durante los dos períodos de cinco años durante los que fue ministro de Agricultura, así como por el desarrollo que imprimió a los programas de medicina preventiva y de mejora de las normas dietéticas durante sus años de ministro de Salud Pública. Cuando le conocí había dimitido del gobierno, pero todavía representaba Kinondoni como miembro del parlamento, y recientemente había sido propuesto como director de los espectaculares parques naturales de Tanzania por el presidente Julius

Nyerere.

Después de que Derek y yo nos casáramos, yo continué viviendo en Gombe y él efectuaba visitas periódicas de un par de días, volando en un aparato Cesna de cuatro plazas. A Derek le gustaba ver los chimpancés, pero no le era fácil andar por los empinados desniveles. Construimos escalones en los lugares más escarpados, en las zonas más traicioneras del recorrido y pusimos una barandilla de cuerda en el tramo peor, de manera que pudiera agarrarse a ella mientras utilizaba el bastón por el otro lado. Así pudo ir arriba y abajo solo, sin apoyarse en un brazo amigo como antes se viera obligado a hacer. Pero aun así, el viaje que para nosotros significaba diez minutos, suponía para él tres cuartos de hora de dura prueba. Una vez resbaló y cayó pesadamente sobre el extremo de la columna vertebral, lo que le causó un gran dolor durante varios días, cosa que nunca admitió. Otra vez se cayó y se torció la rodilla, que se inflamó hasta alcanzar un tamaño enorme. Pero, a pesar del riesgo, siempre insistía que aquello valía la pena.

Durante estas visitas Derek llevaba a cabo su cometido como director de los Parques Nacionales, informándose de todo lo que ocurría en Gombe. Por tanto, estuvo en disposición de sernos particularmente útil después del secuestro. Con su fluido swahili y su comprensión del carácter tanzano me ayudó a convencer a los miembros del personal de campo de que podrían realizar por sí mismos un buen trabajo. Aunque habían adquirido gran conocimiento y experiencia durante los pocos años anteriores y eran capaces de seguir hábilmente a los chimpancés a través del terreno montañoso de la selva, de trazar diariamente un esquema de los movimientos y los modelos de asociación y de identificar las plantas que les servían de alimento, siempre habían confiado en la dirección de los estudiantes y la constante presencia de la «Dra. Jane». Ahora era necesario convencerles de que podían continuar sin nosotros.

Yo trabajaba en estrecho contacto con los hombres durante mis breves visitas, comprobando su exactitud y fiabilidad. Juntos preparábamos charlas y seminarios y les hablaba sobre los análisis que estaba haciendo en Dar es Salaam, ya que había empezado a compilar los resultados del estudio para su futura publicación en un libro científico. Cuando entendieron cómo iba a utilizar la información que ellos recogían, fueron más cuidadosos en la elaboración de los informes y en la confección de esquemas y mapas. Poco a poco creció mi confianza en ellos. Entre todos eligieron dos «viongozi» o líderes: Hilali Matama, que había empezado a trabajar con los chimpancés en 1968, y Eslom Mpongo, que se unió a nuestro equipo poco después. En 1975 ambos sabían sobre los chimpancés y su conducta más que cualquiera de los llamados «expertos». Su trabajo se convirtió en una manera de vivir, y ellos y los otros miembros del equipo de Gombe estaban completamente dedicados y fascinados por las vidas de los chimpancés que estaban observando. Cada vez que volvía a Gombe les enseñaba a recoger datos más sofisticados y sus informes se volvieron increíblemente interesantes. Les dimos un magnetófono para que, si tenían oportunidad de presenciar algún fenómeno emocionante o inusual, pudiesen dictar un informe más detallado del que podían escribir. La mayoría de ellos escribía con bastante lentitud y trabajosamente (uno o dos, de hecho, habían aprendido a escribir recientemente, cuando iban a entrar a nuestra organización).

Los tanzanos trabajaban en equipos de dos, siguiendo a un determinado chimpancé al máximo posible durante todo el día: lo ideal era desde que dejaba el nido hasta que se acostaba. Uno de estos hombres registraba detalladamente la conducta del chimpancé. El otro marcaba la ruta, apuntaba lo que comía y tomaba nota de los otros chimpancés con los que se encontraba y del tiempo que estaba con ellos. Entre los dos anotaban también

cualquier suceso destacable además de los citados. A menudo, después de cenar, los dos hombres que habían efectuado un seguimiento venían a contarnos lo que habían visto durante el día. Nos sentábamos amistosamente en la blanda arena, fuera de la casa, con las olas acariciando y haciendo rodar los guijarros y escuchando las melodiosas voces swahili describir una caza, una patrulla por la frontera o algún accidente emocionante que hubiesen podido observar.

Cada uno de los hombres tenía su propio centro de interés. Para Hilali era la lucha de los machos por el dominio y fue mucho lo que él y los otros hombres pudieron explicarnos durante los problemáticos meses posteriores a la muerte de Faben, cuando los otros machos, con creciente frecuencia y entusiasmo, se agrupaban contra Figan. En seguida se vio claramente que Figan, que durante toda su vida había contado con el apoyo de un fiel aliado (primero su madre, luego su hermano), se encontró con que era necesario encontrar un sustituto de Faben. Eligió a Humphrey, su antiguo enemigo. Humphrey había sido aterrorizado por Figan y sufrido una estrepitosa derrota. Por eso ahora constituía la amenaza menor. Y aunque no llegó a ocupar el lugar de Faben, ya que nunca había apoyado a Figan cuando los otros machos lo desafiaron, significó para éste una cierta tranquilidad, ya que nunca llegó a aliarse con los otros contra Figan.

Un atardecer de marzo, unos ocho meses después de que Faben desapareciese, Hilali llegó a casa impaciente por contarnos los sucesos del día. Había estado siguiendo a Figan que, como siempre, formaba parte de un amplio grupo. Durante un súbito estallido de excitación, cuando Satán se unió al grupo, cuatro de los machos adultos -el mismo Satán, Evered, Jomeo y Sherry- hicieron causa común contra su alfa en una serie de dramáticas exhibiciones conjuntas. En un intervalo de cuarenta minutos los cuatro cargaron tres veces contra Figan, rodeándole y consiguiendo que se marchara gritando. Terminó por refugiarse en uno de los árboles altos, pero los cuatro le siguieron hasta las ramas superiores. Aterrorizado, Figan saltó salvajemente a un árbol vecino, se descolgó hasta el suelo y cubrió más de medio kilómetro como si le persiguieran todos los demonios del infierno. Hilali, exhausto y empapado de sudor, consiguió seguirlo y así pudo ver a Figan, gritando aún, saltar a un árbol y mover los brazos alrededor de Humphrey. Hilali pensó que probablemente Figan había visto a su único aliado desde el alto árbol, aunque pudo haber sido un encuentro fortuito. Los otros cuatro machos continuaron exhibiéndose ante ambos, Figan y Humphrey, que permanecían muy juntos, buscando cada uno seguridad en el otro.

Muchos sucesos similares fueron descritos en aquellos tumultuosos meses en que las relaciones entre los machos adultos eran tan tensas y tirantes. Y siempre Humphrey, cuando estaba presente, daba soporte moral a Figan. El alcance de la confianza que Figan llegaba a depositar en Humphrey quedó bien ilustrado en uno de los seguimientos de Hamisi Mkono. Durante una sesión de alimentación en el denso monte bajo, los dos amigos estuvieron por cierto tiempo separados. Cuando Figan súbitamente se dio cuenta de que Humphrey ya no estaba con él, *alianza kulia kama mtoto,* como decía Hamisi, riendo, empezó a gemir como un niño perdido. Trepó a un árbol, mirando en todas direcciones, y entonces buscó apresuradamente a su amigo gritando cada cierto tiempo -gritos de SOS- lo más fuerte que podía. Después de unos veinte minutos encontró a Humphrey, trepó hacia él y empezó a acicalar al viejo macho. Gradualmente se calmó y bajó.

Pienso que todos nosotros esperábamos que Figan perdería su posición alfa definitivamente. De hecho, durante nueve meses no hubo un claro alfa en Gombe. Figan podía -y así lo hizo- mantenerse cuando se encontraba en solitario con otro macho, o en parejas. Pero huía de ellos gritando cuando formaban grupos de tres o cuatro. ¿Qué iba a ser

de él -aún me lo pregunto-, que evitaba a los otros machos, cuando éstos se uniesen para atacarlo? Pero nunca lo hacían. Y muchas de las dramáticas confrontaciones, erizadas cargas y salvajes sacudidas de vegetación y lanzamientos de piedras terminaban con todos los participantes atacando juntos de pronto, gritando e iniciando algunas frenéticas sesiones de acicalamiento social, durante las cuales todos los implicados se calmaban gradualmente y, después de cierto tiempo, se marchaban.

Coincidiendo con este inquieto período la hembra Pallas, sexualmente popular, entraba de nuevo en celo después de perder una cría. Y, sin un destacado alfa, esto provocó un caos casi total entre los machos. Figan no tenía poder suficiente para poseer a Pallas, y tampoco ninguno de sus rivales. Y por eso, casi cada vez que uno de los machos más grandes trepaba al árbol de la hembra (porque, probablemente en estricta defensa propia, ésta pasaba mucho de su tiempo sobre el suelo), se iniciaba un pandemónium entre los demás. Cualquiera que fuese el atrevido pretendiente era cazado en lo alto del árbol y atacado por uno o más de los restantes machos; o si lo conseguía, la visión del acto sexual provocaba explosiones de agresividad entre los espectadores. Y entonces seguía un breve período de confusión como machos exhibiéndose con el pelo erizado y furiosos gestos, tirando rocas y ocasionalmente cogiendo y aporreando alguna desdichada hembra o adolescente que encontraban en su camino. Algunas veces se enzarzaban en breves pero furiosas batallas entre ellos mismos. Aunque Pallas rara vez constituía una víctima, debía de haber sufrido gran número de casi insoportables momentos de tensión.

Durante todo este increíble período de diez días, Goblin -que, incidentalmente, continuaba siguiendo fielmente a Figan, a pesar del temporal destronamiento de su héroe-se mantenía estrechamente pegado a Pallas hiciese frío o calor. Algunas veces era atacado por su audacia, pero conseguía muchas cópulas rápidas, mientras los machos mayores tenían que luchar entre sí para alcanzar el privilegio de acceder a la hembra.

Después de nueve meses de tensión y ansiedad, Figan volvió a establecerse a sí mismo como alfa, aunque sus días de poder social absoluto habían pasado. Y de la misma manera que Faben se había beneficiado de su condición de hermano del alfa, ahora Humphrey se beneficiaba de su posición de «mejor amigo». Hilali recordaba un delicioso ejemplo de cuando Figan -que era el chimpancé favorito de Hilali- atrapó dos pequeñas crías de colobos en la misma cacería. Encontró el primero casi inmediatamente, arrebatándoselo a su madre, arrancando el bebé de sus brazos y matándolo con un rápido mordisco en el cráneo. Y luego, en vez de empezar a comer, se sentó, sosteniendo en una mano el cuerpecito de su víctima con la intención de que lo viesen los otros machos que aún estaban cazando. Después de unos momentos Humphrey trepó hacia Figan y se sentó junto a él. Humphrey no estaba interesado en otra víctima; sólo en solicitar una parte de la presa de Figan. De golpe, para sorpresa de Hilali, Figan dejó el cadáver entero en las manos de Humphrey. Entonces, saltando del árbol, corrió para reincorporarse a la caza y, en pocos minutos, había encontrado otra madre, quitándole y matando a su cría. ¡Esta vez él mismo consumió la nueva presa!

-Ni fundi, Kweli, es verdaderamente un experto -dijo Hilali, soltando una risita. Miró fijamente al fuego un momento y entonces, como si sintiera la necesidad de ser absolutamente justo, de dar a cada cual su mérito, añadió-: *Na kumbuka Sherry, anapofanya hivyo,* recuerdo a Sherry haciendo lo mismo. En realidad, a Sherry le había ido, en cierto modo, mejor: había atrapado una segunda presa mientras aún tenía agarrada la primera. Y la guardó y ¡se comió las dos!

En los primeros años posteriores al secuestro, Derek continuó ayudando a la administración y organización de la investigación en Gombe y, a medida que pasaban los meses, parecía cada vez más y más ocupado. Pero pese a todos sus intentos y propósitos tenía que cubrir dos circunscripciones, ambas con sus urgentes necesidades y problemas: Kinondoni, distrito de Dar es Salaam, a cuyos habitantes había representado en el gobierno durante diecinueve años, y los parques nacionales de Tanzania, cuyos peludos y emplumados habitantes estaban igualmente necesitados de su pericia política y de su prudencia. Los ocupantes no humanos de los Parques Nacionales de Gombe estaban seguros en un medio ambiente altamente protegido y necesitaban su ayuda menos que los otros, por lo que aumentaron las dificultades para justificar más de una visita ocasional y breve para ver a los chimpancés que tanto amaba.

Por aquel tiempo, sin embargo, considerábamos que podía estar sola Gombe con seguridad. Cuando Grub (que momentáneamente tenía la «escuela» en Dar es Salaam, dando sus lecciones en una pequeña habitación próxima a mi oficina) marchó a una escuela preparatoria en Inglaterra, me sentí capaz de pasar allí cada vez más tiempo. Al principio me parecía raro estar sola con los tanzanos; se parecía más a los primeros tiempos, como aquella vez que me quedé sola durante meses con Hassan, Dominic y Rashidi por toda compañía. Echaba de menos a los estudiantes, por un tiempo, claro; era consciente de que sería imposible mantener Gombe sin ellos. Pero como los meses pasaban me iba adaptando gradualmente a los nuevos acontecimientos y encontré un modelo o sistema de vida (vivir en Dar es Salaam y visitar Gombe con tanta frecuencia como podía) que tenía algunos indudables beneficios. Cuando estaba en Dar es Salaam podía concentrarme en analizar y escribir. Arreglé para mí una alegre oficina donde podía almacenar los datos y donde podía trabajar en mi mesa y contemplar, fuera, la buganvilla -exótico estallido de color, púrpura y rosa, carmesí y anaranjado amarillento, blanco y verde- contra el profundo azul del océano índico. Y cuando estaba en Gombe me sumergía en el trabajo con los chimpancés, siguiéndolos a través de la selva, inmersa en sus vidas.

Incluso durante los días en que yo estaba lejos de Gombe Derek y yo manteníamos estrecho contacto con todo lo que ocurría allá, hablando con los hombres a diario a través de la radio. Y a través de la radio fue como nos enteramos un mañana que Gilka había tenido una cría. Yo estaba encantada, ya que su primer bebé había desaparecido misteriosamente cuando tenía exactamente un mes. Pero la alegría duró poco: tres semanas más tarde otro mensaje de radio sobre Gilka, deformante y confuso, me traía horribles noticias desde setecientas millas de distancia. No es extraño que Derek y yo lo encontrábamos difícil de creer: *Passion amemwua na amemla mtoto wa Gilka,* Passion ha matado y se ha comido al hijo de Gilka. Derek cerró la radio y me miró.

«No puede ser verdad. No puede serlo», dije yo. Y sabía que lo era. Nadie podía inventar tan terrible incidente. «Oh», salté, «¿por qué, por qué, por qué tenía que pasarle esto a Gilka?»

VIII. GILKA

Los despreocupados días de la vida de Gilka terminaron cuando tenía unos cuatro años. Como pequeña, Gilka nunca careció de compañía: su hermano mayor Evered solía estar cerca y su madre, Olly, pasaba mucho tiempo con Flo y con su familia. Pero Evered tenía ocho años más que Gilka (era casi seguro que Olly había perdido por lo menos una cría entre ambos) y él empezó a abandonar a la familia durante largos períodos cuando su hermana tenía cinco años. Al mismo tiempo Olly comenzó a evitar a Flo porque Figan, que entraba en la adolescencia, desafiaba algunas veces a los amigos de su madre con fanfarronas exhibiciones. Y así, Gilka pasaba las horas sola con su tímida madre por toda compañía. ¡Cuánto nos alegramos por ella cuando nació su hermano menor! Pronto iba a tener edad suficiente para jugar con ella y sus días de soledad se acabarían. Pero entonces vinieron los tristes días de 1966, los de la epidemia de polio, cuando la cría de pocos meses de Olly enfermó y murió y la misma Gilka quedó paralítica de una muñeca y de la mano. Entonces, como si todo esto no fuese suficiente, dos años más tarde Gilka desarrolló una fuerte infección por hongos que, cuando tenía once años, le desfiguró su duende, su cara acorazonada. La grotesca protuberancia en su nariz y la cresta de la ceja se extendían hasta sus párpados de manera que apenas podía abrir los ojos.

En cuanto diagnosticamos la enfermedad fuimos capaces de controlar los síntomas con medicación. Pero cuando Gilka pasó, temporalmente, a la comunidad del sur no podíamos darle los plátanos con la medicina y seis meses después regresó casi ciega (además, si quedaba preñada, podía perder el bebé). Una vez más fuimos capaces de controlar el celo y pronto, con evidente satisfacción de los machos adultos, reanudó sus interrumpidos períodos de hinchazón sexual. Gilka, al igual que la mayoría de las hembras adolescentes, disfrutaba con las interacciones sexuales, pero con frecuencia tenía dificultades en coordinarse con grupos de machos rápidos porque tras el ataque de polio había perdido los músculos del brazo izquierdo. Aunque sospecho que estaba algo más tranquila al terminar temporalmente los agotadores días de celo, se convirtió en una hembra solitaria entre dos períodos de actividad sexual: su madre, la vieja Olly, murió por aquellas fechas y, aunque sus relaciones con Evered eran aún excelentes, éste no solía estar en los alrededores para hacerle compañía.

Entonces, en 1974, las cosas parecieron cambiar para mejor. Gilka apareció un día con una diminuta cría. Le llamamos Gandalf y esperamos que así terminaran sus días de aislamiento por la nostalgia de su madre, ya que cuando una hembra de chimpancé inicia una familia, rara vez pasa en solitario el resto de su vida. Además, el nacimiento de la primera cría de una hembra con frecuencia parecía inducir un respeto añadido para la madre por parte del conjunto de los miembros de la comunidad, fueran machos o hembras. Era maravilloso ver a Gilka, que solía sentarse al margen de cualquier sesión de acicalamiento del resto del grupo, tomando por fin parte más activa en la vida comunitaria. La llegada de aquel bebé hizo algo más por Gilka: después de su nacimiento decidimos no continuar la medicación contra la infección por hongos que presentaba su madre, temerosos que esta batalla perjudicara al bebé. Pero la inflamación, en vez de empeorar como temíamos, se había reducido. Al poco tiempo Gilka quedó simplemente con una nariz grandota y casi cómica.

Gilka era una atenta y cuidadosa madre, igual que lo había sido Olly, y Gandalf, cuando tenía un mes, parecía una saludable y bien desarrollada cría. Y entonces Gandalf

desapareció. No teníamos ni idea de lo que podía haber sucedido; sencillamente, Gilka apareció un día sin él. Una vez más, excepto durante los días que estaba en celo, empezó a vagar sola. Y el estado de su infección por hongos empeoró.

Casi exactamente un año después de la desaparición de Gandalf recibimos un mensaje por radio que decía que Gilka había tenido un nuevo bebé. Era una hembra y decidimos llamarle Otta, planeando poner una O al principio de los nombres de la familia para mantener viva la memoria de Olly. Ésta fue la cría que Passion mató.

Cuando Derek y yo fuimos a Gombe escuchamos la tremenda historia con todos sus horribles detalles. Gilka, según nos contaron, estaba pacíficamente sentada por la tarde, acunando a su pequeñuela, cuando súbitamente Passion apareció. Se puso de pie por un instante, mirando a la madre y a la cría; entonces cargó hacia ellas con el pelo erizado. Gilka voló, chillando, pero se hallaba en doble desventaja, con una cría que sujetar y una muñeca lisiada. Passion la alcanzó en un momento. Saltó sobre ella y agarró a la pequeña Otta. Gilka intentó desesperadamente salvar a su bebé, pero no tuvo oportunidad y casi sin esfuerzo Passion consiguió arrebatarle a Otta. Luego, lo más macabro de todo, apretó el bebé robado contra su pecho y Otta se agarró desesperadamente mientras Passion volvía a atacar a Gilka. En ese momento Pom, adolescente en aquella época, se unió a su madre y Gilka, con la nueva ventaja, se volvió y persiguió a Passion furiosamente, con Otta aún colgando de su vientre. Contenta por su victoria, Passion se sentó en el suelo, retiró a la aterrorizada cría de su pecho, y mordió profundamente en la frente la cabecita: la muerte fue instantánea. Poco a poco, con las mayores precauciones, Gilka volvió. Cuando estuvo lo bastante cerca como para ver el cadáver inerte y sangrante dio un solo grito -¿de horror?, ¿de desesperación?-, se dio la vuelta y se fue.

Durante las siguientes cinco horas Passion se comió el bebé de Gilka compartiendo la carne con su familia, Pom y el joven Prof. Entre los tres consumieron hasta el último pedazo.

Nos quedamos sin habla. No era el primer ejemplo de canibalismo en Gombe; cinco años antes un grupo de adultos machos se lanzaron sobre una hembra de una comunidad vecina, la atacaron salvajemente y durante la lucha le robaron el bebé, lo mataron, y se comieron parte de su cuerpecillo. Pero aquello fue distinto para la hembra porque había sido un forastero el que había empezado las hostilidades con los machos. La habían atacado como un esfuerzo más para conservar la integridad de su territorio y su cría, al parecer, había encontrado la muerte casi por accidente. Sólo se comieron una pequeña parte de su cuerpo y sólo un par de los machos presentes. La mayor parte de los agresores había actuado, tocado e incluso acicalado el cadáver. En cambio, el ataque de Passion sobre Gilka parecía tener un único objetivo, atrapar a la cría. Y se comió su cuerpo del mismo modo como se comen las presas, poco a poco y con apetito, masticando cada mordisco de carne con unas cuantas hojas verdes. Empezamos a sospechar que el primer bebé de Gilka, el pequeño Gandalf, podría haber tenido un destino semejante.

Al año siguiente Gilka dio a luz un hijo saludable, Orion. En esa época sentía pavor por Passion. La primera vez que se encontraron el bebé tenía apenas pocos días. Afortunadamente había cerca dos machos adultos. Passion se aproximó a menos de diez yardas y se quedó mirando a la cría. Gilka comenzó al instante a gritar con fuerza, mirando a Passion y a los machos. Como si entendiesen lo que iba a pasar, los machos, uno tras otro, atacaron a Passion. En esta ocasión fue ella la que tuvo que irse gritando.

Durante las dos siguientes semanas Gilka apenas salió del valle de Kakombe, donde estaba situado el campamento. Parecía intentar desesperadamente permanecer cerca de la

protección de los grandes machos. La seguí una vez cuando se alejaba del campamento con Figan. Consiguió seguirle durante diez minutos, pero gradualmente se fue quedando cada vez más atrás a causa de su problema físico y porque tenía que ayudar a su hijo recién nacido. Finalmente Figan desapareció por el camino y Gilka se quedó sola. Me quedé con ella. Ella cuidaba de Orion y se sentó un rato mirando a su hijito. Entonces empezó a comer. Casi dos horas después de que perdiese de vista a Figan oyó los jadeos de Humphrey por el campamento. Inmediatamente se levantó, rehízo el camino y se reunió con él. Se acicalaron por un momento y luego, cuando Humphrey dejó el campamento, Gilka lo siguió. Como la otra vez, Gilka se fue quedando atrás y veinte minutos después volvió a quedarse sola.

Era inevitable que, tarde o temprano, Passion encontrara a Gilka cuando no hubiese machos cerca para ayudarla. Sucedió un día que Gilka, bajo el calor del mediodía, estaba descansando a la sombra con su cría. Orion tenía tres semanas. Pom llegó primero, moviéndose silenciosamente entre la maleza. Se quedó mirando unos momentos a la madre y al hijo, que estaban cerca, acostados. Una mayor inteligencia individual probablemente se hubiese percatado del peligro instantáneamente. Pero Gilka, como Olly antes que ella, no se caracterizaba por una gran capacidad individual. Se quedó donde estaba, como si no se percatase de nada. Cinco minutos después apareció Passion. Pom corrió hacia su madre y tocó su espalda con la cara llena de excitación. Era el tipo de interacción que se da entre madre e hija cuando se encuentran un árbol cargado de frutas. Como una sola hembra, Passion y Pom atacaron a Gilka que había empezado a huir a la vista de Passion. Gilka gritaba y gritaba mientras corría, pero no había machos en las cercanías para responder a sus desesperadas llamadas de auxilio.

Pom corrió hacia Gilka que se volvió hacia un lado, intentando evitarla. En ese momento Passion atrapó a Gilka y la tiró al suelo. Gilka no intentó luchar, pero se agachó para proteger a su bebé. Pom se lanzó a la lucha, golpeando a Gilka mientras Passion agarraba a la cría y mordía su cabeza. Gilka, en vano, golpeó a la atacante, mientras con su mano libre aguantaba desesperadamente a Orion. Passion mordió la cara de Gilka y la sangre salió a borbotones de su ceja. Entonces, trabajando en equipo, Passion y Pom dieron la vuelta a Gilka y mientras Passion, que era la más fuerte, aguantaba a la madre, Pom cogía la criatura y escapaba con ella. Luego se sentó y le dio un profundo mordisco en la frente. Y así, Orion murió de la misma manera que la pequeña Otta un año antes.

Gilka pudo librarse de Passion y corrió detrás de Pom, pero Passion se lanzó sobre ella en un instante, atacándola de nuevo, mordiéndole los pies y las manos. Gilka, sangrando ahora por incontables heridas, hizo un último intento para recuperar a su mutilada cría, pero fue en vano. Y entonces Passion, dejando a Gilka, cogió la presa y corrió, seguida de Pom. El joven Prof, que había contemplado la lucha a vida o muerte desde un árbol seguro, bajó y corrió detrás de su madre. Gilka las siguió cojeando un pequeño trecho, pero pronto se quedó tan retrasada que unos minutos después abandonó y empezó a lamer y a acariciar sus heridas. La familia de Passion, mientras tanto, vagaba silenciosamente por el monte.

Probablemente nunca sabremos por qué Passion y Pom se comportaban de esta horripilante manera. Gilka no era su única víctima: Melissa perdió una, posiblemente dos, a manos de las hembras asesinas, y durante los cuatro años que duraron sus depredaciones desaparecieron hasta un total de seis recién nacidos. Yo sospechaba que Pom y Passion eran responsables de todas estas muertes. De hecho, durante aquella desgraciada época sólo una hembra de la comunidad consiguió que sus bebés creciesen: Fifi. Y luego, después de que Passion quedase embarazada, los infanticidios terminaron. No es que abandonase

inmediatamente -fuimos testigos de tres intentos más- pero, por una razón u otra, fracasó. Y entonces Pom también quedó embarazada y ya no fue capaz de ayudar a su madre. Cuando estos ataques caníbales finalizaron las madres ya pudieron pasear con sus recién nacidos sin ningún temor.

Pero para Gilka era demasiado tarde. Nunca se recuperó de los espantosos ataques de Passion. Aunque las laceraciones de sus manos parecían curadas pocos meses más tarde, aparecían en sus dedos llagas supurantes. Y cuando parecían curadas volvían de nuevo y peores que las primeras. Antes era manca; ahora era una auténtica lisiada que a veces ni siquiera podía caminar cojeando. Desarrolló una diarrea crónica que nunca terminó de curar y pasó a estar cada vez más demacrada. Tenía sólo quince años, pero su condición física era tan menguada que nunca volvió a reanudar sus períodos de celo. Su época de reproducción había terminado. Si antes era solitaria, entonces lo fue infinitamente más. Sus compañeros más cercanos en esta época eran otras dos hembras sin descendencia, la grande y estéril Gigi y la inmigrante Patti, que no había tenido hasta entonces ningún parto. Aunque algunas veces nos las encontrábamos juntas, pescando pacíficamente termitas o comiendo algunas frutas, esto solamente sucedía cuando Gigi y Patti estaban visitando el propio valle, ya que Gilka casi nunca iba mucho más lejos, pues estaba demasiado lisiada. Cuando sus amigos partían hacia nuevos pastos, Gilka se quedaba sola.

Empezó a rondar nuestro campamento, más por tener compañía, pienso yo, que por la posibilidad de recibir unos cuantos plátanos. Permanecía sentada, figura solitaria, mirando el valle, vigilando y esperando. Algunas veces me sentaba cerca, detrás de ella, esperando que comprendiera que yo la cuidaba, que deseaba ayudarla. Tal era mi relación con ella, tal era su implícita confianza en ese ser humano que había conocido y amado desde los despreocupados días de su infancia, que incluso aceptaba que le untase con pomada antibiótica las terribles úlceras de sus manos.

Durante aquellos horribles días la relación de Gilka con su hermano mayor adquirió un nuevo significado. Es verdad que no estaban juntos con frecuencia, pero cuando lo estaban Evered le proporcionaba una clase muy especial de compañía. Cuando se encontraba cerca, ella se relajaba instantáneamente y recuperaba la confianza en sí misma. Evered había sido su consuelo en una ocasión anterior, cuando murió la vieja Olly. Gilka tenía entonces nueve años; ya era casi mayor para arreglárselas para vivir, pero estaba muy sola porque carecía de un hermano más joven y de amigos íntimos. Y así, día tras día, buscaba la compañía de Evered. Cuando ella se retrasaba, lenta aún en aquellos días como resultado de la polio, Evered la esperaba. Y cuando, finalmente, continuaba su camino y la dejaba atrás, ella parecía seguir las huellas de sus pisadas, las mismas rutas en la selva, parando a comer donde él había parado una hora antes más o menos. Quizás seguía el rastro de su olor, ya que los chimpancés pueden reconocer a los individuos por su olor característico. O quizás ella lo vislumbraba, a media milla de distancia, cuando ambos estaban comiendo en las ramas más altas de los grandes árboles.

A medida que el tiempo transcurrió Gilka y Evered pasaron menos tiempos juntos, pero sus relaciones siempre fueron amistosas y caracterizadas por largos ratos de acicalado social. A diferencia de los otros hermanos, jamás se había visto a Evered forzando a su joven hermana para someterla a su interés sexual durante sus períodos de celo. Algunas veces la cortejaba sacudiendo ramitas pacíficamente, pero cuando ella le ignoraba o le eludía, la dejaba sola. Muchas veces Gilka encontraba un claro bienestar en la presencia de Evered. Por ejemplo, después de ser amenazada o atacada era característico verla trasladarse a las proximidades de Evered si él estaba en el mismo grupo. Y entonces, de

modo bien visible, ella se relajaba. En una ocasión Gilka y Fifi tuvieron un altercado en el campamento. Habíamos dejado fuera un bidón de sal y durante cierto tiempo las dos hembras la compartieron. Pero entonces Gilka golpeó accidentalmente a Fifi, que le devolvió el golpe. Gilka, enfadada, contestó a su vez. Fifi era jerárquicamente superior y, a cada nueva insubordinación, atacaba a su compañera de juegos infantiles. No era nada serio, sólo una rápida sucesión de golpes y patadas, así que Gilka, aunque gritaba y corría un trecho, pronto volvía. Retenía la mano de Fifi; ésta respondía con un contacto tranquilizador y ambas hembras volvían a lamerse. Pensé que la paz había vuelto.

De repente, para sorpresa mía, Gilka emitió una ruidosa voz de amenaza y entonces, gritando se arrojó sobre Fifi, golpeándola y agarrándola. ¿Por qué lo hizo? Entonces lo comprendí: Evered había llegado. Él se quedó mirando pelear a las hembras con el pelo ligeramente erizado. Repentinamente Fifi fijó su atención en Evered: rápidamente se retiró del conflicto, lanzando pequeños gritos de miedo, ¿o quizás de furia? Gilka permaneció al asalto con aire satisfecho, dirigiendo a Fifi unas cuantas toses burlonas, y se instaló al lado de su fuerte hermano. Después de un apropiado intervalo Fifi, silenciosamente, se acercó a ambos hermanos, acicaló a Evered por breves momentos; ellos se le unieron en los lamidos, permaneciendo Evered prudentemente entre Gilka y Fifi. Fue un buen día para Gilka. Y debió de ser más satisfactorio aún cuando, bajo la vigilante mirada de su fuerte hermano, se enfrentó con la amenazante Passion: con Evered mirando ¡Passion nada podía hacer!

Hacia el final de la corta vida de Gilka se produjo un incidente que ilustra claramente su innato coraje. El sonido de las fuertes llamadas de los papiones y los gritos de un chimpancé me llegaron a través del bosque. Eventualmente pude presenciar una increíble escena. En lo alto de un arbolito estaba un joven macho adulto papión, llamado Sorhab, comiéndose el cadáver de un pequeño. Junto a él, en la rama, estaba Gilka. Para mi sorpresa Gilka pretendía quitarle parte de su presa. Cada vez que ella conseguía algo de carne, Sorhab se volvía y la amenazaba, mostrando sus caninos, alzando las cejas de manera que dejasen ver sus brillantes párpados blancos. Cuando lo hacía Gilka gritaba, pero no se movía. Al contrario, volvía a probar. En ese momento Sorhab la empujó con ambas manos y con la carne en la boca. Y Gilka, débil como estaba, cayó de la rama. Afortunadamente aterrizó segura en una rama más baja, y después de unos momentos, regresó a su posición. Cuando Sorhab volvió a blanquear sus párpados ella gritó más fuerte que nunca.

Miré, asombrada. Bajo el árbol muchos papiones se apiñaban buscando restos, gritándose entre sí. A una distancia discreta estaban otras dos chimpancés hembra que parecían intimidadas por el bullicio y que, simplemente, miraban desde su segura ubicación. Pero como la pequeña Gilka, débil y lisiada, continuaba acosando al gran macho papión, se me ocurrió que ella debía de haber descubierto el cadáver y Sorhab se lo había arrebatado. Seguramente un frustrado sentido de la propiedad la llevaba a actuar de esta estúpida manera.

De repente Gilka, gritando, alzó ambas manos y abofeteó al papión con fuerza. Sorhab, irritado, cogió la carne con la boca y saltó sobre Gilka agarrándola. Esta vez ambos cayeron al suelo. Instantáneamente llegó una de las otras dos hembras, agarró la carne y tiró de ella. Sorhab lo sujetaba fuerte por una pierna, pero Gilka consiguió llevarse el resto del cuerpo y escapar con él. Muchos de los papiones y las otras hembras la siguieron. Pero Gilka trepó de nuevo al árbol, seguida de Sorhab, que parecía ser el último en enterarse. Enfurecido por el robo de la mayor parte de su presa saltó sobre esta pequeña y audaz hembra y cayeron al suelo una vez más. Y ahora la atacó en serio, presionándola contra el suelo e intentando morderla. Afortunadamente, aún tenía carne en la boca; de no ser así, las cosas habrían ido

peor para Gilka. Ella estaba ilesa aunque gritaba más fuerte que nunca, cogiendo una rabieta en su frustrada ira. De repente, Sorhab decidió que ya tenía bastante y corrió con el sobrante de la matanza. No había manera de que Gilka pudiese seguirlo. Ella se sentó un rato y miró adonde había ido. Y entonces fue a juntarse con los otros chimpancés, mendigando una parte. Pero ellos la rechazaron con irritadas amenazas y pronto se dio por vencida. Regresó a la escena de su conflicto con Sorhab y buscó en el suelo cualquier resto del festín. Pero los papiones los habían cogido todos.

Solamente con que Evered hubiese estado cerca para oír sus llamadas de auxilio el incidente habría tenido un final muy distinto. Pero él estaba lejos, ya que era la época en que, después de sus derrotas con Figan y Faben, se había visto obligado a pasar largas semanas errando por el norte del área de distribución de la comunidad. Siempre que intentaba volver pisando fuerte a la zona central, era atacado de nuevo por sus dos poderosos adversarios. Entonces se iba una vez más y esperaba un poco más. No me había dado cuenta hasta entonces de que las relaciones entre machos de la misma comunidad, individuos que han crecido juntos, podían volverse tan hostiles; en realidad, parecía que los dos hermanos estaban intentando echar a Evered de la comunidad.

Fue durante esa tumultuosa época cuando observé cómo la íntima y amistosa relación entre Evered y su débil hermana beneficiaba tanto a él como a Gilka. Un día, por ejemplo, estaba en el campamento cuando Evered hizo una de sus extrañas apariciones. Quizá no fuera una coincidencia que en aquella época Figan y Faben estuvieran en el sur del territorio. Pero aunque sospechara que los hermanos no estaban cerca, Evered estaba tenso y nervioso, mirando a uno y otro lado, volviéndose a cada ruido. De repente se puso en pie con los pelos erizados, mirando al este, donde algo se movía en la maleza. Pero sólo era Gilka y cuando se acercó, soltando pequeños gruñidos de saludo, Evered se relajó. Se acicalaron el uno al otro por un momento; luego abandonaron el campo.

Yo les seguí. Durante el resto del día ambos deambularon juntos; Evered ajustaba completamente su paso al de su hermana. En varias ocasiones él empezaba a caminar mientras ella estaba comiendo; pero después, mirando atrás, se tendía esperando pacientemente a que ella terminara. Cada vez que él se alejaba durante el viaje, esperaba hasta que ella lo alcanzaba. Creo que en la intimidad de Gilka, en su presencia no amenazante, Evered encontraba el mismo tipo de relajación y bienestar que obtuvo de su madre mientras ésta vivió. Seguramente le daría valor cuando, al día siguiente, se encontrase una vez más cara a cara con sus encarnizados enemigos.

Pero fue vencido una vez más y también una vez más buscó refugio en el norte. Gilka se había quedado sola. No tenía aún veinte años cuando murió. La encontré un día yaciendo muy quieta junto a las rápidas aguas del arroyo de Kakombe y supe, aun antes de llegar a su lado, que no volvería a moverse nunca más. Mientras estaba allí recordé la serie de desgracias que reiteradamente tuvo que padecer casi desde el principio. Su vida, que comenzó de modo tan prometedor, se había desplegado en infinidad de tristezas. Había sido una cría encantadora, llena de gozo y de irrefrenable alegría a pesar del carácter de su madre, más bien severo y poco sociable. En su infancia había disfrutado de la sociedad de los machos, intensamente excitada cuando, de vez en cuando, Olly se unía a un grupo grande. Entonces surgía el espectáculo, hacía volteretas y piruetas y vueltas de campana en un arrebato de alegría. Y ésta era la chimpancé que, con su cara de duende transformada en una gárgola, se había convertido en una penosa lisiada y en la más solitaria de los chimpancés de Gombe.

La selva era verde y oscura, salpicada de manchas de danzarina luz allí donde los rayos

del último sol de la tarde se filtraban a través de las susurrantes hojas del dosel arbóreo. Se oía el murmullo del correr del agua. Y entonces, con el corazón sobrecogido, escuché el puro e inolvidablemente bello canto del petirrojo africano. Cuando la miré, me invadió una sensación de paz. Gilka, por fin, se había librado de aquel cuerpo convertido en nada más que una carga.

IX. SEXO

La línea de Olly parecía condenada a la extinción pese a haber dejado al morir dos vástagos independientes. Su hija, Gilka, fracasó en lograr una sola cría y por un tiempo creímos que su hijo, Evered, forzado al exilio, se vería condenado a vagar solo por los alrededores del área de distribución de la comunidad. Un domingo por la mañana Hamisi Mkono estaba andando a lo largo de la orilla del lago en su camino hacia el mercado. Se dirigía hacia el norte, a la ciudad de Mwamgongo, justo fuera de los límites del parque. Uno por uno, había cruzado todos y cada uno de los riachuelos que afluyen al lago de la cuenca superior desde lo alto de la escarpada cordillera. Después del campamento de Kasakela viene, primero, el de este nombre; después, el Linda, el Rutanga y el Busambo. Ahora había alcanzado la salida del amplio valle don(le se unen los ríos Mitumba y Kavusindi. Allí, en lo alto de tina palma aceitera, no lejos de la playa, un chimpancé estaba comiendo.

Curioso, Hamisi se acercó un poquito más, esperando ver huir al chimpancé, pues se encontraba en territorio de los asustadizos miembros de la comunidad de Mitumba, todavía mal acostumbrados a los hombres. Pero el chimpancé continuó comiendo tranquilamente: no era otro que Evered. Un momento más tarde Hamisi vio un segundo chimpancé mirándole desde detrás de una frondosa palma, una hembra luciendo una enrojecida hinchazón posterior. A pesar de la calma con que Evered aceptaba la presencia humana, ella no fue capaz de permanecer allí. Se la veía nerviosa; saltó rápidamente hacia abajo y corrió. Evered se dio prisa en seguirla y la pareja se esfumó en la espesa selva del valle de Mitumba.

¡Aquello no tenía nada de exilio solitario! No sólo Evered estaba en compañía de una hembra, sino de una hembra muy deseable, en el máximo de su receptividad sexual. Aunque había sido expulsado de su propia comunidad se hallaba en la mejor de las situaciones. Evidentemente, había persuadido a una de las hembras del vecindario para acompañarle en una relación de cópula en exclusiva. ¿Cuántas relaciones sexuales había tenido Evered durante los meses que llevaba fuera de la comunidad? Ésa era la cuestión.

Era más o menos en la época en que tuvimos la oportunidad de ver la muerte de Faben y cómo con ella terminaba la persecución de Evered, porque sin el soporte de su hermano mayor el poder de Figan disminuía. Y así Evered, aunque permaneció sometido a Figan, más joven que él, durante el resto de su vida, pudo volver y tomar su posición en la comunidad de Kasakela. Sin embargo, ello no significó el fin de sus periódicas aventuras románticas; más bien se incrementaron. Porque no sólo actuó ocasionalmente como consorte de las hembras de Mitumba, sino que ahora encontraba más fácil relacionarse con el mismo fin con hembras de su propia comunidad, hembras adolescentes al final de su período infértil, listas para concebir, y hembras más maduras durante el mes en el que se reanudaba la hinchazón estral entre una cría y la siguiente. Además, en la mayoría de las ocasiones cuando las hembras en celo no eran llevadas a cópulas en exclusiva, sino buscadas por la mayoría de los machos de su comunidad, Evered podía disponer de sus oportunidades de copular con ellas junto con los otros machos de Kasakela. Sospechamos que Evered podía haber engendrado más crías que muchos de sus machos contemporáneos: los genes de Olly, después de todo, iban a estar bien representados el día de mañana en la comunidad de Gombe.

La meta de un macho consorte es guardar a su hembra de los machos rivales durante el

tiempo en que es más apta para la concepción: los últimos y escasos días de su hinchazón sexual, antes que, de repente, pase a estar blanda y se marchite. Todos los machos de Gombe toman hembras en exclusiva, pero algunos lo hacen con más éxito que otros. Evered había demostrado una habilidad consumada no sólo en lo concerniente a hacerse seguir por las hembras, sino en impedir que huyeran antes de tener la oportunidad de fecundarlas. No fuimos capaces de registrar el progreso de sus flirteos con las tímidas hembras de Mitumba, pero sus técnicas fueron cuidadosamente observadas en innumerables ocasiones. Un buen ejemplo fue el apareamiento en exclusiva que inició y mantuvo con Winkle en agosto de 1978.

Empezó una mañana cuando Evered se dirigió por primera vez con Winkle y su hijo Wilkie, que entonces tenía seis años, a las laderas norte del valle de Kasakela. Al acercarse el fuerte macho, Wilkie corrió a saludarle, saltando a sus brazos; entonces le acicaló brevemente. Winkle continuó más sosegadamente, con algunos suaves gruñidos. Estaba justo empezando una hinchazón sexual y Evered se mostró inmediatamente interesado, examinando cuidadosamente su parte posterior y olisqueando luego sus dedos. Hecho esto, ambos comenzaron una sesión de acicalamiento.

Diez minutos después Evered se alejó; luego se dio la vuelta y miró fijamente a Winkle, empezando a sacudir una frondosa rama con rápidos y espasmódicos movimientos. Traducido toscamente eso significaba: «¡Vamos, sígueme!» (si el agitar de la rama iba acompañado de una erección del pene significaba: «¡Ven aquí. Necesito copular contigo!»). Winkle dio cuatro pasos hacia Evered y entonces se detuvo. Evered agitó la rama una vez más, aunque no tan enérgicamente, y cuando Winkle le ignoró dejó de insistir. Diez minutos después volvió a probar, y esta vez Winkle respondió y ella y Wilkie siguieron a Evered según su mandato, dirigiéndose hacia el norte como su consorte favorita.

Unos minutos más tarde Wilkie, que se había quedado el último de la fila, trepó para comer no sé qué de frutos. Winkle, como contenta con la excusa, paró inmediatamente y se sentó a esperar a su hijo. Evered volvió y agitó otra rama, pero Winkle no le prestó atención. Durante los veinte minutos siguientes Evered continuó repitiendo sus llamadas y, como Winkle continuaba ignorándole, agitaba la vegetación cada vez con mayor violencia. Era obvio que su paciencia se agotaba poco a poco, hasta que terminó por agotarse por completo. Con el pelo erizado, los labios apretados, saltó hacia Winkle, golpeándola y llevándosela a rastras hasta que ella pudo liberarse y echar a correr gritando. Evered, jadeante por el esfuerzo, la llamó una vez más, pero ella se resistió a obedecer. Se sentó mirándole; sus gritos se hicieron gradualmente pequeños chillidos, luego gemidos.

La paciencia de Evered era muy notable. Esperó cerca de media hora, agitando ramas de vez en cuando con irritación. Pero, como antes, comenzó a sentirse cada vez más frustrado y terminó por disciplinarla de nuevo, esta vez atacándola más severamente. Ahora, por fin, cuando él dejó de golpearla y arrastrarla, ella se acercó y él respondió instantáneamente. Apresurándose a agacharse ante él, con nerviosos y jadeantes gruñidos, ella apretó su boca contra su muslo, besándolo. Y entonces, como es normal en los machos de chimpancé después de la agresión, Evered la tranquilizó, acicalándola hasta que ella se relajó bajo las suaves caricias de sus dedos. Pasado el castigo llegó el momento de darle cumplida satisfacción para restaurar la armonía social. Cuando veinte minutos después Evered empezó a andar otra vez y se volvió y agitó una rama, Winkle fue tras él obedientemente; Wilkie, como la otra vez, se resignó a seguir detrás.

Por algún tiempo viajaron de esta manera, sin ninguna otra fricción. En la sierra, entre los valles de Kasakela y Linda, pararon para comer. Una hora más tarde Evered estalló de

nuevo y en respuesta a su ahora familiar llamada, Winkle le siguió, pero sólo unos cuantos pasos de una vez y con evidente desgana. Sin lugar a dudas estaba poco dispuesta a abandonar su territorio favorito por el del norte, menos familiar. Ahora Evered estaba más impaciente y no tardó mucho en volver a atacarla. Aquello fue lo peor de todo: cuando él la cogió y golpeó ambos cayeron en un barranco con un ruido sordo, desde una gran roca a otra situada más abajo, y de ahí a una tercera. Winkle quedó libre y se precipitó lejos de allí, gritando. Pero cuando Evered la llamó, recogió rápidamente a su hijo, que asustado por el conflicto gritaba con fuerza, y cargándoselo a la espalda siguió a su inflexible pretendiente.

Durante las dos horas siguientes Evered marcó el camino implacablemente más y más hacia el norte. En tres ocasiones más atacó a Winkle; una vez cuando ella se plantó al cruzar la corriente del Linda; otra, cuando corrió repentinamente hacia el sur asustada por el repentino griterío de los pescadores en la playa cercana y, finalmente, cuando ella realizó una última tentativa de resistírsele, justo antes de desplazarse al valle de Rutanga.

Hasta que oscureció casi por completo el pequeño grupo no se instaló para pasar la noche. Wilkie compartió el nido con su madre, como era habitual, y seguramente el contacto con su cuerpo pequeño y familiar le proporcionó algún bienestar tras las contusiones y golpes sufridos durante el largo día.

Al día siguiente las cosas fueron muy distintas. Ahora que se movía por un territorio nuevo, Winkle estaba ansiosa por estar cerca de Evered y, en la mayoría de los lugares, le seguía diligentemente cuando él se movía. Los episodios de agitar las ramas pasaron a ser menos frecuentes y vigorosos. A las diez y media habían alcanzado ya Kavusindi; aquella noche durmieron juntos en el valle de Mitumba, cerca de la playa, donde Evered casi siempre tomaba a sus hembras. Durante los siguientes ocho días iban a quedarse allí.

En cuanto estuvieron instalados y seguros de no ser descubiertos por otros machos de Kasakela, Evered pasó a ser benigno y tolerante. Si cuando estaba listo para partir Winkle comía aún, reposaba o acicalaba a su cría, se tendía en el suelo y esperaba pacientemente. Evered se mostraba muy tolerante con Wilkie; solía también acicalarlo y en buen numero de ocasiones le daba parte de su comida cuando el pequeño se lo pedía. Pero la mayor parte del tiempo Wilkie permanecía malhumorado y deprimido, ya que estaba al final del destete. Pasaba mucho tiempo sentado en contacto con Winkle, y al secarse la leche de su madre, desesperado e incapaz de tranquilizarse reclamaba constantemente su atención.

Winkle se hallaba en el punto álgido del celo desde el tercer día de aquel apareamiento en exclusiva. Era fértil y, hacia el final, estaba en su máximo atractivo sexual y sumamente receptiva. Evered aún copulaba con ella, pero rara vez: nunca más de cinco veces en un día. Cuando le hacía la corte, Winkle respondía con prontitud y calma. Era todo tan pacífico, que parecía una idílica luna de miel.

Evered no era el único en transformarse en benigno y tolerante una vez tenía a su hembra en su territorio favorito: es la regla entre los machos de Gombe. La agresión intimidatoria cesa cuando el macho consigue su meta; entonces está preparado para ajustar su rutina diaria a la de su dama. Recuerdo que una vez Figan tomó a Athena hacia el norte de la corriente de Rutanga. Ella se mostraba extraordinariamente reacia a acompañarle y fue un día terrible para los dos. Sin embargo, a fuerza de repetir sus violentas exhibiciones - y no sin lucha-, Figan terminó por conseguir su propósito. A la mañana siguiente estaba claro que Athena buscaba seguir en la cama. Figan se levantó a la hora de costumbre y fue a sentarse bajo el nido de Athena. Ella lo miró, emitió un suave gruñido, un soñoliento «buenos días», y se quedó donde estaba. Después de diez minutos, Figan miró hacia arriba

y agitó una pequeña mata. Arriba no hubo respuesta. Ocho minutos más tarde probó otra vez, pero ella continuaba acostada y no prestaba atención a Figan. Aunque éste ejecutó una jactanciosa exhibición, continuó ignorándole. Y así, finalmente, se marchó sin ella para atender su propio y acuciante deseo de desayunar. El árbol al que trepó, cargado de suculentos higos manda, no estaba lejos; pero ni siquiera desde las ramas más altas podía ver a Athena. Después de llenarse la boca de comida durante unos minutos bajó deprisa de rama en rama, retrocediendo un trecho; miró ansiosamente hacia el nido de ella y entonces, tras asegurarse de que permanecía en él, volvió al árbol de los higos. Durante los tres cuartos de hora siguientes interrumpió su comida cinco veces más para ver si Athena se había escapado. Al día siguiente Figan llevó a Athena mucho más al norte. Entonces se relajó y los siguientes trece días del apareamiento transcurrieron pacíficamente y en calma.

¡Qué diferente es la situación que prevalece cuando una hembra sexualmente atractiva se ve rodeada por un grupo de machos adultos! Si es una pareja popular, la tensión crece cuando sus pretendientes rivalizan entre sí por la oportunidad de copular. En estas condiciones una hembra puede copular con seis machos o más en diez minutos. Y siempre que hay alguna excitación en el grupo, como la reunión con otros chimpancés o la llegada a una fuente de comida, se produce de modo característico una renovada explosión de actividad sexual. La vieja Flo, en sus buenos tiempos, copuló una vez hasta cincuenta veces en un período de doce horas. Y con frecuencia, a causa de la alta tensión, empezaban las peleas, a veces por la más trivial de las razones. Aunque la propia hembra era rara vez la víctima, la situación la sometía claramente a cierta dosis de estrés.

Podría muy bien ser que la calma y la atmósfera de cordialidad de la pareja facilite la concepción. Es cierto que ocho meses después de que Winkle retornara de su luna de miel con Evered dio a luz a una hija a la que llamamos Wunda (es un nombre mejor escrito de esta manera) y fue la primera vez en la historia de Gombe que los humanos observaban un nacimiento. Y puesto que la gestación de los chimpancés dura ocho meses Wunda, sin sombra de duda, era hija de Evered.

Cuando una hembra de chimpancé quedaba preñada su condición parecía mantenerse en secreto, al menos por un tiempo. No existe una señal comparable al súbito cambio de color de la parte posterior de una hembra de papión. No parece haber un olor especial, o feromona, que advierta de su condición a los machos. Además, durante los primeros meses de su preñez igualmente desarrolla la hinchazón como es habitual y, por tanto, durante ese tiempo sigue desencadenando el interés de los machos adultos. Lo cual conduce a alguna situación absurda cuando los machos exponen su físico para llevarse alguna hembra remisa que está ya preñada con el semen de sus rivales.

Con frecuencia un macho tiene que trabajar realmente muy duro para guardar una hembra como pareja exclusiva. Si la dama concibe, el esfuerzo habrá valido la pena. Pero, por supuesto, el macho no tiene modo de saberlo. Probablemente por eso algunos machos se toman muchas molestias por tomar a sus hembras como pareja en exclusiva dos veces sucesivas, porque en este sentido, queda garantizada la primera inversión. Si él falla al no dejar preñada a la hembra la primera vez, tendrá otra oportunidad en la segunda luna de miel. Y evitará que ella se vaya con un rival. Y aunque ella esté ya preñada, puede valer la pena aunque sólo fuera por estar efectivamente seguro de que no se verá sometida a las tensiones y esfuerzos de reuniones de excitación sexual, una situación que podría significar un peligro para el hijo no nacido. Así, Evered llevaba algunas veces a sus hembras a tres sucesivas lunas de miel.

Cada macho adulto tenía su propio y particular estilo de aparearse. Evered entraba en

largos apareamientos, muchos de los cuales fueron considerablemente más largos que los diez días que estuvo con Winkle. Una vez estuvo vagando en el norte con una de las hembras de Kasakela por lo menos tres meses, aunque no podemos asegurar, sin embargo, que estuvieran juntos todo el tiempo.

Otros machos tienden a apareamientos muy cortos. Intentan iniciar la relación no durante los primeros estadios de la hinchazón, sino cuando la hembra está en el pico del celo. Existen diversas ventajas para el macho que así actúa. Por un lado es más probable que la hembra, siendo altamente receptiva, colabore con él. Por otro, el macho no tiene que mantener la relación durante tanto tiempo y eso es importante si está trabajando para mantener su posición jerárquica: con una ausencia más prolongada, lo más fácil es que a su regreso tenga que hacer frente a uno o varios rivales.

Pero la estrategia tiene sus inconvenientes. No es fácil fugarse con una hembra que está en el máximo de su atractivo. En realidad, si ella es sexualmente popular, puede ser imposible desde el momento que está rodeada por numerosos machos adultos que vigilan cada uno de sus movimientos. El macho aspirante a consorte debe, obligatoriamente, permanecer muy cerca de ella y preparado para aprovechar cualquier oportunidad de llevársela. Desde luego, aunque falle, su constante proximidad le proporcionará las máximas oportunidades de copular con ella y, en consecuencia, las máximas oportunidades de engendrar una cría.

Uno de los máximos expertos en apareamientos cortos y dulces era Satán. Su técnica era interesante. No sólo mantenía una estrecha proximidad con la hembra con la que deseaba aparearse, sino que también la acicalaba frecuentemente. Y entonces, habiendo demostrado su bondadosa naturaleza -«mira qué cariñosa pareja voy a ser»- esperaba su oportunidad. Si por cualquier razón, él y la hembra se encontraban temporalmente separados de los otros machos Satán, de inmediato, agitaba la vegetación, encaminándose en dirección opuesta al grupo y esperando que ella le siguiera. En un par de ocasiones, cuando la hembra permanecía despierta al anochecer comiendo vorazmente como compensación a la escasa ingesta de los días ocupados en el sexo, Satán permanecía sin acostarse. Y entonces, cuando ella tenía alimento suficiente y los otros machos estaban seguramente en sus nidos, intentaba llevársela a una cierta distancia. Si tenía éxito se levantaba muy temprano al día siguiente, y, despertando a la dama, le sugería una marcha apresurada.

Esta estratagema sólo funcionaba si las hembras cooperaban. Si ellas rehusaban seguir y el macho atacaba, sus gritos atraían de inmediato a escena a uno o varios pretendientes más. Satán tenía éxito en este aspecto y con frecuencia triunfaba, partiendo con las hembras más populares. Pero no sacaba demasiado beneficio ya que casi siempre la hembra, después de estar con él unos días, le daba plantón y reaparecía, todavía en celo, en el centro del territorio. Y entonces los otros machos se precipitaban a copular con ella, recuperando el tiempo perdido. A pesar del obvio fracaso de esta estrategia Satán continuaba intentándola.

Algunos machos, usando una técnica que es exactamente la opuesta al corto y dulce método, iniciaban el apareamiento con hembras que estaban completamente «planas», es decir, que no mostraban signos de desarrollo de su hinchazón sexual. Algunas veces se apareaban con hembras recién salidas del celo o que habían vuelto recientemente de un prolongado apareamiento con otro macho. Para un macho situado bajo en el ranking es un buen camino para conseguir una hembra, ya que en este estado sus superiores no se interesarán por ella y no pondrán obstáculos a su maniobra. Si tiene éxito en tomarla, guardándola hasta que vuelva a ser fértil, se sentirá en la gloria. Conocerá la felicidad de tener durante unos días una hembra en el máximo de su hinchazón toda para él. Podrá

copular con ella cuantas veces quiera, sin miedo a ser interrumpido por sus superiores. Por otra parte, a menos que ella esté ya preñada, tendrá una buena oportunidad, con esta pacífica acción, de engendrar una cría, propagando sus genes, pues después de todo, el sexo gira alrededor de esto.

El principal problema para un macho que intenta llevar lejos a una hembra es que durante la fase «fría» de su ciclo sexual ella suele ser particularmente reacia a acompañar al macho. Nosotros observamos el desarrollo completo de lo que bien pudo haber sido el primer intento de apareamiento del joven Freud. Tenía quince años cuando escogió como pareja a Gremlin, hija de Melissa. Ella estaba completamente plana y acababa de volver de estar una semana con Satán. Evidentemente, no podía estar dispuesta a ir a cualquier parte con Freud.

Entonces encontré a Gremlin sentada en un tronco de árbol y a Freud deslumbrado por ella, agitando ramas. Solamente después de que se exhibiera varias veces, agitando violentamente la vegetación, ella le siguió, dirigiéndose hacia el norte. Gremlin no dejaba de mirar atrás, haciendo pucheros y dejando oír frecuentes y contenidos lloriqueos de pena. Buscaba claramente reunirse con su madre, con la que había estado viajando al principio del día. Pero siempre que se daba la vuelta e intentaba regresar, Freud le agitaba ramas. Si ella rehusaba seguir él permanecía erecto, agitando y sacudiendo la vegetación en otra magnífica exhibición. Gremlin probó suerte hasta el límite, ignorándole hasta el extremo de que parecía inevitable un ataque. Pero entonces, en el último minuto, ella marchó precipitadamente hacia él con jadeantes gruñidos y gestos de apaciguamiento. De ordinario seguía una breve sesión de acicalado, después de la cual Freud probaba suerte de nuevo. Él era dos años más joven que Gremlin, pero ya era más fuerte, y en una lucha ella podía muy bien resultar herida. Y así, por fin, ella se dio por vencida.

Sin embargo, pronto se las arregló para utilizar un único sistema de protesta: después de dar pasos en la dirección requerida trepaba a un árbol y empezaba a comer. Freud, después de mirar arriba con desgana agitaba un pequeño manojo de hierbas, instalándose a esperar. Esperaba, esperaba y esperaba. Se tumbó y cerró sus ojos. Se sentó arriba y se acicaló. A continuación, después de haber pasado casi una hora, empezó a mostrar signos de creciente impaciencia, rascándose a sí mismo con mayor vigor mientras miraba hacia Gremlin con más y más frecuencia. A continuación realizó una serie de espectaculares exhibiciones debajo de ella, que continuó sentada, sin moverse, mirándole. Sólo cuando Freud realmente saltaba, se erizaba en su propio árbol, ella por fin capitulaba, saltando al suelo y, reaccionando, le tocaba para apaciguarle.

Cuando él se movió, dirigiéndose hacia el norte, Gremlin le siguió. Pero unos cientos de metros más allá subió a otro árbol ¡y empezó a comer otra vez! Nunca he visto a un chimpancé trepar a tantos árboles en menos tiempo. Cualquier cosa era una excusa para detenerse. Y cada vez Freud esperaba como antes, acicalándose o repantingándose en el suelo hasta que ella, condescendiente, le seguía de nuevo otros tres metros. ¡Tardaron cinco horas en recorrer cuatro kilómetros y medio! Cuando faltaba hora y media para acostarse, ella trepó a otro árbol y construyó un frondoso nido. Freud, después de mirar arriba, emitió un audible suspiro; entonces, resignadamente, hizo su propio nido en las proximidades.

Estaban aún en plena zona central del territorio cuando, al día siguiente, encontraron un par de machos que pertenecían también a la comunidad de Kasakela. Esto marcó el final del intento de Freud de aparearse, y Gremlin pudo reunirse con su madre.

Está bien claro que una hembra prefiere unos machos a otros; por eso es posible que deseen eludir a ciertos individuos. El agresivo Humphrey era comprensiblemente temido

por muchas de las hembras. Pero, aunque una hembra pudiera terminar algunas veces con una relación mal recibida -mostrándose pasiva y atrayendo a otros machos, o aprovechando una oportunidad para escapar- en la mayor parte de los casos están obligadas a someterse a los caprichos de cualquier macho que quiera hacerse con ellas. Y en cambio una hembra a veces parece seguir complaciente a un macho; puede deberse, sencillamente, al amargo castigo sufrido por su desobediencia en ocasiones anteriores.

Una vez, cuando Passion, con los cuartos traseros enrojecidos e hinchados, rehusó a seguir a Evered al norte, éste la atacó cuatro veces, incluso muy severamente, en menos de dos horas. Durante el tercero de estos asaltos, Passion se lesionó una mano y después no podía apoyarla en el suelo. Pero lisiada y todo aún se mostraba poco obediente a las imperiosas demandas de Evered y su cuarto ataque fue el peor de todos. Esta vez sus frenéticos gritos, a los que se sumaron las llamadas de sus inquietas crías, Pom y Prof, llamaron la atención de dos machos. Cuando llegaron, con el pelo erizado, a ver qué estaba pasando, Evered se apresuró a recibirles y entonces, sin dejar de volverse a mirar a Passion, se fue con sus amigos. Passion, que lloraba con pequeños sollozos y sin duda compadeciéndose a sí misma, debió sentir un gran placer al verle marchar.

Pero no iba a librarse de él tan fácilmente. Al día siguiente la volvió a encontrar y, esta vez, ella se apresuró a obedecer de inmediato sus imperiosas llamadas, cojeando él tan rápidamente como podía. Había aprendido bien su lección. Evered, por lo que sabernos, la guardó de los otros machos durante cerca de dos meses, u sea, por dos períodos completos de hinchazón. Cuando ella, finalmente, reapareció en sus lugares habituales estaba embarazada, es de suponer que de un descendiente de Evered.

Un interesante aspecto de los largos apareamientos de Evered es el hecho de que con extraordinaria frecuencia copulaba sus hembras cuando ellas no estaban completamente «enrojecidas». Esto es muy poco frecuente en los chimpancés en libertad. Un macho adulto casi nunca corteja a una hembra excepto durante los diez días de su máxima hinchazón, y ella, por su parte, no se permite una respuesta complaciente si el macho intenta llamar su atención en cualquier otra época. Si persiste, es característico de la hembra volverse temerosa e intentar evitarle. Pero durante sus largos apareamientos con dos hembras, Athena y Dove, Evered copuló con ellas en numerosas ocasiones en las que ellas estaban planas, o mínimamente hinchadas. Y cada vez aceptaban sus avances sexuales con tranquilidad. Probablemente ocurría lo mismo cuando pasaba semanas con otras hembras, pero no estábamos allí para presenciarlo.

En este prolongado período de relación exclusiva dominan una atmósfera de calma y la relajación y las inusuales interacciones sexuales, lo cual sugiere que los chimpancés tienen una capacidad latente para el desarrollo de una relación heterosexual permanente: una relación más del estilo de la monogamia, que se ha convertido en una tradición cultural en la mayoría del mundo occidental.

Sin embargo, hasta en la que puede parecer la más idílica de las relaciones están presentes las semillas de la infidelidad. Una vez Evered estuvo con Dove, su pareja favorita en el norte, durante casi dos meses. Durante una brillante mañana, hacia el final de este período, fue puesta a prueba su lealtad. Media hora después de haber dejado sus nidos Evered y Dove, con la hija menor de Dove, estaban comiendo unas flores amarillas. En ese momento los dos adultos se sentaron juntos y se acicalaron el uno al otro mientras la pequeña jugaba sola en el vacío nido de Evered. En aquel momento Dove, estaba plana y, como posteriormente descubrimos, embarazada de una cría de Evered.

De repente se oyó un ruido en la maleza. Evered se volvió y miró hacia allí con el pelo

erizado. Sólo unos días antes su pequeño grupo se había desplazado hacia el sur, pues habían podido oír los jadeos de los machos de la vecina comunidad de Mitumba; Evered estaba claramente preparado para otra retirada. Cuando un chimpancé empezó a trepar a un árbol a unas cien yardas, Evered enseñó los dientes en una silenciosa sonrisa y, cuando un segundo chimpancé siguió al primero, tocó a Dove buscando tranquilidad.

Pero se tranquilizó en seguida al reconocer a dos miembros de su propia comunidad: Sherry, un joven macho en sus inicios, y Winkle, completamente hinchada. ¡Otra luna de miel! Evered les observó breves momentos, y luego, con el pelo erizado, fue hacia ellos, trepó a su árbol y empezó a agitar las ramas para Winkle. Si ella tenía intención o no de obedecer a sus llamadas no lo sabremos nunca, ya que Sherry, normalmente subordinado a Evered, estaba preparado para defender sus derechos. Cargó contra Evered y lo atacó. La batalla fue corta y pronto Evered, más pequeño y ligero que Sherry, se retiró gimiendo. Pero se quedó por allí, así que Sherry atacó de nuevo a los pocos minutos. Esta vez Evered fue echado a patadas del árbol y cayó al suelo.

Aún gimiendo y visiblemente dolorido, volvió con su Dove. Ella había permanecido donde la dejara mirando todo lo sucedido. Cuando él se sentó junto a ella, gimiendo y lamiéndose un dedo sangrante, ella empezó a acicalarlo y gradualmente él se calmó. Pero continuaba mirando a Winkle hasta que ésta, siguiendo a Sherry, se fue con sus provocativos devaneos hacia el bosque.

Este incidente prueba el poderoso efecto del hinchamiento que provoca el celo de la hembra en cuanto a aumentar los deseos sexuales del macho. No estaba claro si Evered quería conseguir una rápida copulación con Winkle o si, como yo sospechaba, quería que dejase a Sherry y llevársela consigo. Si esa maniobra hubiese tenido éxito ¿qué habría sido de Dove? ¿Habría intentado Evered, como el viejo macho Leakey una década antes, quedarse con las dos hembras? Parece improbable. Lo más seguro es que Dove, plana y carente de interés, habría sido abandonada en favor de la rojiza y reluciente Winkle.

Entonces Dove se habría encontrado en una posición muy vulnerable. Habría sido abandonada sin la protección de un macho en una zona relativamente desconocida para ella, ya que sus guaridas preferidas están en el sur. Y allí, ella y su cría hubiesen quedado a merced de los poderosos machos de la comunidad de Mitumba.

X. GUERRA

La patrulla de Kasakela se movía hacia delante lenta y cautelosamente como para penetrar más profundamente aún en el territorio de la comunidad de Mitumba. Satán iba a la cabeza; otros cinco machos y Gigi, en pleno celo, le seguían de cerca. Todos tenían el pelo erizado, signo de excitación y recelo. Primero uno y después otro se inclinaban para husmear el suelo. Evered recogía una hoja y la olía cuidadosamente; Figan, en posición erecta, olisqueaba las ramas más bajas de los árboles. Repetidamente se detenían a escuchar, mirando a ambos lados del denso sotobosque. Era un día sin viento y el bosque permanecía en un silencio roto únicamente por los coros chillones y periódicos de las cigarras. De repente, el chasquido de una rama, un agudo, frágil sonido. Satán se volvió hacia los demás, cortada su cara en una media sonrisa, parte de miedo, parte de excitación, una media sonrisa formada por un conjunto de blancos dientes y brillantes encías rojas. Silenciosamente abrazó a Jomeo que estaba detrás de él. Figan y Evered también cruzaron sus brazos uno alrededor del otro. Mustard tocó a Goblin. Igual que Satán, todos estaban muy sonrientes.

Mientras permanecían allí, atentos, mirando hacia el origen del ruido se oyó el chasquido de otra ramita. Hojas que crujían bajo una fuerte pisada. Y entonces los chimpancés se relajaron al aparecer la amplia sombra de un jabalí de monte, hozando a través de la maleza. Ocupado en sus propios asuntos ni siquiera advirtió a su audiencia y pronto desapareció.

Satán avanzó de nuevo, pero cuando miró hacia atrás y vio que los demás no le seguían hizo una pausa: no estaba preparado para continuar en solitario. Un momento después, sin embargo, Jomeo le siguió y el resto del grupo tras él.

Diez minutos después se oyó, justo delante del grupo, el blando lloriqueo de una cría. Los machos se miraron; instantáneamente, ellos y Gigi corrieron en dirección al sonido. Al llegar a un árbol grande y de follaje ralo una hembra bajó de lo alto. Pudo haber escapado, pero su cría, de dos o tres años de edad, se había quedado entre las ramas y gritaba de terror. La madre retrocedió, cogió a su hijo y volvió a saltar al suelo. Pero había perdido un tiempo valioso: la patrulla de Kasakela se le echó encima. Goblin fue el primero en agarrar a la desconocida, golpeándola, mordiéndola y dándole patadas en la espalda. Un joven, que también se encontraba en el árbol, saltó rápidamente hacia abajo y desapareció en un espeso matorral. Satán y Mustard saltaron junto a Goblin, que continuaba el ataque, y un momento más tarde Figan, Satán y Jomeo se incorporaban a la lucha.

Durante este asalto feroz Evered agarró la cría y la atacó en el matorral, golpeándola contra el suelo como si fuera la rama de un árbol. Entonces, lanzando su cuerpecito ante sí, se volvió corriendo para reunirse con los otros machos que aún estaban atacando a la madre. Gigi estaba allí, en los alrededores de la vociferante masa de cuerpos aullantes, asestando un golpe a la menor oportunidad.

Diez minutos después del comienzo del ataque la hembra consiguió liberarse y trepó a un árbol, gritando todavía. Goblin fue el único macho que la siguió. La atacó brevemente; entonces miró a Gigi que, evidentemente determinada a decir la última palabra, trepó arriba y ejecutó la serie final de golpes. La desconocida consiguió liberarse; dio un salto tremendo hasta un árbol próximo y desde allí al suelo, donde su hijo gritaba todavía y hacia el que se dirigió. El encuentro duró unos quince minutos. Una gran cantidad de sangre manchaba la vegetación donde se produjo lo peor de la refriega y una pequeña zona bajo los árboles,

donde Goblin y Gigi habían infligido el castigo final.

Durante los siguientes cinco minutos los chimpancés de Kasakela, en un estado de excitación que bordeaba el frenesí, se exhibieron sucesivamente alrededor del escenario del conflicto, arrastrando y agitando ramas, lanzando piedras, moviendo la maleza y profiriendo gritos y rugidos. Al final, todavía de un humor bullicioso y alborotador, dieron media vuelta y se volvieron por donde habían venido.

Al menos una vez a la semana los machos de Gombe, en grupos de no menos de tres, visitaban las zonas periféricas de su territorio. No está claramente marcado el límite entre los grupos vecinos; de hecho, suele haber una zona en la que se superponen dos o más grupos. Cuando los machos descubren una buena fuente de comida en la zona de encabalgamiento suelen volver al día siguiente para comer junto con las hembras y las crías. En expediciones de este tipo, los chimpancés normalmente averiguan si es territorio de sus vecinos antes de empezar el festín. Así, cuando alcanzan alguna cordillera desde la cual pueden divisar el territorio, la expedición se detiene a observar. Si todo parece despejado, suelen proferir grandes gritos y escuchar luego atentamente. Si no oyen nada, o si la réplica es muy lejana, avanzan tranquilamente y empiezan a comer.

A veces sucede que un grupo de chimpancés deambula buscando alimento parando ocasionalmente para descansar, y los machos adultos, repentinamente, empiezan a moverse enérgicamente, dirigiéndose hacia alguna parte de la frontera de su territorio. Esta repentina intención, este aire de determinación, suele indicar que acaban de percatarse de la presencia de sus vecinos. En este punto las madres y los jóvenes que viajan con los machos suelen rezagarse, excepto las hembras en celo, que acostumbran a seguirlos.

Cuando la patrulla de machos detecta la presencia de extraños empieza a moverse cautelosamente, husmeando la vegetación, atentos al menor ruido. El descubrimiento de restos de frutas o de instrumentos para recoger termitas abandonados les interesa inmediatamente. Si ven un nido fresco los machos lo investigan con cuidado; luego actúan vigorosamente a su alrededor hasta dejarlo virtualmente destrozado. Si encuentran chimpancés de la comunidad vecina su respuesta depende del tamaño del grupo, siendo de especial importancia el número de machos adultos. Si uno de los grupos es más grande que el otro, o está formado por más machos adultos, entonces el más pequeño suele retirarse discretamente a un sitio más seguro. Si los otros machos se percatan gritan y los persiguen, pero no los atrapan, ya que se conforman con realizar una demostración de poderío. Si las fuerzas están igualadas, con un número similar de machos en cada grupo, entonces los miembros de ambas partes suelen mantenerse alejados unos cuantos metros, lanzándose amenazas. Primero un grupo, después el otro, actúa y se exhibe, cargando a través de la maleza, golpeando el suelo y los troncos de árboles, arrojando piedras y profiriendo continuamente fuertes gritos y fieras llamadas. Finalmente, después de media hora o más, cada grupo se retira hacia la parte central de su territorio. Esta vigorosa y estridente conducta tiene por objeto proclamar la presencia de los legítimos propietarios del territorio e intimidar a los vecinos. La lucha no es necesaria.

Sólo cuando dos o más machos se encuentran a un forastero solitario o a una pareja de forasteras con sus crías tienen lugar brutales y feroces ataques. En realidad, si las patrullas de machos oyen los gritos de una cría en alguna parte de los límites de su territorio y sospechan la presencia de alguna madre de otra comunidad, van a su acecho, persistiendo durante una hora o más en su intento de atraparla. Y, si tienen éxito, atacan. Un macho extraño también puede ser atacado, pero en el transcurso de nuestros años de investigación en Gombe hemos observado sólo dos ataques, relativamente suaves, a machos de

comunidades vecinas, comparados con dieciocho duros ataques perpetrados a hembras. Los machos, después de todo, son adversarios bastante más peligrosos, particularmente cuando no se conoce ni su fuerza ni su debilidad. Desde luego, un macho sólo puede ser derrotado por un grupo, pero puede infringir serias heridas a uno o más de sus agresores durante la batalla. Una hembra, especialmente si está protegiendo a una cría, no pone en peligro a sus asaltantes.

¿Por qué estas hembras son tan salvajemente atacadas? En algunas sociedades de mamíferos -leones y monos langures, por ejemplo- un macho que ha derrotado al líder de un grupo y capturado a las hembras a veces mata a todas las crías. Con suerte, las hembras recién adquiridas serán sexualmente receptivas antes que lo que hubiesen sido de no haber sacrificado a las crías. El nuevo líder tendrá una doble ventaja: primero, será padre de los próximos bebés nacidos en el grupo; segundo, habrá eliminado parte de la descendencia de su derrotado rival que, de haber sobrevivido, habrían competido con él. En términos de la teoría de la evolución, este ejercicio supondrá una ventaja reproductiva para el macho matador que le presupondrá una mayor proporción de su familia en futuras poblaciones de la que de otro modo hubiera carecido.

Los ataques observados en Gombe, sin embargo, estaban claramente dirigidos a las hembras adultas. Aunque en cuatro ocasiones las crías fueron efectivamente asesinadas, cada vez pareció un accidente en el ataque a sus madres. Pero siempre que pudimos ver las víctimas después de que escapasen comprobamos que habían sido brutalmente heridas, mientras que las crías parecían quedar ilesas. Sería relativamente fácil para un macho quitarle una cría a su madre y matarla, si ése fuese su objetivo. Por tanto, parece que los ataques constituyen una expresión del odio que sienten los chimpancés de una comunidad por los de otra. Aunque forasteros de ambos sexos pueden provocar estas hostilidades, las inofensivas hembras son atacadas bastante más a menudo. Así los machos las disuaden de abandonar sus territorios -si, en realidad, sobreviven- y las fuentes de alimentación del territorio son protegidas por las hembras y por los jóvenes.

Hay, sin embargo, algunas ocasiones en las que las hembras permanecen a salvo de este tipo de agresiones intercomunitarias. Es característico que las hembras que están en la tardía adolescencia se trasladen a otras comunidades vecinas durante los períodos de estro. Y los machos adultos de allí no solamente las toleran cuando, en pleno celo, pueden ser reclutadas por las patrullas de machos, sino que las encuentran altamente estimulantes desde el punto de vista sexual. A veces una hembra joven se queda en la nueva comunidad después de quedar embarazada. Es una decisión difícil. Por un lado, su presencia será intensamente notada por las hembras, al menos al principio. Por otro, así corta todos los lazos con su familia y sus compañeros de la infancia ya que, una vez haya dado a luz, ya no podrá volver a su comunidad. Si lo intentara correría el riesgo de ser brutalmente atacada, a no ser que volviese completamente «enrojecida». Hemos observado algunos encuentros entre machos de la comunidad y hembras extrañas en estro y, aunque hubo algunos ataques, hubo también muchas cópulas. Pero tales incidentes son poco corrientes, ya que la mayoría de las hembras son cuidadosamente guardadas por sus machos cuando están en celo. No cabe duda de que estos encuentros intercomunitarios son muy atractivos para algunos de los machos, particularmente entre los catorce y los dieciocho años. Una vez seguí a Figan, Satán y el joven Sherry viajando por el extremo sur del valle de Mkenke, que en esa época se encabalgaba con el territorio de la poderosa comunidad del sur, la de Kalande. De repente Figan se detuvo con los pelos de punta y, mirando hacia el sur, profirió un fuerte grito de alarma. Seguí la dirección de su mirada y vi un grupo de al menos siete chimpancés

adultos. Obviamente eran miembros de la comunidad de Kalande y ahora, alertados por los gritos de Figan, empezaron a actuar vigorosa y ruidosamente.

Los tres machos de Kasakela corrieron silenciosamente hacia el norte durante un trecho; luego se pararon y miraron hacia atrás. Como los forasteros actuaron de nuevo, desplazándose en nuestra dirección, Figan y Satán se volvieron y corrieron a la búsqueda de un lugar seguro. Pero Sherry, recién salido de la adolescencia, no los siguió inmediatamente. Se quedó mirando los extraños que se aproximaban, absorto y fascinado. Sólo cuando dos machos adultos se acercaron a menos de quinientos metros se volvió y corrió detrás de sus dos compañeros. Y más tarde, el mismo día, dejó a Figan y a Satán y volvió, solo, al valle de Mkenke. Allí trepó a uno de los árboles altos y se sentó, mirando hacia el sur, durante media hora. Sencillamente, fue como si necesitase echar otra ojeada.

Otro joven macho de Kasakela, Sniff, desafió una vez a un gran grupo de chimpancés de Kalande, incluyendo al menos tres grandes adultos, absolutamente solo, ya que sus dos compañeros habían huido. El grupo de Kalande estaba en un barranco poco profundo, gritando y cargando por la maleza. Sniff, profiriendo profundos gruñidos, realizó una espectacular exhibición por encima del barranco. En su actuación lanzó por lo menos trece pesadas rocas hacia los extraños. Un misil perdido -una piedra o un palo- voló desde la espesura de abajo, pero no alcanzó a Sniff. Sólo cuando dos machos Kalande corrieron hacia él, Sniff se retiró. Y estaba aún rugiendo sus desafíos, pateando el suelo y golpeando los troncos de los árboles cuando volvió con sus cobardes compañeros.

1974 marcó el inicio de la «guerra de los Cuatro Años» en Gombe. Cuando llevaba diez años en Gombe los miembros de la comunidad que había venido a conocer empezaron a separarse.

En aquella época, hacia el final del reinado de Mike como alfa, había catorce machos completamente adultos: seis de ellos, incluyendo los hermanos Hugh y Charlie y mi viejo amigo Goliath, empezaron a pasar más y más tiempo en la parte sur del territorio. Sniff, que en aquel momento era un adolescente, y tres hembras adultas con sus jóvenes, fueron también a engrosar lo que llamamos «subgrupo del sur». El «subgrupo del norte» era mucho más numeroso, con ocho machos adultos y doce hembras con sus jóvenes.

Pasaron los meses y la relación entre los machos de los dos subgrupos fue convirtiéndose en progresivamente hostil. Los del norte tendían a mantenerse fuera de la zona utilizada por los del grupo escindido, pero a menudo, dirigidos por Hugh y Charlie, los del sur se ponían en marcha hacia el norte. Y puesto que realizaban estas incursiones colectivamente y a pesar de las valerosas naturalezas de Hugh y Charlie, los machos del norte solían evitarlos. Pese a todo, los dos machos mayores del norte, Mike y Rodolf, a veces paseaban pacíficamente con el mayor de los del sur, Goliath.

Dos años después de estos primeros signos de ruptura se hizo evidente que los chimpancés se habían dividido en dos comunidades distintas cada una con su propio territorio. La comunidad del sur, la de «Kahama», había abandonado la parte norte que ocupaba anteriormente, mientras que la comunidad de Kasakela vio cómo quedaba excluida de zonas donde había podido pacer tranquilamente. Cuando los machos de las dos comunidades se encontraban en la zona de encabalgamiento se exhibían largo tiempo y vigorosamente; luego se retiraban, cada uno hacia el corazón de su nueva demarcación territorial. Pero incluso entonces los tres mayores reiniciaban a veces su amistad.

Durante un año las cosas continuaron igual. Y luego vino el primer ataque brutal de los machos de Kasakela a un macho de Kahama. Fue observado por Hilali y uno del otro campo. El asalto empezó cuando una patrulla de Kasakela de seis machos adultos de

repente se encontró al joven macho, Godi, comiendo en un árbol. Tan silenciosamente se acercaron los agresores que Godi no se enteró de su presencia hasta que los tuvo a todos encima. Luego fue demasiado tarde. Saltó y huyó, pero Humphrey, Figan y el peso pesado Jomeo estaban junto a él, corriendo hombro con hombro, con los otros detrás. Humphrey fue el primero en atrapar a Godi, agarrando una de sus piernas y tirándolo al suelo. Figan, Sherry, Jomeo y Evered lo golpearon y patearon, mientras Humphrey lo mantenía contra el suelo sentándose sobre su cabeza y aguantando sus piernas con ambas manos. Godi no tenía oportunidad de escapar ni de defenderse. Rudolf, el mayor de los machos de Kasakela, golpeaba y mordía a la infeliz víctima siempre que encontraba un hueco y Gigi, que también estaba presente, atacaba cuando podía alrededor de la *melée.* Todos los chimpancés gritaban fuerte: Godi de terror y de miedo; los agresores, en un estado de enfurecido frenesí.

Después de diez minutos Humphrey se separó de Godi. Los demás detuvieron el ataque y se alejaron en ruidoso y turbulento grupo. Godi permaneció quieto por unos momentos en el suelo mientras sus asaltantes se alejaban; entonces, lentamente, se puso en pie y se quedó mirándoles, profiriendo débiles gemidos. Estaba malherido, con grandes cortes en la cara, en una pierna y en el lado derecho del pecho, con fuertes contusiones por el tremendo aporreo que había sufrido. Indudablemente murió de estas lesiones, ya que nadie del grupo de campo de estudiantes que trabajan en el área de Kasakela volvió a verle jamás.

En los cuatro años siguientes tuvimos el testimonio de cuatro asaltos más de este tipo. La segunda víctima fue el joven macho De. Quedó igualmente mal herido como resultado de unos veinte minutos de apaleamiento infligido por Jomeo, Sherry y Evered. Otra vez estaba Gigi presente y esta vez se unió de verdad a los machos en el ataque. De, demacrado y con numerosas heridas mal curadas, fue visto por última vez un mes después del ataque. Después desapareció para siempre.

La tercera víctima fue para mí la más trágica de todas. No fue otro que mi viejo amigo Goliath, el segundo chimpancé que me había permitido acercarme a él. Goliath había estado situado en lo más alto de la jerarquía antes del reinado de Mike. Fue siempre uno de los más valientes y bravos entre los machos adultos. Siempre será un misterio para mí por qué se movió hacia el sur cuando la comunidad se dividió. Los otros machos de Kaharna habían mostrado, desde el principio, estrechas relaciones con los demás y pasaban mucho tiempo juntos. Pero Goliath siempre había parecido tener más amistad con los machos de Kasakela, los que tan brutal y sorprendentemente terminaron por atacarle. Cuando aquello sucedió era viejo y frágil, con su antaño poderoso cuerpo marchito y descolorido y pardo su brillante y negro pelo; sus dientes estaban desgastados de tanto despedazar.

Una de las estudiantes, Emilie, estuvo presente durante el ataque que condujo a la muerte de Goliath. Lo que le desagradó más fue la terrible rabia y hostilidad de sus cinco agresores: Figan y Faben, Humphrey, Satán y Jomeo.

-Definitivamente intentaban matarle -nos contó más tarde-. Faben le retorció la pierna varias veces, como si estuviese intentando desmembrar un adulto de colobo después de una cacería.

Cuando el asalto terminó Emilie siguió detrás de los asaltantes hacia el norte y registró su salvaje excitación. Repetidamente aporreaban los troncos de los árboles, lanzaban rocas, arrastraban y tiraban ramas. Y siempre gritaban, en señal de triunfo.

Goliath, como las demás víctimas, había sido horriblemente herido. Logró sentarse, pero con dificultad, y cuando miró después a los que fueron en otro tiempo sus compañeros tembló violentamente. Meció una de sus muñecas con la otra mano, que estaba rota, con el

cuerpo cubierto de heridas. Al día siguiente volvimos a buscarle, pero había desaparecido sin dejar rastro.

Después de la muerte de Goliath sólo quedaban tres machos de Kahama: Charlie, Sniff, ahora un joven macho adulto, y Willy Wally, lisiado como resultado de la epidemia de polio de 1966. Hugh había desaparecido, probablemente muerto como los demás.

Charlie fue el siguiente en desaparecer. Nadie vio cómo le atacaban, pero unos pescadores nos dijeron que habían oído los sonidos de una batalla feroz y, después de buscar en el área durante tres días, el equipo de campo encontró el cuerpo de Charlie que yacía muerto cerca del curso del Kahama. La naturaleza de sus terribles lesiones era prueba suficiente de que había muerto a manos de los machos de Kasakela.

Estaba claro que los machos de Kahama estaban condenados: tarde o temprano los dos que quedaban serían perseguidos y muertos. Pero lo extraordinariamente sorprendente fue que la siguiente víctima no fue ninguno de los que esperábamos, sino una de las tres hembras, Madam Bee. Yo creía estar preparada para esto: conocía los brutales ataques a las hembras forasteras. Pero Madam Bee no era una extraña, y yo pensaba que los machos de Kasakela, tras eliminar a sus rivales de Kahama, intentarían probablemente tomar de nuevo las tres hembras que habían «desertado» a las filas enemigas.

Igual que Goliath, Madam Bee era vieja. Y aún más frágil, con un brazo paralizado por la polio. En tiempos del asalto fatal ya había sido objeto de ataques sucesivos y estaba débil por una serie de heridas mal curadas. Pero esta indefensa hembra fue tratada de la misma depravada manera: aporreada y tundida, arrastrada a revolcones. Después de la paliza final quedó boca abajo, completamente inmóvil, como muerta. Pero mientras los agresores se exhibían vociferando ruidosamente, de un modo u otro consiguió arrastrarse hasta ocultarse en la densa vegetación.

Tan bien se ocultó que tuvimos que buscarla diligentemente durante dos días hasta dar con ella, y la encontramos porque su adolescente hija Honey Bee la vio comiendo arriba en un árbol. Durante los dos días siguientes la herida hembra yació en el suelo, a veces arrastrándose un trecho para derrumbarse de nuevo. Gradualmente fue debilitándose, invadida por incontrolables espasmos de temblor. Cuatro días después del ataque, murió.

Nada que nosotros pudiéramos hacer consiguió evitar su muerte. Pero si se hubiera restablecido no hubiera tenido futuro: incluso los machos sanos en la flor de la vida eran impotentes para evitar la implacable hostilidad de sus enemigos de Kasakela. Le llevamos alimento y agua allí donde yacía, pero apenas aceptaba un poco. Sólo parecía encontrar algún alivio en la presencia de su hija adolescente. Honey Bee permaneció constantemente junto a ella en aquellos días crueles, acicalando a su madre e intentando apartar las moscas de sus heridas.

Willy Wally fue el siguiente en desaparecer. Y entonces, durante un año, Sniff fue el único sobreviviente de los machos de Kahama, confinado en una estrecha zona emparedada entre la comunidad de Kasakela al norte y la poderosa comunidad de Kalande al sur. Yo quería desesperadamente que, pese a sus escasas probabilidades, Sniff pudiese de algún modo conseguir ser admitido en las filas de Kalande. O desplazarse a algún territorio no reclamado fuera de los límites del parque, al este de la cordillera. Era tan joven y tan querido...

Recuerdo cuando, en 1964, la madre de Sniff visitó el campamento por primera vez. Mientras permanecía inmóvil nerviosamente en los matorrales en el borde del claro, Sniff, con su insaciable curiosidad, se aproximó a mi tienda, corrió la puerta y metió la cabeza dentro. ¡No pareció sobresaltarse cuando me vio sacando la cabeza! Lo habíamos visto

crecer, desde que era un simpático y juguetón joven hasta convertirse en un robusto adolescente. Quedamos profundamente afectados cuando, después de la muerte de su madre, Sniff (que entonces tenía ocho años) adoptó a su hermana de catorce meses. Aún dependiente de la leche de su madre sólo sobrevivió durante tres semanas, pero durante este tiempo la transportó consigo a todas partes, compartiendo su alimento y su nido de noche, haciendo lo más adecuado para protegerla durante los frecuentes incidentes de agresión que empezaron fuera del campamento en la época de la alimentación intensiva con plátanos.

Pero Sniff fue brutalmente asesinado como los demás. Fue perseguido, atacado e incapacitado, sangrando por innumerables heridas y con una pierna rota. Una vez más fuimos a buscar el lugar donde se había arrastrado para morir. Estos hechos marcaron el final de la comunidad de Kahama. Por un tiempo se vieron ocasionalmente las dos hembras adultas que quedaban con sus crías, pero luego desaparecieron también. Probablemente encontraron el mismo destino que el resto de este pequeño grupo condenado a la muerte. Solamente las hembras adolescentes habían sido, desde el principio, inmunes a la violencia.

Los cuatro años que siguieron, desde 1974, cuando Godi fue atacado, hasta 1977, en que Sniff murió fueron los más negros de la historia de Gombe. No sólo fue aniquilada una comunidad entera, sino que además se produjeron los ataques caníbales de Passion y Pom, aquel horripilante festín con carne de recién nacidos. Y todo esto sucedía al mismo tiempo que los rebeldes de Zaire invadían la arenosa playa de Gombe y nos sumergíamos en la pesadilla de las siguientes semanas. Supongo que deberíamos dar gracias a Dios de que el drama humano, que se resolvió con una incógnita angustia mental, no se cobrara, por fin, vida alguna.

El secuestro, a pesar del shock y la tristeza, apenas cambió mi punto de vista sobre la naturaleza humana. La historia está llena de secuestros y rescates y ha habido muchos estudios, particularmente en los últimos años, sobre el efecto que estos incidentes pueden ocasionar a las víctimas. Desde luego el hecho de que yo me viese envuelta me concedió una nueva perspectiva: tengo la seguridad de que cuantos vivimos aquellas semanas adquirimos una profunda simpatía por aquellas personas cuyas vidas han sido así violentadas.

La violencia intercomunitaria y el canibalismo que se dio en Gombe, sin embargo, eran inéditos y dichos sucesos cambiaron para siempre mi visión de la naturaleza de los chimpancés. Durante muchos años había creído que los chimpancés, aunque mostraban sorprendentes similitudes a los humanos en muchos aspectos eran, de largo, bastante más «atractivos» que nosotros. De repente vi que bajo ciertas circunstancias pueden ser igual de brutos, que también hay una cara oscura en su naturaleza. Desde luego, sabía que los chimpancés luchaban y se herían de vez en cuando. Había visto con horror cómo los machos adultos atacaban sin inhibiciones a las hembras durante el frenesí de una exhibición, e incluso a débiles crías que se ponían en su camino. Pero estas explosiones, espectaculares para quienes las veían, casi nunca acababan en heridas serias. Los ataques intercomunitarios y el canibalismo eran otro tipo de violencia.

Durante varios años me costó creerlo. A menudo me despertaba por la noche, con visiones de terribles imágenes: Satán, recogiendo con la mano la sangre que perdía Sniff por la barbilla para bebérsela; el viejo Rudolf, tan tranquilo normalmente, lanzando una piedra de unos ocho kilos sobre Godi; Jomeo arrancando un pedazo de piel del muslo de De; Figan atacando y golpeando repetidamente el magullado cuerpo de Goliath, uno de sus héroes de la infancia. Y, quizá lo peor de todo, Passion comiendo la carne del bebé de Gilka, con la boca rebosando sangre como el grotesco vampiro de un cuanto infantil.

Gradualmente, sin embargo, aprendí a aceptar esta nueva imagen. Aunque los instintos agresivos del chimpancé son notablemente parecidos a los nuestros, su comprensión del sufrimiento que están infligiendo es considerablemente distinto al nuestro. Es cierto que los chimpancés son capaces de enfatizar, de entender las necesidades y los deseos de sus compañeros. Pero creo que sólo los humanos son capaces de crueldad *deliberada,* de actuar con la intención de causar dolor y sufrimiento.

Mientras tanto, ajenos a lo que habían provocado en mí, los chimpancés prosiguieron sus vidas. Y los chimpancés de Kasakela tenían el premio en las manos. Después de la muerte de Sniff los victoriosos machos de Kasakela, junto con sus hembras y sus jóvenes, viajaron, comieron e hicieron sus nidos sin temor en su recién incorporado territorio. El tamaño de dicho territorio aumentó de doce a más de quince kilómetros cuadrados. Pero este feliz estado de cosas no duró mucho. La comunidad de Kahama parecía haber actuado de amortiguador entre los chimpancés de Kasakela y la poderosa comunidad de Kalande, en el sur. Ahora esta comunidad empezó a empujar más y más hacia el norte. Un año después de la victoria final de los machos de Kasakela sobre Sniff, éstos se vieron forzados a retirarse. Cada vez que viajaban a la zona que con tanta brutalidad habían arrebatado a los chimpancés de Kahama, los individuos de Kasakela se encontraban con las patrullas Kalande. Empezaron a desplazarse hacia el sur con creciente precaución y gradualmente su territorio se redujo otra vez.

Se observaron algunos encuentros dramáticos entre grupos de Kasakela y de Kalande. Una vez, por ejemplo, Figan y otros cuatro machos fueron interceptados por un grupo más grande de kalandeitas y huyeron, en silencio, hacia la seguridad del norte. Dos machos de Kasakela desaparecieron: primero, el fuerte y joven macho Sherry y, al año siguiente, el viejo Humphrey. Y aunque no estamos seguros, creemos más que probable que fuesen víctimas de agresiones intercomunitarias. Después de aquello la comunidad de Kasakela, con sólo cinco machos, no sólo continuó perdiendo territorio por el sur, sino que por el norte la gran comunidad Mitumba, aprovechando la oportunidad, empezó a extender su territorio hacia el sur. Hacia finales de 1981, cuatro años después de la muerte de Sniff, el territorio de Kasakela había quedado reducido a unos dieciocho kilómetros cuadrados, casi insuficiente para la supervivencia de las dieciocho hembras adultas y sus familias. Incluso temí llegar a perder la comunidad completa. Dos de las más solitarias y periféricas hembras que habitaban por el sur perdieron a sus crías, y, como en los casos de Sherry y de Humphrey, sospechamos que los machos de Kalande podían ser los responsables.

Durante el año siguiente las cosas se nos echaron encima. Cuatro machos Kalande vinieron al campamento y atacaron a Melissa. Afortunadamente -quizás por el entorno desconocido- fue un ataque ligero y su cría quedó ilesa. Unas semanas después, cuando Eslom estaba pescando, oyó machos de Kalande llamando desde el acantilado Mkenke-Kahama, en el sur del campamento y, quizás como respuesta, machos de Mitumba llamando desde la cordillera Linda-Kasakela, en un valle al norte del campamento. Los chimpancés de Kasakela estaban recibiendo su propia medicina. Durante varios días transitaron en silencio. Incluso dejaron un suculento árbol frutal junto al Kakombe, porque, según nos pareció, el ruido de las aguas les imposibilitaba oír acercarse al «enemigo».

Afortunadamente, en aquella época había un número desacostumbradamente alto de de jóvenes creciendo en la comunidad de Kasakela. Cuando el tiempo pasó, comenzaron a pasar más y más tiempo lejos de sus madres, acompañando a los machos adultos en sus excursiones al norte y al sur. Estos jóvenes -Mustar y Atlas, Beethoven y Freud- carecían de fuerza y experiencia social para ser útiles en caso de ataque, pero el ruido de sus

llamadas y sus estentóreas exhibiciones, añadidas a las de los cuatro machos que quedaban, hacían creer a sus vecinos que la comunidad de Kasakela era más poderosa de lo que era en realidad.

El peligro fue descartado y se reiniciaron las patrullas de Kasakela, por el sur hacia Kahama y por el norte, más allá de Rutanga. No observamos más persecuciones dramáticas durante los encuentros entre machos de comunidades vecinas, aunque ambos grupos se exhibiesen como antes. No volvieron a desaparecer machos adultos, ni crías de hembras periféricas. El *status quo* parecía retornar.

XI. MADRES E HIJOS

Patrullar las fronteras es uno de los muchos deberes que un joven macho de chimpancé debe aprender si quiere crecer como un miembro útil de la sociedad. Sus experiencias de adulto serán muy distintas de las de una hembra. Así, no es sorprendente que los hitos a lo largo de la senda que conduce a la madurez social sean diferentes de los que marcan el camino de las hembras. Algunos, por supuesto, son compartidos, tales como el proceso de destete y el nacimiento de un nuevo bebé en la familia. Pero la ruptura inicial con la madre y los primeros viajes con los machos adultos no sólo tienen lugar mucho más pronto para el joven macho que para la hembra, sino que, con mucho, tienen otro significado. En ese tiempo es cuando debe aprender muchas de las habilidades que le serán imprescindibles como adulto. El joven macho deberá desafiar a todas las hembras de su comunidad, una por una, y luego, cuando todas hayan sido dominadas, tendrá que comenzar el camino para establecerse en su lugar dentro de la dominancia jerárquica de los machos adultos. El camino por el que el joven macho aborda cada una de estas tareas, y la edad en la que pasa de un hito al siguiente, depende en gran manera de su entorno familiar primero y la naturaleza de sus experiencias sociales después. La comparación del desarrollo de los hijos de Fifi, Freud y Frodo, con el de Passion, Prof, ilustrará muy bien la cuestión.

Como hemos visto, a pesar de que Freud fue la primera cría nacida disfrutó de una infancia relativamente sociable. Flint, el hermano más joven de Fifi, fue una figura importante en los dos primeros años de Freud. Flint estaba fascinado por su sobrinito y Fifi se mostraba muy tolerante, permitiéndole jugar y llevar a su preciosa cría cuando sólo tenía dos meses. Los hermanos mayores de Fifi, Faben y Figan, solían estar a su alrededor, de manera que Freud desarrolló lazos de amistad con ambos machos, que ocupaban una alta posición en el ranking. Así, como la misma Fifi en su momento, pasó gran parte de su primera infancia rodeado del apoyo de sus familiares. Como su madre antes que él, se convirtió en un ser positivo y lleno de confianza en sí mismo en su interacción con sus pares.

Cuando Flint, incapaz de sobrevivir a la pérdida de su anciana madre, murió a los ocho años y medio, Freud no sólo perdió a su más importante compañero, sino también su modelo de macho adolescente. Incluso después de la desaparición de la vieja Flo, imán que había mantenido unidos a los miembros de su familia, Fifi pasaba mucho tiempo con sus hermanos mayores. Freud siempre se lanzaba a saludar al tío Figan, saltando a sus brazos y subiéndose a su espalda no pocas veces. Esta amistosa relación persistió cuando Figan alcanzó la posición alfa. Además, Fifi no era sólo una hembra sociable que frecuentaba a otros chimpancés, sino que después de la muerte de Flo -y quizá debido a esto- se hizo más amiga de Winkle, una joven hembra de aproximadamente su misma edad. Wilkie, el hijo de Winkle, tenía un año menos que Freud, y cuando las madres estaban juntas sus crías retozaban interminablemente poniendo a contribución su inagotable energía. Y sólo demandaban la atención de su madre cuando ésta era el único chimpancé cercano: así, las horas que Fifi y Winkle pasaban juntas, comiendo o descansando, eran tan beneficiosas para ellas como para sus crías.

Desde luego, Freud no dejó de pasar la habitual depresión del destete; permanecía enganchado a Fifi cuando ella descansaba, acosándola para que lo acicalase, buscando desesperadamente tranquilidad en esta nueva y desagradable experiencia. Y la misma Fifi parecía sorprendida durante la primera fase del destete cuando, por primera vez, la eficaz

coordinación entre ambos, que siempre había caracterizado su relación, empezó a romperse. Gradualmente madre e hijo aprendieron a capear la situación, pero Freud aún estaba deprimido cuando, por primera vez desde su nacimiento, Fifi volvió a ser de nuevo sexualmente atractiva. Siempre que su madre copulaba con un macho adulto, Freud, en una agitación frenética, se tiraba sobre la pareja y gimiendo y hasta gritando apartaba al pretendiente de su madre. Durante la primera y la segunda hinchazón de Fifi, Freud raramente se perdía una cópula; su angustiosa y casi obsesiva interferencia era una reminiscencia de la conducta de Fifi a su misma edad. Los más jóvenes parecían molestarse menos, aunque todos interfieren cuando sus madres copulan.

No obstante, cuando nació la siguiente cría de Fifi, Freud ya se había recuperado de la tensión del destete y de la popularidad sexual de su madre. Estaba encantado con su nuevo hermano Frodo, y tan pronto como Fifi se lo permitió, Freud lo tomaba de sus brazos y se sentaba para acicalarlo o para jugar con él. Casi siempre era amable con el pequeño, pero algunas veces lo utilizaba para conseguir sus objetivos. Si, por ejemplo, estaba preparado para desplazarse antes que Fifi, y si cuando él partía, ella rechazaba seguirlo, volvía, cogía a Frodo y se marchaba con su hermanito. A veces este truco funcionaba y Fifi, con una mirada, se incorporaba y seguía a sus dos hijos. Pero en muchas ocasiones perseguía a Freud, le arrebataba la cría y volvía a sus actividades. Otras veces era Frodo el que rechazaba entrar en el juego de su hermano mayor y volvía con su madre por su cuenta.

Había un mundo de diferencias entre las primeras experiencias de Freud, el primer nacido, y su joven hermano. Aunque Freud, en contraste con otros primogénitos, había disfrutado de un notable entorno social, había pasado muchas horas con Fifi por toda compañía. Y aunque ella, igual que Flo, había sido una madre alegre, hubo incontables ocasiones en las que estaba demasiado ocupada para dedicar atención a Freud. Para Frodo fue completamente distinto. Nunca había estado a solas con Fifi, su hermano mayor estaba siempre allí. Y Freud le servía a la vez como compañero de juegos, protector y consolador, y como modelo a imitar.

También era distinto para Fifi ahora que tenía una segunda cría. Se veía libre de la constante molestia de un crío pelmazo siempre esperando a que jugara con él, que lo acicalara. Así que estaba libre no sólo algunas veces, cuando ella unía sus fuerzas con Winkle después de la muerte de Flo, sino siempre. Podía sentarse, completamente relajada, mirando ociosa cómo Freud y Flo jugaban juntos. Si pensaba en algo, y por supuesto lo hacía, podía dedicarse sin interrupción a sus propios pensamientos. Tan es así, que se conservaba juguetona y con frecuencia parecía incapaz de resistirse a compartir los juegos de sus hijos cuando no tenía nada mejor que hacer.

Frodo estaba fascinado por casi todo lo que Freud hacía. A veces lo miraba cuidadosamente y luego intentaba imitar lo que veía. Cuando tenía nueve meses, por ejemplo, y aún no andaba bien, contemplaba con los ojos muy abiertos cómo Freud realizaba una ruidosa e imprevista exhibición de tamborileo en el contrafuerte de un gran árbol y entonces hizo lo mismo lo mejor que pudo. Pero su coordinación no era tan buena; perdió el equilibrio y cayó por un declive gritando de terror, ¿o de frustrada cólera? En cualquier caso su intento de imitar el comportamiento de un macho adulto acabó con el ignominioso rescate por parte de su madre. Otras veces Frodo, muy cerca de Fifi, miraba a Freud jugar agresivamente con jóvenes papiones, persiguiéndolos, pateando el suelo y golpeando un gran pedazo de madera muerta. Cuando todos quedaron tranquilos y los papiones se marcharon, Frodo se dirigió hacia el arma abandonada, sin duda intentando demostrar que podía blandirla con igual temeridad. Pero era demasiado pesada hasta para

levantarla del suelo.

Freud era muy cariñoso con su joven hermano y siempre le protegía. Cuando Frodo pasó a aventurarse por su cuenta y se situaba fuera del alcance de Fifi, Freud acostumbraba a seguirlo; siempre parecía tener un ojo puesto en el pequeño. Por eso cuando Frodo «se quedaba atascado», como tantas veces solía suceder, y lloriqueaba de pena, Freud estaba cerca para acudir al rescate. Cuando Frodo tenía unos dos años le gustaba jugar con los papiones. Algunas veces se entusiasmaba y se aproximaba no sólo a los jóvenes, sino a los adultos con sus pequeñas exhibiciones. A veces estos adultos se irritaban al verle con los pelos erizados, pateando el suelo y golpeando con las ramas; entonces le amenazaban, palmeando con sus manos el suelo y enseñando sus grandes caninos. Frodo gritaba de miedo y era probable que Freud corriera a su rescate con tanta celeridad como lo hubiera hecho Fifi. Con frecuencia, incluso, Freud permanecía cerca; se había nombrado a sí mismo su guardián.

Mientras que Frodo difícilmente podía rescatar a su hermano mayor, se mostraba triste cuando estaba herido o afectado. Cuando Freud tenía siete años, había ocasiones en las que Fifi encontraba necesario disciplinarle mientras comía; por ejemplo, si intentaba coger lo había reservado para sí. Dos veces llegó a coger una rabieta, tirándose al suelo y gritando, cuando ella amenazaba apaciblemente a su hijo mayor. Fifi le ignoraba, pero el pequeño Frodo se apresuraba a ir junto a su hermano y le abrazaba, permaneciendo junto a él hasta que Freud quedaba de nuevo tranquilo. Un año después Freud se lastimó gravemente el pie. No podía apoyarlo en el suelo y los dos primeros días se desplazaba muy lentamente. Fifi, de modo característico, le esperaba cuando se detenía, pero algunas veces se marchaba antes de que él fuera capaz de moverse. En las tres ocasiones en las que esto sucedió Frodo se detuvo, miró hacia Freud, luego hacia su madre y de nuevo hacia Freud y empezó a llorar. Continuó gritando hasta que Fifi se paró de nuevo. Entonces Frodo se sentó cerca de su hermano mayor, le acicaló y miró su pie herido, hasta que Freud pareció capaz de continuar. Entonces toda la familia se movió unida.

Más fascinante de ver eran las interacciones entre Fifi y sus dos hijos en crecimiento y cómo los tres se dirigían hacia el más alto estatus en la comunidad. Freud empezó la larga lucha intimidando a las hembras de la comunidad cuando tenía siete años. Cargando hacia ellas y a su alrededor, movía ramas y tiraba rocas, típico comportamiento de un macho adolescente. Inicialmente cargó contra los juveniles mayores y los adolescentes cuyas madres ocupaban en el ranking una situación inferior a la de Fifi. Si una de ellas le contestaba -que era el caso más frecuente- Fifi siempre le respaldaba, amenazando a la hembra en cuestión, o incluso atacándola, por su poco recomendable venganza. Entonces la confianza de Freud crecía y llegó el momento en que empezó a desafiar a las hembras mayores cada vez con más frecuencia; sus «víctimas» se ponían en marcha contra su débil atacante y le perseguían, o incluso le golpeaban. Como Fifi casi siempre salía en su defensa, entró paulatinamente en conflicto con las otras hembras.

Algunas veces Freud apuntaba demasiado alto. Una vez, por ejemplo, tuvo la audacia de amenazar a la hembra dominante, Melissa, y ella lo castigó duramente por su temeridad. Fifi, aunque más joven y en una posición inferior a la de Melissa era, como había sido Flo, de naturaleza valiente y firme. Como respuesta a los angustiados gritos de Freud apareció con el pelo erizado, mirando fieramente y profiriendo grandes gritos de amenaza. Melissa se giró inmediatamente hacia Freud y Fifi, y las dos madres lucharon, enzarzadas y rodando. Freud corrió detrás de ellas profiriendo gritos inútiles. Desgraciadamente para Fifi, el hijo adolescente de Melissa, Goblin, estaba cerca y al escuchar los gritos de su

madre se abalanzó, atacando y persiguiendo a Fifi, quedándose Freud a un lado.

Pero Freud crecía y se hacía más fuerte por momentos y, como los niveles de la hormona masculina, testosterona, aumentan durante la pubertad, también se volvió más agresivo. En aquella época tenía nueve años y podía resistir los altercados de su madre. Cuando Fifi se vio una vez envuelta en una lucha con la dominante Passion, tanto Freud como Pom se añadieron a la escaramuza en apoyo de sus respectivas madres. Pero Freud pudo apartar a Pom y luego arrojó una piedra a Passion. Esto la sorprendió y dejó ganar a Fifi. De esta manera, a medida que pasaron los años, madre e hijo alcanzaron su posición social.

Mientras tanto el joven Frodo también crecía. Seguro de que si las cosas iban mal, Fifi o Freud -o ambos- seguramente le ayudarían, empezó a desafiar a las hembras de la comunidad a una edad muy temprana. Después de todo, había estado observando a Freud, aprendiendo de él y, de hecho, «ayudándolo», durante años. Una y otra vez, cuando Freud amenazaba a algunas débiles hembras con sus jactanciosas exhibiciones, Frodo se le unía: con cada uno de sus pelos erizado, repicando con sus patas el suelo, agitando pequeñas ramas, moviéndose como un personaje de dibujos animados de Walt Disney.

Frodo sólo tenía cinco años cuando empezó a desafiar en solitario a algunas hembras. Desde luego aún era muy pequeño, pero aprendió rápidamente el adecuado uso de las rocas como armas, a raíz de lo cual se intensificó la efectividad de sus lanzamientos. Pronto se ganó una gran reputación como prestigioso lanzador. Muchos jóvenes chimpancés tiran rocas durante sus exhibiciones intimidatorias; pero llegó a ser característico de las actuaciones de Freud y es más que probable que Frodo, al principio, estuviese imitando a su hermano mayor. Pero Frodo perfeccionó la técnica del lanzamiento, y, en un corto espacio de tiempo, muchas de las jóvenes hembras, así como las que ocupaban una baja posición en la jerarquía, empezaron a temer a este precoz joven macho y se alejaban cuando se les acercaba con una roca en mano. Frodo tenía más acierto que otros lanzadores de piedras, no porque tuviese mejor puntería, sino porque se acercaba a medio metro antes de arrojar sus misiles. También desarrolló otras desagradables técnicas.

Recuerdo perfectamente un incidente que ocurrió cuando estaba siguiendo a Fifi, Little Bee y sus familias. De repente Little Bee, mirando hacia la colina, empezó a dar pequeños gritos. Y allí, unos metros más arriba sobre nosotros, vi a Frodo empezando una exhibición intimidatoria, con el pelo erizado y una roca en la mano. La arrojó hacia nosotros, pero cayó entre Little Bee y yo sin dañar a nadie. No estaba claro quién era la pretendida víctima, si Little Bee o yo; Frodo siempre me había considerado como una hembra que tenía que ser dominada como las demás. A continuación empezó a empujar una gran piedra. Era demasiado grande como para que la pudiese levantar, pero podía -y así lo hizo- hacerla rodar colina abajo. En un momento vino hacia nosotros, rebotando de un tronco a tronco. De habernos alcanzado nos podría haber dejado sin sentido, o matarnos. Y luego, cuando aún me preguntaba qué camino coger, Frodo puso en movimiento otra roca. Cuando estaba lanzando la tercera ya estábamos todos corriendo para salvar la vida, no sólo Little Bee y yo, sino también Fifi. Afortunadamente Frodo no hizo un hábito de este tipo de bombardeos, aunque continuó arrojando piedras y pequeñas rocas durante años.

Uno de los hitos más importantes en la vida de un joven macho es empezar a viajar lejos de su madre con otros miembros de la comunidad. La ruptura de estos lazos es más necesaria para los machos que para las hembras. Éstas pueden aprender la mayoría de cuanto necesitan saber para tener una fecunda vida adulta simplemente quedándose con su familia. No sólo pueden observar a su madre y a las amigas de su madre cuidar a sus crías, sino que pueden, de hecho, hacerlo por sí mismas, adquiriendo mucha de la experiencia que

necesitarán más tarde, cuando tengan su propio bebé. Y pueden aprender durante los «días rojos» buenas lecciones de sexo y qué clase de demandas se les harán en esos casos.

El macho joven tiene otras cosas que aprender. Hay algunos aspectos de la comunidad que son principalmente, aunque no por completo, responsabilidad de los machos, tales como patrullar, repeler a los intrusos, buscar fuentes de alimentación lejanas y algunos tipos de caza. El macho no puede adquirir la experiencia necesaria en estos temas si se queda con su madre. Debe dejarla para pasar tiempo con los machos adultos. Freud estaba fascinado por los grandes machos durante su infancia. Desde que pudo andar se desplazaba rápidamente para saludar a los machos que iban con su madre y, a menudo, también los seguía un trecho cuando se iban. Recuerdo a Freud caminando a trompicones detrás de Humphrey una vez, cuando éste se marchaba después de una sesión de acicalamiento con Fifi. Su madre, que no quería marcharse, lo siguió e intentó frenarlo, pero él protestó vigorosamente, gimiendo y agarrándose con fuerza a la vegetación. Después de unos intentos cada uno de los cuales provocaba un creciente resentimiento, Fifi cedió y siguió a su hijo, que continuaba detrás de Humphrey. Por fin se cansó, subió a la espalda de su madre y no se quejó cuando ésta tomó su propia dirección.

Freud nunca tardaba en añadirse a la diversión siempre que escuchaba las llamadas de los chimpancés reunidos en excitados y ruidosos grupos. Recuerdo una ocasión, cuando sólo tenía cuatro años. Habíamos tenido una mañana tranquila los tres solos. A mediodía Fifi descansaba acurrucada en el suelo, mientras Freud, siempre activo, jugaba con las ramas en la copa de un árbol. De repente hubo una explosión de gritos en el extremo del valle. Ciertamente algunos de los machos estaban allí -las voces de Figan, Satán, Humphrey y Jomeo eran fáciles de reconocer- y también podíamos oír a las hembras y jóvenes. Freud escuchó con atención, luego se unió al alboroto con sus agudos gritos infantiles y Fifi se incorporó y también gritó. Freud bajó del árbol y se puso en camino hacia el gran grupo. Pero Fifi no se movió; después de moverse unos diez metros, Freud miró hacia atrás, luego se paró y gimió suavemente. Pero Fifi ignoró las súplicas de su hijo y se tumbó para continuar descansando. Decepcionado, retrocedió y se sentó junto a ella, levantando un brazo para pedir acicalamiento.

Cinco minutos después el grupo gritó de nuevo. Como antes, Freud se le unió inmediatamente, esta vez corriendo y golpeando con los pies en una pequeña exhibición. Volvió a encaminarse hacia las excitadas llamadas, deseando formar parte de ellas, unirse a sus juegos. Pero Fifi tampoco dio señales de ponerse en movimiento. Esta vez Freud fue un poco más lejos, se paró y miró atrás. No volvió, pero se quedó a unos veinte metros, justo antes de una vuelta del camino que lo pondría fuera de la vista de Fifi. Gradualmente sus suaves gemidos aumentaron en frecuencia y volumen hasta que acabó llorando.

Y luego, quizás por la insistencia de Freud o porque le apetecía unirse a la diversión, Fifi se levantó y siguió a su hijo por el camino. Diez minutos después ya formaban parte del ruidoso y exuberante grupo. Fifi, con suaves gruñidos de placer, subió a comer los jugosos higos que habían atraído al festín a más de la mitad de los miembros de la comunidad. Freud, excitado, corrió para unirse a una salvaje sesión de juego con otros jóvenes.

Un indicio claro de creciente independencia en un joven macho es la frecuencia con la que se une a celebraciones de este tipo sin su madre. A veces los chimpancés se reúnen en estos ruidosos grupos para acabar con las frutas de un árbol; otras, el imán es una hembra sexualmente popular. Las reuniones suelen durar una semana más o menos, con chimpancés llegando y partiendo continuamente. En muchos aspectos constituyen el centro de la vida social de los chimpancés, dando la oportunidad a los miembros de la comunidad

de entrar en contacto con los demás, jugando, acicalando, exhibiéndose, haciendo ruido. A menudo, particularmente cuando varias hembras en celo están presentes a la vez, hay casi una atmósfera de carnaval.

Durante la infancia de Freud, Fifi, con su posición social, se unía a muchas reuniones para que adquiriese experiencia social y aprendiese (a veces duramente) a temer el momento en que los grandes machos estaban tensos y era fácil llevarse algún golpe. Cuando los años pasaron, la autoconfianza de Freud en estas situaciones aumentó: cuando tenía nueve años se unía regularmente a estas reuniones sin su madre. Y Frodo lo hizo así incluso a una edad más temprana, ayudado por su hermano que le sostenía en momentos de tensión. De hecho, cuando Frodo tenía cinco años ya pasaba varias noches seguidas lejos de su madre, viajando con los machos adultos y con Freud.

La infancia de Prof fue muy diferente que la de Freud e incluso más que la de Frodo. Aunque Passion fue bastante más atenta y permisiva en la educación de su segundo hijo, no podía compararse con Fifi en términos de solicitud, tolerancia y amabilidad. Además, con el paso de los años se había vuelto progresivamente antisocial; los grandes grupos de chimpancés que había reunido en el campamento con los plátanos eran cosa del pasado. Y Passion no tenía amigos, como Winkle, con quien su cría Prof pudiese jugar. Éste, desde luego, tenía una hermana mayor, pero aunque después de pasar la depresión del destete mostró mayor interés por su hermano, nunca tuvo el papel que Freud había desempeñado junto a Frodo o Flint, antes que morir, en Freud.

Prof, por lo tanto, tuvo menos oportunidades de contacto social de cualquier tipo que Freud o Frodo. Quizás porque jugaba con otros jóvenes con menos frecuencia que ellos, cuando lo hacía carecía de confianza. Apenas resistía por sí solo cuando el juego se ponía duro, y si se metía en problemas Pom o Passion-tenían que sacarse de ellos. Pero probablemente la diferencia más importante en las primeras experiencias sociales de estos tres jóvenes machos fue el hecho de que Prof tuvo menos oportunidades de entrar en contacto con machos adultos.

Para Prof, como para su hermana anteriormente, el destete fue una época de desesperación, pero como macho era bastante más agresivo en su desgracia que lo que había sido Pom. Cogía rabietas violentas, gritaba y se tiraba de los pelos, se revolcaba por el suelo. En la mayoría de las familias las rabietas son responsabilidad de la madre. Frodo también pasó por una etapa de violentas rabietas. Creo que en este caso fueron causadas por la furia que le producía no hacer las cosas a su manera. Fifi siempre le tendía la mano, intentando mantenerlo junto a sí. Si, como a menudo ocurría, se tiraba al suelo apartándose de su conciliadora madre, ella lo cogía y lo abrazaba. Y, por muy violenta que hubiese sido la rabieta, Frodo siempre se calmaba, quizás captando intuitivamente el mensaje de su madre: «No puedes tener leche (o montar a mi espalda), pero de cualquier manera te quiero todavía».

Pero el duro corazón de Passion solía ignorar completamente las rabietas de Prof. Ésta, por supuesto, era otra forma de demostrar su rechazo y Prof, en consecuencia, pasó a estar cada vez más angustiado. Gritando fuertemente, corría por el suelo o se lanzaba por una pendiente. Una vez se cayó de verdad de espaldas en un río; a los jóvenes chimpancés les asustan las rápidas corrientes de agua. Incluso entonces, cuando sus gritos de frustración se convirtieron en gritos de terror, Passion ignoró a su hijo. Este período conflictivo de su joven vida ayudó muy poco a incrementar la ya casi mínima autoconfianza de Prof. Sin embargo, a diferencia de Pom, Prof se repuso de la desaparición de la leche materna antes del nacimiento de su hermano, Pax; y al igual que Freud, quedó fascinado por el recién

llegado, más de lo que Pom lo había estado por ellos.

Prof tenía más o menos la misma edad que Freud cuando le vimos por primera vez desafiando a una hembra; pero mientras que Freud, que estaba embarcado en la tarea de dominar a las hembras, repetía sus exhibiciones con progresiva frecuencia, las actuaciones de Prof eran escasas y distantes una de otra. Y carecían de la determinación y el vigor que caracterizaban las de Freud y las de Frodo después. En realidad, su segunda tentativa finalizó un tanto ignominiosamente cuando su «víctima» alargó la mano, le cogió del cuello, y se rió de él hasta el extremo de que su erizada agresión terminó entre risas.

Como pequeño que era, Prof evidentemente deseaba pasar mucho tiempo con los grandes machos, como hacían Freud y Frodo. Pero si él se iba detrás de cualquiera de ellos, Passion nunca le seguía y pronto dejó de intentar persuadirla. Además, ya que Passion evitaba los grandes grupos que Fifi y otras hembras sociales encontraban tan estimulantes, cuando se encontraba en una de aquellas reuniones Prof parecía loco de felicidad. Y así, careciendo de la seguridad en sí mismo de Freud y Frodo, Prof pasaba gran parte de su tiempo con su madre cuando ella murió, lo que ocurrió cuando él tenía casi once años.

Puede haber una pequeña duda sobre si las diferencias de comportamiento observadas en Freud, Frodo y Prof se debían o no, y en qué proporción, de las diferentes personalidades y técnicas educativas de sus madres. Por supuesto, había diferencias genéticas entre estos tres jóvenes machos: diferencias temperamentales, seguramente debidas más a la herencia que a la experiencia. Algunas veces, sin embargo, un individuo puede trazar el comienzo de un comportamiento inusual a partir de un particular incidente traumático ocurrido en la primera infancia. Cuando Prof tenía dos años, por ejemplo, fue atacado por un macho adulto de mono colobo durante una cacería. Passion estaba sentada y mirando a su Prof cuando, súbitamente, uno de los machos colobos, enfurecido, saltó y la atacó. Ella salió ilesa: Prof resultó mordido en un dedo del pie derecho.

Esta experiencia, a la vez dolorosa y aterradora, dejó aparentemente en Prof un miedo profundamente enraizado a los monos. Muchos jóvenes machos empezaban a cazar cuando eran meros juveniles. Freud cogió su primer mono (que Fifi le arrebató) cuando sólo tenía seis años. No vimos a Freud cazar monos hasta que tuvo once años, y aún entonces de modo escasamente decidido. Jamás pudimos observarle cazando a un mono. Era interesante ver cómo Prof se aterrorizaba ante los papiones como una criatura. Nunca le veíamos fanfarroneando, erizándose, jugando agresivamente con jóvenes papiones, como veíamos hacer con frecuencia a Freud y Frodo. Si un macho grande de papión se le aproximaba, por ejemplo, mientras comía, lloriqueaba de miedo y se iba detrás de Passion. Al parecer, su miedo a los monos colobos podía generalizarse en un miedo a todos los monos y papiones. Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que se hubiera producido otra igualmente traumática interacción con los papiones que pudiera justificar este miedo de la segunda infancia. En verdad que no habrían faltado las oportunidades para ello.

XII. PAPIONES

Las interacciones entre chimpancés y papiones, como observamos en Gombe, son más variadas y complejas que las que se pueden observar entre otras dos especies cualesquiera del reino animal, con excepción de nuestras propias interacciones con otros animales. Chimpancés y papiones compiten algunas veces por el alimento. Jóvenes papiones pueden ser capturados, muertos y comidos por los chimpancés. Los jóvenes de ambas especies juegan juntos ocasionalmente, y los jóvenes chimpancés pueden incluso acicalar e intentar jugar con papiones adultos. Finalmente, ellos comprenden muchas de las señales de comunicación de los otros, y a veces de ahí resulta un esfuerzo común para intimidar y repeler a un depredador.

En Gombe hay más papiones que chimpancés; mientras que el número de individuos en cada grupo social -la tropa de papiones o la comunidad de chimpancés- es aproximadamente el mismo, existen más de doce tropas de papiones que viven dentro del territorio de la comunidad de chimpancés. Esto significa que es raro que termine un día sin un encuentro entre individuos de las dos especies. La mayor parte de estos encuentros son pacíficos: con frecuencia tanto los chimpancés como los papiones van a su objetivo e ignoran por computo el de los otros. Pueden, por supuesto, utilizar el mismo tipo de recurso alimentario. Durante la mayor parte del año los recursos alimentarios de Gombe son más que suficientes para las necesidades de todos, chimpancés y papiones, en cuyo caso no es necesario que disputen entre sí. En algunas ocasiones los individuos de las dos especies comen pacíficamente en el mismo árbol. Otras veces pueden variar los intentos e intensidades de agresión. Durante la estación seca, de junio a octubre, cuando pueden escasear los recursos alimentarios, es cuando puede observarse una competencia más agresiva entre las dos especies de primates. Cuando llegan las tropas de papiones cerca de un árbol donde tres o cuatro chimpancés están comiendo y sus miembros, uno detrás del otro, trepan a las ramas, los chimpancés se van poniendo cada vez más nerviosos. Moviéndose rápidamente de un sitio a otro, se llevan el alimento a la boca con gran vivacidad y luego suelen marcharse. Pero no siempre; algunas veces, aun cuando sean mucho menos numerosos, los chimpancés no abandonan tan fácilmente. Depende de la edad, sexo y personalidad de los individuos presentes. Algunos chimpancés son más valientes que otros en situaciones de este tipo, y no hay duda de que los papiones saben reconocerlos. Recuerdo bien una ocasión en que Goblin, Satán y Humphrey estaban comiendo pacíficamente en una higuera y la tropa D de papiones llegó y los monos treparon al árbol cada vez en mayor número para participar en el festín. Liderados por Goblin, los tres machos chimpancés cargaron sobre los papiones una y otra vez. Hubo violentas escaramuzas en las ramas; chimpancés y papiones gritaban y rugían rompiendo la quietud de la mañana. Habían pasado sólo veinte minutos cuando los chimpancés decidieron dejarlo al fin. Entonces aún hicieron una salida impresionante, con estrepitosas voces, rugiendo y cargando a través de los papiones que estaban comiendo en el suelo, dispersándolos con sus gritos en todas direcciones.

Algunos chimpancés son, con mucho, más temerosos que otros en sus interacciones con los papiones y éstos, que lo saben, reaccionan en consecuencia tomándose con algunos chimpancés libertades que no se tomarían con otros. De igual manera, los chimpancés reconocen que ciertos machos adultos de papiones no son ninguna bagatela. Walnut, durante varios años macho alfa de la tropa Camp, provocaba invariablemente temor en los

corazones de los chimpancés más estólidos. Y así era como algunas veces, en pleno frenesí, cargaba aquí y allí sobre el pacífico grupo de chimpancés, profiriendo feroces gruñidos que sonaban tan aterradores como el rugido de un leopardo, hasta que el grupo se disolvía.

No obstante, a despecho de las ocasionales confrontaciones por algunas valiosas fuentes de alimentación, la mayoría de las disputas acaban pacíficamente con sólo algún que otro gesto amenazador. La competición quedaba minimizada por el hecho de que la dieta de los papiones es más variada que la de los chimpancés. Consumen gran variedad de tallos, semillas y flores. Pasan horas escarbando en busca de raíces y tubérculos en la estación seca, cuando la comida es escasa. Levantan rocas en los torrentes y en las laderas buscando cangrejos e insectos. Sus mandíbulas, increíblemente fuertes, les permiten romper las duras cáscaras del fruto de la palma aceitera. Los chimpancés de Gombe, acérrimos conservadores, raramente muestran interés por cualquier alimento que no forme parte de su dieta habitual. Excepto las crías, que a veces parecen fascinadas cuando ven a los papiones comer algo diferente.

Recuerdo claramente un suceso. Pom estaba descansando mientras su hijo de dos años, Pan, jugaba cerca. Unos cuantos papiones estaban vagando pacíficamente por allí, y uno de ellos, el macho adulto Claudius, se sentó cerca de los dos chimpancés. Pan se le acercó y observó con los ojos muy abiertos cómo Claudius cogía un fruto de la palma aceitera, la colocaba entre sus molares y, apretando su mandíbula inferior con una mano, rompía la cáscara. Se comió la nuez y dejó caer al suelo las dos mitades del vacío fruto. Pan, que mantenía los ojos fijos en la cara del papión intentando adivinar su humor, se acercó con mucha precaución y cogió una porción de la cáscara. Sorprendido de su propio valor, volvió con Pom y, agarrándose a su pelo con una mano, examinó cuidadosamente su trofeo. Claudius, en ese momento, había cogido otro fruto caído y Pan contempló cómo también lo abría con parecida fascinación. Luego, esta vez con mayor confianza, Pan se aproximó de nuevo y cogió la cáscara desechada.

Si la comida hubiese sido fácil de obtener, como las bayas de los matorrales, estoy segura de que habría cogido una y se la hubiese comido. Así hubiera podido comenzar una nueva tradición alimentaria aprendida originalmente de los papiones. Pero la rocosa cáscara suponía un obstáculo demasiado grande para una cría de chimpancé.

La rica y nutritiva pulpa del fruto de la palma aceitera es, sin embargo, una comida habitual para los chimpancés y los papiones cuando los árboles maduran uno detrás de otro a lo largo del año. Cada palma ofrece uno o dos sitios para alimentarse y cuando la comida escasea se producen feroces competiciones para acceder a los racimos de frutos rojos. Recuerdo una vez que seguía a Fifi a través del bosque; de repente se paró y, con el pelo erizado, miró a lo alto de una palma. Un momento después se encaramó tronco arriba y, cuando se acercó a la copa, un pequeño papión saltó a la espesura gritando de miedo. Miré, conteniendo la respiración, ya que creí que Fifi pretendía atrapar al joven, a pesar de que en los últimos veinticinco años no teníamos noticia de que una hembra hubiese tomado parte en una cacería de papiones.

Pero Fifi sólo quería llegar a uno de los racimos de frutas que allí había. Cuando se sentó a comer, entre pequeños gruñidos de placer, su pelo se alisó gradualmente. Mientras tanto, sin embargo, el pequeño papión se encontraba en un apuro. Es posible que también hubiera interpretado erróneamente la agresiva conducta de Fifi, creyendo que iba a por él. En cualquier caso, parecía determinado a no acercarse a la hembra que le había dado semejante susto. En el extremo de una rama parecía estar buscando en vano una vía de escape. No pesaba lo bastante como para -que la rama descendiese y lo dejase a tres metros del tronco.

No había ramas cercanas a las que pudiese saltar. Durante más de tres minutos permaneció así suspendido y luego, recuperando poco a poco la confianza, retrocedió silenciosamente hacia Fifi hasta que pudo alcanzar una rama vecina. De esta manera, ¡con cuánto sigilo!, fue de rama en rama hasta que pudo saltar a un árbol cercano y escapar.

Las altas palmeras, cuyas copas sobresalen de la espesura, han servido para atrapar a los papiones en las relativamente raras ocasiones en que han sido cazados por los chimpancés. Si un cazador consigue bloquear el tronco, mientras otros esperan abajo en el suelo, la presa puede encontrar dificultades para escapar. Una vez, por ejemplo, seis machos chimpancés, viajando por el sur de su territorio, se encontraron un papión hembra con una cría comiendo, solos, en una palmera. No era miembro de ninguno de los grupos estudiados y no la conocíamos por su nombre. Figan, que iba el primero, sonrió al verla, gritó suavemente, y tocó a Satán. Los seis machos se incorporaron para mirar, con el pelo erizado. Cuando el papión los vio dejó de comer, y casi instantáneamente, empezó a dar muestras de angustia, emitiendo suaves llamadas y situándose al otro lado de la palmera. Jomeo moviéndose suavemente, subió por un árbol vecino hasta que estuvo a la altura del papión, a unos cuatrocientos metros de distancia. Cuando se paró y la miró la hembra comenzó a gritar, a pesar de que no parecía haber otros papiones por los alrededores. Ciertamente no apareció ninguno.

Después de unos dos tensos minutos, Figan y Sherry subieron deliberadamente a otros dos árboles. Ahora había un cazador en cada uno de los árboles a los que podía saltar la víctima. Los otros tres esperaban en el suelo. De repente Jomeo saltó a la palmera donde estaba el papión. El papión saltó al árbol de Figan. Fue fácil para él arrebatarle el bebé. Lo mató con un rápido mordisco en la cabeza. Y luego, mientras la madre lo miraba y gritaba desesperadamente desde un árbol vecino, los seis cazadores compartieron el cadáver.

Puesto que también estudiamos los papiones en Gombe y conocíamos por su nombre a los miembros de cinco tropas, además de las fascinantes historias de sus vidas, siempre nos era traumático verlos muertos o comidos por los chimpancés. Aún nos invade un innegable nerviosismo cuando estas cacerías empiezan y un sentimiento de suspense nos rodea. Normalmente las cacerías de papiones fracasan. Si la tropa de aquella hembra hubiese estado cerca cuando Figan y sus amigos llegaron al lugar, las cosas hubiesen sido distintas. Los machos papiones son feroces cuando se les excita, y tan pronto oyen el desesperado grito de una cría o de su madre corren a rescatarla, rugiendo y arremetiendo contra cualquier chimpancé que esté por allí cerca. Las hembras adultas también se suman, añadiendo por lo menos confusión con sus gritos de miedo y furia. En vista de tales cosas muchas cacerías se abandonan y los chimpancés desaparecen. En realidad, siempre me sorprende que, a la vista de la furia con la que se defienden, los chimpancés cazadores consigan atrapar y matar a la víctima. Incluso es más sorprendente el hecho que en todas las ocasiones que hemos observado cacerías con éxito, los chimpancés, aunque hubiesen sido agarrados y tirados al suelo por los furiosos machos papiones, nunca resultaron heridos. En cambio, si un leopardo caza a uno de los jóvenes, los papiones le atacarán y le infligirán tan severas heridas que no tardará en morir. Parece que los chimpancés, quizás por su habilidad de lanzar palos y rocas a sus oponentes, son considerados como especies superiores. Efectivamente, han hecho creer a los papiones que son más fuertes y peligrosos de lo que son en realidad.

Los papiones también son cazadores; se han registrado como carnívoros en casi todas las zonas de África donde los hemos podido encontrar. En Gombe suelen atrapar a un antílope jeroglífico durante la estación de los nacimientos, cuando las madres dejan a sus jóvenes en

el suelo en zonas de hierba alta. A causa de que los papiones pasan más tiempo que los chimpancés buscando comida por estos lugares, y porque buscan por más sitios, tienen más probabilidades que los chimpancés de encontrar a las crías escondidas.

Una vez un papión ha capturado a su presa suele producirse una buena dosis de violencia cuando el cazador es importunado por sus compañeros. A menudo, durante estas escaramuzas, el cadáver es arrebatado en sucesión por los machos adultos. Ello provoca mucho ruido, una cacofonía de gritos, rugidos y ladridos. Cuando los chimpancés escuchan un barullo de este tipo dejan todo lo que están haciendo y corren hacia los ruidos. A continuación se organizan sorprendentes actos de piratería.

Ya he descrito el encuentro entre Gilka y el macho papión Sorhab. Ella fracasó al coger la presa porque era pequeña y débil. Otras hembras han tenido mayor éxito. Uno de los más dramáticos sucesos fue descrito por Hilali. Estaba siguiendo a Melissa y a sus dos vástagos: su hijo de cinco años, Gimble, y su hija de diez, Gremlin. Una súbita mezcla de ruidos procedentes de los papiones de la tropa D, que vagaban por allí buscando comida, atrajeron instantáneamente al pie del árbol a los chimpancés, que estaban acicalándose unos a otros. Con ruidos de excitación se agarraron, luego corrieron hacia el alboroto. Unos momentos después se encontraron al papión adulto Claudius desgarrando ante el cadáver de un cervato que acababa de matar. Otros tres machos estaban amenazándolo, golpeando el suelo con las manos, enseñando los caninos y el blanco de los ojos mientras gritaban y proferían rugidos.

Melissa y Gremlin se acercaron lentamente, mirando como Claudius arrastraba su presa por el suelo. Luego, mientras se paraba para dar otro mordisco, le atacaron gritando, amenazándolo y moviendo los brazos. Cuando el papión se dio la vuelta, rugiendo ferozmente, Melissa se detuvo. Emitió unos pequeños gemidos, luego cogió una rama muerta y, con el pelo erizado, la lanzó hacia Claudius, que saltó a un lado. Rápidamente, aprovechando su ventaja, Melissa atacó de nuevo, esta vez moviendo la vegetación salvajemente, saltando arriba y abajo, acercándose poco a poco. De repente Claudius dejó caer su presa y arremetió contra Melissa, golpeándola y, según Hilali, mordiéndole un brazo. Melissa se encaró con él ladrando poderosamente, agitando sus brazos y golpeando a su fuerte rival. En aquel momento los otros machos papiones, aprovechando la oportunidad, se lanzaron sobre la presa, y Claudius se vio forzado a dejar a Melissa para recuperar su carne. Melissa le contempló unos momentos y entonces empezó otra salvaje exhibición. Gremlin se unió a su madre de nuevo y una vez más atacaron a Claudius en equipo. Éste pudo ganar el suelo, pero empezó a comer frenéticamente, arrancando pedazos de la rabadilla del cervato. Melissa miraba y, de tanto en tanto, agitaba la vegetación y gemía.

Después de cinco minutos empezó a actuar de nuevo, esta vez aún incluso más salvajemente. Claudius cogió el cadáver con la boca e intentó llevárselo más lejos, pero se enredó con la maleza. Después de tirar de él desesperadamente en vano, arrancó un gran pedazo y escapó con él. Pero cuando Melissa alcanzó la presa y la cogió por una pata, él la cogió por otra parte. Sorprendentemente, a pesar de sus horribles rugidos y de la proximidad de los peligrosos caninos, Melissa, gritando, esperó. Y Gremlin, que se había encaramado a un árbol cuando Claudius agarró la presa, pronto se descolgó sobre la escena del conflicto y empezó a ondear y agitar las ramas justo encima de su madre, añadiendo confusión. Y entonces Melissa, aún agarrando el cadáver, empezó a subir hacia su hija. De repente el papión -pareció perder interés por su presa y Melissa, colocándose rápidamente el cadáver sobre el hombro, subió más alto. Luego, aunque Claudius, rugiendo, saltaba detrás de su madre, Gremlin agarró una rama muerta, la rompió, la movió y se la tiró al papión. Éste consiguió esquivar el misil y se volvió a lanzar sobre Melissa. Pero en aquel

momento ella pareció perder su miedo y, once minutos después de que empezase el conflicto, comenzó a consumir tranquilamente la carne robada, compartiéndola con Gremlin y con el joven Gimble, que había contemplado el incidente en seguridad desde los árboles. Por un momento Claudius se sentó cerca de allí y continuó amenazando, pero cuando otras dos hembras chimpancés llegaron para compartir la carne, abandonó y bajó para unirse a los otros papiones que estaban debajo del árbol buscando pedazos caídos.

¿Cómo una hembra chimpancé, con unos dientes relativamente cortos y redondos, puede enfrentarse a un macho adulto de papión con unos caninos dos veces más largos y poderosos que los suyos y ganar? ¿Es su espléndida exhibición lo que produce este milagro? ¿El pelo erizado, las ramas sacudidas salvajemente, la postura erecta tantas veces exhibida? ¿O es el empleo de armas, esas ramas blandidas o lanzadas? Probablemente una combinación de todas estas cosas, unidas al hecho que los otros machos papiones presentes no ayudarán al poseedor de la carne, sino que intentarán robar su presa, distrayendo su atención del adversario chimpancé. Los papiones machos, aunque ayudan en la defensa de su tropa contra otros machos rivales, no han sido vistos cooperando durante las cacerías, ni compartiendo su presa después de matarla.

Sólo una vez observamos un papión robando carne a un chimpancé. Fue cuando Passion mató un halcón herido, un gran pájaro con una envergadura de al menos un metro. Cuando se sentó a comer, compartiendo con Pom y Prof, se aproximó Héctor, un papión de la tropa Camp. Se sentó cerca, mirando. Entonces el joven Prof, que entonces tenía siete años, consiguió persuadir a su madre para que le diese una ala entera. Dando gritos de felicidad se apartó unos metros para comer. Aprovechando su oportunidad, Héctor corrió hacia Prof, agarró el ala y escapó con ella, dejando a Prof con una violenta rabieta.

Los ruidos emitidos por los papiones cuando capturan una presa son muy parecidos al rugido que se escucha en otros incidentes de agresión: ocasionalmente los chimpancés cometen un error y corren hacia una tropa de papiones, esperando llegar a un banquete y encontrando solamente una feroz competición desatada por una hembra en celo. No es muy interesante para un chimpancé, aunque a menudo un macho adulto observa con expresión de experto el paso de una hembra de papión con las nalgas completamente hinchadas. Si ella se detiene y gira su trasero hacia él, en la típica postura sumisa de los primates, puede llegar a tocarla, o por lo menos a olerla, como si fuese una chimpancé. Los chimpancés juveniles suelen mostrar más interés en los traseros hinchados y rojizos de las hembras de papión e intentar copular con ellas. Esto condujo una vez a la más increíble secuencia de comunicación entre dos animales no humanos de diferentes especies.

Los actores del drama eran Flint, de siete años, y Apple, una adolescente hembra de papión de la tropa Beach. Flint estaba claramente estimulado por la visión del pequeño trasero rojizo de Apple. Para atraer su atención utilizó posturas y gestos típicos del cortejo del chimpancé: se sentó y miró hacia Apple con las piernas extendidas, el pene erecto y agitando una pequeña rama con rápidos movimientos. Con la excepción del pene erecto, un macho papión no hace ninguna de estas cosas; simplemente se aproxima a la hembra y va a lo suyo. Apple, sin embargo, pareció entender bastante bien lo que Flint quería, ya que probablemente ella lo quería también. Se acercó para copular. Lo hizo a su manera, miró por debajo del hombro y puso la cola a un lado. Pero ésta no es la manera como una hembra chimpancé se ofrece a su macho, pues se acurruca en el suelo. Flint miró a Apple, perplejo. Agitó su rama de nuevo. Y luego, viendo que no era efectivo, se puso en pie, con los nudillos de la mano en el trasero de ella, en la base de su cola, y apretó. Ante mi sorpresa, Apple dobló las piernas, pero sólo un poco. Flint miró a Apple agitando su rama de nuevo y

repitió el ejercicio anterior. Apple dobló las piernas un poco más. Ahora parecía que Flint estaba preparado para conocer a su pareja. El macho chimpancé normalmente copula en cuclillas, con el cuerpo más o menos erguido, a menudo con una mano descansando en la espalda de la hembra. En cambio el macho papión agarra por los tobillos a la hembra con los pies, la rodea por la cintura con ambas manos y así, elevándose, efectúa la cópula. Flint agarró el tobillo derecho de Apple con el pie derecho, aguantando el otro pie contra un arbolito y así consiguió la introducción.

En conjunto fue una secuencia increíblemente sofisticada: Flint y Apple parecían entender exactamente lo que el otro quería, y ajustaban su conducta a tal efecto, aunque suponía hacer cosas anormales para ambos.

A veces los jóvenes machos papiones podían excitarse por una adolescente chimpancé hembra, agarraban sus tobillos, e intentaban la introducción. Pero nunca hemos registrado una secuencia tan sofisticada como la que observamos entre Flint y Apple. El incidente más sorprendente ocurrió cuando la hija de Miff, Moeza, tenía nueve años. Estaba ligeramente hinchada, y por algún motivo no estaba de humor para sexo, quizás porque había perdido temporalmente a su madre y por ello gemía suavemente. Cuando el joven Héctor de la tropa Camp se aproximó y se colocó sobre ella, tres veces seguidas, ella simplemente se puso en pie, con aspecto deprimido e ignorando completamente aquellos inútiles esfuerzos para copularla.

Los chimpancés entienden claramente y pueden responder de modo apropiado a muchas de las posturas, gestos y llamadas del sistema de comunicación papión: señales de amistad, amenaza, sumisión y sexo. Igualmente los papiones entienden mensajes similares realizados por los chimpancés. Los individuos de cada especie son alertados por las llamadas de alerta de la otra; en realidad, también prestan atención a los gritos de varios tipos de monos e incluso pájaros. Esto es habitual en la naturaleza; novedades de cierto peligro, como un leopardo, son radiadas por el individuo que lo descubre y miembros de otras especies han aprendido a reconocer el porqué de la llamada. Esto es altamente beneficioso para las potenciales víctimas de los carnívoros y seguramente frustrante para el cazador.

Un día, mientras seguía a Fifi y a su familia a través de la jungla, escuchamos las fuertes e insistentes llamadas de alarma de la tropa de papiones Camp al otro lado del valle: «¡waa-hoo! ¡waa-hoo! ¡waa-hoo!» Primero un papión divulgó sus noticias, luego el mensaje fue repetido por más y más compañeros. Agudos gritos juveniles y las voces más profundas de las hembras se añadieron al gran coro de los machos. Fifi se detuvo, con Flossi colgando a su espalda y Fanni unos pasos más atrás y miró hacia el barullo. Tras unos momentos Fifi decidió investigar. Apartándose del camino que había estado siguiendo saltó hacia la maleza de las colinas bajas. Preocupada por no alejarme me arrastré tras ella. Pronto cruzamos el torrente y empezamos a subir por la siguiente colina. A medida que nos acercábamos Fifi se iba parando para mirar detenidamente a través de la vegetación. De repente se oyó cerca un susurro. Fifi se dio la vuelta y, con una amplia sonrisa -de miedo o excitación, o de ambas cosas a la vez- alargó su mano hacia la oscura silueta de otro chimpancé sorprendido en la espesura. Era Goblin, con el pelo erizado, que también sonrió cuando se sintió tocado por aquella mano. Reconfortados por el contacto, siguieron juntos. En aquel momento yo estaba atenta a otras silenciosas formas que se movían por allí, dirigiéndose todas hacia el lugar donde los papiones habían señalado el desconocido peligro.

Los primeros papiones que vimos estaban colgados en unas ramas bajas mirando el

suelo del bosque. De tanto en tanto uno empezaba nuevas series de «¡waa-hoo! ¡waa-hoo! ¡waa-hoo!». Los chimpancés -y habían unos ocho en aquel momento- subieron a los árboles y miraron también abajo a través de las hojas. ¿Qué habría allí? Me sentí decididamente incómoda hasta que encontré un árbol al cual yo también podía subir en caso de necesidad.

De repente Fanni hizo un suave «huu», sonido que significaba sorpresa y un poco de miedo. Fifi se acercó y miró en la misma dirección que Fanni. Luego emitió también un «huu», seguido casi a continuación por un repentino «wraa», la llamada chimpancé de alarma. Esto sirvió de señal a los otros chimpancés y me encontré en el centro de un terrible coro. Los machos, con el pelo erizado, empezaron súbitas exhibiciones en los árboles, saltando de rama en rama, agitando la vegetación.

Al principio no vi nada, pero de repente, cuando Satán saltó casi hasta el suelo profiriendo una fiera llamada también la vi, o parte de ella: era una serpiente pitón enormemente grande, tan ancha como el muslo de un hombre. Su camuflaje era tan perfecto que no la habría visto si Satán no hubiese actuado junto a ella.

Durante los siguientes veinte minutos chimpancés y papiones estuvieron por los alrededores. No muy asustados; sentían curiosidad y fascinación. Uno detrás de otro se movían acercándose, saltando hacia atrás con grandes exclamaciones cuando la serpiente se movía. Pero gradualmente, a medida que la serpiente se iba internando por la maleza alejándose de la vista, los espectadores perdieron interés. Los papiones se fueron primero, y luego, en grupos de dos o tres, los chimpancés se fueron también.

No tenemos pruebas de que las pitones hayan matado alguna vez jóvenes chimpancés o papiones en Gombe, pero en teoría es posible. Circulan historias de pitones atrapando, ahogando y comiendo animales muy grandes. Alertándose de este peligro potencial los chimpancés y los papiones se hacen un servicio recíproco de tanto en tanto.

De todos los contactos entre chimpancés y papiones lo más fascinante de observar son, quizás, las exuberantes sesiones de juego. A veces una inusual buena relación -una auténtica amistad- se desarrolla entre un joven papión y un chimpancé, disponiendo de la oportunidad de jugar juntos. La primera relación de este tipo que observé fue a principios de los años sesenta entre Gilka y una joven hembra de papión, Goblina. Siempre que la madre de Gilka estaba cerca de la tropa de Goblina las dos jóvenes se buscaban mutuamente y empezaban a jugar, agarrándose de los dedos o moviendo las mandíbulas. Sus juegos se acompañaban de suaves carcajadas. A veces una de ellas acicalaba brevemente a la otra. Tristemente, unos chimpancés cazaron, mataron y se comieron el primer bebé de Goblina. Gilka no tomó parte en este incidente, pero sospecho que habría pedido algo de carne si hubiese estado por los alrededores. Hay pequeñas cooperativas de ganaderos que se reúnen para comer un cerdo que casi había sido parte de la familia. Gilka tendría menos razones para rechazar la carne de la cría de Goblina.

Más recientemente se desarrolló una relación parecida, aunque menos cordial, entre el joven Freud y el joven papión Héctor. Una y otra vez los dos se perseguían y rodaban juntos salvajemente y Freud, el más pequeño, reía histéricamente cuando el juego se endurecía. Nunca vi a Goblina ni a Gilka agresivas una con otra, pero el juego entre Freud y Héctor degeneraba a menudo en violentas persecuciones e incluso peleas. Héctor solía salir victorioso, y Freud, llorando, corría hacia Fifi buscando tranquilizarse. Pero cuando se volvían a encontrar Freud estaba tan dispuesto a jugar como siempre.

La mayor parte del juego chimpancé-papión incluye persecuciones y breves episodios de lucha. Los chimpancés, particularmente los machos jóvenes, tienden a exhibirse agresivamente, golpeando con los pies al suelo, arrancando ramas y arrojando rocas. A

menudo estas sesiones de juego acaban con la huida despavorida de los papiones. A veces los papiones derrotados se acercan a uno de los machos adultos y entonces, sintiéndose seguros, se dan la vuelta y amenazan a sus compañeros de juegos. Ocasionalmente los adultos de ambas especies entran en estas discusiones infantiles y empiezan a abusar de los otros: los chimpancés ondean los brazos, agitan ramas y profieren gritos; los papiones rugen, enseñan el blanco de los ojos y muestran sus terribles caninos mientras intimidan a sus oponentes. Pero esto no suele ser más que aquello de «perro ladrador, poco mordedor» y, después de una tregua, el juego continúa.

Quizás el más extraordinario incidente que nunca he observado entre un chimpancé y un papión fue uno en el que estuvieron involucrados Pom y Quisqualis de la tropa Camp. Desde su más tierna infancia Pom había mostrado una característica ausencia de respeto por los machos papiones adultos y sus poderosos caninos. En esta particular ocasión, cuando tenía unos diez años, su conducta parecía tender hacia la completa locura. El incidente tuvo lugar en el campamento, durante los días en que ocasionalmente coloqué un pedazo de un mineral que entusiasmaba tanto a papiones como a chimpancés. Passion y su familia llevaban cierto tiempo allí cuando el papión Quisqualis llegó e intentó por la fuerza desplazar a los chimpancés. Muchos de los chimpancés se apartaron a la vista de la seria amenaza del macho papión. Pero no Passion ni Pom, ni siquiera cuando las amenazas de Quis se hicieron realmente intensas. Enseñaba sus enormes caninos más y más abriendo completamente la boca y gritando agudamente. Enseñaba el blanco de sus ojos. Saltaba hacia los chimpancés. Se incorporaba moviendo las mandíbulas, chasqueando audiblemente los dientes. Intentaba meter miedo a los chimpancés por los ojos, ya que para un papión parece difícil, sino imposible, atacar a un adversario sin antes mostrar su hostilidad a sus ojos. Con este objetivo Quis daba vueltas primero amenazando a uno y después a otro. Passion y Pom lo ignoraron tranquilamente -sólo el joven Prof, como cabía esperar, demostraba tener miedo, moviéndose repetidamente de modo que siempre hubiese una de las hembras entre él y el papión.

De repente Pom pareció cansada de las amenazas y se irguió. Quis, seguramente humillado por su falta de respeto, se inclinó sobre ella y le mostró los caninos a pocos centímetros de su cara.

Pero Pom, en vez de atemorizarse ante tal demostración de armamento, se levantó y juguetonamente ¡pellizcó en la nariz al irritado papión! Sorprendido retrocedió y gritó y una vez más Pom, ahora con semblante alegre, le golpeó. Pero Quis no podía tolerar semejante insubordinación. Con un furioso rugido la amenazó y la golpeó en la cabeza. El humor juguetón de Pom se acabó: su pelo se erizó agresivamente, cogió una rama y le azotó. Y Quis abandonó. Con toda la dignidad que pudo se fue, dejando tranquilos a los chimpancés.

A veces un joven chimpancé se burla de un viejo macho papión de manera irreverente. Nunca olvidaré cuando Freud, de cinco años, empezó a burlarse de Heath, de la tropa Camp. Heath estaba sentado pacíficamente en la sombra, ocupándose de sus asuntos, y siete chimpancés estaban descansando y acicalándose. Freud subió a un árbol sobre Heath y empezó a columpiarse sobre su cabeza, dándole patadas juguetonamente. De momento Heath demostró una notable paciencia. Cuando el pie de Freud le daba en un ojo o en una oreja se limitaba a apartar la cabeza. Pero después de diez minutos se hartó. Saltando, agarró a Freud, le estiró de la rama y le mordió. Freud empezó a gritar lo más fuerte que pudo, aunque de hecho los dientes de Heath estaban desgastados y es poco probable que hiriese a la cría en lo más mínimo.

Goblin tenía doce años y estaba tumbado a unos setecientos metros de allí; se incorporó y fue a rescatar a Freud, abofeteando a Heath en la cabeza. Freud se escapó a un árbol, Goblin volvió a descansar y Heath se sentó bajo la misma rama. La paz fue restaurada. Pero no por mucho tiempo. Unos minutos más tarde Freud, para mi sorpresa, empezó a burlarse como antes del viejo papión. Si acaso, de manera más irritante. Heath una vez más demostró una considerable paciencia. Pero no Goblin. Instantáneamente se levantó y fue hacia Freud. Con el pelo erizado y una furiosa expresión en la cara, Goblin cogió a Freud y lo golpeó severamente. Freud, disciplinado, ni siquiera gritó, pero se fue silenciosamente a sentarse junto a su madre. El viejo papión se sentó de nuevo y volvió a sus asuntos al suave sol de la tarde, mientras Goblin, aún con el ceño fruncido, volvía a iniciar su interrumpida siesta.

XIII. GOBLIN

Vi por primera vez a Goblin en 1964, cuando apenas tenía unas horas. En aquel momento escribí: «... Melissa, cansada, miró durante un largo rato la diminuta cara. Nunca hubiera imaginado un rostro tan pequeño y divertido. Era cómico en su fealdad, con grandes orejas, labios pequeños y una piel increíblemente arrugada y más negro-azulada que rosa. Cerraba fuertemente sus ojos para protegerlos de la potente luz del sol, y parecía un gnomo o un *goblin»**.

* *Goblin* significa «duende» en inglés (N. del T.).

Diecisiete años más tarde Goblin se convirtió en el indiscutible macho alfa de su comunidad. No fue una victoria fácil, ya que durante seis años desafió a machos mayores que él y la mayoría más grandes. Se arriesgó mucho para triunfar frente a obstáculos a menudo excesivos para él. Ahora el relato de su vida constituye una parte importante de la historia registrada de Gombe.

Mirando hacia atrás me doy cuenta de que Goblin mostró desde temprana edad muchas de las cualidades que son necesarias en los altos estratos de la sociedad de los chimpancés. Siempre determinado a hacer las cosas a su manera, odiaba ser dominado; era inteligente y valeroso y no podía tolerar disputas entre sus subordinados. El accidente descrito al final del capítulo anterior, cuando Goblin fue rescatado primero y luego disciplinado por Freud, es un típico ejemplo de su deseo de control social.

Además de estos rasgos personales, un factor clave del temprano éxito de Goblin fue su extraordinaria relación con Figan, antes de ser ambos machos alfa. Empezó cuando Goblin era muy pequeño. Sin duda fue la presencia de Figan, el apoyo de Figan, lo que otorgó a Goblin la confianza necesaria para empezar a desafiar a los otros machos a una edad desacostumbradamente temprana.

Como todos los machos adolescentes motivados, Goblin empezó a desafiar a las hembras de su comunidad pronto y vigorosamente. En este esfuerzo Figan desempeñaba un pequeño papel, ya que sus exhibiciones raramente se realizaban en presencia de machos adultos. Melissa solía ayudarle en aquellas frecuentes situaciones en las que caía víctima de la vengativa furia de alguien de posición superior. Pero ella no siempre estaba cerca y a menudo Goblin tenía que resistir solo. A medida que sus exhibiciones se hicieron más vigorosas y su confianza aumentó, desafió a más hembras senior y muchas veces era rechazado, a veces por dos hembras temporalmente aliadas. Estos incidentes acostumbraban a acabar en peleas que, al principio, Goblin perdía. Pero aunque escapaba corriendo siempre estaba listo para desafiar a las mismas hembras en cuanto las volvía a encontrar. Nunca abandonaba.

Fue durante este período de su vida cuando Goblin empezó a desafiarme más y más a menudo. Goblin, como Flint, mostraba desde la infancia una tendencia a burlarse de los humanos. Cuando tenía unos cuatro años nos dimos cuenta que iba a ser una auténtica molestia. Se acercaba a mí o a uno de los otros estudiantes y nos cogía por las muñecas. Y se agarraba cada vez con mayor fuerza si tratábamos de quitárnoslo de encima. La toma de datos se fue haciendo cada vez más difícil cuando se encontraba por los alrededores. Finalmente se me ocurrió la idea de armarnos con latas de grasa, aceite usado, margarina, cualquier cosa. Cuando se acercaba nos untábamos rápidamente muñecas y manos. Y

puesto que odiaba tener las manos grasientas pronto aprendió a dejarnos en paz. Pero a medida que entró en la adolescencia empezó a molestarnos de otra manera, o mejor dicho, ¡a molestarme *a mí!*

Los chimpancés pueden distinguir perfectamente entre machos y hembras humanos. Son bastante más respetuosos con los hombres, particularmente con los hombres grandes con voz profunda y resonante. Con las mujeres se toman ciertas libertades. Y creo que Goblin sentía realmente la necesidad de dominarme como había hecho con el resto de las hembras. El hecho que yo fuese de una especie distinta no parecía preocuparle. Así que estuve unos años sin saber cuando Goblin me atacaría desde la maleza, correría detrás de mí o saltaría sobre mi espalda o incluso me golpearía. A veces me ponía llena de morados. Esta irritante -y a veces dolorosa- conducta desapareció al cabo de un tiempo. Yo nunca me rebelaba y por eso supongo que reconoció que me había infravalorado y ya no me volvió a molestar. En realidad, cuando tenía doce años ya era bastante menos agresivo con las hembras chimpancés. Como ya las había atacado y derrotado a todas, lo consideraba una inútil pérdida de tiempo. Pero continuaba atacando a las tres que quedaban: Passion, Fifi y Gigi. Las tres lo atacaban también de vez cuando, pero Goblin tomaba estos contratiempos como un obstáculo más. Pronto habría otras oportunidades. Cuando tenía trece años conquistó con éxito a Gigi, la más dura de las tres. Ahora ya podía dedicar toda su atención al más bajo en el ranking de los machos, Humphrey. El pobre Humphrey, rey destronado, ¡desafiado por un joven! Al principio, cuando Goblin comenzó a actuar frente a él, Humphrey le ignoraba, o movía un brazo en señal de amenaza. Pero Goblin insistía. Llegó el momento en que Humphrey se dio cuenta que no se trataba de la habitual demostración de valor de un joven: significaba el principio del fin. Luego la irritación de Humphrey dejó paso a una nerviosa tensión y empezó a responder los impertinentes desafíos de Goblin.

Esta disputa por el poder entre Humphrey y Goblin puso a Figan en una situación difícil. Su lealtad estaba dividida entre Humphrey, ahora considerado como su «mejor amigo», y el joven Goblin, con el cual había disfrutado durante mucho tiempo de una relación pacífica y casi paternal. Cuando estaba presente durante una de estas disputas, Figan acostumbraba exhibirse entre los dos, lo cual terminaba con el incidente.

El primer conflicto real que vimos entre Goblin y Humphrey tuvo lugar a finales de 1977. Una vez, mientras Humphrey se exhibía frente a él, Goblin lo azotó con un arbolito arrancado del suelo. Humphrey cargó hacia él y Goblin empezó a comer. Pero no Humphrey. Miró ferozmente al joven macho durante cerca de media hora, como si estuviese meditando. Luego actuó otra vez frente a Goblin. Esta vez los dos machos se incorporaron y se golpearon con el pelo erizado. Humphrey empezó a gritar, mientras Goblin permanecía tranquilo. Al final fue Humphrey quien perdió los nervios y, gritando aún, dejó a Goblin dueño del campo.

El segundo incidente se resolvió en una victoria aún más clara de Goblin. Humphrey acababa de copular con una hembra en celo y la estaba acicalando pacíficamente cuando Goblin se aproximó, con el pelo y el pene erectos, claramente deseoso de copular a su vez. Humphrey cargó en el acto contra su joven rival. Pero Goblin, lejos de intimidarse, se incorporó. Ambos lucharon por las ramas, y Humphrey, que pesaba cincuenta kilos contra los treinta y siete de Goblin, fue arrojado del árbol. Huyó corriendo y Goblin, después de mirar un momento, volvió con la hembra y la copuló tranquilamente.

Y así entró Goblin en la jerarquía de los machos adultos cuando sólo tenía trece años, como mínimo dos años antes que otros machos cuyos progresos habíamos registrado. Humphrey quedó por debajo de él; cinco machos quedaban por encima. Por sus maneras

era patente que estaba dejando atrás la adolescencia. Pasaba más tiempo acicalando a los machos adultos y a veces ellos lo acicalaban a su vez. A menudo se unía en las exhibiciones que se producían cuando, por ejemplo, su grupo llegaba a un nueva fuente de comida, o cuando dos grupos se encontraban. Solía copular con hembras el pleno celo a la vista de los machos adultos en vez de retirarse a un rincón más privado. Cuando efectuaba una matanza podía retener una razonable porción en vez de perderlo todo a manos de los mayores. Y empezó a tomarse en serio el deber de patrullar.

Goblin aún mantenía una buena relación con Figan. Cuando el alfa se exhibía Goblin, si estaba por allí, se le unía pisando los talones a su héroe, imitando sus acciones. Cuando Figan realizaba una de sus devastadoras actuaciones matinales o vespertinas por los árboles, sacando de la cama a sus chillones subordinados, Goblin solía correr por las ramas sacudiendo la vegetación.

Al año siguiente los progresos de Goblin no se quedaron cortos en cuanto a espectacularidad se refiere. Sistemáticamente empezó a desafiar a los machos senior; primero, los más bajos en el ranking, el fácil Jomeo, el hermano de Jomeo, Sherry, Satán y finalmente Evered, por este orden. Sólo Figan quedaba excluido. En realidad era su relación con Figan lo que le permitía desafiar a aquellos machos mayores y con más experiencia: nunca se hubiese atrevido de no ser porque Figan estaba cerca; y Figan, si estaba allí, casi siempre cargaba a favor de su joven seguidor. Una vez, por ejemplo, Goblin y Evered empezaron a luchar cuando estaban en un árbol. Evered se defendió y ambos cayeron al suelo, enzarzados, golpeándose y dándose patadas. Goblin, que estaba perdiendo claramente este particular combate, empezó a chillar, momento en el cual Figan cargó y Evered salió corriendo.

Otro incidente tuvo lugar cuando Figan no estaba cerca. Empezó cuando Goblin intentó ir a por Satán cuando todo el grupo se estaba desplazando. Esto no podía tolerarse y Satán, mucho mayor y más pesado, atacó al joven macho. Goblin se retiró gritando; pero una hora después, cuando Figan se unió al grupo, Goblin empezó a amenazar a Satán, profiriendo potentes rugidos y exhibiéndose ante él. Y Satán, sin duda anticipándose a la respuesta del alfa, se subió a un árbol y se sentó allí, gimiendo para sí, mientras Goblin actuaba debajo.

Poco después de cumplir los catorce años Goblin podía desafiar a todos los machos senior *uno por uno,* excepto, claro está, Figan. Y entonces llegó el día en que vimos por primera vez a Goblin desafiando a los hermanos Jomeo y Sherry cuando estaban juntos. Tres veces actuó delante de ellos mientras se acicalaban, acercándose cada vez más. Y entonces, durante la cuarta actuación golpeó *de facto* a Jomeo. Enfurecidos, los hermanos, cada uno de los cuales pesaba más que Goblin, lo persiguieron. Éste se retiró, pero no tiró la toalla. Cuatro meses después, casi en el decimoquinto aniversario de Goblin, se produjo un dramático conflicto. Jomeo y Sherry se estaban acicalando y al principio ignoraron, o al menos así lo pretendieron, a Goblin cuando empezó a actuar hacia ellos. Pero cuando estuvo realmente cerca profirieron fieros rugidos y ondearon los brazos. La situación fue ganando en tensión y cuando la hembra adulta Miff llegó a la escena fue inmediatamente atacada con violencia, primero por Sherry y luego por Jomeo. Así los hermanos se desahogaron.

Goblin sacó el mayor provecho de la distracción. Inmediatamente de que Jomeo acabase con la pobre Miff, Goblin atacó a Sherry con ferocidad. Rápidamente Jomeo dejó a Miff y se abalanzó, pero sólo ayudó con amenazas orales. Goblin y Sherry rodaron juntos; unas veces Goblin estaba arriba y otras Sherry. Batallaron en silencio hasta que Goblin mordió profundamente a Sherry en el cuello y entonces, con fuertes gritos, Sherry se apartó y huyó.

Jomeo lo siguió, gimiendo también. Y Goblin inició la persecución. Durante veinte metros o más los persiguió mientras corrían; entonces se detuvo, se sentó y los miró fijamente con los ojos brillantes. Tenía rastros de saliva por todo el cuerpo. Fue en verdad una victoria emocionante y decisiva. A partir de entonces, Goblin fue capaz e dominar a los hermanos incluso *cuando estaban juntos.*

Al mes siguiente observamos el primer cambio de actitud de Goblin respecto a su amado héroe. Durante un tiempo estuvimos esperando que Goblin relevase a Figan. En realidad aún estoy sorprendida de que Figan, tan avispado en ciertos temas sociales, no pudiese predecir la inevitable llegada de Goblin a su posición. El primer signo de deslealtad se registró una pacífica tarde en la que, en vez de apresurarse para saludar a Figan, Goblin le ignoró. Después de esto, le ignoró cada vez más a menudo y Figan, notando obviamente el implícito desafío, fue poniéndose nervioso y tenso. Un día en que Goblin apareció súbitamente, Figan comenzó a emitir grititos de miedo y corrió a abrazar a Evered buscando tranquilizarse. Cada vez fue más corriente ver a Figan, temeroso, correr a buscar la ayuda de uno o de otro macho senior. Y a partir de entonces los sucesos fueron avanzando lentamente hasta su inevitable conclusión.

Durante la estación seca de 1979 Figan se hirió de algún modo los dedos de la mano derecha. Cojeaba al andar. Del mismo modo que Figan aprovechaba inmediatamente cualquier signo de debilidad en un superior, Goblin hizo lo mismo. Empezó a desafiar a Figan en persona, exhibiéndose hacia él una y otra vez, a veces golpeándolo cuando huía. Si uno de los machos senior estaba cerca, Figan siempre buscaba apoyo. Y siempre lo conseguía, así que un fuerte sentimiento de unidad creció entre los cinco machos mayores: iban juntos, manteniendo el viejo orden de cosas frente al joven insolente. De esta manera Figan disponía de cuatro potenciales aliados mientras que Goblin, habiéndose enemistado con su amigo de siempre, se quedaba solo. Se apoyaba simplemente en el devastador efecto de sus repetidas y vigorosas demostraciones.

Estaba claro hasta qué punto había aprovechado Goblin su asociación con Figan; había aprendido un montón de «trucos de dominio». Por ejemplo, la ventaja psicológica de sorprender a los otros machos mientras duermen con una vigorosa demostración arbórea sobre sus nidos de buena mañana. Y el valor de la sorpresa, escondiéndose en la maleza cuando un grupo se aproximaba para luego atacar. Ambas técnicas dieron resultados que debieron ser altamente satisfactorios para el joven macho. Pero era evidente por lo envalentonado que estaba, que era una tensa época para él. Cuando se encontraba con parejas de machos senior, Goblin revelaba repetidamente su tensión con repentinas exhibiciones hacia las hembras o los jóvenes de los alrededores, aparentemente sin ningún fin. Una vez más fui yo la frecuente puerta de escape de su ira. Recuerdo una vez que Derek y yo mirábamos como intentaba intimidar a Satán y a Evered, que se estaban acicalando. Goblin los atacó hasta siete veces en total, moviendo ramas y tirando piedras. Cada vez se acercaba a menos distancia de donde estaban sentados, pero ellos ni siquiera le miraban. Goblin se fue frustrando y después de cargar frente a los dos machos por octava vez vino hacia Derek y hacia mí. Evitó a Derek, que estaba sentado junto a mí en el suelo; se volvió hacia mí y me dio un empujón con ambas manos y un doble porrazo con ambos pies antes de exhibirse; luego se sentó, mirando ceñudo al mundo en general.

A finales de septiembre vimos la primera lucha seria entre Figan y Goblin. Goblin ganó, casi decisivamente, pateando a Figan desde un árbol al que se había encaramado. Figan cayó de una altura de unos treinta pies y se fue gritando. Una semana más tarde, después de que Goblin se le hubiese exhibido unas cinco veces, Figan buscó de nuevo refugio en un

árbol. Nunca olvidaré el día en que me senté y vi a Figan, en otro tiempo el más poderoso alfa de Gombe, poniéndose más y más nervioso e infeliz a medida que los minutos pasaban. Se movía sin parar. Una vez, con mucho cuidado, empezó a bajar hacia el suelo, pero Goblin, con el pelo erizado, lo miró tan ferozmente que Figan, con gritos de miedo, renunció a bajar. Yo tenía reciente el recuerdo de incidentes similares de cuando Figan hizo sufrir a Evered las mismas humillaciones. Esta vez tuve una interesante visión del humor de Goblin. Terminó por alejarse del árbol de Figan y marchar con Melissa, que estaba sentada en unos matorrales cercanos. Se tumbó en el suelo y ella empezó a acicalarlo. Y luego, casi imperceptiblemente, alcanzó la mano de su madre y empezó a jugar con sus dedos. Allí se quedó, relajado y pacífico, entreteniéndose con Melissa. Y cuando Figan bajó del árbol con grandes precauciones, Goblin le siguió con la mirada, pero continuó jugando.

Era evidente que Figan ya no podía ser considerado como el macho alfa. Pero tampoco Goblin porque, aunque podía mandar sobre cualquiera de los otros machos si se los encontraba a solas, normalmente no podía controlar la situación cuando había dos o tres. Al tener quince años su situación de Goblin era destacada, pero no lo suficiente. Pero no iba a descansar hasta conseguir el dominio y con este objetivo actuaba incansablemente, exhibiéndose junto los a machos senior a la menor oportunidad.

Luego, a mitad de noviembre, vino el Gran Ataque, que durante casi un año volvió a situar a Figan en la cumbre del dominio. Empezó durante una sesión carnívora, cuando la tensión llega al máximo y estallan a menudo incidentes de agresión. Goblin, que se había quedado sin carne, actuó frente a Figan, que disponía de su ración. Figan se puso en pie, rodeado de potenciales aliados. Hubo una dramática lucha que duró más de un minuto, con los dos machos luchando en medio un silencio roto únicamente por las dentelladas. De repente, como en respuesta a una llamada silenciosa, los otros machos adultos presentes - Evered, Satán, Jomeo y Humphrey- se unieron a la refriega, luchando bajo los colores de Figan. Con aquel problemático cinco contra uno Goblin empezó a gritar y a luchar por escapar. Cuando finalmente consiguió liberarse huyó, con Figan pisándole los talones y los otros machos cargando a diestro y siniestro, altamente revolucionados. Goblin resultó herido durante la lucha, con una gran herida en el muslo que todavía sangraba una hora después.

Después de aquello, Figan recuperó parte de la confianza en sí mismo mientras que Goblin, a su vez, se mostraba incómodo en presencia del macho mayor. Un mes después del Gran Ataque, Figan tuvo la satisfacción de ver a Goblin huyendo de una de sus exhibiciones. Aún mejor, cuando Goblin se refugió en un árbol, Figan lo mantuvo allí, tenso e infeliz, durante los veinte minutos o más que permaneció sentado debajo. Habían vuelto a las tablas.

Los otros machos senior, con la confianza adquirida a raíz del Gran Ataque, se apoyaban ahora entre sí contra Goblin con más entusiasmo. La mayoría de machos habrían abandonado las peleas después de una derrota tan seria como aquélla. Pero Goblin, desesperadamente infeliz con la posición presente, estaba hecho de otra materia.

En cuanto curaron sus heridas Goblin, aunque momentáneamente evitó las confrontaciones directas con Figan, volvió a desafiar a otros machos senior. No tardó en repetir las actuaciones y la armonía social volvió a tambalearse. Gradualmente, durante los diez los meses posteriores al Gran Ataque, Goblin fue recuperando su posición hasta que pudo dominar a los otros en solitario, como antes. Y luego empezó a trabajar con el alfa reinstaurado. El pobre Figan, cuya recién recuperada confianza era inestable incluso en sus mejores momentos, acabó desapareciendo. Su mejor amigo, Humphrey, había muerto

víctima tal vez de los machos de Kalande. Y aunque Figan había intentado cimentar una amistad con Jomeo y Evered y tenía buen trato con ellos, no tenía a nadie en quien confiar. Cuando Goblin estaba cerca, sus requerimientos de ayuda a los tres machos senior se volvían aún más desesperados.

Al cabo de pocos meses Goblin, una vez más, había intimidado claramente a su héroe de la juventud. Pronto el propio Figan desapareció. Quizás fue víctima de una agresión intercomunitaria. O quizás murió, sólo, de alguna enfermedad. Nunca lo sabremos. Me apenó su muerte ya que lo conocía desde hace muchos años y había admirado su inteligencia y su persistencia.

En ausencia de Figan las exhibiciones de Goblin fueron ganando violencia. Y como respuesta los machos senior se sentaban juntos y se acicalaban casi frenéticamente. Goblin, más duro, intentaba interrumpir este acicalamiento, pero ellos continuaban. Cuanto más intensamente lo hacían adquirían mayor confianza en sí mismos y por más tiempo podían ignorar, o pretender ignorar, su tempestuosa conducta. Goblin se fue frustrando. Por una parte, es mucho más difícil amenazar a un rival que no te mira; por otra, sus rivales estaban mostrando signos de amistad y eso, para Goblin, resultaba difícil de tragar. Tenía que interrumpir estas sesiones de acicalamiento a cualquier precio.

Pero los machos mayores, cuyos ojos parecían sólo unas manchitas entre la piel, pudieron mantener su actitud de desinterés durante unos quince minutos, pero no más. Una y otra vez Goblin actuaba frente a ellos. Se sentaba en medio, jadeando, y los miraba. Finalmente atravesó el umbral de la precaución y atacó efectivamente a uno de los acicaladores.

Estos incidentes eran sorprendentes de ver. Un día, por ejemplo, Goblin llegó repentinamente al grupo que yo había estado siguiendo toda la mañana y en el que estaban incluidos Satán y Jomeo. En cuanto apareció los dos senior, como siempre, se acercaron y empezaron a acicalarse. Goblin, de pie, con el pelo erizado, se quedó mirándolos, pero ellos no prestaron atención alguna. Después de unos minutos empezó una de sus exhibiciones. Los dos machos senior continuaron acicalándose plenamente concentrados. Las hembras y los jóvenes gritaban y se subían a los árboles. Pero Goblin no quería intimidar a éstos, sólo a sus rivales. Se detuvo, se exhibió de nuevo más cerca de los dos machos. Ellos continuaron acicalándose más frenéticamente aún.

Goblin actuó vigorosamente siete veces hasta que llegó a un estado de furia desatada. Luego, durante la octava exhibición atacó a Satán, saltando a un árbol sobre él y golpeando la cabeza del macho mayor. Ahora los que se acicalaban se vieron forzados a responder. Gritando sonoramente atacaron a Goblin, ondeando los brazos. Y a pesar del hecho de que sus adversarios pesaban 54 y 51,5 kilos respectivamente, Goblin, con sus cuarenta kilos, se puso en pie y se atrevió con los dos. Durante más de un minuto se estuvieron sacudiendo; luego, para mi sorpresa, Satán y Jomeo huyeron mientras Goblin los perseguía, arrojándoles rocas. Y entonces, para constatar su dominio, Goblin volvió a atacar a Satán. Después de aquello, como si la tensión acumulada fuese excesiva, Goblin abandonó el grupo.

En una ocasión se produjo una confrontación similar, pero esta vez con Satán y Evered, que finalizó sin una clara victoria de nadie. Goblin dejó a los dos y, de nuevo, se fue solo. Esa vez Hilali lo siguió. Una hora más tarde se encontró a Fifi e inmediatamente la atacó. Luego también pegó a Freud y a Frodo. Acompañado de rugidos y gritos seguía actuando y realizando sus solitarias persecuciones. Cuarenta y cinco minutos después de dejar a Fifi, Goblin encontró a otra hembra, que también fue atacada ferozmente y, al menos por lo que

a ella concernía, sin razón aparente. Podemos imaginarle todavía furioso avanzando por la maleza, desahogando su contenida furia, dirigida en realidad hacia Satán y Evered, en el primero que se encontraba.

Durante los tensos contactos entre los machos senior hubo muchas ocasiones en las que Goblin atacaba súbitamente a cualquier inocente que rondara por allí. Estas vías de escape solían ser machos o hembras adolescentes, además de mí misma. Cuando advertía una de estas reacciones de Goblin siempre me ponía en pie y me agarraba a un árbol. Así, si Goblin me golpeaba sería menos probable que me cayese al suelo, ya que nunca me había gustado la idea de estar en el suelo bajo un chimpancé. Normalmente Goblin sólo me golpeaba un par de veces en la espalda al pasar. Tres veces sus ataques fueron peores. Una vez me tiró de un árbol, cayendo al suelo y pegándome entonces patadas deliberadamente. Otra vez empezó a tirar de mí colina abajo y yo estaba aterrorizada temiendo perder el control y caer encima de él. Dios sabe lo que hubiese pasado. Creo que el tercer incidente fue el peor. Empezó con sus habituales tácticas, agarrando el árbol al que estaba cogida, saltó y golpeó con fuerza mi espalda con sus pies. Pero entonces se puso frente a mí y me dio una patada en la barbilla. Mientras lo hacía su enorme boca abierta con cuatro brillantes y afilados caninos permanecía a cinco centímetros escasos de mi cara. Ocasionalmente Goblin golpeó también a alguno del campo de trabajo y creo que todos, tanto chimpancés como humanos, esperábamos fervientemente que alcanzase el dominio lo antes posible y quedase satisfecho de una vez.

Fue por esa época cuando Goblin empezó a aterrorizar sistemáticamente a Jomeo. Incluso a pesar de que estaba claro que Jomeo era el más sumiso al joven macho, Goblin no perdía oportunidad de atacarlo, durante las reuniones u otros períodos de excitación social. En realidad, Goblin lo perseguía tan ferozmente que durante un tiempo Jomeo, a no ser que estuviese con otros machos senior, abandonaba el grupo en cuanto oía la voz de Goblin. Y luego, tras reducir al peso pesado de Gombe a un estado de completa inferioridad, Goblin le hizo propuestas de amistad. De repente lo acicalaba más que a ningún otro macho, compartía comida con él, tranquilizándole en momentos de tensión. Ambos se convirtieron en compañeros de paseo y de comidas. En otras palabras, se hicieron amigos y Goblin, por primera vez desde Figan, cinco años atrás, disponía de un aliado. No muy fuerte, quizás, pero al menos cuando estaba con Jomeo, Goblin tenía la oportunidad de relajarse y disfrutar de la compañía de un macho.

Aproximadamente un año después de la muerte de Figan los otros machos parecieron abandonar. Cansados por los repetidos desafíos de Goblin, le dejaron salirse con la suya. Y así, a los diecisiete años, Goblin se convirtió en el indiscutible alfa, capaz de controlar cualquier situación. Aunque continuaba exhibiéndose a menudo, sus actuaciones disminuyeron en violencia y cada vez menos incidentes acababan en ataque. A largo plazo, la paz volvió para los otros miembros de la comunidad.

Recordando esta fascinante historia está claro que, genéticamente o por aprendizaje, Goblin, como Mike, Goliath y Figan antes que él, mostró un gran coraje y persistencia para alcanzar el dominio a pesar de los contratiempos. ¿Podemos decir que algunos aspectos de los primeros cuidados de Melissa contribuyeron al desarrollo de estas características? Fue una madre atenta, aunque no indulgente. Cuando Goblin tenía dificultades durante sus primeros intentos de andar y trepar, su madre solía dejar que se las apañase solo aun cuando gemía, a menos que estuviese realmente en un apuro, en cuyo caso se apresuraba en ayudarle. No era muy restrictiva, pero tampoco muy permisiva. No era una madre que castigase y no siempre conseguía una obediencia inmediata; Goblin pronto aprendió que, si

iba probando, podía hacer las cosas a su manera. Aunque no le golpeaba, cuando las cosas eran realmente importantes, como el destete, la madre imponía su voluntad. En todos los aspectos puede decirse que fue una madre con buenas técnicas educativas. Y en el caso que la conducta de Goblin fuese heredada, por su contribución con un cincuenta por ciento de los genes fue, sin lugar a dudas, una buena madre también a este respecto.

XIV. JOMEO

La personalidad de Jomeo era completamente distinta a la de Goblin. Mientras Goblin estaba obsesionado en su determinación por alcanzar una alta posición social, Jomeo, desde su adolescencia, careció casi por completo de dicha ambición social. Fue el macho más pesado que conocimos en Gombe, sobresaliendo entre los demás con sus más de cincuenta y cinco kilos, y era un terrible enemigo de los individuos de otras comunidades. Por el contrario, hacía lo posible para evitar conflictos con los machos de su propia comunidad. Era como una adivinanza, con una personalidad única y una vida única.

No sabemos nada de su infancia, ya que cuando lo conocimos, al principio de los años sesenta, ya era un joven adolescente. Raramente se le veía con su familia, quizás porque su madre, Vodka, era tímida y pasaba la mayor parte de su tiempo en la parte sur del territorio junto con sus dos jóvenes vástagos, Sherry y el pequeño Quantro. Jomeo, sin embargo, se convirtió en un visitante habitual del campamento. En muchos aspectos era un adolescente normal, pero tenía su propia idiosincrasia. Cuando venía al campamento con uno o dos de los grandes machos Jomeo, como cualquier otro adolescente, raramente podía conseguir algún plátano. Y por eso, como los otros machos adolescentes, solía venir solo, lo cual significaba que podía quedarse con todos los plátanos que nosotros le dábamos. Entonces fue cuando empezó a mostrar un comportamiento extraño: en el momento en que ponía los ojos en las frutas, comenzaba a gritar. No se trataba de unos cuantos gritos de irreprimible excitación, lo que hubiera sido comprensible, sino gritos fuertes que duraban un par de minutos. Naturalmente, todos los chimpancés que estaban en las cercanías corrían al campo para ver qué pasaba y le quitaban todos los plátanos a Jomeo. Durante al menos seis meses se comportó de este modo tan peculiar. Entonces, de repente, dejó de gritar.

Cuando tenía unos nueve años, Jomeo empezó sus intentos de intimidación con las hembras de la comunidad erizando los pelos y realizando esas exhibiciones que son el sello de la adolescencia en los machos chimpancés. Al principio estas demostraciones eran vigorosas, impresionantes y audaces. Una vez incluso se atrevió a competir con Passion por unos cuantos plátanos. Cuando la hembra dominante y más agresiva empezó, con total confianza, a coger las frutas, Jomeo se quedó erguido, con los pelos de punta, de manera que parecía del doble de su ya gran tamaño; se contoneó delante de ella moviendo los brazos con semblante furioso. Passion, probablemente sorprendida por su temeridad (para ella era todavía una cría) devolvió lo que tenía y, mientras él se exhibía, empezó a recoger los plátanos esparcidos con aspecto derrotado. Pero Jomeo había ido a equiparse mejor para la batalla. Agarrando una gran rama muerta que había por allí, atacó de nuevo y empezó a mostrarse más impresionante blandiendo su arma. Y Passion, aunque se quedó con los plátanos que ya había recogido, no disputó a Jomeo su derecho a los otros.

Jomeo parecía estar entonces en el camino adecuado para alcanzar la posición más alta de la jerarquía. Pero entonces algo ocurrió. Un día de 1966, justo unos meses después de su triunfal confrontación con Passion, Jomeo llegó cojeando al campamento cubierto de profundas heridas; la peor era un gran corte en la planta del pie derecho que tardó semanas en curar y que le dejó los dedos permanentemente doblados. Nunca sabremos quién o qué atacó a Jomeo, pero cualquier cosa que fuese, pareció afectar toda su carrera posterior. Sus explosivas exhibiciones hacia las hembras de la comunidad, incluso hacia las de más bajo nivel, se interrumpieron bruscamente. Un año después observé un incidente que simbolizaba la posición de Jomeo en la comunidad. Empezó cuando la cría de Passion,

Pom, se instaló demasiado cerca de Jomeo cuando estaban comiendo. Cuando él la golpeó, avisándola para que mantuviese la distancia, ella no se movió, mirando hacia su madre; luego dio la espalda al gran macho y emitió un pequeño pero desafiante grito. Instantáneamente Passion cargó hacia Jomeo y esta vez, en claro contraste con el conflicto del año anterior, él huyo de ella y se refugió en una palmera gritando de miedo. Cuando ella empezó a trepar tras de él, Jomeo, gritando aún más fuerte, saltó a otro árbol, bajó al suelo y echó a correr.

En aquella época Jomeo ya era el macho más pesado de Gombe y su comportamiento «gallina» le convirtió en el hazmerreír de los observadores humanos. Incluso cuando tenía quince años y pesaba cerca de cincuenta kilos, Passion podía obligarle a huir. Y así hubiese continuado el resto de su vida de no ser por su hermano Sherry. Ambos empezaron a pasar más y más tiempo juntos después de la desaparición de su madre en 1967. Si ella había muerto, o simplemente se había quedado en algún grupo periférico, no lo sabemos: simplemente, ella y su hijita dejaron de aparecer por el campamento y nunca las volvimos a ver. Pero Sherry y Jomeo se hicieron casi inseparables, y en cierto modo el hermano mayor actuaba *in loco parentis.* Cuando Sherry, durante sus tempranos intentos de intimidar a las hembras, se veía amenazado -lo que solía pasarle, como a todo joven adolescente-, Jomeo corría en su defensa como hubiese hecho Vodka de estar allí. Pasó el tiempo y Sherry abordaba a hembras situadas en las posiciones más altas del ranking, por lo que necesitaba con mayor frecuencia la ayuda de Jomeo. Y cuando luchaba, Jomeo era un chimpancé a tener en cuenta. ¡Qué importaba si su técnica no era siempre la mejor! continuaba siendo al menos diez kilos más pesado que la mayor de las hembras rivales de Sherry, y les hacía daño les diese donde les diese. Cuando levantaba a su víctima por los aires y la dejaba caer, cosa corriente, el castigo era horrible de ver. Y por eso, por fin, las hembras empezaron a respetar e incluso a temer a Jomeo y los días de la supremacía de Passion sobre el gran macho terminaron para siempre.

La frecuencia con la que un macho se exhibe es, desde luego, un importante factor para determinar su posición en la jerarquía masculina. La frecuencia de Jomeo había descendido casi hasta cero después de su horrible herida del pie, seis años antes. Pero ahora, a causa de su nueva autoconfianza, empezó a exhibirse con más frecuencia. Pobre Jomeo; a veces me pregunto si esas tempranas exhibiciones suyas, con la intención de implantar el temor en los corazones de los que estaban cerca, eran tan divertidas para ellos como para nosotros, los humanos. Tenía mucho que aprender en cuanto a técnica. Por ejemplo, una vez intentó ampliar una carga colina abajo haciendo rodar una enorme roca. Pero en lugar de correr ruidosamente colina abajo, añadiendo una nueva dimensión a la actuación de Jomeo, la roca permaneció firmemente enganchada en el duro suelo. Cualquier otro macho hubiera cargado igualmente a pesar de todo. Pero no Jomeo. Se detuvo totalmente, se volvió y empujó la roca causante de la ofensa. Finalmente la sacó de su sitio, pero de nada le sirvió. Era demasiado grande, y después de rodar perezosamente medio metro se detuvo. Jomeo, con el efecto de la exhibición totalmente arruinado, continuó corriendo desganadamente sin ella.

En otra ocasión, mientras abordaba a un grupo de hembras y jóvenes, tropezó con la raíz de un árbol y cayó entre la maleza. Las hembras, en vez de gritar y huir de esa manera que tan satisfactoriamente hubiese sido para un joven macho, habían trepado silenciosamente a los árboles cercanos y, cuando se levantó, estaban mirándolo desde un lugar seguro.

Lo más divertido de todo (desde nuestro punto de vista) fue «el caso del arbolito tozudo». Era un árbol pequeño, con una bonita copa que parecía idónea para blandirla en

una exhibición. Pero cuando lo agarró al pasar corriendo junto a él, no pudo ni romperlo ni desarraigarlo. Entonces, como ocurrió con la piedra, interrumpió su actuación para pelearse con él. Por fin, después de treinta segundos, consiguió arrancar el arbolito. Para entonces yo ya tenía muy claro que era demasiado grande para ser una herramienta efectiva de exhibición. Pero Jomeo, habiéndole ganado la batalla, estaba determinado a usarlo igualmente. Cargó, arrastrándolo tenazmente detrás de sí. O por lo menos, lo intentó. Pero tenía tantas ramas secundarias que una u otra se enganchaban con las otras plantas: antes de que abandonase la actuación, Jomeo se vio forzado en tres ocasiones a retroceder y desenredar el arbolito con las dos manos.

A pesar de todo, las demostraciones de Jomeo mejoraron con el paso del tiempo y desarrolló una poderosa técnica, única entre todas.

Lo mismo pasó con la cacería: al principio Jomeo lo hacía muy mal. Una vez, por ejemplo, intentó coger un mono azul adulto. La persecución fue rápida y furiosa y el mono, desesperado, pasó a otro árbol de un salto. Jomeo se lanzó tras él pisándole los talones; pero no llegó. «El salto se le quedó a medio camino», me explicó más tarde David Bygott (que había visto el incidente). Pobre Jomeo: se estrelló desde una altura de nueve metros, y para un chimpancé tan pesado como Jomeo fue sin duda una buena caída. Se quedó quieto por unos momentos, mareado y probablemente dolorido. Luego se incorporó, contempló cómo se esfumaba su banquete del mediodía y se limitó a comerse unos higos.

Cuando cazan, los chimpancés de Gombe principalmente capturan crías o presas juveniles y suelen renunciar si aparece un mono adulto. Por eso no es de extrañar que Jomeo, cuando capturó un macho colobo completamente crecido, necesitara unas cuantas fuertes mordeduras, golpeándole antes de que su víctima cayera muerta a través de las ramas. Luego, antes de que Jomeo pudiese disfrutar de un solo bocado de su valiosa conquista, los otros machos senior se acercaron y se la arrebataron. Fue Richard Wrangham quien observó este drama, y recuerdo que me explicó el resto de la historia después:

-Se sentó y buscó un pedazo pequeño mientras los otros se dividían la presa. Todos estaban muy nerviosos y gritaban, pero él se mantenía tranquilo. No se unió a las hembras y a los jóvenes para suplicar un pedazo; se apartó y lamió unas cuantas hojas allí donde había caído la sangre. Y luego se fue. Me dio tanta lástima que estuve a punto de echarme a llorar.

El tiempo pasaba y llegaron otros informes en los que Jomeo perdía su presa a manos de machos situados en los puestos altos del ranking -incluso una vez de Gigi-, así que todos empezamos a sentir lástima de él. Pero también nos dimos cuenta que muy a menudo desaparecía durante las cacerías, o después de ellas. Y empezamos a preguntarnos si quizás de vez en cuando conseguía atrapar a un mono pequeño durante la confusión y se iba con él antes que los demás se apercibiesen. Un día, después de atrapar una cría (que luego Figan le arrebató), Jomeo desapareció como de costumbre. Un par de horas después se le encontró solo, con la barriga visiblemente satisfecha y agarrando los restos de la mandíbula de un antílope jeroglífico. ¡Entonces vimos con claridad que no teníamos por qué sentir lástima por Jomeo!

Pero en todo momento, a pesar de sus recientes logros –su indiscutible autoridad sobre las hembras, sus mejores técnicas de exhibición y su creciente dominio en la caza-, Jomeo continuaba lleno de incontables defectillos. Todos ellos, desde luego, le hicieron ganarse nuestras simpatías. Por ejemplo, un día estaba yo contemplando cómo escalaba palmo a palmo un árbol muy alto, lentamente y con aire de intensa concentración. Había llovido durante toda la mañana y el tronco, reluciente como de ébano pulido, estaba muy

resbaladizo. Cuando llegó a la rama más baja, que estaba a unos siete metros del suelo y al alcance del escalador, intentó asirse a ella, pero empezó a resbalar. Comenzó a descender hacia el suelo con creciente rapidez, agarrándose con fuerza, pero todo fue inútil. La tierra de Gombe tembló cuando aquel peso pesado llegó al suelo. Miró las ramas por encima de él, se puso de pie y, con gran obstinación, comenzó el dificultoso ascenso por segunda vez. Nadie, ni un entusiasta de las ferias, hubiese sido capaz de intentar subir por un poste engrasado con semejante persistencia. Esta vez lo consiguió. Empleó la hora siguiente en consumir tiernas hojas verdes, y cuando llegó el momento de bajar el tronco se había secado al sol de la tarde y consiguió llegar al suelo con dignidad.

Entonces sucedió un incidente con un mono colobo. Los machos adultos colobos son extremadamente bravos defendiendo a sus hembras y a sus jóvenes. Aun cuando los chimpancés están cazando en grupo, los colobos cargan contra ellos sin miedo alguno y suelen tener éxito en echarlos. Es posible que sea porque los colobos, aunque son más pequeños, están dotados de largos caninos y casi siempre intentan morder al cazador en los genitales. Así, no es raro ver a dos o más chimpancés saltando de rama en rama profiriendo grandes gritos y perseguidos de cerca por un par de enfurecidos monos colobos. Pero lo que le pasó aquel día a Jomeo fue especialmente extraño. Estaba sentado, comiendo pacíficamente fruta y ocupándose de sus propios asuntos cuando un gran macho colobo le asaltó. Lanzándose desde una rama, el mono casi aterrizó sobre Jomeo y le golpeó en la cabeza con los pies profiriendo curiosos gritos agudos a manera de llamadas de amenaza. Jomeo, sorprendido, soltó un chillido de sorpresa y salió huyendo.

-Y quién sino Jomeo -se reía Richard una noche- echaría a correr sólo de ver a tres puercoespines recién nacidos haciendo crujir ruidosamente la hierba seca.

Hasta un suceso esencialmente trágico terminaba por convertir a Jomeo en un personaje cómico. No sé cómo se hirió en el ojo izquierdo. Durante más de dos semanas lo mantuvo cerrado, con gran cantidad de líquidos fluyendo de él, lo que debía ser indudablemente doloroso. Le dimos antibióticos con los plátanos y la herida terminó por curar, pero no sólo le dejó la vista dañada, sino también con un ojo medio blanco a causa de una cicatriz en los tejidos. Debe haber parecido siniestro; en realidad así era, especialmente cuando miraba desde el espeso follaje entre la suave luz del bosque. Pero normalmente parecía más bien un juerguista. Pobre Jomeo; no sólo tenía el carácter de un payaso, sino que ahora también lo parecía.

A pesar de que había terminado por establecer su dominio sobre las hembras adultas, Jomeo casi nunca mostró mucho interés en mejorar su posición *vis a vis* de los otros machos. Mantenía una profunda rivalidad con Satán, que tenía su misma edad. Observamos los primeros síntomas en 1971, cuando eran adolescentes mayores y a veces se contoneaban el uno frente al otro con el pelo erizado cuando competían por la comida, o durante la excitación de una reunión. En aquella época su situación en el ranking parecía ser la misma, así que estas confrontaciones solían acabar con los dos rivales abrazados y gimiendo dolorosamente. Un par de años más tarde Satán, después de ganar unas cuantas batallas imponía su dominio sobre el gran macho, excepto si Sherry estaba allí para apoyar a su hermano, en cuyo caso Satán abandonaba frente al equipo fraternal.

Cuando Sherry empezó a desafiar a los machos senior de bajo nivel sus exhibiciones se hicieron tempestuosas, atrevidas e imaginativas. Emergía súbita e inesperadamente de entre los matorrales arrojando pesadas rocas y agitando ramas con tal ferocidad que los machos senior acostumbraban apartarse. De esta manera reforzaba su ego y en consecuencia empezó a desafiar más y más a menudo a los mayores. Siempre que su impetuosidad le

metía en líos, Jomeo, si estaba allí, lo que ocurría casi siempre, cargaba y se exhibía de modo impresionante para apoyar a su hermano menor. Parecía que Sherry lo tenía todo a punto para alcanzar una alta posición y muchos predecían que acabaría por relevar a Figan, el alfa reinante en aquella época.

Pero luego llegó la derrota decisiva. Satán, exasperado por las largas series de exhibiciones del joven macho, finalmente se le encaró y lo atacó ferozmente, infligiéndole numerosas heridas. Jomeo, como siempre, acudió en ayuda de Sherry, y aunque de hecho no atacó a Satán, actuó tan violentamente en el conflicto que Satán dejó a su víctima y fue a por el hermano mayor. Esto salvó a Sherry de peores heridas.

Fue una lucha histórica, ya que acabó con la carrera de Sherry hacia el puesto dominante. Después de aquello, aunque a veces luchaba contra los machos senior, solía hacerlo en el contexto de comidas o de sexo; en otras palabras, cuando existía una compensación inmediata. Pero durante el resto de su vida jamás se volvió a esforzar por conseguir una posición alta. Así reaccionaba Sherry ante la adversidad, como había hecho su hermano Jomeo en aquel ataque de diez años antes, que no presenció. ¡Qué diferentes eran estos dos hermanos de aquellos machos que luchaban heroicamente para alcanzar a cualquier precio el número uno, como Mike, Figan y Goblin!

¿Y qué decir de las hazañas de Jomeo con el bello sexo? Si un macho puede asegurar una adecuada representación genética en futuras generaciones, compensa otros aparentes problemas en otras esferas. Qué desgracia: a este respecto Jomeo era, de largo, un fracaso. Es posible incluso que no engendrase ni a una sola cría. Carecía del nervio necesario para competir agresivamente con otros machos en los excitados grupos que rodean a las hembras en celo; carecía de la imaginación necesaria para aprovechar repentinas oportunidades para copular cuando sus superiores estaban ocupados en otras cosas y de las habilidades sociales para persuadir a las hembras deseables para que lo acompañasen en románticas escapadas a dúo. En realidad, en este último punto, su récord era tétrico: a menudo intentaba llevarse a hembras, pero normalmente fracasaba. Que nosotros sepamos, sólo tuvo quince parejas en quince años, y en casi todas las ocasiones las hembras se las arreglaban para escapar de él antes de la crucial época de los últimos días del celo. Lo peor de todo -pobre Jomeo- fue que siete de sus damas, cuando las cogió, ya estaban preñadas con la progenie de otros machos.

Sin embargo, a pesar de su idiosincrasia y sus fracasos -o quizás a causa de ellos-, Jomeo se convirtió en un respetado ciudadano senior de la comunidad. Tenía tan poco interés en la lucha por disputar el poder a los machos de estatus superior que no representaba amenaza alguna para aquellos que consideraban el estatus como muy importante. Y por eso Jomeo fue elegido como amigo íntimo primero por Figan (después de la muerte de Humphrey) y luego por Goblin. Y aunque ambos machos, con aspiraciones de dominio, habían considerado necesario aterrorizar a Jomeo y subyugarlo antes de aceptar su amistad, tan pronto los convenció de su subordinación recibió los beneficios que los machos alfa otorgaban a sus colaboradores: protección frente a otros machos senior y un cierto grado de tolerancia en asuntos de comida y de sexo.

Jomeo venía a representar también seguridad para los machos jóvenes. A menudo, durante sus primeros viajes lejos de sus madres, era al viejo Jomeo al que buscaban para encontrar compañía, sintiendo su benigna tolerancia. Una vez lo seguí mientras erraba de un lado a otro con no menos de cinco adolescentes machos trotando pacíficamente a su alrededor. Durante las cinco horas que estuve con ellos no lo vi amenazar a ninguno, ni siquiera cuando comían muy cerca de él. Una vez Jomeo se puso en pie para alcanzar un

suculento racimo que colgaba de una rama. En cuanto lo cogió y comenzó a masticar Beethoven se acercó, y le arrancó un pedazo y empezó a comer a su vez. Sabíamos que Beethoven era su favorito, pero aún así me sorprendió que el gran macho no hiciese el menor gesto de protesta.

Me he preguntado muchas veces por el fascinante carácter de Jomeo, su extraña carencia de cualquier clase de ambición de dominio. De no ser por su herida de adolescente, ¿se habría convertido en el macho dominante? Probablemente no, ya que después de todo su hermano Sherry mostró la misma falta de habilidad para dominar la adversidad. ¿Era un rasgo genético, heredado? Aunque es posible, supongo, parece más probable que proceda de la personalidad y de las técnicas de educación que su madre, Vodka, puso en práctica con ellos. Es una lástima que no llegásemos a conocer bien a Vodka, ya que era demasiado tímida. Podemos decir que era una hembra poco sociable, que pasaba la mayor parte de su tiempo vagando, en la sola compañía de su familia, por las zonas periféricas de su territorio. Prof, hijo de la poco sociable Passion, tampoco ha mostrado signos de querer dominar a sus colegas. Por otro lado, Figan y Goblin, que alcanzaron el dominio y que nunca aceptaban la derrota, tenían madres que no sólo eran dominantes, sino también muy sociables: Flo y Melissa.

XV. MELISSA

Melissa merece claramente una atención especial, aunque sólo sea como madre de uno de los más dinámicos machos alfa de Gombe. Su vida también fue notable en otros aspectos. Ante todo, en 1977 dio a luz a los dos únicos gemelos conocidos en Gombe. Nunca olvidaré la primera vez que vi a los bebés, hermanos gemelos a los que llamamos Gyre y Gimble. Melissa estaba sentada al último sol de la tarde sosteniendo los dos minúsculos cuerpos junto a su pecho, de manera que era casi imposible verlos. Uno estaba mamando; el otro parecía dormir. Cuando Melissa se fue, seguida por su hija Gremlin, yo fui con ellas y cuando volví a casa aquella noche ya tenía una idea real de la enorme tarea de Melissa. La mayoría de las crías, cuando tienen dos o tres semanas, pueden estar colgando de su madre sin ayuda durante largo tiempo. Los gemelos se agarraban bastante bien. Pero uno de ellos siempre se colgaba de su hermano por equivocación: arrastraba a su gemelo y ambos empezaban a caer profiriendo grandes gritos de terror. Melissa tenía que ayudarles constantemente, agarrándolos con fuerza con un brazo o viajando con las piernas dobladas aguantando sus espaldas con los muslos. Una vez, aquella primera tarde, uno de los gemelos estuvo a punto de caer y se golpeó la cabeza contra el suelo. Chilló con fuerza; el otro chilló también y pasó un buen rato antes de que Melissa consiguiera calmarlos. También tenía muchos problemas para hacer su nido. Yo no podía verlo bien, ya que estaba entre un denso follaje, pero pude oír llorar a los bebés en varias ocasiones.

Aquella noche Derek y yo hablamos con Hilali, Eslom y Hamisi alrededor del fuego. Hamisi describió sus primeras observaciones, cuando los bebés tenían pocos días. Melissa viajaba con mucha lentitud; caminaba unos cuantos metros de una vez y luego

se sentaba y acunaba a los gemelos un par de minutos antes de seguir. Parecía exhausta y no tardó en preparar su nido. A la mañana siguiente Eslom consiguió encaramarse a uno de los árboles vecinos, de modo que podía divisar el nido. Gremlin dejó su camita a las siete de la mañana y empezó a comer cerca de allí. Pero Melissa no dio señales de actividad hasta hora y media después. Entonces se sentó y empezó a acicalarse; de vez en cuando acicalaba también a uno u otro de los gemelos. Diez minutos después se incorporó, preparándose para partir, pero los gemelos, repentinamente, comenzaron a gimotear. Melisa se sentó de nuevo, miró impotente a los bebés por un momento y luego se volvió a tumbar. Un cuarto de hora después volvió a intentar la partida pero, como antes, los bebés empezaron a llorar, así que Melissa, después de acunarlos y acicalarlos un ratito, volvió a tumbarse. La escena se repitió varias veces; hasta casi dos horas después de su primer intento no pudo Melissa ponerse en camino. Agarrando con fuerza a los gemelos e ignorando sus frenéticos gritos bajó un tanto precipitadamente del árbol. Sólo cuando los tres estuvieron a salvo en el suelo se detuvo para consolarlos.

Durante los tres primeros meses de vida de los gemelos seguimos a Melissa cada día, pues todos temíamos que Passion y Pom la atacasen de nuevo y habíamos decidido intervenir si así lo hacían. Y también en la mente de Melissa debía permanecer el recuerdo de los amargos ataques a su anterior cría pues, a pesar de las dificultades que tenía para viajar con los dos pequeños, durante el primer mes procuró mantenerse en todo momento cerca de alguno de los grandes machos. Las ventajas de esta conducta se pusieron de manifiesto un día, cuando los gemelos tenían un mes. Había seguido a Melissa, Gremlin y Satán, que subían a la cima de una montaña que llamábamos Sleeping Buffalo. Era una

tarde gris y fría de noviembre, con truenos resonando hacia el sur. Había llovido con fuerza, y nuestro valle estaba húmedo y helado bajo el cielo plomizo. Estaba tiritando mientras observaba a Melissa comer nueces por encima de mí. De repente una ramita crujió: me di la vuelta y vi, horrorizada, cómo se acercaban Passion y Pom, moviéndose sin apenas ruido sobre el húmedo y muelle suelo del bosque. Ahora estaban en pie, sin moverse, mirando hacia Melissa y sus bebés. Ninguno de los chimpancés de arriba las había visto. Con lentos y suaves movimientos Pom empezó a trepar hacia Melissa. Passion, bajo el peso de su embarazo, también subió, pero pronto se detuvo para mirar desde una rama baja. Pom, silenciosamente, se acercó más y más y cuando yo estaba a punto de emitir un grito de aviso Melissa las vio. Instantáneamente empezó a gritar con fuerza y, de modo temerario a causa de su pánico, dio un increíble salto hacia la rama más cercana del árbol vecino aguantando a los bebés sólo con los muslos. El corazón se me salía de pecho. Pero de algún modo los tres lo consiguieron y Melissa se apresuró a sentarse junto a Satán, que dejó de comer y miró fijamente a Pom. Melissa, con una mano en los hombros del gran macho, se volvió gritando de manera desafiante a la joven hembra. Así fue como el intento fracasó. Pero si Satán no hubiese estado allí parece seguro que se hubiera producido otra cruel batalla y yo me habría visto impotente para ayudar.

Poco después de ese incidente los gemelos desarrollaron unas malignas erupciones en el abdomen y en los muslos y Melissa, como pudimos apreciar, había perdido una buena cantidad de pelo en la región inguinal. La causa fue que los tres estaban sucios de orina y de heces. Normalmente los excrementos de un bebé caen limpiamente entre los muslos de la madre y, si por casualidad hay un error, la madre coge rápidamente un manojo de hojas y se limpia. Pero con los gemelos era otra historia; Melissa, sencillamente, no daba abasto. Y por si fuera poco, Gyre se hirió en el pie. Se notaba que le dolía, pues cada vez que Melissa se movía gritaba con un extraño y agudo grito, semejante al de algunas aves marinas en peligro. Pobre Melissa: por si no tenía bastante con una cría llorando se le sumaba Gimble, asustado quizás por los gritos de su hermano. A veces, cuando chillaban, Melissa se sentaba y los acunaba hasta que se tranquilizaban. Pero otras veces, aguantándolos con fuerza, se movía rápido, profiriendo rugidos como si tosiera; parecía amenazarlos. Entonces solían gritar más fuerte y después de unos minutos Melissa, completamente confusa o harta, o ambas cosas, subía a un árbol y, con los mismos rápidos movimientos, construía un gran nido. Durante el proceso los gritos se redoblaban y se podían oír desde lejos. Pero en cuanto Melissa se tumbaba con ellos volvía la calma.

Ahora que Melissa no podía estar siempre con los grandes machos, ella y Gremlin pasaban mucho tiempo en la vecindad del campamento. Fue una suerte que Passion, cuyo embarazo está muy adelantado, perdiese el interés en devorar las crías de los demás. Y Pom, aunque ciertamente podría haber agarrado a uno de los gemelos sin dificultad, carecía del nervio necesario para abordar a una hembra adulta sin el apoyo de su madre. Sin embargo, aunque el peligro de un ataque caníbal parecía remoto, otra cuestión nos preocupaba: Melissa, ocupada con la tarea de transportar y tranquilizar a los gemelos, pasaba cada vez menos tiempo comiendo. De hecho, algunos días sólo empleaba una hora en comer, cuando lo normal es que un chimpancé adulto pase comiendo de seis a ocho horas al día. Le dimos raciones extra de plátanos, y los hombres recogían frutos salvajes y se los ofrecían también.

Una semana después decidí dar a Melissa una dosis de antibióticos. Esperaba que ayudarían a curar el pie infectado de Gyre a través de la leche. Así, durante cinco días, cogíamos unos cuantos plátanos cuando seguíamos a Melissa y, a intervalos regulares, le

dábamos uno relleno de medicina. No sé si esto ayudó, pero el pie de Gyre mejoró y pronto Melissa pudo ocuparse de sus asuntos cotidianos sin mayor preocupación, igual que antes.

La herida de Gyre, sin embargo, fue una rémora de la que nunca se pudo librar y a partir de entonces se vio claro que Gimble se desarrollaba mucho más rápido que su gemelo, aunque también estaba más retrasado que un joven normal. Hasta que tuvo seis meses, cuando la mayoría de crías dan sus primeros pasos, Gimble no empezó a cambiar a diferentes posiciones sobre el cuerpo de su madre. Tan pronto comenzó estos ejercicios, Gimble ya fue capaz de encaramarse a la espalda de Melissa. En cuanto dominó este truco solía montar sobre su madre mientras viajaban, o se agarraba con la cabeza colgando sobre su hombro cuando ésta se sentaba a comer. A veces incluso se dormía en esta posición. Probablemente quería alejarse del ocupado regazo de su madre. Hasta los diez meses no se separó por vez primera de Melissa para dar sus primeros e inseguros pasos y trepar a unas ramas bajas. Gyre, sin embargo, nunca intentó andar ni trepar. Se quedaba quieto en el regazo de su madre, a menudo con los ojos cerrados.

La estación seca de 1978 fue desacostumbradamente severa y en agosto había menos comida de lo habitual en Gombe. Aún sin esto, Melissa nunca pareció tener bastante leche para las dos crías; así que ahora era obvio que ambos estaban permanentemente hambrientos y no pasaba un minuto en todo el día en que uno de los gemelos, o ambos, no estuvieran tirando de los pechos de su madre. Es casi seguro que Gimble, más fuerte y activo que su hermano, se apoderaba de más de lo que le correspondía del escaso alimento y por eso Gyre se volvió más y más letárgico. Cuando cogió un resfriado su debilitado sistema no resistió. El resfriado se convirtió en neumonía y un día Melissa llegó al campamento llevando a Gyre, pequeño cuerpo renqueante, en una mano. Estaba demasiado débil para sostenerse, respiraba con dificultad y sus ojos estaban cerrados. Cuando Melissa subió a un árbol, aguantando a Gyre sólo con los muslos, él cayó, aterrizando en el suelo con estrépito tres metros más abajo. Melissa bajó para levantarlo, lo abrazó y lo acicaló. Aún respiraba cuando ella lo movió, pero lo llevaba como si estuviese muerto, colgado sobre su hombro y sosteniéndolo con la barbilla. Cayó varias veces, yaciendo inmóvil en el suelo hasta que ella lo recogía. A la mañana siguiente estaba muerto.

Me sentí triste cuando murió Gyre y decepcionada por la perdida oportunidad de comparar el desarrollo de los gemelos en libertad y estudiar la relación entre ellos. Sin embargo, no podía evitar pensar que fue lo mejor para Melissa y Gimble. Entonces, Gimble empezó en verdad a recuperar el tiempo perdido. Aunque era pequeño para su edad, pronto comenzó a realizar acrobacias por las ramas y a jugar con los otros jóvenes. Se fue volviendo más activo, yendo de un lado a otro, efectuando pequeñas exhibiciones, dando volteretas y, en muchas ocasiones, jugando salvajemente con las hojas caídas. A veces las reunía con las manos en un gran montón y luego las arrastraba. O las iba empujando hasta formar un montón más y más grande. Acostumbraba a revolcarse en las hojas y una vez empezó a tirárselas por la cabeza y por la espalda y finalmente por la cara.

Melissa aún tenía problemas, pero ahora eran distintos. Gimble solía negarse a seguirla cuando estaba preparada para partir: si no lo arrastraba, tenía que esperarle. Una vez intentó tirar de él, pero él se agarró con fuerza a la vegetación y se mantuvo enganchado hasta que su madre pudo arrancarlo de allí. Terminó por cargárselo a la espalda, pero después de dar unos pocos pasos él saltó y se puso a jugar. Rápidamente Melissa lo cogió y volvió a arrastrarlo. Pronto se escapó y una vez más corrió para jugar. Melissa lo persiguió, pero él la evitó y se escondió detrás de un árbol. Melissa lo siguió y mientras Gimble se retorcía lo agarró. Él empezó a jugar de nuevo. Melissa miró un momento, lo cogió cuidadosamente y

empezó a arrastrarlo tras ella. Gimble le mordió la mano, aunque en broma, y ella empezó a hacerle cosquillas. Pronto estaba riendo a carcajadas. Después se lo puso de nuevo a la espalda y esta vez se quedó quieto.

Durante la infancia de Gimble, Gremlin fue parte integrante de la familia. En la sociedad chimpancé de Gombe no hay otra relación más íntima que la de una madre y su hija adulta. Las hembras rara vez dejan a sus madres, ni siquiera unas horas, hasta que tienen diez años y sólo cuando son sexualmente atractivas. Esto les proporciona ciertos beneficios. Por un lado, pueden superar a hembras mayores porque su madre intervendrá si las cosas van mal. Es típico que la madre una sus fuerzas a las de su hija en los primeros desafíos a los jóvenes machos. Pero no todo son rosas. La joven hembra ha de pagar un precio por su protección y apoyo: su madre la dominará claramente, mostrando una disciplina autoritaria digna de la época victoriana. De esta manera Mamá elige qué dirección tomar, Mamá decide si hay que ir más rápido o más lento, Mamá selecciona el sitio donde comer. Gremlin, como las demás hembras jóvenes, pronto lo descubrió por sí misma.

Por ejemplo, cuando estaban pescando termitas, Melissa apartaba una y otra vez a Gremlin de su puesto de trabajo o le quitaba la herramienta. Al principio Gremlin solía estallar en rabietas. Recuerdo una ocasión que Melissa le arrebató una espléndida herramienta que Gremlin había preparado: Gremlin la agarró con fuerza, gimiendo y luego profirió una serie de grititos. Entonces Melissa la abrazó y la tranquilizó y luego ¡le quitó la herramienta! Pero a medida que pasaba el tiempo Gremlin se lo fue tomando con más filosofía: solía gemir cuando su madre la despojaba de este modo, pero se iba a buscar otro sitio o se hacía otra herramienta. A veces Melissa sólo tenía que mirar a su hija con una mirada presuntamente posesiva para que Gremlin abandonase sus derechos a su porción de comida; por ejemplo, un nido de termitas o una rama cargada de frutas. Cuando Gremlin subía a un árbol donde estaba su madre y decidía, después de echar una ojeada, que no había comida suficiente, se marchaba y dejaba a Melisa el campo libre. Así es como debía ser. Melissa había amamantado a Gremlin y compartido la comida con ella durante años, y ahora era importante que se alimentase bien para poder nutrir y amamantar a otros jóvenes. Y Gremlin, que sólo tenía que cuidar de sí misma, no necesitaba complementos nutritivos. Además, ella podía comer en las altas ramas fuera del alcance de su madre.

Desde luego, Gremlin era libre de dejar a su autoritaria madre siempre que lo deseara, pero entonces pasaría a estar a merced de todas aquellas hembras que le mostraban respeto cuando estaba con su madre. Además Melissa, con todo su egoísmo en materia de comida, apoyaba enormemente a su hija en muchos aspectos. Fue de lo más dramático cuando Satán atacó a Gremlin y, en respuesta a los gritos de su hija, Melissa saltó sobre él, golpeando y mordiendo al gran macho. Ella salió muy mal parada de esta refriega. Y por eso Gremlin, como la mayoría de las hijas, elegía quedarse ligada a la madre.

No hay duda de que el lazo madre-hija también es beneficioso para la madre. Gremlin se mostraba leal y valiente en defensa de Melissa. Una vez, cuando aún era una cría, llegó a intentar rescatarla de un brutal ataque de Satán. Lo cierto es que, aunque era demasiado pequeña y ligera para servir de alguna ayuda, su valentía fue notable. Se arrojó sobre el gran macho, pegándole con los puños; luego se fue corriendo hacia Goblin que estaba cerca, tirándole de la mano mientras miraba en dirección a la pelea. Le estaba pidiendo claramente ayuda. Pero Goblin, cuyas relaciones con Satán en esa época eran muy tensas, no estaba de humor para líos y se sentó a mirar. Así que Gremlin se lanzó de nuevo a la disputa con valor, aunque inútilmente, uniéndose a los gritos de Melissa desafiando a Satán hasta que, finalmente, éste se marchó.

Gremlin se comportó de idéntica y valerosa manera cuando Melissa intentó salvar a la cría Genie de Passion y Pom. Una y otra vez también Gremlin saltó sobre las hembras asesinas, golpeándolas con sus puñitos. Incluso fue hacia el personal del campamento buscando ayuda. De pie frente a ellos los miraba a los ojos, luego se volvía hacia donde Melissa estaba batallando por la vida de su cría y luego otra vez hacia los hombres. Ellos comprendieron que pedía ayuda y querían ayudar; pero la batalla fue demasiado rápida y furiosa. Sintiéndose impotentes, no pudieron hacer nada. Por tanto, Gremlin volvió sola y se lanzó sobre las asaltantes de su madre justo cuando Pom había arrebatado el bebé de las manos de Melissa. Y su intervención fue tan feroz que, en un momento, Melissa pudo arreglárselas para recuperar su cría sólo para que se la arrebataran otra vez.

Cuando Gimble creció, Gremlin aumentó su solicitud hacia su madre, aunque de otra manera: empezó a cuidar de su joven hermano. Si Melissa hubiese permitido a Gremlin ayudarla cuando los dos gemelos estaban vivos la tarea hubiese sido mucho más sencilla. En vez de eso, confusa con el cuidado de los bebés, se mostró muy protectora manteniendo a Gremlin siempre alejada. Cuando Gimble tenía tres años, sin embargo, había pocos momentos en los que Gremlin no estuviese trasladándolo a alguna parte; y cuando la familia estaba reunida comiendo, Gimble acostumbraba a estar más cerca de su hermano que de su madre. Si se metía en problemas era Gremlin quien solía acudir a sus gritos o gemidos de auxilio, corriendo a reunirse con él. Una vez el adolescente Atlas, copulando con Gremlin, golpeó con fuerza a Gimble cuando se puso en medio para evitar la cópula. Gremlin, enfurecida, terminó la copula bruscamente, se volvió y atacó a Atlas.

El interés de Gremlin por Gimble iba más allá de una mera respuesta a sus llamadas de auxilio: como una buena madre, se anticipaba a los problemas. Así, cuando Gimble jugaba con los jóvenes papiones Gremlin solía vigilar de cerca y, si el juego se complicaba, antes de que el mismo Gimble pareciese apurado lo sacaba firmemente de allí. Una vez, cuando lo estaba llevando por un sendero, vio una pequeña serpiente cerca. Cuidadosamente puso a Gimble en su espalda y lo mantuvo alejado mientras agitaba ramas para alejar a la serpiente. Otra vez Gremlin, con Gimble a su espalda como era habitual, se paró de repente justo antes de que el camino se internase en una zona de hierbas altas. Melissa continuó, pero cuando Gimble, que había bajado al suelo, intentó seguir a su madre, Gremlin lo detuvo. Lo empujó detrás de sí, golpeó aquí y allí en la hierba y luego cruzaron por encima de la hierba pisada. Yo esperaba encontrar otra serpiente escondida allí; en cambio, encontré centenares de garrapatas.

Gremlin era muy tolerante con su hermano. Durante la temporada de pesca de termitas, una cría suele tener la oportunidad de hurgar en un agujero abandonado por un chimpancé buscando una nueva herramienta. Si el propietario regresa, la cría puede recibir un buen empujón, pero Gremlin a veces se sentaba durante cinco minutos o más mirando a su joven hermano mientras probaba con varias herramientas abandonadas y volviendo a su agujero sólo cuando él perdía el interés. Una vez, cuando ya era un poco mayor, Gimble intentó apoderarse del agujero cuando su hermana estaba aún trabajando en él y al llamarle la atención tuvo la audacia de amenazarla, levantando el brazo y profiriendo un grito infantil. Gremlin no hizo caso de esta combinación de falta de respeto y caradura, sino que lo apartó gentilmente y siguió con su trabajo.

Sin duda fue una buena madre para su primer hijo, Getty, eficiente y cuidadosa en su educación desde el principio. Entre Getty y su abuela se estableció una relación realmente maravillosa. Melissa lo vio por primera vez cuando tenía un día, pues no había estado presente durante el parto: Gremlin, como la mayoría de las hembras, había buscado la

soledad. Cuando Melissa se aproximó aquella primera vez Gremlin retrocedió asustada, quizás pensando que su dominante madre querría apropiarse de su nueva y preciada posesión de la misma manera que se quedaba con todo. Pero Melissa se sentó junto a ella tranquilamente y se limitó a mirar la cría de vez en cuando, así que pronto Gremlin se relajó. Hasta que Getty tuvo diez meses no vimos a su abuela tocarlo, y entonces fue simplemente para acicalarlo un rato durante una sesión con Gremlin.

Poco después contemplé un incidente fascinante. Empezó cuando Melissa estaba acicalando la espalda de Gremlin y Getty se puso entre las dos. Melissa lo miró, lo subió a su regazo y empezó a acicalarlo como si fuese su propia cría. Gremlin miró y pareció ponerse seria. Poco a poco se volvió; con cautela, mirando la cara de su madre, se dirigió hacia Getty con un suave gemido. Él respondió y se subió a sus brazos. Rápidamente Gremlin se fue, sentándose para descansar a medio kilómetro. Era evidente que había temido otra vez que Melissa intentase robarle su amado hijo.

A medida que pasaban los días Melissa parecía estar más y más encantada con Getty y el lazo entre ellos creció. Cuando Melissa y Gremlin se estaban acicalando juntas, Getty solía interrumpir saltando sobre su abuela desde alguna rama cercana, y Melissa, que nunca había jugado mucho con ninguno de sus propios hijos, dejaba de acicalar y le hacía cosquillas. Durante estos juegos, que a veces duraban un cuarto de hora, Gremlin acostumbraba a sentarse a mirar. A veces era Melissa la que empezaba el juego; otras llegaba a seguir a Getty cuando estaba con otro joven y se lo llevaba para jugar con él. Esto no siempre gustaba a la cría, ya que era un pequeño con voluntad propia; entonces luchaba por escapar de su abuela y correr con sus compañeros.

De todas las crías que he conocido en Gombe, Getty fue la que más se hizo querer. Era vivo y aventurero, siempre listo para unirse a cualquier actividad social. También era capaz de entretenerse solo. Una vez, mientras Gremlin cogía termitas, Getty estuvo jugando con la arena durante más de diez minutos. Estaba tumbado boca arriba con la boca abierta de par en par, recogiendo puñados de arena suelta y, manteniendo las manos altas, la dejaba caer espolvoreándose todo el cuerpo y la boca.

Cuando Gimble tenía seis años Melissa reanudó sus ciclos sexuales. Esto condujo a las más extraordinarias series de incidentes; Goblin, que tenía diecinueve años, de repente evidenció un incestuoso interés sexual por su madre. Durante las anteriores hinchazones de Melissa, Goblin, como otros hijos maduros, no había mostrado el menor interés por copular con ella. Pero esta vez fue distinto. Un día, a medio camino de su primer periodo de hinchazón Goblin se aproximó a Melissa y la intimidó, agitando poderosamente la vegetación. Ella comenzó por ignorarle y luego, cuando vio que insistía, lo amenazó. Esto pareció enfurecerle; con el ceño fruncido saltó hacia ella y, al ver que huía la persiguió y la golpeó en la espalda. Melissa se volvió furiosa y, mientras Goblin se exhibía, le golpeó gritando de rabia. Entonces él se marchó, pero al día siguiente la intimidó de nuevo y, cuando ella intentó evitarlo, una vez más la amenazó con el pelo erizado. Luego, ante mi sorpresa, Melissa se agachó ante su hijo para copular. El acto sexual no se completó: Melissa se apartó, chillando, a los pocos segundos. De nuevo Goblin saltó hacia ella y la golpeó. ¡A su propia madre! No podía evitar sentirme indignada y era evidente que Melissa sentía lo mismo, pues se dio la vuelta y le pegó antes de salir huyendo. Subió a un árbol, lo bastante lejos como para quedar fuera del alcance de Goblin. Él se quedó abajo, vigilándola y agitando las ramas enfadado, pero ella resistió y él no tardó en abandonar.

Después de aquello la seguimos cada día hasta que su hinchazón desapareció. Goblin hizo un par de tímidos intentos más, pero no vimos ninguna otra violencia entre ambos. Ni

él tampoco se mostró agresivo hacia ella en su siguiente hinchazón, un mes después: intentó copularla un par de veces pero ella consiguió escapar intocada.

La antinatural conducta de Goblin cambió la relación entre Melissa y su hijo. Antes permanecían mucho tiempo juntos, haciéndose mutua compañía mientras comían, viajaban o descansaban. Eran también frecuentes compañeros de acicalamiento. A menudo Goblin se apresuraba en ayudar a su madre, en sus roces por el dominio entre las hembras, o cuando era desafiada por algún macho adolescente. Sin embargo, después de los intentos de Goblin por copular con ella las relaciones entre ambos se hicieron tensas. No sólo dejaron de pasar tiempo juntos, sino que Melissa, de hecho, parecía temer a su hijo. Pero durante su segundo periodo de celo ella quedó embarazada, después de lo cual, como la mayoría de las hembras mayores, no mostró más periodos de celo. Y después de esto las relaciones entre Melissa y su hijo volvieron a la normalidad. Además, antes de que se produjera la mayor de sus separaciones, observé algo que demostraba que su antigua relación estaba aún viva.

Sucedió en un momento de alto nivel de excitación entre los chimpancés porque había seis hembras en celo, además de Melissa, luciendo por allí sus provocativos traseros enrojecidos. Todos los machos estaban presentes y también la mayoría del resto de la comunidad. Viajaban en ruidosos grupos, llamándose unos a otros a través del valle. Reinaba un ambiente de carnaval. Los machos adultos se exhibían con magnificencia; los juveniles y las crías corrían y se perseguían a través de los árboles. Habían súbitas explosiones de gritos y la excitación hervía y provocaba agresiones. Pero sólo ocasionalmente se producía una pelea seria. Una de ellas tuvo lugar en un árbol justo encima de mí y la víctima fue Melissa. Estaba sentada tranquilamente en una rama acicalando al joven Gimble cuando Evered, a quien Satán había amenazado cuando cortejaba a una de las hembras, saltó repentinamente sobre ella. Melissa gritó e intentó escapar, y entonces vi unos dientes acuchillarla en la roja hinchazón y una abundante hemorragia. En aquel momento oí un crujido a mi espalda y Goblin pasó junto a mí en dirección al árbol. Sin detenerse atacó a Evered. Los tres estaban enzarzados en el combate a no más de metro y medio de mi cabeza. No me atrevía a bajar por la colina porque era muy inclinada y pedregosa; yo estaba apoyada en el tronco del mismo árbol y me quedé donde estaba, rezando para que la rama no se quebrase y dejase caer sobre mi cabeza al trío luchador. Afortunadamente la lucha se acabó como había empezado, encima del árbol, excepto que Evered saltó al suelo y huyó gritando. Goblin se quedó un rato y miró cómo Melissa cogía unas hojas con las que se frotó la herida. Y luego, puesto que había vuelto la paz, él también se marchó.

Al día siguiente la hinchazón de Melissa había disminuido -típica respuesta ante una herida física- y ella dejó de interesar a los machos dominantes. Pero no a Jomeo. Me encontré a los dos, que viajaban con Gimble, casi por casualidad en el valle de Kasakela. Pobre Melissa; su trasero estaba dolorido y tumefacto y tenía además una terrible diarrea cuyo dolor le obligaba a permanecer en cuclillas. Y en vez de estar libre para recuperarse, Jomeo la obligaba a seguir hacia el norte. Parece difícil imaginar una luna de miel más desgraciada, ya que Jomeo estaba peor aún que Melissa. Todo el lado izquierdo de la cara, de la boca hasta el ojo, estaba hinchado y la carne aparecía como una desagradable sombra rosa entre la piel rasgada. Con su medio ojo blanco estaba casi grotesco. Para completar esta patética imagen, Gimble se encontraba en plena depresión del destete. Se mantenía junto a su madre con triste expresión, los labios hacia dentro, poniendo mala cara continuamente.

Cuando llegué estaban los tres sentados, Melissa y Gimble juntos y Jomeo a pocas

metros. Él debía padecer un absceso en uno de los molares superiores y creo que le apareció justo entonces, mientras yo le observaba, porque de repente empezó a tocarse la encía con el dedo. Se lamía el dedo, tocaba la encía y volvía a lamerse una y otra vez. Gimble estaba fascinado, y miraba fijamente al gran macho intentando curar su boca herida.

Entonces Jomeo se puso en pie, se alejó unas yardas de Melissa, miró atrás y agitó unas ramas. Melissa ignoró completamente esos movimientos. Entonces Jomeo empezó a moverse y a intimidarla hasta acabar con los pelos de punta; yo estaba segura de que iba a atacar a Melissa. Pero en el último momento ella obedeció y fue hacia él con sumisos rugidos, inclinándose para besar sus muslos mientras él la acicalaba. Diez minutos después Jomeo volvió a partir y la actuación se repitió desde el principio hasta que, reacia, Melissa se alejó unos metros.

Los seguí durante el resto del día. No fuimos lejos. Entre dos intentos de Jomeo para moverse los tres paraban con frecuencia para comer e incluso para sentarse. Jomeo se tocaba la encía. Melissa se inclinaba o se acurrucaba, como en señal de dolor y, de vez en cuando, recogía hojas con las que cubría su herido trasero. Gimble importunaba repetidamente a su madre, pidiéndole acceso a sus pezones. Cuando él se le aproximaba haciendo pucheros, gimiendo y llorando, Melissa estaba demasiado cansada y enferma como para quejarse. Se rindió; él se subió a sus brazos y mamó. Cuando los dejé, Melissa estaba tumbada con los ojos cerrados y uno de sus brazos sobre Gimble, que mantenía con firmeza un pezón en su boca. Jomeo esperaba cerca, tocándose el absceso.

Esa pareja, como las otras en la vida de Jomeo, no tuvo éxito: dos días más tarde el pequeño trío reapareció en la parte central del territorio de Kasakela. Y al mes siguiente Melissa se fue con Satán y concibió.

Dos meses antes de que contabilizásemos la llegada del bebé de Satán, Melissa se puso muy enferma. Sus síntomas -tos fuerte, grandes descargas de mucosidad y fiebre alta- sugerían una neumonía y temimos por su vida. Durante varios días no pudo subir a los árboles, lo que es peor, apenas podía arrastrarse por el suelo. Comía sólo pequeños bocados, rechazando lo que le ofrecía el personal del campamento. Sorprendentemente se recuperó, aunque sus cuerdas vocales quedaron permanentemente afectadas y su voz, pasó a ser un simple graznido el resto de su vida. Y antes de terminar de recuperare su embarazo acabó en un aborto.

Pero entonces, tres meses después, Melissa volvió a viajar por las montañas luciendo su rojiza señal de hembra de chimpancé. Casi enseguida quedó preñada por última vez. ¡Ojalá no hubiese ocurrido! Su último embarazo le arrebató la fuerza y la vitalidad y cuando nació el pequeño Groucho, Melissa parecía frágil y mucho mayor de sus aproximadamente veinticinco años. Desde el principio Groucho fue diminuto y aletargado. Cuando tenía nueve meses solía realizar pequeñas excursiones junto a Melissa; empezó a comer alimentos sólidos y ocasionalmente jugaba con Gimble, pero a partir de entonces su salud empeoró. Cuando tenía un año pasaba la mayor parte del tiempo tumbado sobre en la espalda de su madre. Gimble aún intentaba jugar con su hermano menor, pero Groucho, aunque a veces respondía con cara juguetona, era demasiado débil para soportar la dureza de los juegos típicos de su edad.

Fue aquella esa época, cuando esperando que en cualquier momento vinieran a decirme que Groucho había muerto, cuando recibí noticias -una llamada telefónica de Kigoma- que me comunicaron que Getty había desaparecido. Nunca olvidaré la sensación de furia que experimenté al llegar a Gombe una semana después y escuchar que su cuerpo fue

encontrado en la jungla horriblemente mutilado; la cabeza, cortada, había desaparecido. Nunca descubrimos exactamente lo que había ocurrido, pero sospechamos que fue cosa de brujería, ya que estas viejas costumbres están profundamente enraizadas entre la población waha de la zona. Jamás había ocurrido algo semejante ni ha vuelto a pasar. Fue un trago amargo, ya que Getty era el joven preferido por todos. Además estaba segura de que, entre los chimpancés, no sólo los miembros de su familia lo echaban de menos. Getty, con su aventurera y simpática naturaleza, nos había cautivado a todos.

Gremlin estuvo apática durante semanas, pero por fin, dos meses después de perder a su hijo, recuperó sus ciclos sexuales. Entonces empezó a pasar más y más tiempo con los machos y menos con su vieja madre. Gimble también dejaba a menudo a Melissa. Goblin, sin embargo, ahora que su relación con su madre se había restablecido, viajaba con ella con bastante asiduidad, aunque nunca durante largos periodos de tiempo. Un día en que yo los seguía a través de la jungla escuchamos las voces de Satán y Evered por el valle. A pesar de su rango de alfa, la relación de Goblin con Satán, mucho más pesado que él, acostumbraba a ser tensa. Miró hacia las llamadas con el pelo erizado, se volvió hacia su vieja madre y, con expresión de temor, tendió la mano hacia ella. Y ella respondió enseguida tocando sus dedos, y Goblin se calmó a su contacto, como hacía durante su infancia. Se volvió y avanzó para desafiar a cualquier cosa que hubiese por allí. Melissa lo siguió un ratito, pero pronto se detuvo a descansar.

Unos meses después iba caminando por el valle de Kakombe cuando vi a Gimble llevando a un árbol algo de gran tamaño. Era el cuerpo muerto del pequeño Groucho. Mientras Melissa y Gremlin se acicalaban en el suelo, Gimble mecía el cadáver en su regazo, acicalándolo afanosamente. Cuando su familia partió Gimble bajó y la siguió, con el cuerpo colgado del hombro. Entonces se le cayó al suelo; lo arrastró por un brazo detrás de sí. Más tarde, cuando se pararon otra vez para descansar, Melissa cogió el cuerpo y lo puso sobre su propia espalda. Llevó al bebé muerto durante más de dos días y entonces abandonó el cadáver en plena jungla.

Después de la muerte de su cría, Melissa pareció perder su deseo de vivir. Antes estaba delgada; ahora, que casi no comía nada, se quedó esquelética. Con frecuencia no dejaba su nido hasta las diez de la mañana y a veces se iba a dormir tan pronto como las cuatro de la tarde. Gimble se quedaba con ella alguna vez, pero se aburría y le entraba hambre, así que pasaba más tiempo con los grandes machos. Ni siquiera Gremlin estaba allí para proporcionarle cierto bienestar: contra su voluntad se había ido dos semanas con Satán la misma noche del día que Groucho murió.

Diez días después de la muerte de Groucho, Melissa, utilizando sus últimas fuerzas, subió a un alto y frondoso *mgwiza* y allí, rodeada de racimos púrpura de endrinas, hizo un gran nido, el último. Durante el día siguiente yació sin apenas moverse, mientras otros chimpancés, atraídos por las suculentas frutas, llegaban, comían durante más o menos una hora y se iban. Gimble estuvo cerca de Melissa durante casi todo el día y a veces la acicalaba. Pero por la tarde se marchó.

Al atardecer, Melissa estaba sola. Un pie colgaba de su nido; sus dedos se movían. Yo me quedé allí, sentada en el suelo de la jungla bajo la moribunda hembra. Le hablaba de vez en cuando. No sé si ella sabía que yo estaba allí o, si lo sabía, si le afectaba de alguna manera. Pero quería estar con ella mientras caía la noche; no quería que se quedase totalmente sola. Mientras estaba allí sentada el rápido crepúsculo tropical dio paso a la oscuridad. El número de estrellas aumentó y titilaron más intensamente aún a través de la espesura del bosque. Hubo un lejano grito en el valle, pero Melissa estaba callada. Nunca

volvería a oír su grito característico. Nunca volvería a pasear con ella de una fuente de comida a otra, esperando a que descansase o a que acicalase a uno de sus hijos. Mis lágrimas por la muerte de mi vieja amiga terminaron por borrar las estrellas.

A la mañana siguiente vi a Melissa respirar por última vez: su cuerpo se estremeció; luego quedó relajado. Durante aquellas últimas horas, las ramas se cimbreaban y crujían por los juegos de los jóvenes, mientras los mayores comían exquisitas frutas. *En plena vida pertenecemos a la muerte.* Este era un buen epitafio para Melissa, alegórico en su descripción de los inevitables ciclos de la naturaleza. Estaba profundamente conmovida, pero pronto dejé de llorar. Melissa había conocida una vida dura, con muchas desgracias, pero había vivido plenamente y, durante mucho tiempo, había disfrutado de estar viva. Había alcanzado una posición alta. Y, lo más importante, había dejado una sólida descendencia: Gimble, pequeño, pero, lleno de determinación; Gremlin, fuerte y saludable, que tendría otras crías para continuar los genes de su madre, y Goblin, macho dominante en su comunidad.

XVI. GIGI

Gigi, al contrario que Melissa, no dejó descendencia. Sin embargo, no podemos despreciar la influencia de esta gran hembra estéril sobre la vida de los chimpancés de Kasakela, particularmente en los machos. Desde 1965 cuando se volvió sexualmente madura, quedaba en celo más o menos regularmente cada treinta días. Así pues, durante más de veinte años ella estuvo disponible para los machos de Kasakela para la gratificación de sus deseos sexuales. Durante esa época la sobreutilizada piel de su sexo se habrá hinchado y deshinchado no menos de doscientas cincuenta veces. En cambio, Fifi sólo hinchó treinta veces en un periodo de veinte años. A consecuencia de estos repetidos y poco naturales periodos de celo, Gigi aún se hincha de manera desmesurada comparada con las otras hembras de Gombe.

Desde el principio Gigi irradiaba «sex appeal». En numerosas ocasiones ha constituido el núcleo de grandes y excitadas reuniones, rodeada de casi todos los machos de la comunidad. Y cuando se reúnen los machos de una comunidad, atraídos por la magnética presencia de una hembra sexualmente popular, comienzan a moverse hacia la periferia del territorio para patrullar sus fronteras. De esta manera las magníficas hinchazones de Gigi han acicateado en muchas ocasiones a los machos de Kasakela para preocuparse de proteger y ampliar su territorio.

En cierto modo la popularidad sexual de Gigi es difícil de entender, ya que es frecuente que aparte a los machos antes de completar el acto sexual. Y así lo ha venido haciendo durante veintitantos años. Creo que los machos encuentran esta conducta irritante y frustrante a la vez, pero no ha conseguido apagar su ardor. Otras veces Gigi se muestra extremadamente reticente a cumplir con las demandas sexuales de un macho, y en esas ocasiones sus pretendientes suelen mostrarse notablemente pacientes. Recuerdo una vez que Figan estaba intentando copular con ella. Gigi estaba en el suelo, con su provocativo trasero rojizo a la vista, pero ignoró totalmente el modo cómo su pretendiente agitaba vigorosamente unas ramas. Unos momentos después Figan, con el pelo (entre otras cosas) erecto, estaba en pie moviendo las ramas por encima de ella. Gigi apenas lo miró, se dio la vuelta y se puso boca arriba mirando a los árboles. Perplejo, Figan se sentó un momento, agitando de vez en cuando una ramita débilmente y con irritación, preguntándose seguramente qué hacer a continuación. Gradualmente su agitación se hizo más violenta; su pelo (si es que era posible) se erizó aún más y echó una mirada que no presagiaba nada bueno para Gigi si continuaba ignorándole. Aparentemente Gigi captó el mensaje, ya que se levantó súbitamente, se aproximó a Figan y se dobló frente a él. Pero justo cuando empezó a copular ella se apartó gritando y se fue.

Luego se tumbó de nuevo a unos cien metros de Figan, que se quedó donde estaba. Se tumbó también y durante una hora hubo quietud. Entonces él se aproximó a Gigi de nuevo, y una vez más ella lo ignoró. Hasta que él no repitió su salvaje actuación alrededor de ella no se levantó y se puso ante él, pero otra vez ella se apartó y se fue. Figan la siguió y su cortejo se convirtió en una clara amenaza. Ella respondió rápidamente, pero para acabar igual. Excepto que Figan, altamente estimulado, finalmente completó el acto sexual... en el aire.

No es posible que ninguna otra hembra de Kasakela haya tenido tantas parejas como Gigi. Una y otra vez ha seguido a diferentes machos, normalmente con desgana, a las zonas periféricas del territorio que ellos preferían. Que nosotros sepamos, en los últimos veinte

años ha tomado parte en cuarenta y tres excursiones, o quizás más. En términos de biología evolucionista los machos estaban «desperdiciando el tiempo» con Gigi en la medida en que escaseaban las oportunidades de éxito reproductivo. Sin embargo los machos no lo sabían, por lo que competían por sus favores de buena fe. Además no tengo la menor duda de que, aunque lo hubieran sabido, habrían votado unánimemente por la plena continuidad de la presencia de Gigi entre ellos.

Gigi ha servido a los machos de su comunidad de otra manera: ha ayudado a los jóvenes y a las crías a aprender los detalles del acto sexual. Los machos chimpancés son muy precoces sexualmente. Desde que empiezan a andar, muestran gran interés en los traseros hinchados y rojizos y «copulan» a las hembras en dicha condición desde su infancia. Lógicamente sólo son prácticas, ya que un macho es incapaz de engendrar una cría hasta que tiene entre trece y quince años. Pero a veces Gigi parece preferir los pequeños avances sexuales de una cría o de un joven a las más vigorosas exigencias con los machos adultos. A menudo se dobla, acomodándose, tan pronto como uno de estos jóvenes empieza a cortejarla, aproximándose con su pequeña erección y agitando imperiosamente una ramita. En realidad, a veces solicita activamente las atenciones sexuales de los jóvenes. Una vez, por ejemplo, se dirigió de pronto hacia donde estaban Prof y Wilkie desarrollando un turbulento juego; agarró a Prof por el codo, lo apartó del juego, y luego, sujetándolo aún, se dobló frente a él. Sólo cuando él cumplió con sus deseos le permitió volver a su juego.

Otras veces ignora completamente a estos jóvenes, pero muchos de ellos insisten y en este asunto las crías pueden ser increíblemente persistentes durante media hora o incluso más. Recuerdo un largo viaje en el que tres petulantes pretendientes jóvenes seguían a Gigi, en el máximo del celo. Cada uno de ellos gemía tranquilamente para sí mientras seguían aquel tentador trasero rojo. Cada uno de ellos se aproximaba y agitaba ramas cada vez que ella paraba. Y Gigi, claramente, los ignoraba a los tres.

En 1976 Gigi, por alguna razón, empezó a tener el ciclo con menor regularidad y al mismo tiempo se volvió mucho menos atractiva para los machos adultos. Esto podía deberse a algún trastorno hormonal, porque ellos le respondían como si fuera una hembra que presentase ciclos durante el embarazo. Y entonces un día, al cabo de casi dos años, yo estaba con ella cuando expulsó una gran cantidad de sangre, como un tejido viscoso. Lo guardé (en whisky, que era el único alcohol que tenía en aquel momento) y se lo envié a un estudioso de la reproducción. Lo identificó como una expulsión uterina como las que experimentan ocasionalmente (y con mucho dolor) las mujeres. No sabemos lo que aquello significaba en el caso de Gigi, pero a partir de entonces aumentó ligeramente su popularidad con los machos, a pesar de que no tenía demasiada competencia entre las otras hembras.

Con el paso de los años Gigi se ha vuelto más irritable e impredecible en sus relaciones sexuales con los machos jóvenes. Aún suele responder a sus peticiones, pero con frecuencia se da la vuelta y los golpea, o incluso los ataca, en cuanto empieza la cópula. En una ocasión se encaró con Prof cuando copulaba con ella en un árbol y lo empujó con tanta fuerza que cayó al rocoso suelo seis metros más abajo. Después de sentarse, inmóvil, unos instantes, Prof cogió una impresionante rabieta a la cual nadie, y menos Gigi, prestó la menor atención. Incidentes de este tipo se han vuelto más frecuentes y apenas sorprende que los machos jóvenes no tengan tantas como antes ganas de copular con esta irascible hembra. Lo sorprendente es que Gigi parece dispuesta a empezar el acto sexual. Una y otra vez se aproxima al joven pretendiente y le pide una cópula. Si él la evita, como suele ocurrir, le sigue y vuelve a probar. Una vez, por ejemplo, Gigi estaba en los últimos días

del celo y se reunió con joven Beethoven y su hermana, Harmony, que comían en un árbol. Gigi subió inmediatamente hacia Beethoven, pero éste la evitó. Después de unos momentos se aproximó una vez más, pero él saltó a otro árbol. Ella lo siguió a ese árbol y a un tercero. Luego se paró a comer; creí que abandonaba. Nada de eso. Después de diez minutos o así ella trepó hacia él otra vez, y todavía él la evitó. Gigi lo persiguió un pequeño tramo y entonces empezó a comer hasta que los hermanos bajaron y empezaron una sesión de acicalamiento. Gigi los siguió en seguida y corrió detrás de Beethoven cuando intentó esconderse a la sombra de su hermano. Cuando él se subió a un alto árbol ella se sentó debajo, mirándolo de vez en cuando durante los siguientes treinta minutos. En cuanto Beethoven bajó Gigi, una vez más, se aproximó y se puso frente a él, ofreciéndole su hinchado trasero. Y esta vez su persistencia fue premiada una hora y veinte minutos después de la primera solicitud. ¡Aquella fue una de las pocas veces que Gigi ni golpeó ni amenazó al macho!

No sólo las crías suelen sentirse intimidadas por Gigi. También pone nerviosos a los adolescentes. Gigi se ha convertido en una hembra fuerte y agresiva, capaz de poner en su sitio a la mayoría de los machos adolescentes. Aunque es un hecho que el macho chimpancé ataca más a menudo que la hembra, ello no significa que las hembras no tengan su lado agresivo. En realidad, muchas hembras adolescentes pasan por una fase altamente beligerante. Pero se produce antes de dar a luz. En cuanto la hembra se encuentra con la tarea de alimentar a un pequeño evita peleas y desafíos porque pondría en peligro a su bebé. Así pues, la mayoría de las hembras se vuelven menos agresivas al llegar a la madurez.

Para Gigi, sin embargo, la situación era distinta, ya que no llegó cría alguna a calmar su temperamental carácter. En muchos aspectos se comporta como un macho. Posee una poderosa exhibición y se exhibe a menudo. Resiste amenazas que la mayoría de hembras evitarían y es frecuente verla envuelta en peleas. Es la última hembra a la que desafían los jóvenes machos que desesperadamente intentan dominar a las hembras de la comunidad. A veces acompaña a los machos para patrullar por las fronteras, no sólo cuando está en celo, sino en los períodos intermedios. Y mientras otras hembras (que sólo van cuando están en celo) viajan característicamente como simples acompañantes, Gigi suele tomar parte en las actividades de la patrulla. Se ha unido a los machos en la destrucción de nidos de forasteros y en ataques a hembras de otras comunidades vecinas. Incluso tomó parte en uno de los brutales asaltos de la guerra contra los chimpancés de Kahama.

Como cazadora, Gigi está en posesión de un destacado récord. Ha tomado parte en más cacerías que las otras hembras y tiene un gran éxito en la captura de la presa. Incluso es capaz de mantener la posesión de un animal frente a los vigorosos intentos de los machos adultos por arrebatárselo. Por ejemplo, una vez capturó un macho colobo juvenil y conservó su cadáver a pesar de tres violentos ataques de Satán y uno de Sherry. Durante estas luchas cayó al suelo tres veces en cerrado combate con Satán, pero consiguió escapar y, sujetando todavía su presa, subió a otro árbol. Cuando Sherry agarró la presa con las dos manos y tiró tan fuerte como pudo ella aún pudo mantenerlo, incluso con Satán exhibiéndose vigorosamente por los alrededores. Por fin Sherry consiguió arrancarle la cadera y las piernas traseras. Entonces Gigi ya pudo comer en paz porque Satán, antes que continuar intentando conseguir un pedazo de la carne de Gigi, ¡optó por seguir a Sherry y quitárselo a él!

Creo que los machos realmente respetan a esta dura y valiente hembra, que ha sido miembro de su sociedad durante tanto tiempo. Y por eso, a pesar de su especial conducta sexual, Gigi disfruta de buena relación con ellos y es la preferida a la hora de acicalarse.

Como los machos, pasa mucho tiempo en las excitadas reuniones sociales, mientras la mayoría de las hembras, a no ser que estén en celo, prefieren una existencia más pacífica, eligiendo pasar unos días de vez en cuando con miembros de la familia, uniéndose sólo a los grandes grupos en épocas de excitación. Gigi, otra vez como los machos, pasaba gran parte de su tiempo sola, mientras que las hembras, después de haber tenido su primer bebé (suponiendo que viva) nunca vuelven a estar a solas. Durante el resto de su vida están siempre con uno o más de sus hijos. Porque yo soy también madre, sé perfectamente que hasta un bebé muy pequeño puede proporcionar una sensación real de compañía.

Y por eso Gigi, en muchos aspectos, está sola. A pesar de muchas de sus características masculinas no es un macho: nunca lo ha sido y nunca lo será, aun plenamente integrada en la camaradería de la sociedad masculina. Tampoco puede encontrar compañía y ánimo, como otras hembras, dentro de una familia. Desde luego una vez formó parte de una familia, pero de eso hace ya mucho tiempo. Incluso la primera vez que la vi, cuando tenía unos ocho años, su único familiar parecía ser el joven macho Willy Wally. Y se fue hacia el sur con los machos de Kahama cuando se dividió la comunidad.

Sin ninguna cría propia, ni oportunidad de crear para sí ese grupo especial de amigos o una familia unida, Gigi cultivó sin embargo un gran número de relaciones con toda una sucesión de crías. Se sentía atraída por todos y cada uno de ellos cuando tenían uno o dos años, edad en la que las madres les permiten una cierta libertad para entrar en contacto con individuos exteriores al círculo familiar. Ella estaba entonces con su familia, y cuando la madre lo permitía, Gigi acicalaba, jugaba y trasladaba a su compañero favorito. También ayudaba a proteger a las crías; estaba particularmente obsesionada en interrumpir sesiones de juego cuando empezaban a endurecerse. Efectivamente: con una cría tras otra asumió el papel de la tradicional tía solterona.

Aquellas eran relaciones relativamente pasajeras porque a los dos años y medio los jóvenes son ya más movidos y autosuficientes, con lo que Gigi perdía interés. Pero más recientemente desarrolló relaciones más duraderas no sólo con dos crías, hermano y hermana, sino también con su madre, Patti. Gigi y Patti pasaban mucho tiempo juntas incluso antes que Patti diese a luz; después, a causa de ciertas equivocaciones en las actitudes maternales de Patti, Gigi, por primera vez en su vida, pudo efectuar una contribución real a la educación de una cría.

Patti inmigró a la comunidad Kasakela a principios de los años setenta, por lo que no sabemos nada de su vida anterior. En 1977 su primer embarazo acabó en un misterio: o su bebé nació muerto, o murió durante sus primeros días de vida. En esa época Pom y Passion aún cazaban recién nacidos y el de Patti bien podría haber sido una de sus víctimas. Un año después dio a luz un macho aparentemente sano que murió por incompetencia de la madre, ya que Patti no tenía ni idea de cómo cuidar un bebé. Durante un viaje lo sostenía con una mano, pero a veces era su trasero lo que ella apretaba contra su vientre, así que la cabeza botaba y rebotaba con el suelo. Una vez viajó arrastrándolo por una pierna. A veces, cuando se sentaba para coger una fruta lo hacía de tal manera que lo apretaba entre el muslo y el vientre hasta que emitía extraños y agudos gritos de terror. Apenas sorprendió a nadie que el bebé estuviese muerto una semana después.

Al cabo de un año Patti dio a luz de nuevo otro macho al que llamamos Tapit. Aunque ahora era mejor madre que antes (¡no era demasiado difícil!) creo que esa cría consiguió sobrevivir más gracias a su propia tenacidad y resistencia que a los cuidados de Patti. Muchísimas veces parecía simplemente no saber cómo tratarlo. A menudo, por ejemplo, no sabía acunarlo correctamente, y entonces, mientras comía o se acicalaba, él se caía al suelo.

Ella lo dejaba allí hasta que lloraba, en cuyo caso en el que se volvía a reunir con él. Una vez saltó de un árbol a otro con Tapit del revés, es decir, con la cara mirando al trasero de su madre. Él grito con fuerza durante esta exhibición y cuando alcanzó su destino Patti pareció darse cuenta y se sentó para mecerlo; pero aún estaba al revés, con los pies bajo la barbilla de su madre y la cabeza en la ingle. Durante los primeros meses fueron habituales los incidentes de este tipo y oíamos gritar a Tapit mientras su madre saltaba de árbol en árbol.

Como lo acunaba tan mal, Tapit solía tener problemas para alcanzar los pezones de Patti. Y en esta necesidad, una de las más básicas, Patti parecía incapaz de ayudarle. Como mamaba en el sitio equivocado Tapit gemía y luego gritaba, y aunque ella parecía entristecerse y lo miraba, casi nunca ajustaba su posición para facilitarle las cosas. Incluso cuando finalmente encontraba un pezón y empezaba a mamar, había diez probabilidades contra una de que un súbito movimiento de ella le arrebatase de la boca el preciado regalo.

A los seis meses ya localizaba fácilmente los pechos de su madre. Pero ahora se enfrentaba a un nuevo problema. Un día los seguí a un sombrío lugar en la jungla. Patti se tumbó a descansar y pronto Tapit empezó a mamar. Por unos momentos todo fue bien; luego, Patti empezó a reír. La miré sorprendida, mientras ella riéndose más, apartaba a su hijo del pezón y le hacía cosquillas, moviendo la cara y la cabeza. Pero Tapit quería leche, no jugar. Eventualmente conseguía coger gimiendo el pezón, pero su madre lo retiraba inmediatamente. Durante unos minutos más trató de conseguir su objetivo pero luego abandonó, al menos por el momento. Cuando volvió a mamar, una hora después, Patti no le volvió a interrumpir, aunque parecía tener las mismas intenciones. Una vez él luchó durante siete minutos, gimiendo constantemente mientras su madre le hacía cosquillas. Es difícil comprender por qué se comportaba de aquella increíble manera. Éste es un juego utilizado por algunas madres durante el destete; juegan vigorosamente con ellos para distraerlos cuando quieren mamar o montar durante un viaje. Pero entonces las crías tienen cuatro años. Patti, obviamente, se confundía. O quizás es que los labios en los pezones le hacían cosquillas y ésa era su manera de responder.

Patti permitió a Tapit alejarse de ella cuando sólo tenía cuatro meses, tan pronto como pudo andar. A partir de entonces, a menudo lo abandonaba cuando comía o se acicalaba. A veces mientras trataba de llegar a ella escalando colina arriba o seguirla de rama en rama, Tapit empezaba a gemir, pero ella solía ignorarlo totalmente. A veces se limitaba a mirarlo, incluso si se caía a poca distancia y lloraba. Mostraba idéntica indiferencia por su desarrollo social. La mayoría de las madres se preocupan de prevenir a sus hijos, durante los primeros meses, del contacto con otros adultos.

Pero Patti no. Cuando Tapit tenía sólo cinco meses subió hacia Satán durante una sesión de acicalamiento. Tapit parecía confuso y gemía, pero Patti no prestó atención. Llorando todavía, Tapit pasó sobre Satán y pronto empezó a gritar. Sólo entonces Patti fue a sacarlo de allí. Otra vez se alejó de Patti y subió a un arbolito. Entonces se puso encima de Gremlin, gritando. Ella rápidamente lo abrazó, pero él se apartó y se fue tropezando y gritando más aún hacia Gigi. Pero Gigi aún no había forjado un lazo con Tapit y le ignoró completamente. Finalmente, como los gritos arreciaban, Patti fue a buscarlo con un breve suspiro.

Cuando Tapit tenía nueve meses se vio sujeto a otra de las peculiares idiosincrasias de su madre. De nuevo me quedé paralizada cuando la observé por primera vez. Él estaba jugando en las ramas bajas de un árbol cerca de Patti mientras ésta cogía termitas. Cuando estaba lista para marchar, se puso en pie y en vez de poner su mano alrededor del cuerpo de

Tapit y cogerlo, abrazándolo como es normal, agarró una de sus piernas y tiró de él. Esto, desde luego, ponía las cosas muy difíciles para Tapit. Mientras ella continuaba tirando él se agarro con más fuerza de la rama y pronto empezó a gritar. La única respuesta de Patti fue tirar más fuerte, hasta que él se vio forzado a soltarse; entonces ella lo colgó de su vientre cabeza abajo. Esto sucedió repetidamente durante los siguientes dos meses.

En la época que Tapit tenía un año Patti solía marcharse a vagabundear por ahí dejando atrás a su hijo. Una vez, por ejemplo, ella se alejó más y más de él y forrajeó en los dulces frutos amarillos de los arbustos budyankende que en verano cubren gran parte de las laderas bajas de las montañas. No prestó atención a sus suaves gemidos. Al cabo de un rato ya estaba casi fuera de su vista y sólo cuando él gritó verdaderamente fuerte Patti miró hacia atrás y regresó con él. Cuatro meses después lo dejó en el suelo, donde estaba jugando tranquilamente él solo, y se subió a un árbol para comer. Cinco minutos después Tapit intentó seguir a su madre, pero la escalada era demasiado difícil y empezó a gemir. Patti no respondió. Incluso cuando sus gritos se hicieron más potentes su madre se limitó a mirar abajo para ver qué hacía. Finalmente Tapit cogió una increíble rabieta, llorando a voz en grito, revolcándose por el suelo y tirándose de los pelos.

Sólo entonces Patti, un tanto reticente, dejó de comer para reunirse con él.

Esta conducta tan poco maternal tuvo como consecuencia que, al correr el tiempo, madre e hijo comenzaran a separarse ocasionalmente. Una vez me encontré a Patti viajando con un grupo de machos: no había señal de Tapit. Cuando pararon para comer, Patti comió con ellos, tranquilamente. Fue sólo cincuenta minutos después ¡cuando pareció «acordarse» de repente de que debía haber un crío con ella! Paró de comer, miró alrededor y empezó a gemir; luego rehízo el camino llorando. Yo no pude seguirla, pero más tarde la volvimos a ver a salvo con Tapit. Otra vez, cuando yo estaba siguiendo a Melissa y a su familia, escuchamos los frenéticos gritos de un niño perdido. Enseguida Gremlin corrió hacia los ruidos y encontró y abrazó a la cría: era Tapit, desde luego. Ella se quedó con él, a veces llevándolo en brazos, hasta que encontró a su madre.

Cuando Tapit tenía un año Gigi empezó a formar una buena amistad con él. Recuerdo bien la primera vez que lo observé. Tapit, como siempre, permanecía retrasado a unos diez metros de su madre. Era hacia el atardecer, cuando los pequeños están cansados y hasta otros mayores que Tapit insisten en ir montados. Entonces Tapit empezó a gemir. Patti, como siempre, ignoró a su hijo, pero Gigi, que había estado con ellos toda la tarde, retrocedió hasta el pequeño, se agachó y le tendió la mano ofreciéndole subir a su espalda. El retrocedió asustado, y se tumbó boca arriba llorando. Gigi se fue primero, pero cuando Tapit se levantó, gimiendo todavía, ella volvió a agacharse a su lado. Y esta vez Tapit se subió y ella lo llevó hasta Patti.

Ése fue el principio de una estrecha relación entre ellos que desempeñó un papel muy importante en el desarrollo de Tapit. Gigi, cuando no estaba en celo, empezó a viajar siempre con Patti y desahogaba su frustrada vocación de madre en Tapit. Lo llevaba en los viajes, lo acicalaba y jugaba con él; y también lo protegía mucho. Una vez un macho adolescente papión ante el que Tapit había estado exhibiéndose perdió repentinamente la paciencia, lo agarró y lo tiró al suelo, arrastrándolo un corto trecho. Tapit, que sólo tenía un año, estaba aterrorizado y empezó a gritar. Patti le miró, pero fue Gigi quien entró en acción: corrió y puso a Tapit en su pecho. Envalentonado por la presencia de su protectora, Tapit se apartó de ella y de nuevo se exhibió ante el papión, con el pelo erizado, mientras Gigi le contemplaba gentilmente. Fue en aquel momento cuando Gigi agarró a Tapit y subió a un árbol justo a tiempo de evitar un ataque de Goblin. Y una vez, cuando Satán

atacó a Patti haciendo llorar a Tapit que estaba montado en su espalda, Gigi se exhibió y echó a Satán de allí.

Gigi se comportaba de hecho como una hermana mayor y con frecuencia podíamos verla con Tapit a veces hasta a unos treinta metros de donde su madre comía o descansaba. Una vez me senté con ellos durante un caluroso mediodía mientras Tapit dormía en el regazo de Gigi durante más de media hora y su madre estaba comiendo en un árbol. Patti, por su parte, parecía encantada con la «canguro». Cuando Gigi estaba cerca aún se mostraba menos interesada. Una vez, por ejemplo, Tapit se alejó con Gigi unos cien metros mientras Patti se quedaba acicalando con un grupo de machos adultos. Su hijo pronto quedó fuera de vista, e incluso cuando el grupo reaccionó y se subieron a los árboles en una alarma, Patti parecía totalmente despreocupada por el bienestar de Tapit. Media hora después apareció, montado en la espalda de Gigi.

Durante el tercer año de Tapit el trato de Patti se volvió, en algunos aspectos, más desdeñoso que antes. Durante los viajes se veía obligado con frecuencia a recorrer rutas extremadamente complicadas intentando seguir a su madre. Incluso aunque gritara ella raramente se volvía para ayudarlo. Muchas veces no podía saltar de un árbol a otro a pesar de sus desesperados esfuerzos. Entonces, llorando y gimiendo, tenía que bajar al suelo y trepar al árbol en el que estaba Patti comiendo. Aunque los jóvenes de cuatro o cinco años habitualmente van sobre la espalda de su madre para cruzar las corrientes de agua rápidas, muchas veces Patti dejaba a Tapit atrás, obligándole a espabilarse y a buscar un camino sobre el agua a través de la vegetación mientras lloraba con fuerza. Pero si Gigi estaba allí para tranquilizarlo, todo iba bien. En realidad, ella se volvió una compañera habitual que lo protegió durante el resto de su infancia.

No hay duda de que Gigi significó una gran diferencia en la calidad de vida de Tapit transportándole, preocupándose por él y tranquilizándole. Su crecimiento fue extraordinario y, cuando tenía cinco años ya era, como cabía esperar, un notable joven chimpancé. Era sorprendentemente independiente y autosuficiente, capaz de caer en repentinos ataques de ansiedad si las cosas iban mal. Y entonces, justo antes que Patti diese a luz a su siguiente cría, Tapit murió de alguna enfermedad desconocida. No deja de resultar irónico que, habiendo superado una peligrosa infancia, a la que sobrevivió a pesar de su madre, tuviese que dejar el mundo cuando ya era independiente.

Pero la vida de Tapit no fue en vano, ya que enseñó a Patti un montón de cosas sobre el comportamiento materno. Para mi alegría fue una magnífica madre con su siguiente cría, Tita, y no mostró ninguna de las conductas inadecuadas que caracterizaron sus primeros contactos con Tapit. Y por eso la tenacidad de Tapit iba a beneficiar de por vida a los jóvenes hermanos que nunca conoció y fortaleció la línea de Patti en las futuras generaciones de chimpancés en Gombe.

Gigi empezó a hacer de tía de Tita bastante antes de que tuviese un año, presumiblemente a causa de que, por aquel entonces, Patti había aceptado a la gran hembra como parte de la familia. Y a causa de este temprano comienzo, la relación entre Gigi y Tita fue, en ciertos aspectos, incluso más estrecha que la que existió entre Gigi y Tapit. El lazo entre las dos hembras adultas también se fue fortaleciendo. En realidad Gigi, a veces se sentía molesta si en un viaje perdía contacto accidentalmente con Patti.

Un día, por ejemplo, Gigi subió a comer a unos quince metros de Patti y Tita. Cerca de cuarenta minutos después bajó y se dirigió hacia el árbol donde Patti y Tita debían estar. Pero no estaban allí; se habían marchado unos minutos antes, silenciosamente, a través de la maleza. Gigi miró fijamente por los alrededores, luego empezó a llorar y gemir como un

niño que ha perdido a su madre. Después de unos momentos ella profirió una serie de gritos acabando con un alarido que, al menos a mis oídos, sonó algo así: «¿Dónde os habéis metido?» Momentos después Patti y su hija aparecieron y las dos hembras se acicalaron un rato. Entonces Gigi se acercó a Tita, invitó a la cría a subir a su espalda y se marcharon. Patti no tuvo otro remedio que seguirlas.

Recuerdo claramente otro día que pasé con ellas. Tras las horas de calor del mediodía Patti subió a comer, pero Gigi permaneció en el suelo y Tita se quedó con ella. Jugó y retozó alrededor de la gran hembra y luego empezó a golpearla con una rama verde. Con cara juguetona, Gigi cogió la punta de la rama y organizaron una especie de batalla. Entonces Gigi se puso a hacer cosquillas a Tita, que le respondió en seguida, mordiendo a Gigi en el cuello. Pronto las dos estaban riendo. Después de diez minutos, Tita se cansó y trepó para jugar sola colgándose de las ramas. Era muy pacífica. Se oían unos susurros del árbol en el que Patti comía, así como el ruido de un coro de cigarras. Gigi cerró los ojos y se durmió. De repente la tranquilidad de la tarde quedó rota por una pelea que había estallado en una cercana tropa de papiones. Tita, sorprendida, empezó a gritar y Gigi, rápida como un rayo, se puso en pie, subió al árbol y acercó Tita a su pecho. Llevó a la cría al suelo y empezó a acicalarla hasta que Tita, con los ojos cerrados, se relajó completamente. Entonces, cuando Patti acabó de comer, las tres se desplazaron, con Tita montada, despreocupada y confianzuda, en la fuerte espalda de la tía Gigi.

XVII. AMOR

Pobre Gigi. Incapaz de engendrar una cría no pudo encontrar el tipo de relaciones tranquilizadoras que son características de las madres chimpancés con sus jóvenes crecidos. Desesperadamente había buscado contacto con numerosos jóvenes, pero uno tras otro habían crecido lejos de ella. Estaban ligados a sus propias madres y este es el lazo más fuerte y más lleno se significación. Ningún individuo será alimentado, protegido y cuidado como durante su infancia. Cuando los jóvenes maduran, la relación con la madre se fortalece, convirtiéndose en una sólida amistad que puede durar toda la vida. También es verdad que un macho puede forjar una relación parecida con su hermano, o incluso con un macho que no sea de la familia. Pero una hembra, una vez pierde a su propia madre (porque ésta muere o porque la hija se va a otra comunidad) no volverá a vivir una relación similar hasta que sus propios jóvenes hayan crecido.

Cuanto más estrecha es la relación entre dos chimpancés, mayor es la angustia si se ve amenazado. Puesto que la madre es para su hijo todo su mundo, no es sorprendente que algunas crías se depriman tanto en el destete, ya que por primera vez sienten el rechazo de su madre. Durante los primeros meses de esta fase una cría casi siempre puede lograr su objetivo mediante una gran persistencia. Pero cuando el tiempo pasa la madre le impide mamar y subir a su espalda con mayor frecuencia y vigor. Los suaves gemidos de la cría se convertirán en gritos de frustración y rabietas. El trabajo de la madre se vuelve más duro y, en algunos casos, es tan estresante para ella como para su cría. Esto ocurre sobre todo si está intentando destetar a su primera cría y, faltándole experiencia, es probable que sienta más remordimiento si es un macho que si es una hembra. ¿Qué puede hacer una madre cuando el pequeño va hacia ella gritando histéricamente y se arrodilla, golpeando al suelo y tirándose los pelos? Normalmente lo coge con aspecto atemorizado y lo abraza: supongo que quiere calmarlo. Pero él, enfadado y resentido por su rechazo, intenta apartarse. Ella, sin embargo, lo mantiene agarrado, aunque él la muerda o la golpee, hasta que se tranquiliza. Las crías hembra suelen conseguir su objetivo con gran sutileza: se va acercando al pezón mientras acicalan a su madre y entonces le dan unas rápidas chupadas.

En el pico del destete se produce otro acontecimiento que la cría percibe seguramente como una nueva amenaza: la madre vuelve a estar en celo. Ahora, durante este período, va a estar preocupada con el cortejo y las conductas de los machos y la consiguiente conmoción. El primer par de ciclos suelen ser los peores, ya que la situación es nueva, extraña y temible para el pequeño. Ya hemos visto cómo un macho joven tiende a interferir cualquier cópula que tenga lugar cerca de él. Habitualmente, la cosa es bastante tranquila; se limita a correr y a empujar al macho adulto. Pero cuando la hembra es su propia madre su interferencia es a menudo frenética y golpeará al macho pretendiente, gritando con angustia. Las crías hembra suelen sorprenderse más cuando la que copula es su madre, aunque normalmente ignoran el acto sexual cuando no implica a hembras de la familia.

Aún sabemos pocas cosas de las correlaciones entre la gradual desaparición de la leche materna y la frecuencia con la que la cría se amamanta, así como de los cambios hormonales de la madre que preceden y acompañan al desarrollo de la cría siguiente. Algunos pequeños maman durante el embarazo de su madre. Otros son destetados antes de que la madre conciba o durante los primeros meses de gestación. El nacimiento del siguiente bebé indica el comienzo de una nueva era para la cría anterior, y apenas sorprende que algunos jóvenes se sientan amenazados. Ya no pueden solicitar la plena atención de su

madre, ni pueden contar más con ir a su espalda o estar en su cálido nido durante la noche. La infancia queda atrás. Sin embargo, aunque la madre tiene que dedicar toda su atención a la nueva cría, continúa allí para proporcionarle tranquilidad y seguridad. Compartirá la comida con él si se lo pide. Acicalará al mayor más que al menor. El nuevo joven, por lo tanto, aunque desconcertado al principio, habitualmente se recupera enseguida y se va fascinando más y más por el bebé.

Dos de los jóvenes no siguieron el camino habitual hacia la independencia: Flint y Michaelmas. Los dos continuaron emocionalmente dependientes de sus madres incluso después del nacimiento de sus hermanos, aunque por diferentes razones. En el caso de Flint, la causa parece ser la ancianidad de Flo, pues ella, que en su tiempo fue la mejor de las madres, fracasó con su última cría. Creo que si no hubiese vuelto a concebir todo hubiese sido mejor para Flint. Pero aquel último embarazo restó tantas fuerzas y energías a su anciano cuerpo que, simplemente, no pudo destetar a Flint. Rodeado por los poderosos miembros de su familia, él se había vuelto un crío desmandado, y cuando Flo intentaba evitar que mamase o que montase a su espalda él cogía violentas y agresivas rabietas. Flo le consentía una y otra vez, por lo que aún mamaba cuando nació el pequeño Flame. Ante la urgente necesidad Flo consiguió destetarlo a pesar de sus rabietas, pero pareció no poder evitar que fuese a su nido por la noche o que subiese a su espalda. En realidad, a veces insistía en ir en su vientre, en la posición infantil, encima de su hermanita. Al mismo tiempo se fue deprimiendo, jugaba poco y pasaba largas horas junto a Flo, acicalándola. Esto duró los seis primeros meses de la vida de su hermana. Pero entonces Flo cogió una neumonía. Se quedó tan débil que ni siquiera podía hacerse el nido por la noche. Y cuando la encontramos, echada en el suelo, Flame había desaparecido y nunca le volvimos a ver. Cuando Flo se recuperó, a pesar de la preocupación física y psicológica de cuidar a un pequeño ya no se preocupó de evitar que Flint fuese a su nido o que montase a su espalda. Finalmente Flint dejó de montar, pero tenía entonces ocho años y Flo ya no podía aguantar su peso.

La historia de Michaelmas fue bastante distinta. Tenía cinco años cuando su madre, Miff, reanudó sus periodos de celo. Durante ellos era muy popular y constantemente estaba rodeada por machos de la comunidad. En estos grandes grupos, con la tensión al máximo, se producían siempre muchas agresiones y la propia Miff era atacada bastantes veces. Michaelmas, que se mantenía junto a su madre a las duras y a las maduras, no sólo se interponía entre su madre y sus pretendientes, sino que también interfería en los ataques. Durante uno de estos sucesos se hirió. Por tanto no podía seguir a su familia cuando viajaban y Miff, que lo había estado destetando antes del accidente, frenaba y permitía al pequeño subir a su espalda. Incluso después de la llegada del bebé le permitió seguir haciéndolo, y cuando ella ignoraba sus tristes gemidos, lo llevaba Moeza, su hermana mayor. Seguramente a causa de su baja forma física, Miff no intentaba echarlo de su nido y así continuó unido a la madre y al bebé. Hasta que no tuvo siete años no le vimos hacer su propio nido, e incluso después solía ir al nido comunitario.

Cuando un joven se va independizando, su relación con su madre cambia. Todavía es estrecha; la madre aún se muestra afectuosa, aún constituye una ayuda, pero la tarea de mantener la proximidad entre ambos recae en el pequeño. Mientras la madre, aunque esté lista para desplazarse, esperará por un bebé, o irá a buscarlo si está impaciente, un hijo mayor tendrá que estar atento a su madre. Esto no significa que ella siempre se vaya sin él. Pero sí que los dos a veces se separarán. Cuando esto sucede el hijo se desconcierta. Los fuertes sollozos puntuados por histéricas llamadas emitidos por los jóvenes son muy

característicos. Las madres, normalmente, paran y esperan al oír estos llantos, pero por algún motivo casi nunca responden. Y por eso los jóvenes aprenden dos cosas: primero, que deben intentar evitar la repetición de estas experiencias; y segundo, que la separación temporal de su madre no es, después de todo, el fin del mundo; tarde o temprano volverán a encontrarse. Así, termina por llegar un momento, antes para un macho que para una hembra, en que la cría empieza a abandonar a su madre durante cortos periodos.

Pero incluso después es probable que el joven pueda sentirse angustiado si se separaba *accidentalmente* de la madre. Además, en las ocasiones en que él y su madre quisieran viajar en direcciones distintas, él difícilmente la persuadirá de que cambie de opinión. Si lo consigue, la separación se evitará, al menos temporalmente. Un día, en 1982, yo estaba con Fifi y su familia: Freud, Frodo y Fanni, que tenía un año. Habían descansado una hora más o menos cuando Freud, de once años, se sentó, miró a Fifi, acercó a Fanni a su pecho y partió hacia el norte. Fifi que estaba acicalando a Frodo, los miró, se levantó y los siguió. Pronto Fanni se liberó

y volvió hacia su madre, que se sentó de nuevo y se reunió con Freud. Cinco minutos después Fifi se levantó y se dirigió hacia el sur, muy lentamente, para que Fanni pudiese seguirla bamboleándose tras ella. Instantáneamente Freud, aprovechando su oportunidad, agarró a su hermanita y marchó en la dirección opuesta. Fifi se detuvo, los miró de nuevo, se volvió y siguió. No pasó mucho tiempo antes de que Fanni se librase de Freud, pero apenas dio unos pasos hacia Fifi, Freud tiró de ella y, a empujoncitos, la persuadió para que avanzase con él. Viajaron así unas cuantos metros; entonces, mientras Fanni intentaba escapar otra vez, Freud la agarró por una pierna, la acercó a sí y la acicaló hasta que ella se quedó tranquila. Fifi se limitaba a mirar. Después de un par de minutos, Freud se levantó y agarró a Fanni por un brazo. Rápida como la luz Fifi la cogió por el otro y tiró con fuerza. Freud cedió enseguida y Fifi, colocando a Fanni en la posición abdominal, se dirigió hacia el sur. Freud fue tras ella mirando al norte quizás con nostalgia; luego se volvió y anduvo tras su familia. Mucho después, cuando la familia comía, se oyó por el este la excitada llamada de unos chimpancés. Freud inmediatamente comenzó a moverse hacia los ruidos, pero Fifi continuó comiendo. Freud volvió, cogió a Fanni y marchó de nuevo. Fifi pronto los siguió. Unos ochenta metros más allá Fanni se soltó y volvió con su madre, pero esta vez Fifi se marchó con Freud y la familia se unió al gran grupo.

Todo lo anterior -destete, nacimiento de un nuevo bebé, separación temporal- sorprende en el momento en que se produce, pero no es nada comparado con la muerte de la madre, la final e irrevocable rotura del lazo. Desde luego, las crías que todavía tienen menos de tres años y dependen aún de la leche materna pueden sobrevivir. Pero hay jóvenes alimentariamente independientes que pueden deprimirse hasta el punto de languidecer y morir. Flint, por ejemplo, tenía ocho años y medio cuando murió la vieja Flo y podía cuidarse solo. Pero era tan dependiente de su madre que parecía que no iba a sobrevivir sin ella. Todo su mundo giraba alrededor de Flo, y con su muerte se convirtió en vacío e insignificante. Nunca olvidaré como Flint subió lentamente a uno de los árboles altos cerca del torrente tres días después de la muerte de Flo. Anduvo por una de las ramas, paró y se quedó inmóvil, mirando a un nido vacío. Después de unos dos minutos se volvió y, moviéndose como un anciano, bajó, anduvo unos pocos pasos y se tumbó con los ojos abiertos mirando frente a sí. Él y Flo habían compartido aquel nido poco antes de que Flo muriese. ¿Qué había pensado cuando estaba de pie, mirándolo? ¿Los recuerdos de los días felices pasados fueron un bálsamo para su confuso sentimiento de abandono? Nunca lo sabremos.

Fue mala suerte que Fifi estuviese lejos del campo los días siguientes a la muerte de Flo. Si hubiese estado allí para consolarlo desde el principio las cosas hubiesen sido bastante distintas. Él viajó cierto tiempo con Figan y parecía dejar atrás la depresión con la presencia de su hermano mayor. Pero entonces abandonó el grupo y corrió hacia donde había muerto Flo y allí se hundió en la más profunda de las depresiones. Cuando Fifi volvió Flint ya estaba enfermo, y aunque lo acicalaba y lo esperaba cuando viajaban, él se hallaba falto tanto de ganas como de fuerzas para seguir.

Flint se fue aletargando, rechazando casi toda la comida hasta que su sistema inmunitario se debilitó y cayó enfermo. La última vez que lo vi con vida tenía los ojos hundidos y gemía deprimido, enterrado en la vegetación cerca de donde había muerto Flo. Desde luego, intentamos ayudarlo. Yo tuve que dejar Gombe poco después de la muerte de Flo, pero uno u otro de los estudiantes se quedaba con Flint cada día, acompañándole, tentándole con todo tipo de comida. Pero nada podía compensar la pérdida de Flo. El último corto viaje que hizo, parando a descansar cada muy pocos pasos, fue al sitio exacto donde había yacido el cuerpo de Flo. Allí se estuvo varias horas, a veces mirando fijamente al agua. Luchó un poco más, se retorció y ya no se movió nunca más.

Otros jóvenes, sin embargo, han sido cuidados por sus hermanos mayores. Y estas adopciones nos proporcionan las historias más sorprendentes, ilustrando claramente la naturaleza afectiva y protectora de los juveniles y adolescentes hacia sus hermanos menores. Hemos visto que los machos jóvenes pueden ser cuidadores tan eficientes como las hembras. Son, en verdad, igualmente tolerantes y afectivos. Así se hizo evidente en la familia de Passion.

Pax tenía cuatro años cuando su madre murió. Había estado enferma durante unas semanas, moviéndose más y más lentamente, con la cara progresivamente demacrada, agachándose de vez en cuando en señal de dolor. Aunque llegué a odiarla cuatro años antes, durante su época infanticida, no podía evitar sentir pena por ella al final de su vida. En la última tarde estaba tan débil que temblaba al hacer el menor movimiento. Consiguió subir a un árbol bajo el cual se construyó un minúsculo nido; luego se tumbó, exhausta. La mañana siguiente amaneció fría y gris con la lluvia cayendo de un cielo plomizo. Passion estaba muerta. Cayó durante la noche y colgaba agarrada de unas ramas por un brazo. Sus tres hijos, que estuvieron acompañándola constantemente durante las últimas semanas de su vida, se encontraban a su alrededor. Pom y Prof se sentaron mirando el cuerpo de su madre. Pero Pax intentaba mamar una y otra vez de sus fríos y húmedos pechos. Entonces, poniéndose nerviosa, gritando más y más, empezó a tirar de la mano que colgaba. Estaba tan frenética que en su angustia consiguió tirarla al suelo. Cuando Passion cayó sin vida en el embarrado suelo, sus tres hijos examinaron su cuerpo muchas veces. De vez en cuando iban a por un poco de comida y volvían con ella. Al transcurrir el día Pax se fue tranquilizando y no volvió a intentar mamar, pero parecía incluso más deprimido, lloraba suavemente y tiraba de cuando en cuando de la mano de Passion. Finalmente, antes de que cayera la noche, se marcharon juntos los tres.

Durante las semanas siguientes Pax mostró muchos signos de depresión. Estaba apático, no jugaba en absoluto y, como los jóvenes huérfanos, desarrolló una gran barriga. Pero se recuperó con sorprendente rapidez. Durante un año los tres hermanos pasaban casi todo el tiempo juntos. Cuando Prof se aventuraba a viajar un rato con los machos adultos, Pax habitualmente se quedaba con Pom. Pero aunque se mantenían juntos y aunque ella corría para protegerlo Pax, por alguna extraña razón, nunca se sentaba en la espalda de su hermana: ni siquiera cuando Pax se quedaba retrasado y gemía durante un viaje con un

grupo de machos adultos; ni en esos casos ella le invitaba a subir. Al principio, en un despertar de sus instintos maternales, le suplicaba que subiese. Pero Pax se agarraba a la vegetación y gritaba histéricamente hasta que ella se detenía. Prof había intentado llevar también a su hermanito, pero Pax había rechazado sus ofertas de la misma inexplicable manera. Y lo mismo pasaba cuando le ofrecía compartir sus nidos por la noche. Aunque ellos se lo ofrecían amistosamente, él se negaba. Y así contemplaban cómo Pax, gimiendo tristemente para sí, se hacía un nidito por allí cerca. ¡Cuánto nos queda aún por aprender!

Un año después de la muerte de Passion, Pom emigró y se unió a la comunidad de Mitumba, en el norte. Probablemente lo hizo porque después de perder a su poderosa madre quedaba a merced de las hembras de Kasakela, muchas de las cuales, sin duda, tenían sentimientos hostiles hacia ella. Los chimpancés tienen buena memoria. Pero ya antes de la partida de su hermana Pax se había pegado a su hermano Prof, siguiéndole como una persistente y pequeña sombra donde quiera que fuese. La relación entre ambos había sido siempre afectiva, ya que Prof, desde el principio, sintió fascinación por Pax y solía llevarle y jugar con él. Recuerdo una vez que Pax, que sufría un fuerte resfriado, estornudó ruidosamente. Prof se volvió rápidamente y miró su nariz goteante; entonces cogió unas hojas y le limpió.

Ahora Prof, un año después de la muerte de Passion, cuidaba de Pax en muchos aspectos como lo haría una madre, esperándolo en los viajes y protegiéndolo. Hasta los seis años Pax se quedaba desorientado si se separaba de Prof. Y Prof también se preocupaba. Una vez, por ejemplo, unos dos años después de la muerte de Passion, los hermanos se fueron en direcciones distintas cuando el gran grupo en el que estaban comiendo se separó. Cuando Pax se dio cuenta de que Prof no estaba allí, empezó a gemir y llorar. Repetidamente subió a los árboles altos, gritando más fuerte e inspeccionando el paisaje. Pero Prof ya estaba para entonces fuera de su vista y de su voz, por lo que Pax se quedó junto a Jomeo, haciendo su nido junto al del gran macho. Incluso gritó durante la noche. Prof, por su parte, dejó a los otros chimpancés tan pronto como vio lo que había ocurrido y partió en busca de Pax. No vi el reencuentro, pero al mediodía del día siguiente estaban juntos otra vez.

Hay un incidente que siempre recordaré. Los dos hermanos estaban viajando en un pequeño grupo con Miff, que estaba en celo, y Goblin, que hacía valer celosamente sus derechos de alfa impidiendo a otros machos copular con ella. Él no prestaba atención cuando Pax la cortejó, por lo que el joven no recibió amenaza alguna. Miff, sin embargo, parecía irritada por el cortejo de su canijo pretendiente y cuando él insistió le dio una patada. Pax se vio lanzado a la vegetación que tenía a su espalda. ¡Pobre Pax! Agarró una de las más violentas rabietas que jamás haya visto. Tirándose del pelo, se revolcaba por el suelo y gritaba más y más fuerte. Goblin, obviamente irritado por el ruido, miró ferozmente a Pax, y su pelo empezó a erizarse. En ese momento Prof, que estaba comiendo a cierta distancia, se acercó corriendo para ver qué sucedía. Por un momento se quedó contemplando la escena; luego, dándose cuenta de que Pax estaba en peligro inminente de un severo castigo, agarró a su lloroso hermano por una muñeca y se lo llevó a rastras. Hasta que no se alejaron unos veinte metros y se encontraban fuera de peligro, Prof no le soltó: en aquel momento Pax dejó de llorar y aceptó acompañar a su hermano.

Gimble tenía ocho años cuando Melissa murió y, aunque pequeño en edad, podía defenderse solo. A pesar de todo, quedó desconcertado y un poco aturdido cuando perdió a su madre. Se dirigió a sus hermanos para encontrar tranquilidad y, de los dos, de Goblin fue del que más recibió, por lo que pronto siguió a su hermano a todas partes. Solían comer juntos en el mismo árbol y Gimble hacía su nido pegado al de Goblin. De esta manera

Goblin, macho alfa y trece años mayor que su hermano, en muchos aspectos llenó el vacío que dejó Melissa en la vida de Gimble.

Cuando Winkle murió, Wolfi fue adoptada por su hermana mayor, Wunda: la historia de la hembra de nueve años y su hermano de tres es realmente notable. Wolfi, a pesar de su juventud, mostró menos signos de depresión que otros huérfanos y es más que probable que se debiera a que la relación entre los dos hermanos era ya muy estrecha antes de la muerte de Winkle. Wunda lo llevaba frecuentemente cuando la familia viajaba, no sólo porque estaba fascinada con su hermanito, como todas las hermanas mayores, sino también porque, desde que él pudo andar, Wolfi siempre quería seguirla adonde ella fuese. Una y otra vez Wunda se iba sola, pero volvía al oír el triste llanto de su hermanito que intentaba seguirla desesperadamente. Entonces ella se reunía con él y se marchaban juntos. No hay que pensar que la estrecha relación de Wolfi con su hermana afectaba negativamente a los cuidados maternales de Winkle: era una madre cuidadosa, afectuosa y eficiente de la cual Wunda, indudablemente, había aprendido muchas cosas en lo que concierne al cuidado de los pequeños. Cuando Winkle murió, Wunda se encargó de todos los deberes de su educación con naturalidad. Y lo más sorprendente: esta hembra joven, aún no madura sexualmente, quizás llegó a producir leche para su hermano menor. Desde luego, él mamaba durante varios minutos cada dos horas más o menos, y se sorprendía si Wunda intentaba detenerlo. Pero aunque nos acercamos mucho a ellos no pudimos confirmar que sacase leche de su hermana. Puede que simplemente encontrara tranquilizante poner los labios en sus pezones.

Skosha era la primogénita y no tenía hermanos ni hermanas para cuidarla cuando su madre murió cuando ella tenía cinco años. Durante los dos primeros meses pasaba la mayor parte de su tiempo con uno u otro de los machos adultos. Pero entonces se unió a Pallas, una hembra que había perdido meses antes a su primer hijo. Pallas había sido una buena compañera de la madre de Skosha, y a menudo nos habíamos preguntado si eran hermanas; si lo eran, Pallas era la tía biológica de Skosha. Pero, lo fuesen o no, ambas se volvieron inseparables. Pallas fue una maravillosa madre adoptiva. Llevaba a Skosha durante los viajes, la esperaba, le daba comida, y era notablemente paciente con esta pequeña, que, cuando las cosas no iban bien, cogía a menudo violentas rabietas. A cabo de un año Pallas volvió a dar a luz una cría que debió caer víctima de los ataques de Passion y Pom. Al año siguiente, sin embargo, Pallas tuvo otro bebé, que sobrevivió, y en aquellos momentos Skosha ya era un miembro plenamente integrado de la familia. Y fue una encantadora familia también para Pallas que, aunque no era una hembra muy sociable, era una madre juguetona cuya pequeña Kristal, extrovertida y emprendedora, se convirtió en nuestra favorita. Pero una obstinada mala suerte seguía a Pallas: cayó enferma y murió cuando Kristal tenía cinco años. Y así Skosha, después de perder a su propia madre, perdía también a su madre adoptiva.

Yo llegué a Gombe poco después. Era descorazonador ver a las dos huérfanas. Skosha hacía lo imposible para cuidar a Kristal, pero la cría se deprimió y se volvió letárgica, y la misma Skosha, que entonces tenía diez años, parecía sola y desamparada. Se veía que le costaba emprender cualquier acción. ¿A dónde ir? ¿Qué comer? ¿Cuándo hacer los nidos? Kristal se mantenía muy unida a Skosha mientras las dos vagaban desanimadas a través de la jungla, dos bebés perdidos en el bosque. Todos esperábamos que Kristal sobreviviera, pero continuó languideciendo y nunca recuperó su ánimo anterior. Nueve meses después de que Pallas muriese, Kristal desapareció.

En 1987 una epidemia de neumonía barrió a la población chimpancé de Gombe. Muchos miembros de la comunidad de Kasakela cayeron enfermos y aunque algunos, como Evered,

Fifi y Gremlin, se recuperaron maravillosamente, murieron nueve chimpancés. Jomeo, Satán y Little Bee estaban entre los que se fueron. Otra fue Miff, a la que conocía desde que era juvenil en 1964. Unos años antes de morir Miff había tenido una floreciente familia. Pero, primero, Michaelmas (cuya cojera, incidentalmente, había desaparecido) enfermó y murió infestado de parásitos internos. Luego el joven Mo había muerto tras una larga enfermedad. Y ahora la propia Miff se había ido, dejando a su hijito enfermo de tres años, el pequeño Mel. Estaba totalmente solo en el mundo; la hija mayor de Miff, Moeza, estaba aún viva, pero había emigrado, tres años antes, a la comunidad de Mitumba.

Yo estaba en los Estados Unidos en mi gira anual de conferencias de primavera cuando recibí una carta de Gombe en la que me comunicaban las noticias. Mel estaba muy débil. Vagaba detrás de distintos individuos, principalmente machos adultos, pero aunque todos le toleraban, ninguno mostró por él un interés especial. No esperaba volver a ver a Mel de nuevo. Incluso antes de la muerte de Miff estaba tan delgado con la barriga tan hinchada y en tal estado de letargia que envié una muestra fecal para que la analizasen; el informe indicaba una abundante presencia de distintos tipos de parásitos internos y no daba muchas esperanzas. Pero entonces recibí un telegrama, *Mel adoptado por Spindle. Yo* estaba sorprendida, ya que Spindle, el hijo de doce años del viejo Sprout, no tenía la menor conexión con Miff por lo que nosotros sabíamos. ¿Podía durar una relación así?

Poco después de volver a Gombe me encontré con Mel, aún vivo y con Spindle. Mirando al pequeño huérfano, con su panza hinchada, sus delgados brazos y piernas, su pelo mate, me maravillé del flamante espíritu de lucha que le había permitido, contra todos los obstáculos, aferrarse a la vida. Me maravillé también por el interés y el afecto demostrados por su cuidador. Spindle había sido huérfano, ya que Sprout había muerto durante la misma epidemia que se llevó a Miff y a los demás. Spindle, desde luego, ya podía cuidarse solo: pero ¿era, quizás, la sensación de pérdida, un sentimiento de soledad, lo que le llevó a mantener esa relación con Mel? Cualquiera que fuese la razón, Spindle resultó ser un fabuloso cuidador. Compartía su nido nocturno con Mel, y también la comida. Se esforzaba en proteger al pequeño, apresurándose a retirarlo cuando los machos adultos parecían excitados. Cuando Mel gemía durante los viajes, Spindle le esperaba y le permitía subirse a su espalda o incluso, si llovía y hacía frío, agarrarse en la posición abdominal. De hecho lo llevaba tan a menudo que el pelo aparecía gastado allí donde Mel se cogía con los pies y Spindle tenía dos grandes manchas blancas peladas, una a cada lado.

El principal problema que tenía que afrontar Mel, además de la pérdida de su madre y su pesada carga de parásitos y suciedad en general, era que Spindle estaba viajando con machos adultos y en aquella época del año recorrían grandes distancias diariamente, buscando frutos *mbula* caídos. A menudo salían hacia el límite norte de su territorio durante estas expediciones en busca de alimento y varias veces, después de escuchar las llamadas de los machos de la poderosa comunidad de Mitumba, viajaban silenciosa y rapidísimamente hacia el centro de su territorio. Era duro para el pequeño Mel, porque Spindle, aunque era muy paciente, no siempre esperaba a su pequeña carga. Mel tenía que hacer gran parte del recorrido por su cuenta.

La mayoría de los otros chimpancés, particularmente los machos adultos, eran sorprendentemente gentiles y tolerantes en sus contactos con el huérfano. Podía aproximarse sin temor a cualquiera de ellos para suplicar comida, incluso insistiendo para coger carne después de una matanza, cuando la tensión está al máximo entre los individuos. La presunción de Mel provocaba a lo sumo alguna suave amenaza que le llevaba invariablemente a coger una rabieta. Y a menudo tenía éxito en sus intentos de pedir un

trozo.

Hacia finales de julio, Spindle y Mel se separaron. Mel estaba muy angustiado. Durante unos días siguió a uno u otro de los machos adultos, llegando incluso a saltar a sus espaldas en momentos de súbita excitación. Y luego encontró un sustituto temporal de Spindle. Increíblemente, fue Pax quien lo acogió.

Sucedió cinco años después de la muerte de Passion y cuando Pax tenía diez, pero era muy pequeño para su edad, como la mayoría de huérfanos que sobreviven a la pérdida de sus madres. Era aún inseparable de Prof; el lazo entre ambos era más estrecho que nunca. Jamás olvidaré ese verano y los días que pasé con los dos hermanos y el pequeño Mel. Prof casi siempre iba el primero mientras Pax, con Mel colgado a su espalda, seguía detrás de su hermano por caminos y torrentes. Incluso llevaba su carga a los árboles más altos. No pasó mucho tiempo antes de que Pax desarrollase el distintivo del servicio: una mancha blanca pelada a cada lado del abdomen. Aunque los tres parecían llevarse muy bien, después de unas semanas Mel se reunió con Spindle y ambos fueron inseparables durante muchos meses.

Un año después de perder a su madre Mel parecía un poco más saludable: sus brazos y piernas ya no eran como palillos; su barriga había disminuido y su pelo era más grueso y brillante. También estaba menos deprimido, se mostraba menos tímido y de vez en cuando se unía a otros jóvenes para jugar. Aunque la mejoría de su salud fue debida en parte al hecho de que le habíamos suministrado cierta medicación para los parásitos, hay pocas dudas de que Mel sobrevivió gracias al trato recibido de Spindle. Cuando tenía cuatro años, sin embargo, Mel empezó a pasar menos tiempo con su benefactor, y gradualmente, durante el año siguiente, el lazo entre ambos disminuyó.

Esto fue cuando Mel empezó a viajar con Gigi cada vez más a menudo. Y con ellos casi siempre estaba Darbi, cuya madre, Little Bee, había muerto en la misma epidemia que se llevó a Miff. Darbi tenía un hermano mayor y yo esperaba que la cuidase, pero aunque había pasado mucho tiempo con él durante las semanas siguientes a la muerte de su madre, los dos nunca se llevaron muy bien. En su lugar, Darbi se unió temporalmente a dos adolescentes, un macho y una hembra, antes de unirse a Gigi. Al correr el tiempo comenzó a ser habitual ver a Gigi, Darbi y Mel juntos, la gran hembra sin hijos al frente y los dos pequeños sin madre detrás.

La relación de Gigi con estos huérfanos es de naturaleza distinta a la que forjara con otras crías jóvenes en el pasado. En aquellos casos era Gigi la que deseaba la asociación: no sólo tenía que esforzarse en atraer a las propias crías, sino que también tenía que atraer a las madres. Ahora, sin embargo, han sido Mel y Darbi los que han elegido unirse a Gigi. Gigi les muestra un pequeño pero evidente afecto y sus amistosos contactos son, en su mayor parte, simples acicalamientos. Pero ella les proporciona el apoyo que necesitan en un mundo a menudo hostil. ¡Pobre del turbulento adolescente que intente la menor exhibición!: allí está Gigi para protegerles. Cuando están con ella pueden relajarse hasta cierto punto, sabiendo que ella tomará todas las decisiones en cuanto a recordar la ruta, los sitios para dormir, etc. Pero cuando Gigi está en celo y viaja con los machos, Mel y Darbi no siempre la siguen, prefiriendo quedarse solos, lejos de la excitación y la conmoción de los grandes grupos.

Estas dos crías han sobrevivido, pero la carga psicológica de sus experiencias nunca los abandonará. Cuando miras sus ojos parecen carecer del brillo y de la curiosidad de los jóvenes normales de su edad. En muchos aspectos se comportan como adultos: sus movimientos son deliberados y pasan mucho tiempo descansando y acicalándose solos.

Raramente juegan, y cuando lo hacen no es con la exuberancia y agitado juego normal de su edad, sino lenta y tranquilamente. ¿Como se comportarán como adultos, ellos y cuantos han sufrido similares traumas en sus primeros años? No podemos obtener las respuestas sino esperando, esperando pacientemente, observando y registrando. Cuando llegué por primera vez a Gombe, los estudios de campo de más de un año de duración eran desconocidos. Louis Leakey predijo que tardaría unos diez años en empezar a comprender a los chimpancés. ¡Qué contento estaría si pudiera ver la investigación que surgió de su sabiduría, allá por la década de los cuarenta!

XVIII. LLENANDO EL VACÍO

Louis Leakey me envió a Gombe con la esperanza de que una mejor comprensión de nuestros familiares más cercanos abriría una nueva ventana hacia nuestro pasado. Había acumulado abundantes evidencias que le permitieron reconstruir las características físicas de los primeros habitantes de África, y pudo especular sobre el uso de diversas herramientas y otros artefactos encontrados en los sitios donde vivían. Pero la conducta no se fosiliza. Su curiosidad por los grandes monos se debía a la convicción de que comportamientos comunes entre el hombre actual y los chimpancés actuales podían estar presentes en nuestro antepasado común y, por lo tanto, en los primeros hombres. Entre sus contemporáneos, Louis fue un precursor en cuanto a las ideas, y hoy su aproximación parece más valiosa a la vista del sorprendente descubrimiento de que, como ya he mencionado, el ADN humano sólo difiere del ADN del chimpancé en algo más del uno por ciento.

Existen grandes muchas similitudes entre la conducta del hombre y la del chimpancé: los lazos afectivos y de apoyo entre los miembros de la familia, el largo periodo de dependencia de la infancia, la importancia del aprendizaje, los patrones de comunicación no verbal, el uso y la fabricación de herramientas, la cooperación en las cacerías y ciertas sofisticadas manipulaciones sociales por citar sólo unas cuantas. Las similitudes en la estructura del cerebro y del sistema nervioso central conducen a habilidades intelectuales, sensibilidades y emociones similares en las dos especies. Que esta información de la historia natural de los chimpancés ha servido de ayuda a aquellos que estudian a los primeros hombres ha quedado demostrado, una y otra vez, por la frecuencia con la que los textos de antropología hacen referencia a los chimpancés de Gombe. Desde luego, las teorías sobre el comportamiento de los primeros hombres no pueden ser otra cosa que especulaciones; no disponemos de una máquina del tiempo y por tanto no podemos presenciar el amanecer de estas especies para fijarnos en la conducta o seguir el desarrollo de nuestros antepasados: si investigamos para comprender algo acerca de estas cosas, debemos sacar el máximo jugo de la menor evidencia disponible. Por lo que yo sé, las ideas de los primeros humanos atrapando insectos con palos y limpiándose con hojas parecen sensatas. El pensamiento de nuestros ancestros saludándose y tranquilizándose uno a otro con besos o abrazos, cooperando en la protección de su territorio o en la caza y compartiendo comida es atractivo. La idea de estrechos lazos afectivos entre la familia de la Edad de Piedra, de hermanos ayudándose, de jóvenes adolescentes reclamando la protección de sus viejas madres, de hijas adolescentes cuidándose de los bebés dota de vida a a las fosilizadas reliquias.

Pero el estudio en Gombe ha hecho bastante más que proporcionar material sobre el que basar nuestras especulaciones de la vida humana prehistórica. La apertura de esta ventana en la vida de nuestros parientes vivos más cercanos nos ha proporcionado una mejor comprensión no sólo del lugar de los chimpancés en la naturaleza, sino también del lugar del *hombre* en la naturaleza. Sabiendo que los chimpancés poseen capacidades cognoscitivas que en otros tiempos se creyeron únicas del hombre; sabiendo que (junto con otros animales «mudos») pueden razonar, sienten emociones, dolor y miedo nos sentimos humildes. No estamos, como creíamos, separados del resto del reino animal por un abismo infranqueable. Sin embargo, no debemos olvidar ni por un instante que, aunque no nos diferenciamos de los monos en cuanto a clase, sino sólo en cuanto a grado, este grado es

abrumadoramente grande. Una comprensión de la conducta del chimpancé ayuda a iluminar ciertos aspectos de la conducta humana que son *únicos y* que *nos* diferencian de los otros primates vivos. Sobre todo, hemos desarrollado habilidades intelectuales que empequeñecen las del mejor de los chimpancés. A causa del salto entre el cerebro humano y el de nuestro pariente vivo más cercano, el chimpancé, extraordinariamente grande, los paleontólogos buscaron durante años un esqueleto medio-humano, medio-mono, el puente que permitiera cruzar la brecha que entre seres humanos y no humanos. De hecho este «eslabón perdido» está formado por una serie de cerebros desaparecidos cada uno más complejo que el anterior: cerebros que están definitivamente perdidos para la ciencia excepto por las débiles huellas que dejaron en los cráneos fósiles; cerebros que contienen, en sus intrincadas circunvoluciones, el dramático serial de la historia del desarrollo del intelecto que conduce hasta el hombre moderno.

De todas las características que diferencian a los humanos de sus primos no humanos, la habilidad de comunicarse a través del uso de un sofisticado lenguaje hablado es, creo yo, la más significativa. En cuanto nuestros antepasados adquirieron esta poderosa herramienta, pudieron comentar los acontecimientos del pasado y realizar complejos planes a corto y largo plazo. Podían enseñar a sus hijos explicándoles las cosas, sin necesidad de demostración práctica. Las palabras otorgaron sustancia a pensamientos y a ideas que, faltas de expresión, podían haber permanecido indefinidas y carentes de valor práctico para siempre. La interacción mente con mente amplió las ideas y agudizó los conceptos. A veces, observando a los chimpancés, llegué a sentir que, puesto que no disponían de un lenguaje como el humano, estaban cogidos en su propia trampa. El conjunto de sus llamadas, posturas y gestos forman un rico repertorio, un complejo y sofisticado método de comunicación. Pero es no verbal. Pensaba en cuanto más podrían hacer si pudiesen *hablar* unos con otros. Es verdad que podemos *enseñarles* a usar los signos o símbolos de una especie de lenguaje humano. Y que tienen habilidades cognoscitivas con las que combinar estos signos en frases con sentido. Mentalmente, como mínimo, podría parecer que los chimpancés están en el umbral de la adquisición del lenguaje. Pero es obvio que aquellas fuerzas que empujaron a los hombres a empezar a hablar no desempeñan papel alguno en la configuración del cerebro del chimpancé.

Los chimpancés también están en el umbral de otra conducta que es únicamente humana, la guerra. La guerra humana, definida como *conflicto armado organizado entre grupos* ha influido profundamente en nuestra historia desde la noche de los tiempos. Allí donde se hallara el ser humano ha disputado, en un momento u otro, alguna clase de guerra. Así, parece más que probable que primitivas formas de guerra estuviesen presentes en nuestros primeros antecesores y que conflictos de este tipo desempeñasen un papel importante en la evolución humana. Se ha sugerido que la guerra puede haber supuesto una considerable presión selectiva en el desarrollo de la inteligencia y en una cooperación progresivamente sofisticada. Hubiera sido un proceso escalonado: cuanto mayores fueran la inteligencia, la cooperación y el coraje de un grupo, mayor sería el desafío a sus enemigos. Darwin fue uno de los primeros en sugerir que la guerra podría haber ejercido una poderosa influencia en el desarrollo del cerebro humano. Otros han postulado que la guerra podría ser responsable de la gran diferencia entre el cerebro humano y el de nuestros más cercanos parientes, los grandes monos: los grupos homínidos con cerebro inferior no podían ganar guerras y eran exterminados.

Así pues, es fascinante y a la vez sorprendente aprender que los chimpancés muestran una hostil y agresiva conducta territorial no muy distinta de las formas de la guerra humana

primitiva. Algunas tribus, por ejemplo, efectúan incursiones en cuyo transcurso «acechan o se acercan sigilosamente al enemigo, usando tácticas reminiscentes de la caza», escribe el etólogo Renke Eibl-Eibesfeldt, que ha estudiado la agresión en pueblos de todo el mundo. Mucho antes de que la sofisticada guerra evolucionase en nuestra propia especie, los antecesores prehumanos deben haber mostrado preadaptaciones similares -o idénticas- a las mostradas por los chimpancés actualmente, tales como la vida en grupo, la cooperación temporal, la cooperación en la caza y el uso de armas. Otra preadaptación necesaria hubiera sido el temor inherente, u odio, a los desconocidos, a veces expresado en agresivos ataques. Pero atacar a individuos adultos de la misma especie es siempre un asunto peligroso y por ello, en las sociedades humanas de los tiempos históricos, ha sido necesario entrenar a los guerreros con objetos culturales tales como la gloria, la condena de la cobardía, el ofrecimiento de altas recompensas al valor en el campo de batalla y el énfasis en la conveniencia de practicar deportes «viriles» durante la infancia. Los chimpancés, sin embargo, particularmente los machos adultos jóvenes, encuentran los conflictos inter-grupos claramente atractivos, a despecho del peligro. Si los jóvenes machos prehumanos también hubieran encontrado excitación en encuentros de este tipo, ello probaría una firme base biológica para la glorificación de los guerreros y de la guerra.

Entre los humanos, los miembros de un grupo pueden verse a sí mismos muy distintos de los miembros de otro grupo y pueden tratar de manera distinta a los individuos según pertenezcan o no a dicho grupo. En realidad, los miembros que no son del grupo pueden incluso ser «deshumanizados» y considerados casi como criaturas de otra especie. Cuando esto sucede la gente se libera de cuantas inhibiciones y sanciones sociales operan dentro de su grupo, y así pueden comportarse con los miembros de otro grupo de un modo que no tolerarían en el suyo. Entre otras cosas, eso conduce a las atrocidades de la guerra. Los chimpancés también muestran diferente conducta hacia los que son de su grupo y los que no lo son. Este sentido de identidad de grupo es fuerte y reconocen claramente a los que *pertenecen* a su grupo y a los extraños: los que no son miembros de la comunidad pueden ser atacados tan ferozmente que mueran de sus heridas. Y esto no es simplemente un «miedo a los extraños»; los miembros de la comunidad de Kahama son reconocidos por los agresores de Kasakela y atacados con brutalidad. Al estar separados, es como si perdiesen su «derecho» a ser tratados como miembros del grupo. Además, algunos patrones de ataque dirigidos a miembros de otros grupos nunca se han observado entre miembros de la misma comunidad: miembros dislocados, piel rasgada, ingestión de sangre. Las víctimas han sido así, con toda intención y propósito, «despojadas ideológicamente de su condición de chimpancés»; ya que estas costumbres suelen observarse cuando un chimpancé está intentando matar una presa animal adulta, un animal de otra especie.

Los chimpancés, como resultado de una conducta desacostumbradamente hostil y violentamente agresiva hacia los individuos que no pertenecen al grupo, han alcanzado claramente un nivel en el que están cerca de la capacidad de destrucción, crueldad y planificación de conflictos de los hombres. Si desarrollasen algún día el poder del lenguaje ¿no podrían abrir la puerta y declarar la guerra al mejor de nosotros?

¿Y el otro lado de la moneda? ¿A qué nivel están los chimpancés respecto a nosotros en la expresión del amor, la compasión y el altruismo? Porque la conducta brutal y violenta es fácil de observar, es fácil también quedarse con la impresión de que los chimpancés son más violentos de lo que son en realidad. De hecho, los contactos pacíficos son mucho más corrientes que los agresivos; las amenazas débiles son más comunes que las fuertes; las amenazas son mucho más frecuentes que las peleas; y los combates serios con resultado de

lesiones son raros comparados con otros de corta duración y relativamente inocuos. Además, los chimpancés poseen un rico repertorio de conductas que sirven para mantener o restaurar la armonía social y promover la cohesión entre los miembros de la comunidad. Los abrazos, besos, palmaditas y apretones de mano sirven como saludos después de una separación, o son utilizados por los miembros dominantes para tranquilizar a sus subordinados después de una agresión. Las largas y pacíficas sesiones de relajado acicalamiento. El reparto de comida. El interés por la enfermedad o las heridas. La disposición para ayudar a compañeros en peligro, incluso cuando comporta arriesgar la vida o la integridad de algún miembro. Todas estas conductas reconciliadoras, amistosas y de ayuda están, sin duda, muy cerca de nuestras cualidades de compasión, amor y sacrificio.

En Gombe el cuidado de los enfermos no es una conducta habitual entre los chimpancés no emparentados. De hecho, un individuo malherido es a veces esquivado por sus compañeros no familiares. Cuando Fifi, que se hirió en la cabeza, solicitaba repetidamente acicalamiento a los otros miembros de su grupo, ellos miraban la herida (donde se podían ver gusanos y moscas) y se iban corriendo. Pero su hijo la acicalaba cuidadosamente alrededor de la herida y a veces la lamía. Y cuando la vieja Madam Bee yacía moribunda después de un asalto de los machos de Kasakela, Honey Bee pasaba muchas horas cada día acicalando a su madre y apartando a las moscas de sus terribles heridas. Hay grupos de chimpancés cautivos, cuyos individuos han crecido juntos y que se conocen como si fueran de la misma familia, que celosamente se quitarán el pus de las heridas y espantarán los insectos. Uno de ellos sacó un grano de arena del ojo de un compañero. Una joven hembra desarrolló el hábito de limpiar los dientes de sus compañeros con palitos. Encontraba la tarea particularmente fascinante cuando los dientes de leche estaban gastados ¡incluso realizó un par de extracciones! Tales manipulaciones son en su mayor parte debidas a la fascinación por la actividad en sí misma y casi siempre derivan del acicalamiento social. Los resultados, sin embargo, son a veces beneficiosos para los receptores y, junto al interés tan a menudo mostrado por los miembros de la familia, este tipo de conducta proporciona una base biológica para la emergencia del compasivo cuidado de la salud en el hombre.

Entre los primates no humanos en libertad es raro que los adultos compartan comida con otros, aunque es característico que las madres la compartan con sus jóvenes. En la sociedad chimpancé, sin embargo, incluso los adultos no emparentados la comparten frecuentemente con otros, aunque es más probable que lo hagan con sus mejores amigos. En Gombe se ha observado a los adultos compartir entre sí durante las comidas de carne, cuando el poseedor permite al que suplica con una mano extendida u otro gesto de solicitud arrancar un pedazo. En este aspecto algunos individuos son mucho más generosos que otros. A veces otras comidas de escaso suministro, como los plátanos, se comparten también. Entre los chimpancés cautivos se ha podido observar un trato equitativo en el reparto. Wolfgang Kohler, «en interés de la ciencia», encerró una vez al joven macho Sultán en una jaula sin su cena, mientras alimentaba fuera a la vieja hembra Tschego. Cuando se sentó a comer, Sultán cayó en un frenesí llamándola, gimiendo, gritando, tendiendo sus brazos hacia ella e incluso lanzando bocados de rabia en su dirección. Finalmente (cuando ya estaba seguramente ahíta) ella reunió cierta cantidad de comida y la puso en la jaula.

Los científicos suelen explicar el hecho de que los chimpancés compartan la comida como la mejor manera de librarse de algo molesto: las súplicas de un compañero. A veces esto es indudablemente cierto, ya que los individuos suplicantes pueden ser extraordinariamente persistentes. A menudo el individuo poseedor del objeto deseado demuestra una paciencia y tolerancia realmente notables. Por ejemplo, en una ocasión la

vieja Flo quería el pedazo de carne que Mike estaba masticando. Le suplicó, con las dos manos en su hocico, durante más de un minuto. Poco a poco acercando sus labios más y más hasta ponerlos a menos de tres centímetros de Mike. Al final él la recompensó, pasándole el trozo (bien masticado por aquel entonces) directamente de su boca a la suya. ¿Y que decir de la alimentación de Tschego al joven Sultán? Ella debió estar harta de su rabieta, pero podría haberse alejado. Robert Yerkes cuenta que ofrecieron a una hembra zumo de fruta con una taza a través de las barras de su jaula. Ella se llenó la boca y luego, respondiendo a las súplicas que llegaban de la jaula vecina, fue hasta allí y transfirió el zumo a la boca de su amigo. Entonces volvió a por más, que se le dio de la misma manera. Y así continuó hasta que se vació la copa.

Hacia el final de la vida de Madam Bee hubo en Gombe un verano desacostumbradamente seco y los chimpancés se veían obligados a cubrir grandes distancias entre una fuente de comida y la siguiente. Madam Bee, vieja y enferma, a veces se cansaba tanto durante estos trayectos que no le quedaban energías ni para trepar a por un poco de comida. Sus dos hijas daban grititos de alegría y subían a comer, pero ella simplemente se quedaba debajo, exhausta. En tres ocasiones distintas Little Bee, la hija mayor, después de comer unos diez minutos, bajó con comida en la boca y en una mano; luego fue y colocó la comida de su mano en el suelo junto a Madam Bee. Las dos se sentaron juntas, comiendo. La conducta de Little Bee no era sólo una demostración de donación voluntaria, sino que también mostraba comprensión de las necesidades de su vieja madre. Sin esa comprensión no habría empatía ni compasión. Y, tanto en los chimpancés como en los humanos, estas son las cualidades que llevan a la conducta altruista y al servicio a los demás.

En la sociedad chimpancé, aunque casi todos se exponen, hay ejemplos de individuos que se arriesgan a resultar heridos o a morir para ayudar a compañeros que no son de su familia. Evered una vez se expuso a la furia de un papión macho adulto para rescatar al adolescente Mustard que chillaba, atrapado, durante una cacería de papiones. Y cuando una hembra enfurecida cogió a Freud durante una cacería de jabalí de río, Gigi arriesgó su vida por salvarlo. La hembra de jabalí lo había cogido por detrás, y Freud, dejando ir a su jabato, lloraba y luchaba por escapar cuando llegó Gigi con el pelo erizado. La hembra se dirigió hacia Gigi y Freud, sangrando, pudo escapar a un árbol.

En algunos zoológicos los chimpancés se guardan en islas artificiales rodeadas de fosos llenos de agua. También de aquí nos han llegado relatos heroicos. Los chimpancés no saben nadar y, a menos que sean rescatados, se ahogan si caen en aguas profundas. A pesar de esto, algunos individuos han efectuado en ocasiones esfuerzos heroicos para salvar a sus compañeros de morir ahogados, y a veces con éxito. Un macho adulto perdió la vida cuando intentaba rescatar a un pequeño cuya incompetente madre había permitido que cayese en el agua.

Todas aquellas especies animales en las que los padres pasan tiempo y gastan energías para educar a sus jóvenes, arriesgarán la vida cuando la ocasión lo requiera en defensa de sus vástagos. Es mucho más inusual en un adulto mostrar este comportamiento hacia un individuo que no sea de su familia. Después de todo, si se presta ayuda a un pariente, que lleva parte de los propios genes, dicha acción beneficiará al propio clan en su lucha por sobrevivir; aun en el caso de resultar herido durante la acción. De estas raíces básicamente egoístas parte la más sofisticada forma de altruismo: el que ayuda a otro cuando, si no hace nada, uno no tiene nada que perder.

A medida que los antecesores de los chimpancés (e, incidentalmente, nuestros) fueron

desarrollando gradualmente cerebros más complejos, el periodo de dependencia infantil se fue alargando y la madre se vio obligada a emplear cada vez más tiempo y energía en la cuidado de la familia. Los lazos madre-hijo se hicieron más duraderos. Las descendientes de las madres más cuidadosas y eficientes prosperaron y se convirtieron a su vez en buenas y cuidadosas madres con tendencia a producir más descendencia. Los jóvenes no tan bien cuidados tenían menos oportunidad de supervivencia, y los que sobrevivían solían ser débiles y con menos probabilidades de fundar familias. Así, el amor y la nutrición competían en el sentido genético con otras conductas más egoístas. Desde los eones, las tendencias de ayuda y protección, que originariamente se desarrollaron para la eficaz crianza de los jóvenes, se infiltraron gradualmente en el acervo genético del chimpancé. Hoy observamos, una y otra vez, que la angustia de un miembro no familiar, pero bien conocido, de la comunidad puede suscitar auténtico interés en un compañero y su deseo de ayudar.

Compasión y autosacrificio constituyen dos de las cualidades más valoradas en nuestra civilización occidental. En algunos casos -como cuando alguien arriesga su vida para salvar a otro- el acto altruista viene probablemente motivado por el mismo complejo inherente a las conductas de ayuda que hacen que un chimpancé ayude a su compañero. Pero hay incontables momentos en que el resultado queda oscurecido por factores culturales. Si sabemos que ése otro, especialmente un familiar cercano o un amigo, está sufriendo, nosotros mismos nos sentimos mentalmente afectados, a veces hasta la angustia. Sólo ayudando (o intentando ayudar) podemos aliviar nuestro dolor. ¿Significa, entonces, que cuando actuamos altruistamente lo hacemos sólo para sentirnos mejor con nosotros mismo? ¿Que nuestra ayuda, analizada hasta sus últimas consecuencias, no es sino un deseo egoísta de tranquilizar nuestra conciencia? Se puede especular interminablemente sobre los motivos humanos para ayudar a los demás ¿Por qué enviamos dinero para los niños hambrientos del Tercer Mundo? ¿Porque otros nos aplaudirán y nuestra reputación se verá realzada? ¿O porque los niños hambrientos evocan en nosotros un sentimiento de piedad que nos incomoda? Si nuestro motivo es mejorar socialmente o aliviar nuestra incomodidad, ¿no es la nuestra una acción básicamente egoísta? Es posible; pero siento intensamente que no deberíamos permitirnos argumentos reduccionistas de tal suerte que puedan desvirtuar aquello que inspira la naturaleza de muchos actos humanos de altruismo. El hecho real es que nos sentimos angustiados por el dolor de individuos que no conocemos, y con eso está dicho todo.

Somos, desde luego, una especie compleja e infinitamente fascinante. Llevamos en nuestros genes, transmitidos desde nuestro lejano pasado, tendencias agresivas profundamente arraigadas. Nuestros patrones de agresión difieren poco de los observados en los chimpancés. Pero mientras los chimpancés carecen, hasta cierto punto, del conocimiento del dolor que infligen, sólo nosotros, creo yo, somos capaces de la auténtica crueldad: la deliberada inflicción de dolor físico o mental a criaturas vivas a pesar, o incluso a causa de, nuestro exacto conocimiento del dolor que provocamos. Sólo nosotros podemos torturar. Sólo nosotros, seguramente, somos capaces de lo peor.

Pero no olvidemos tampoco que el amor y la compasión están igualmente arraigados en nuestra herencia como primates, y en esta esfera también nuestra sensibilidad es de un orden superior de magnitud que las de los chimpancés. El amor humano es el éxtasis derivado de la perfecta unión entre el cuerpo y la mente, lo que lleva a unas alturas de pasión, comprensión y ternura a la que no llegan los chimpancés. Y mientras los chimpancés responden, realmente, a la inmediata necesidad de un compañero afligido

aunque ello suponga un riesgo para sí mismos, sólo un ser humano es capaz de realizar actos de autosacrificio con *pleno* conocimiento del precio que quizás tenga que pagar no sólo en el momento mismo, sino también en el futuro. Un chimpancé no posee la capacidad conceptual de convertirse en mártir y ofrecer su vida por una causa.

Así, puesto que nuestra maldad es peor, inconmensurablemente peor, que la peor de las acciones concebibles en nuestros más cercanos parientes, permítasenos confortaros con la consciencia de que nuestra bondad puede ser incomparablemente mejor. Además, hemos desarrollado un sofisticado mecanismo, el cerebro, que nos permite, si así lo queremos, controlar nuestras odiosas tendencias heredadas de agresión. Tristemente, hemos obtenido un pobre éxito a este respecto. Sin embargo, deberíamos recordar que somos la única forma viviente sobre el planeta capaz de reprimir, por elección consciente, los dictados de nuestra naturaleza biológica. Por lo menos, ésa es mi creencia.

¿Y los chimpancés? ¿Se encuentran al final de su progresión evolutiva? ¿O serán esas presiones sobre su hábitat forestal las que, andando el tiempo, los situarán en el camino que tomaron nuestros antecesores prehistóricos, produciendo monos que serán cada vez más humanos? Parece improbable; la evolución no se repite a sí misma. Probablemente los chimpancés se convertirán en algo *diferente;* por ejemplo, podrían desarrollar el lado derecho del cerebro a expensas del izquierdo.

Pero la cuestión es puramente académica. No tendrá respuesta hasta dentro de miles de años, aunque *ahora* ya está claro que los días de los grandes bosques africanos están contados. Si los propios chimpancés sobreviven en libertad, será en aisladas parcelas de bosque avaramente concedidas donde las posibilidades de cambios genéticos entre los distintos grupos sociales serán limitadas o imposibles. Y, a menos que actuemos pronto, nuestros parientes más cercanos sólo existirán en cautividad, condenados, como especie, a la esclavitud del hombre.

XIX. PARA VERGÜENZA NUESTRA

Incluso los chimpancés de Gombe están amenazados por la imparable marcha de la expansión humana. Estaba pensando en esto durante una de mis recientes visitas mientras seguía a un gran grupo de chimpancés hacia los prados abiertos de las cumbres de la cordillera. Me hallaba sin aliento cuando llegamos a nuestro destino, una gran arboleda de *muhandehande.* Cuando los chimpancés, con sonoras expresiones de alegría, empezaron a comer las dulces frutas, me senté en una roca que, a la sombra de un arbolito, conservaba aún el frescor del aire nocturno. Nos hallábamos casi en la cumbre del mundo de los chimpancés, bajo el pálido cielo de la mañana. A nuestros pies la tierra descendía, abrupta unas veces, suave otras, hacia el gris azulado del lago Tanganika. Líneas y manchas verdes emergían justo debajo de los dorados montecillos y de las crestas de las resecas cordilleras y, gradualmente, se oscurecían y espesaban para luego converger en un laberinto de barrancos y gargantas hundidos en los valles densamente poblados de árboles. Hacia el norte, hacia el sur, un valle sucedía a otro valle, llevando cada uno sus arroyos de rápida corriente hacia el oeste, desde la divisoria de aguas, en las cumbres, hasta el lago.

El parque nacional de Gombe, estrecha franja de terreno accidentado que se extiende algo menos de dieciséis kilómetros a lo largo de la costa del lago, constituye un pequeño y conmovedor baluarte para las tres comunidades de chimpancés que viven allí. Porque, aunque aún pacen libremente, están efectivamente prisioneros; su refugio está rodeado por tres de sus lados por ciudades y tierra cultivada, mientras que en la cuarta frontera, la costa del lago, permanecen acampados más de mil pescadores. Sin embargo, estos ciento sesenta chimpancés están más seguros que casi todos los otros chimpancés libres en África, excepto aquellos que ocupan los pocos sitios absolutamente remotos en la zona central del límite de la especie. Por lo menos, en Gombe no hay caza.

Me senté allí, disfrutando de la fresca brisa, contemplando el reducido reino de los chimpancés. Cuando llegué a Gombe en 1960 se podía subir a la cumbre de la cordillera y al este; hasta donde se extendía la mirada todo estaba habitado por chimpancés. Los bosques y las junglas, santuario de la vida salvaje, se extendían sin interrupción desde el extremo norte del lago hasta la frontera sur de Tanzania y hasta más allá. Entonces debían vivir en Tanzania cerca de diez mil chimpancés, mientras que en la actualidad no quedarán más de dos mil quinientos. Pero al menos los que quedan están protegidos en dos parques nacionales, el de Gombe y el área mucho más grande de Mahale Mountains, en el sur. Hay también algunas reservas donde los chimpancés todavía viven en parecida seguridad. Ninguno de los pueblos de Tanzania se come los chimpancés ni la exportación de chimpancés vivos ha sido nunca un negocio floreciente. En muchos otros países africanos en los que todavía viven chimpancés su situación es bastante peor.

A principios de siglo se encontraron chimpancés por cientos de miles en veinticinco naciones africanas. En cuatro países ya han desaparecido completamente. En otros cinco, la población es tan pequeña que la especie no podrá sobrevivir mucho tiempo. En once países las poblaciones no llegan a cinco mil. E incluso las cinco fortalezas centrales de los chimpancés están perdiendo terreno ante el crecimiento de las necesidades y poblaciones humanas. Los bosques son arrasados para viviendas y cultivos. La explotación forestal y minera penetran cada vez más profundamente en sus hábitats naturales, y las enfermedades humanas, a las que todos los chimpancés son susceptibles, penetran con ellas. Además, las menguantes poblaciones de chimpancés se van fragmentando y la diversidad genética se va

perdiendo hasta que, en muchos casos, los pequeños grupos de supervivientes no pueden mantenerse mucho tiempo. En algunos países de África Central y Occidental los chimpancés se cazan para su consumo. Pero incluso en lugares donde no se comen, las hembras a menudo son atrapadas o perseguidas con perros y escopetas, o incluso envenenadas para capturar sus crías y venderlas a negociantes que las introducen en el mercado internacional del espectáculo y en industrias farmacéuticas, o las venden como «animales de compañía» a quien las quiera comprar.

Oí unas risas en un árbol cercano. Las dos hijas de Fifi, Fanni y Flossi, ahítas de comida, habían empezado a jugar. Cuando las miré, la cría más reciente de Fifi, el pequeño Faustino, tocó uno de los frutos que su madre estaba masticando y luego se lamió los dedos. Varios chimpancés, saciado su apetito, bajaron al suelo y se tumbaron. Gremlin y Galahad estaban cerca de mí y, aunque yo las observaba, la cría se durmió, relajada por el acicalamiento de los dedos de su madre. Estaban a ciento cincuenta metros de donde yo estaba y una vez más me sorprendí por la absoluta confianza que mostraban y cuán patéticamente seguros estaban de mi responsabilidad hacia ellos: nunca debía quebrar dicha confianza. Galahad, quizás soñando, agarró de repente el pelo de su madre. Gremlin respondió instantáneamente cogiéndolo, tranquilizándolo incluso mientras dormía, de manera que volvió a relajarse. Mirándolos pensé, como hoy pienso a menudo, en el triste destino de centenares de chimpancés africanos. En las madres muertas, en las crías arrebatadas de sus manos que aturdidas, aterrorizadas y heridas se ven arrastradas a una nueva y amarga vida. Una vida estéril y fría, siempre sin los tranquilizadores brazos de su madre, sin el confort y la nutrición de sus pechos.

El negocio, totalmente morboso, de capturar crías de chimpancés con cualquier objetivo no es sólo cruel, sino además constituye un auténtico derroche. Las armas de los cazadores son en su mayoría viejas e inseguras. Muchas madres escapan heridas, sólo para morir más tarde de sus lesiones. Sus crías seguramente también morirán. A menudo sucederá lo mismo con los jóvenes, particularmente cuando las armas son rudimentarias y cargadas con pedazos de metal. Y si otros chimpancés corren en defensa de la madre y el hijo, dispararán también sobre ellos.

Sólo ocasionalmente los cazadores fracasan. Hay una historia verídica de dos cazadores que partieron en busca de un joven chimpancé. Después de tres días, durante los cuales dispararon sobre cuatro madres, tres de las cuales escaparon heridas y otra fue asesinada junto a su cría, localizaron y mataron a una quinta.

Ésta cayó al suelo, con su cría aún viva. El hombre bajó el arma y fue a coger al aterrorizado crío, que se agarraba con fuerza a su madre moribunda gritando con desesperación. De repente hubo un estruendo en la maleza y un macho chimpancé adulto, con el pelo erizado, cargó hacia ellos. Con un rápido movimiento escalpó-arrancó el cuero cabelludo- a uno de los cazadores. Agarró al otro y lo lanzó contra unas rocas, rompiéndole varias costillas. Luego cogió a la cría y se la llevó hacia el bosque. La primera vez que escuché la historia creí que el pequeño habría muerto. Pero eso fue antes de que viésemos a Spindle cuidando al pequeño Mel, lo que nos permitió suponer que el macho justiciero había mostrado una conducta parecida y que el joven era tan tenaz como Mel. Los dos hombres consiguieron llegar a un hospital, donde se recuperaron y fueron encarcelados después.

Tales incidentes, sin embargo, son poco corrientes. Para la mayoría de las crías la muerte de su madre lleva a un cambio radical y provoca una sucesión de nuevas experiencias. Después de esa brutal separación, la cría debe soportar la pesadilla de un viaje a un poblado

nativo o al campamento del comerciante. El cautivo, a menudo con los pies y las manos atados con cuerdas, se ve metido en una pequeña caja o cesta, o guardado en un saco sofocante. Y con el profundo cambio, con el nuevo ambiente de cautividad, la libertad, la comodidad y la alegría quedan muy, muy lejos. Y no nos olvidemos que una cría de chimpancé sufre de la misma manera, emocional y mentalmente, como sufriría un niño humano.

Muchos jóvenes no sobreviven a estos viajes porque en ruta no reciben la menor atención. Los que resisten llegan en un estado lamentable. Muchos están heridos, todos deshidratados, sufriendo por el «shock». Es muy improbable que recobren la confianza y la alegría, ya que las condiciones que prevalecen en tales lugares son típicamente precarias y los niveles de cuidados atroces. Y mientras esperan el embarque hacia su destino final, más crías morirán aún. Los supervivientes deben soportar el traslado a distintos lugares alrededor del mundo. Los retrasos en los aeropuertos son corrientes y pocos alimentan a los animales cautivos. A menudo la salida es de hecho ilegal, por lo que los traficantes, y quienes los pagan, hacen lo posible por ocultar la naturaleza de la carga. Estos traficantes son auténticos malvados. Engordan y se enriquecen con la sangre de estos inocentes, como los que traficaban con esclavos humanos hace muchos años.

Es sorprendente que algunos jóvenes salgan vivos de esos cajones de transporte llenas de aire viciado. Pero a veces lo consiguen, contra todo pronóstico. Como los supervivientes de los campos de concentración del Tercer Reich, estos pequeños chimpancés muestran una sorprendente tenacidad para sobrevivir. Pero incluso su llegada no es necesariamente el final del trayecto; algunos deben viajar por tortuosos caminos para que su país de origen quede disimulado. Es por eso que pueden ser importados como *nacidos en cautividad a* países que no aceptan importar chimpancés *nacidos en libertad* procedentes de África. Y por eso el número de vidas malgastadas continua creciendo. Estos jóvenes que, eventualmente, llegan vivos a su punto de destino final suelen estar tan débiles, tan castigados emocionalmente, que es imposible que recuperen la salud. Se ha estimado que entre diez y veinte chimpancés mueren por cada cría que sobrevive al final de su primer año en su último destino.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando el grupo de chimpancés, alimentado y descansado, empezó a bajar de la montaña. Cuando seguía a Fifi y a su familia mi placer del principio se veía turbado por una profunda depresión. La vista de Faustino disfrutando de las atenciones de su madre y sus dos hermanas mayores me recordaba constantemente a todas las crías arrebatadas tan bruscamente de parecidos grupos familiares.

¿Qué ocurre con los pocos que sobreviven al horror de la captura y el transporte? ¿Qué les ofrecemos como recompensa a su resistencia? Demasiado a menudo, sus vidas serán tan desdichadas y tristes que más les hubiera valido morir durante aquellos primeros meses de su cautiverio a manos humanas. Muchas crías nacen en cautividad con un futuro igualmente crudo. Lo mejor que estos chimpancés prisioneros pueden esperar es terminar en un buen zoológico. Y es triste decirlo, pero son pocos aún los zoológicos que ofrecen buenas condiciones de vida a los chimpancés. A causa de que los chimpancés adultos son demasiado fuertes y escapan con facilidad, las jaulas que pueden proporcionarles un ambiente adecuado son caras. Por eso innumerables chimpancés languidecen en pequeñas celdas de barrotes de acero y suelo de cemento en todas parte del mundo. Algunos de estos desgraciados tienen dos o tres compañeros con quien compartir su encarcelamiento; otros deben sufrir solos más de cincuenta años de completo aburrimiento. Se frustran y se vuelven apáticos y, finalmente, psicóticos. Las condiciones tienden a ser particularmente

tristes en muchos zoológicos africanos y del Tercer Mundo, cosa apenas sorprendente en vista del hecho de que también centenares de Beses humanos deben soportar allí la miseria. Pero no hay excusa para las sorprendentes condiciones que aún prevalecen en muchos zoológicos de Europa y los Estados Unidos.

Tampoco hay excusa para el abuso de chimpancés jóvenes en la costa sur de España y en las zonas costeras de las Islas Canarias. Estos jóvenes, traídos ilegalmente al país desde África, están sujetos a años de miseria en manos de un grupo de fotógrafos que hacen su negocio durante la temporada de vacaciones, ofreciendo a los turistas la oportunidad de ser fotografiados sosteniendo a un joven chimpancé vestido con ropas de niño. Las fotos sirven como recuerdo de unas placenteras vacaciones al sol en un país que parece más exótico a causa de la presencia de animales salvajes. Después de todo, no se pueden ver chimpancés en los paseos de Brighton, ni en Blackpool, ni en la Riviera Francesa.

El turista casual no tiene ni idea del sufrimiento infligido a estas patéticas crías. Durante el día los obligan a transitar bajo un sol de justicia. Por la noche, algunos deben soportar clubs nocturnos y discotecas, donde sus ojos se inflaman en una atmósfera cargada de humo y cuyo ruido debe ser angustioso para sus sensibles tímpanos. Llevan los pies metidos en zapatos que no tienen la forma adecuada para sus dedos. Llevan pañales (que apenas se cambian) bajo unos pantalones de plástico de manera que sus traseros se irritan, con el consiguiente dolor. La mayoría de ellos están muy drogados. Se les disciplina a golpes y a algunos también con la punta de un cigarrillo encendido. A medida que envejecen se les arranca los caninos de leche, y a veces también otros dientes, para evitar el riesgo de que muerdan al cliente. A los cinco o seis años son demasiado grandes y fuertes para este trabajo; entonces son sacrificados o vendidos a los comerciantes.

Gracias a los persistentes esfuerzos de una pareja británica que vivía en España, Simon y Peggy Templar, se ha aprobado una nueva legislación que permite a las autoridades confiscar chimpancés sin permiso. Yo estaba presente cuando dos de estos jóvenes fueron trasladados desde el asilo de los Templar en España a un refugio en Inglaterra.

Uno de ellos, Charlie, había sido rescatado pocas semanas antes de que llegásemos. Tenía seis o siete años. Le habían arrancado todos los dientes, excepto tres caninos y los molares, que estaban saliendo. Estaba delgado, casi demacrado. Y sus movimientos eran lentos, como los de un anciano; parecía muy sabio para su edad y abrumado por sus experiencias de la vida. Sus ojos parecían mirar sólo hacia dentro, hacia su sufrimiento.

Un veterinario británico, Kenneth Pack, que había estado ayudando a los Templar durante años, estaba allí con su pistola somnífera para que los chimpancés pudiesen guardarse en las cajas de viaje. Cuando le puso una inyección a Charlie, éste miró tranquilamente al dardo enganchado en su brazo, con su pequeña aguja roja; luego se la retiró y la examinó cuidadosamente. Sacó la aguja, luego intentó volverla a poner. Entonces, ante mi incredulidad, intentó inyectarse a sí mismo. Desde luego fracasó, puesto que no había aguja. Vino hacia mí y me entregó la jeringa. Pero cuando se la iba a coger, él dirigió mi mano, sosteniendo la jeringa, hacia su brazo.

Los Templar habían descrito cómo algunos de los jóvenes confiscados que recogieron pasaron los horribles síntomas del «mono», a veces durante varias semanas. Cuando vi a Charlie, con su cara triste, con su vieja cara de joven, me puse enferma. Aquí teníamos un adicto intentando darse un «chute».

Y también están los chimpancés utilizados en la industria del espectáculo, en circos y películas. Desde luego es posible entrenar a los chimpancés con amabilidad, pero las pulidas actuaciones de los chimpancés estrella, tales como aquellos que aparecen en las

películas de Tarzán, *Project X, Bedtime for Bonzo,* etc... se consiguen, casi sin excepción, a base de crueldad. En el plató la brutalidad es rara; no sería tolerada. Pero durante las sesiones de entrenamiento los futuros actores no humanos son rutinariamente golpeados. El entrenador suele utilizar una cachiporra envuelta en papel de periódico. Cuando el entrenamiento continua en el estudio, en presencia de actores humanos, el rollo de papel es el símbolo que asegura la obediencia instantánea.

Muchos chimpancés cautivos acaban como animales domésticos, particularmente en África. La mayoría pertenecen a personas que los rescatan, acurrucados y miserables, de un mercado o de la cuneta. Sus madres han sido abatidas, troceadas y vendidas como carne. Las crías tienen poca carne y los cazadores, si tienen suerte, pueden sacar más dinero vendiéndolos como animales de compañía. Y así el negocio continúa.

En un principio estos jóvenes son fáciles de cuidar en casa. Vestidos con pañales son como muñecos vivos, dóciles, afectivos y lindos. Pueden estar mimados y bien cuidados y cuando los propietarios se toman la molestia de proporcionarles una dieta nutritiva, seguridad y amor, las crías disfrutarán de esa clase de vida, aunque sea poco natural. Pero cuando crecen son más difíciles de llevar y a los cuatro o cinco años se han convertido ya en una molestia. Son fuertes y curiosos. Quieren investigar su entorno. Suben por las cortinas, lo rompen todo, asaltan la nevera, cierran con llave los armarios. Deben ser disciplinados cada vez más y se resienten ante los castigos. Cogen fuertes rabietas y muerden. Y por eso son desterrados de la casa, a menudo a pequeñas jaulas en la terraza. Un chimpancé, Sócrates, había estado en una prisión así durante meses cuando lo conocí. La historia del sufrimiento que había conocido en sus escasos tres años estaba claramente escrita en su cara.

Whiskey estuvo encadenado. Yo había visto fotografías suyas atado en la parte de atrás de un garaje, pero incluso así no estaba preparada para el estallido de pura rabia que me barrió cuando lo vi. Su celda tenía el suelo de hormigón y las paredes de ladrillo y metro cincuenta por metro ochenta. Había una pequeña abertura en el desvencijado techo. El pequeño cubículo se hallaba junto a un urinario de tipo asiático, algo más que un agujero en el suelo con la puerta medio abierta. Probablemente el «hogar» de Whiskey había tenido el mismo uso alguna vez.

«Es como un hijo para mí» dijo el sonriente árabe. Lo miré, pasmada, ¿Era estupidez o insolencia lo que le llevaba a presentarme a un «hijo» atado con una cadena de medio metro a un poste de acero detrás de un urinario abandonado? Miré a Whiskey y me encontré con su mirada interrogadora. «Su cadena se alarga por la noche», dijo su «padre». «Así se puede mover por el garaje». Sí, pensé, por la noche, cuando el chimpancé duerme. Fui hacia Whiskey y él puso sus brazos a mi alrededor, devolviéndome un abrazo.

Mientras me marchaba comenzó a dar volteretas, tirando de la cadena y golpeando el muro con las manos y los pies. Miró hacia mí; luego arrojó una piel de plátano, que fue todo lo que pudo encontrar en su prisión. Me habían dicho que solía arrojar excrementos, pero lo habían limpiado todo para mi visita.

¿Qué ocurre con estos desafortunados chimpancés cuando se hacen realmente grandes y fuertes, en la adolescencia? ¿O cuando sus propietarios abandonan el país? Algunos van a parar a un zoológico local donde, aunque tengan las mejores intenciones, los fondos son limitados. Además, los dueños tienen sus propias familias que cuidar y el coste de los chimpancés es demasiado elevado. Cuando los zoológicos no acogen a los jóvenes chimpancés suelen matarlos, ya que la mayoría de los países prohíben su exportación legal. Con demasiada frecuencia no hay asilo para ellos en el país que les corresponde.

También hay muchos chimpancés como animales de compañía en los Estados Unidos. Allí, sus «cariñosos» propietarios dilatan cuanto pueden el momento de la separación. A algunos chimpancés se les extraen los dientes. Una hembra joven tenía los dos pulgares amputados para que así no pudiese (pensaba su «madre») subir a las cortinas y romperlas. Pero al final estos miembros simios de la familia usualmente tienen que irse. Y en ese momento es difícil para ellos ajustarse a ser chimpancés. Toda su vida han sido enseñados a comportarse como humanos. ¿Qué será de ellos, de estos patéticos proscritos? De ninguna manera es fácil colocar chimpancés criados en hogares y abandonados en los zoológicos americanos, ya que tienden a ser socialmente ineptos y malos reproductores. A menudo se venden a comerciantes. Acaban en zoológicos secundarios, exhibidos en minúsculas jaulas para que los ignorantes les molesten. O en laboratorios de investigación médica.

¿Y qué ocurre con el montón de chimpancés utilizados por los científicos porque son tan parecidos fisiológicamente a los humanos? ¿Cómo les tratan quienes utilizan sus cuerpos vivos para intentar aprender más sobre las enfermedades humanas, la adicción a las drogas o las enfermedades mentales? Ciertamente, no como invitados de lujo en los laboratorios. En realidad, a muchos de ellos se les mantiene en condiciones similares a las que soportaron los convictos de épocas pretéritas. Pero estos chimpancés no sólo son inocentes de cualquier crimen, sino que están ayudando a aliviar el sufrimiento humano. Incluso en el mejor de los laboratorios, donde los grupos reproductores disponen de espacios exteriores relativamente grandes, los chimpancés utilizados en experimentos viven encerrados en jaulas relativamente pequeñas con reducidos espacios externos. Y en algunos de los laboratorios que he visitado, los chimpancés se guardan en condiciones que sólo pueden ser descritas, en el mejor de los casos, como ausencia de comprensión de las necesidades del inquilino, y en el peor, como sorprendentemente crueles.

El primer laboratorio que visité estaba en Rockville, Maryland. Había visto un vídeo tomado durante una visita subrepticia, pero aun así no estaba preparada para el mundo de pesadilla en el que fui introducida por sonrientes hombres de blanco. Cuando les seguí, con la puerta exterior ya cerrada, desapareció toda la luz del cielo. Nos dirigimos por pasillos subterráneos poco iluminados y me enseñaron habitación tras habitación llenas de pequeñas jaulas, colocadas una sobre la otra, en las que los monos daban vueltas sin parar. Luego había una habitación donde jóvenes chimpancés, de dos o tres años, vivían apretados de dos en dos, en pequeñas cajas que medían 55 por 55 centímetros y 60 de alto, según me dijeron. Apenas podían moverse. Aún no formaban parte de ningún experimento y ya llevaban allí más de tres meses. Aquellas jaulas estaban colocadas en cajas metálicas que parecían hornos microondas, ya que cada prisionero podía mirar fuera sólo a través de un panel de vidrio. ¿Y que podían ver? El muro de enfrente. ¿Y qué había en la jaula para proporcionar distracción, comodidad, estímulo? Nada. Nada, excepto sus propios excrementos y, de vez en cuando, algo de comida.

Sí, había dos chimpancés en cada jaula, así que como mínimo tenían al otro que les hacía compañía. Pero no por mucho tiempo. Una vez inoculados -con hepatitis, SIDA o cualquier otra enfermedad vírica- se verían separados y, como los otros que vi ese día, colocado solos en otras jaulas. Miré a uno de estos chimpancés mayores, una hembra juvenil, moverse de un lado a otro, aislada del mundo exterior dentro de su habitación metálica. Permanecía en semioscuridad. Todo lo que podía oír era el incesante rugido del aire corriendo por los ventiladores de su celda. Cuando uno de los técnicos la levantó, se sentó en sus brazos como una apática muñeca de trapo. Siempre me veré perseguida por esos ojos, y por los ojos de los otros chimpancés que vi ese día. Eran apagados e

inexpresivos, claramente vacíos de esperanza. ¿Alguna vez habéis mirado a los ojos de una persona que, sometida a una fuerte tensión, se ha rendido, ha sucumbido completamente al abandono de la desesperación? Una vez vi un niñito africano cuya familia toda había encontrado la muerte durante una lucha en Burundi. Él también miraba al mundo sin verlo, desde unos ojos apagados e inexpresivos.

A menos que los cambios prometidos se realicen por fin, allí seguirán los chimpancés durante los siguientes tres o cuatro años. Durante este tiempo quedarán permanentemente afectados, emocional y psicológicamente.

Estas jaulas no cumplen con las regulaciones sobre el bienestar de los animales. Pero aunque así lo hicieran la diferencia hubiera sido mínima. Me ha entristecido encontrar tantos científicos y personal de laboratorio que no ven nada malo en el tamaño mínimo legalmente obligatorio para las jaulas en los Estados Unidos. Cientos de chimpancés se ven confinados, en absoluta soledad, en cárceles de poco más de dos metros cuadrados por dos metros de alto. Estos seres, altamente sociales e inteligentes, cuyas emociones son tan parecidas a las nuestras, pueden permanecer encerrados en estas cajas metálicas de por vida. Durante más de cincuenta años.

Imaginemos lo que debe ser permanecer encerrados en una celda de ese tipo, rodeados de barrotes; barrotes en cada lado, encima y debajo. Y sin nada que hacer. Nada con lo que huir de la monotonía de los larguísimos días. Sin contacto físico alguno con alguien de tu especie. El contacto físico amistoso es terriblemente importante para los chimpancés. Aquellas largas y relajadas sesiones de acicalamiento social son importantísimas para ellos.

Nunca podré olvidar la primera vez que miré a los ojos de un macho completamente adulto aprisionado en una de estas jaulas estándar de laboratorio. Un neumático viejo que colgaba de los barrotes superiores era lo único que había en aquella prisión, excepto él mismo. Había otros nueve chimpancés macho en la tétrica sala subterránea. No había ventanas. Nada que ver, excepto los otros prisioneros. Los muros eran de un blanco uniforme; las puertas, de acero. Los ruidos de los chimpancés resonaron y vibraron en ellos cuando llegué acompañada de una veterinaria. Cuando gritaban y se movían golpeando los barrotes de sus prisiones, el ruido se hacía insoportable.

Cuando se calmaron miré a los ojos de Jojo. No vi odio; eso hubiese sido más fácil de soportar. Sólo desconcierto, gratitud de que yo me parase a hablar con él, de haber roto el insoportable aburrimiento del día. Pensé entonces en los chimpancés de Gombe, libres para correr por los bosques, libres para jugar y acicalarse y hacer nidos en las verdes ramas. Jojo alargó un gentil dedo y tocó mi mejilla húmeda de mis lágrimas, que se deslizaban en mi mascarilla de laboratorio.

En Austria, en las afueras de Viena, tuvo lugar otra visita de pesadilla. Para llegar allí atravesé unos paisajes maravillosos. El sol brillaba. En el laboratorio los chimpancés estaban encerrados en el sótano. Era un flamante edificio nuevo para la investigación del SIDA y cualquiera que se acercase a los chimpancés estaba obligado a llevar un pesado traje protector. Parecía un traje de astronauta. Me dijeron que me ahogaría si no conectaba mi tubo respiratorio a la salida de aire en todas las habitaciones que debía visitar. Cuando me puse el casco y sentí unas manos cerrándolo por atrás, tuve un momento de pánico. Mi guía desapareció en una ducha química para esterilizar su traje. Esperé los minutos prescritos, mirando a través de mi visor, y avancé torpemente detrás de él.

La pesada puerta cerraba herméticamente. En cada una de las tres pequeñas cámaras a las que me llevaron habían dos chimpancés, cada uno prisionero solitario en una jaula de dos metros cuadrados. Unas sábanas de algún tipo de plexiglás o plástico colgaban entre las

jaulas y a través de ellas se supone que los animales podían verse. Recuerdo que la mayoría de ellos nos miró cuando entramos a la habitación. Una chimpancé pareció excitarse, o asustarse; no puedo especificarlo. Se acercó a los barrotes para buscar la seguridad de una mano torpe y enguantada. Cuando nos fuimos se hundió en la apatía; al menos nada se oyó cuando se cerraron las puertas.

A través de ese breve recorrido por aquellas cámaras subterráneas sentí que estaba en un mundo de fantasía, lejos de la realidad. Intenté imaginarme un hospital con enfermos de SIDA -enfermos humanos- donde todos los médicos y enfermeras se movieran grotescamente vestidos con trajes espaciales y donde todos los visitantes tuviesen que ponerse los mismos trajes protectores. ¡Cuánto se debieron aterrorizar los chimpancés la primera vez que vieron una de esas monstruosas siluetas y oyeron esas voces distorsionadas por el casco! Ahora ya están acostumbrados. Para ellos, el mundo exterior, el mundo real con árboles y cielo y el confort del contacto cotidiano y amistoso con otros seres vivos, ha desaparecido para siempre.

¿Como pueden tolerar estas condiciones las personas que trabajan con chimpancés? ¿No tienen sentimientos, ni compasión? ¿Han perdido la comprensión? ¿Son sádicos, que disfrutan de su poder y su control sobre esas potencialmente peligrosas criaturas? Creo que en su mayor parte las actitudes de los equipos vienen obligadas por el sistema científico. El personal recién empleado se sorprende por lo que ve. Algunos abandonan, incapaces de soportar el sufrimiento que les rodea, sintiéndose impotentes para ayudar. Y muchos de los que aguantan gradualmente van aceptando la crueldad, creyendo (u obligándose a creer) que es parte inevitable de la lucha para reducir el sufrimiento humano. Algunos de ellos se endurecen en el proceso, pues «toda compasión frena al trabajo».

Afortunadamente para los chimpancés, hay personas compasivas que no se conforman con las condiciones de los laboratorios, pero que se quedan en ellos porque creen que de esta manera pueden ayudar a mejorar las cosas para los chimpancés. Uno de ellos es el Dr. James Mahoney, que cuida esmeradamente a los 250 chimpancés a su cargo. Fue Jim quien me presentó a Jojo. Y ese día, cuando me arrodillé en el suelo reprimiendo mis lágrimas Jim, que había salido para hablar con otros chimpancés, vino y vio mi tristeza. Se agachó y me rodeó con sus brazos. «No hagas eso, Jane» dijo. «Yo tengo que soportarlo cada día de mi vida.»

Y eso, desde luego, hace la angustia peor. Jim es una de las personas más gentiles y compasivas que conozco. Esa visión infernal que durante tanto tiempo debe resistir, añadía una nueva dimensión a mi comprensión. Las condiciones de los laboratorios no deben mejorar sólo por los chimpancés, sino también por las personas que los cuidan. Por esos técnicos cuyos propios ojos se llenaban de lágrimas cuando les preguntaba cómo podían soportar supervisar la separación de madres e hijos, la separación de un despreocupado joven de la guardería para que empiece su vida en la cárcel. Sé que mis visitas les llevan nuevas esperanzas, coraje para luchar por las mejoras. Y por eso, por ellos y por los chimpancés, vuelvo una y otra vez. Vuelvo a lo que para mí es el infierno.

Desafortunadamente, aquellos que trabajan desde dentro para mejorar las condiciones tienen que afrontar difícil tarea que debemos agradecer. Por un lado, la mayoría de sus colegas no tienen la menor idea del comportamiento *real* de un chimpancé. Los únicos que conocen son los chimpancés de laboratorio. Y los chimpancés de laboratorio, privados de casi todo lo que necesitan para su comodidad y para su estimulación mental, probablemente son malhumorados e incluso perversos. Pueden escupir y arrojar heces, agarrar y morder. En parte es debido a la frustración; en parte, porque intentan establecer algún contacto con

la gente y en parte también porque no tienen nada más que hacer. Estos chimpancés son pobres embajadores de su clase y no es sorprendente que a muchos técnicos no les gusten e incluso que los teman.

Es verdad que en algunos laboratorios los chimpancés parecen estar en condiciones razonablemente buenas, a pesar de su esterilizado ambiente. Suele creerse erróneamente que si los animales parecen sanos, comen bien y, sobre todo, se reproducen satisfactoriamente el porque están contentos; por lo tanto, su entorno es adecuado. No se necesita un cambio. Desde luego esto no es cierto; ciertamente no lo es cuando se trata de seres humanos. Incluso en los campos de concentración nacieron bebés, y no hay una buena razón para creer que es diferente para los chimpancés.

En general, los científicos que diseñan las condiciones experimentales bajo las que tiene que desarrollarse su investigación olvidan que están tratando con seres vivos dotados de sentimientos. Insisten en que los animales sean tratados de la manera tradicional. Creen que sólo así sus experimentos y pruebas darán resultados fiables. Opinan que es *necesario* un entorno tétrico, estéril y restrictivo para los animales de laboratorio. Las jaulas deben ser estériles, sin cama ni juguetes, porque así es menos probable que los animales cojan enfermedades o parásitos. Y, desde luego, las jaulas deben ser fáciles de lavar; pequeñas, porque de otra manera es difícil tratar a los sujetos, inyectarlos o extraerles sangre. Los chimpancés deben ser enjaulados individualmente para evitar el riesgo de infecciones cruzadas.

De hecho, las cosas no necesitan ser así; hay laboratorios donde actitudes más humanas han llevado a mejorar las condiciones. Las jaulas pueden ser mayores porque se puede enseñar a los chimpancés a acercarse y enseñar sus nalgas para ponerles una inyección, o sus brazos para una extracción de sangre. Pueden aprender a trasladarse a jaulas más pequeñas para otro tipo de tratamientos. Se les puede persuadir de que intercambien juguetes, mantas etc. por comida, para que la limpieza de la jaula sea más fácil. Y hay incluso algunos laboratorios donde los chimpancés solitarios son la excepción y no la regla. Recientemente unos eminentes inmunólogos y virólogos de Estados Unidos y Europa han publicado un artículo que afirma que, en general, los experimentos que tradicionalmente han necesitado chimpancés encerrados individualmente, pueden ser adaptados satisfactoriamente a parejas de chimpancés. Esto significa, que todos los chimpancés utilizados en investigación sobre hepatitis y SIDA (la mayoría de animales de experimentación), se empieza a vislumbrar el final del confinamiento en solitario. Desde luego, cualquiera que enjaulase a un chimpancé individualmente debería ser obligado a probar convincentemente ante un grupo de científicos cualificados la necesidad de tales condiciones inhumanas, particularmente en vista del aumento de la evidencia de que tales condiciones, que producen animales estresados, no sólo son crueles sino que, de hecho, pueden alterar los resultados de los experimentos. Puesto que el estrés afecta al sistema inmunológico, los datos recogidos sobre la eficacia de un medicamento recogidos de un sujeto estresado pueden ser engañosos.

Por desgracia todos nosotros, los que estamos luchando para mejorar las condiciones de los laboratorios, vamos en contra del sistema establecido. Y éste opone el sufrimiento de los animales experimentales al sufrimiento de los humanos. Las reformas, argumentan, son costosas. Si los chimpancés disponen de jaulas más grandes, grupos sociales y un ambiente mejorado, así como mejores cuidados costará mucho más. Acabarían por detenerse algunos experimentos cruciales y esto, dicen, se pagará en términos de sufrimiento humano. Por supuesto, ello no es cierto.

La investigación realmente esencial continuaría. Es difícil, en términos morales, justificar cualquier utilización de los chimpancés como tubos de ensayo vivientes incluso bajo las mejores condiciones. Que podamos tolerar dicha utilización continua en condiciones de laboratorio tales como las que he descrito es un maldito indicativo de los valores éticos de nuestro tiempo.

De hecho, soplan los vientos del cambio. Las actitudes hacia animales no humanos están cambiando a la vez que el gran público es cada vez más consciente de la crueldad que nos rodea.

En algunos centros de primates de todo el mundo se discuten con regularidad los valores éticos en el uso y manutención de nuestros más cercanos parientes, y ha habido y hay intentos para mejorar las condiciones. En algunos laboratorios existen grandes recintos exteriores para los grupos de reproducción, y los animales de experimentación son, al menos, enjaulados en parejas y con acceso al exterior. Se están introduciendo programas diseñados para enriquecer la vida de los inquilinos en más y más laboratorios, no sólo para beneficio de los chimpancés, sino también para el bienestar mental de quienes los cuidan. Estos programas no implican necesariamente el desembolso de grandes cantidades de dinero; un día será mucho más distraído para un chimpancé si se le da, por ejemplo, una revista para leer, o un peine, o un cepillo de dientes y un espejo, o un simple tubo de plástico lleno de pasas o caramelos y un par de ramitas que pueda utilizar como herramientas para sacarlos. Se están planeando modos más sofisticados para aliviar el aburrimiento, como los videojuegos.

Una de las inesperadas recompensas que he encontrado mientras me implicaba con mayor intensidad en las tareas de conservación y trato, ha sido el conocimiento de tanta gente dedicada, cuidadosa y comprensiva que libran la misma batalla, luchando por mejorar las condiciones de los chimpancés en cautividad, para reducir el sufrimiento, para crear santuarios para individuos maltratados o huérfanos y para conservar los hábitats naturales. Estas notables personas ofrecen su tiempo, su dinero -y a veces su salud- para ayudar a los chimpancés en esta hora terrible de sufrimientos. Geza Teleki, por ejemplo, se quedó prácticamente ciego de una enfermedad incurablemente cuando trabajaba para el gobierno de Sierra Leona para crear un parque nacional específicamente para chimpancés. Esa gente ha conseguido mucho, luchando solos a menudo contra poderosos adversarios. Y ahora, como si un director invisible hubiera movido repentinamente la batuta, muchas de estas personas están uniendo sus fuerzas. Esto será, inevitablemente, muy beneficioso para los chimpancés de todo el mundo (para una lista más completa de los esfuerzos para ayudar a los chimpancés, véase Apéndice II).

¿Cuál es, realmente, el futuro del chimpancé en África, del ser salvaje, libre y majestuoso que hemos llegado a conocer tan bien? Lo mejor que podemos esperar son series de parques nacionales o reservas, bien protegidos con zonas «tapón», donde los chimpancés y otras especies salvajes puedan vivir naturalmente y en paz. No hay duda que, de alguna manera, esto se logrará. Desde luego es necesario persuadir a los gobiernos de los países implicados de que vale la pena, de que la conservación de los recursos naturales es mejor que su explotación inmediata para el provecho instantáneo. Los proyectos de investigación atraen divisas extranjeras. El turismo aún más. Los dos deben ser planeados conjuntamente para que el flujo de visitantes no moleste a los investigadores ni, lo que es más importante, a los animales. Los programas de educación despiertan la conciencia de la población local. Empleando como trabajadores de campo a los habitantes de las inmediaciones de las áreas reservadas, como hemos hecho en Gombe, se ayuda a la

economía local y, lo que es igualmente importante, se genera el entusiasmo de la gente implicada, entusiasmo que se extiende a familiares y amigos. Esta es una de las razones por las que los chimpancés de Gombe están tan a salvo de la caza.

Debemos recordar que la gente que vive en áreas calificadas recientemente de protegidas pueden tener derecho a sentirse resentidas. ¿Por qué deben ser privados de una tierra que sus antepasados han utilizado durante generaciones? La conservación, la educación y el lujo de los dólares del turismo no son suficiente recompensa. Los imaginativos proyectos agro-forestales alrededor de las reservas forestales y de los parques -la plantación de árboles para madera, carbón vegetal, construcción de postes, etc.- no sólo protegen a las especies indígenas, sino que permiten a la gente utilizar la tierra como nunca lo hicieron en los tiempos pasados. ¡Algunos conservacionistas tienden a olvidar que los hombres también son animales!

No puedo cerrar este capítulo sin compartir una historia que tiene para mí un significado realmente simbólico. Trata de un chimpancé cautivo, Old Man, que fue rescatado de un laboratorio o un circo cuando tenía unos ocho años y vivía con tres hembras en una isla artificial en un zoológico de Florida. Había estado allí durante muchos años cuando un joven, Marc Cusano, fue empleado para cuidar de los chimpancés. «No vayas a la isla», le dijeron a Marc. «Esos brutos son peligrosos. Te matarán.»

Al principio Marc obedeció las instrucciones y echaba la comida a los chimpancés desde un bote. Pero pronto se dio cuenta de que no los podía cuidar adecuadamente a menos que estableciese algún tipo de relación con ellos. Empezó a acercarse más y más cuando los alimentaba. Un día Old Man alargó la mano y cogió un plátano de la mano de Marc. ¡Cuánto me acuerdo de la primera vez que David Greybeard, en Gombe, cogió un plátano de mi mano! Y, como sucedió conmigo y David, ese fue el principio de una relación de mutua confianza entre Marc y Old Man. Unas semanas después Marc ya fue a la isla. Terminó por acicalar e incluso jugar con Old Man, aunque las hembras, una de las cuales tenía un bebé, se mostraban menos abiertas.

Un día, cuando Marc estaba limpiando la isla, resbaló y cayó. Esto sorprendió a la cría, que gritó; su madre, despierto su instinto materno, saltó para atacar a Marc. Le mordió en el cuello cuando estaba en el suelo boca abajo, y él sintió la sangre correr por su barbilla. Las otras dos hembras corrieron para socorrer a su amiga. Una le mordió en la muñeca; la otra en la pierna. Marc había sido atacado antes, pero nunca con tal ferocidad. Pensó que todo había terminado para él.

Y entonces Old Man acudió al rescate de aquel su primer humano amigo en muchos años. Apartó a las hembras y las ahuyentó. Entonces se quedó cerca, manteniéndolas apartadas, mientras Marc se arrastraba lentamente hacia la barca. «Sabes, Old Man me salvó la vida», me dijo Marc después, cuando salió del hospital.

Si un chimpancé -uno, además, que ha sido maltratado por los humanos- puede saltar la barrera de las especies para ayudar a un amigo humano en necesidad, seguro que nosotros, con nuestra más profunda capacidad de compasión y comprensión, podemos ayudar a los chimpancés que hoy nos necesitan tan desesperadamente ¿verdad?

XX. CONCLUSIÓN

Hace treinta años que empecé a estudiar a los chimpancés. Treinta años durante los cuales se han producido muchos cambios en el mundo, incluyendo nuestra manera de pensar sobre los animales y el medio ambiente. Mis propios viajes personales durante este periodo, a través de los pacíficos bosques de Gombe y de los espinosos muros levantados alrededor de los temas del bienestar de los animales y su conservación, me han llevado a recorrer un largo camino desde que, siendo una joven e ingenua chica inglesa desembarqué con mi madre en la playa de Gombe con tanta ilusión. Pero aquella chica todavía está ahí, todavía forma parte de mi yo más maduro, susurrando excitadamente en mi oído cuando observo algo nuevo o fascinante sobre el comportamiento de los chimpancés; no sólo en Gombe, sino también en cautividad. Cuando veo de cerca un recién nacido, cuando una madre tiende los brazos con una pizca de preocupación para recoger a su hijo extraviado, cuando uno de los grandes machos carga con el pelo erizado y los labios apretados de magnífico orgullo, me emociono tan intensamente como en mis primeros meses de estudio.

Mis viajes entre los chimpancés se han visto enriquecidos con las experiencias más excitadoras y gratificantes que nadie podría haber imaginado al principio. Su cosecha -la comprensión obtenida de las largas horas pasadas con nuestros parientes vivos más cercanos- ha abierto muchas ventanas a un mundo desconocido hace treinta años. ¡Qué afortunada fui cuando el destino dirigió mis pasos hacia Louis Leakey y él, a su vez, me dirigió a mí a Tanzania, donde durante todos estos años he podido seguir a la búsqueda de más y más conocimientos, ayudada y apoyada por uno de los gobiernos más estables, pacíficos e interesados por la conservación del medio ambiente de toda África!

La información recogida en Gombe, junto a la procedente de otros lugares de estudio en África y de la investigación con chimpancés cautivos, nos ha permitido pintar un fascinante retrato de nuestros parientes vivos más cercanos e incluso conocer los gustos de estos complejos seres. Desde luego el retrato está aún incompleto; no hemos sondeado en las profundidades de la agresividad del chimpancé, ni tampoco hemos medido sus máximos de cuidado y compasión. No los hemos estudiado tiempo suficiente; después de todo, treinta años representan tan sólo los dos tercios de la esperanza de vida de un chimpancé. Sobre todo, nuestra experiencia en Gombe ha puesto el énfasis en la necesidad de estudios a largo plazo si lo que queremos es entender la compleja sociedad de estos chimpancés. Muchas de sus conductas sociales sólo empezaron a hacerse patentes cuando habíamos permanecido con ellos el tiempo suficiente para averiguar quién estaba relacionado con quién entre los adultos. Y sólo estando allí año tras año pudimos documentar los estrechos, resistentes y duraderos lazos que se forman entre los miembros de una familia. Además, si la investigación hubiera terminado al cabo de diez años, nunca podríamos haber observado la brutalidad que puede haber en los choques intercomunitarios. Si se hubiera acabado al cabo de veinte años, no podríamos haber registrado la conmovedora historia de la adopción de Mel por el adolescente Spindle. Y ¿quién sabe lo que nos revelará la próxima década? Que habrá más sorpresas, no lo dudo, ya que cada año, de 1960 en adelante, ha traído nuevas recompensas en términos de nuevas observaciones sobre la naturaleza de los chimpancés, nuevos atisbos de cómo funciona su mente. ¡Son seres tan complejos, de comportamiento tan flexible y de individualidades tan marcadas...!

A lo largo de los años nos hemos ido familiarizando con un creciente número de chimpancés, cada uno con su carácter único y personal. ¡Qué rica gama de caracteres, cada

uno moldeado por una compleja interacción de herencia genética y experiencia, vida familiar y momento histórico de su nacimiento! Porque los chimpancés, como los humanos, tienen su propia historia. Epidemias de polio o neumonía y series de violentos contactos intercomunitarios no muy distintos de la guerra humana han causado estragos en la comunidad. Hubo años oscuros, como aquellos en que Passion y Pom, asesinas de crías, caníbales, convirtieron en un peligro para las madres y sus bebés recién nacidos caminar por la aparente paz del bosque. Hubo luchas por el poder tan dramáticas en sus detalles como las que rodean las sucesiones de reyes y dictadores humanos. Y yo he tenido el privilegio, desde los primeros años sesenta, de registrar esos hechos, de compilar la historia de un grupo de seres que no tienen lenguaje escrito propio.

Como en las sociedades humanas, ciertos individuos han desempeñado papeles clave en el modelado del destino de su comunidad. Algunos de los machos adultos que han demostrado cualidades de liderazgo, como determinación, coraje e inteligencia figurarían de manera destacada en los libros de historia de los chimpancés: Goliath Corazón Valiente; Mike el de los Bidones; Humphrey el Bruto; Figan el Grande; Goblin el Tempestuoso. Se hubieran escrito relatos épicos acerca de cómo luchaban y conquistaban el poder. Y otros individuos también han desempeñado papeles importantes. Si no hubiese sido por Hugh y Charlie la comunidad de Kasakela nunca se hubiera dividido. Sin Gigi y el montón de machos excitados que atraía, el grupo bien pudiera haber sido menos agresivo, menos marcial en su actitud hacia los vecinos.

Pero los machos de la comunidad eran fuertes; sus victorias, impresionantes. Imaginemos, si los chimpancés pudieran hablar, las conmovedoras historias que contarían alrededor del fuego sobre la Guerra de los Cuatro Años contra los desertores de Kahama; la liquidación de los machos rebeldes que volvieron la espalda a los amigos de siempre e intentaron hacer su vida. Y qué historias, también, las que podrían contarse sobre cómo repelieron a los invasores de Kalande y Mitumba cuando -según el rumor Humphrey y Sherry perdieron la vida en defensa del reino. Y cómo a las hembras les gustaría cantar alabanzas de Gigi, leyenda viva, Amazona de su comunidad.

La extraña conducta de Passion, infame asesina, y su hija Pom, sería analizada en toda la literatura criminal. Y las madres amenazarían a sus hijos traviesos: «Passion te cogerá si te portas mal».

También los chimpancés tendrían sus propios mitos. Honrarían a los sabios de antaño, que les enseñaron a levantar el suelo y fabricar herramientas para atrapar termitas y hormigas y cómo intimidar a los enemigos con piedras y palos. Y los adolescentes aprenderían a propiciar al gran dios Pan, deidad silvana de todas las criaturas salvajes, con impresionantes ceremonias en las cascadas y danzas de la lluvia en el corazón de la jungla.

Y, desde luego, tendrían un mito relacionado con la Gran Simia Blanca que apareció repentinamente en su vida. Que primero fue recibida con miedo e ira, pero que luego les proporcionaba plátanos mágicamente, como caía el maná del cielo. David Greybeard también figuraría en la leyenda como el único chimpancé que no temía a la Simia Blanca y que la introdujo en el mundo salvaje de su especie.

De hecho, si Louis Leakey no me hubiese enviado a Gombe en 1960 los chimpancés habrían perdido su refugio con toda seguridad. Puesto que entre la población local había un movimiento para cambiar la condición de zona protegida del territorio para poder regresar allí y cultivar la tierra, el interés que mi estudio despertó en todo el mundo aseguró la continuidad de Gombe como zona protegida. Si los chimpancés lo hubieran sabido ¡me habrían convertido en su santa patrona!

En realidad ¿cómo *me* perciben? ¿A mí y a los otros humanos que nos hemos trasladado para observarlos y que hemos participado en la documentación de su historia? Creo que hoy se nos da por sabidos. En el esquema de las cosas de los chimpancés lo más importante son los demás chimpancés, particularmente los familiares y amigos, y el macho dominante del momento. Animales, como monos, jabalíes y otros son también importantes como fuente de comida. Los papiones, a los que ignoran con frecuencia, son considerados asimismo como potenciales competidores por la comida, excepto los jóvenes papiones, a los que los jóvenes chimpancés ven como posibles compañeros de juegos. Y los humanos, en Gombe, son considerados simplemente como otra especie animal, un componente natural del entorno del chimpancé. Como un proveedor de plátanos ocasional que no representa amenaza alguna. A veces irritante, porque suele hacer mucho ruido, pero en general benigno e inofensivo.

Desde luego los chimpancés nos conocen como individuos. Muchos de ellos están más relajados ante mi presencia que ante otros observadores humanos. Creo que la causa es que yo los sigo casi en solitario. Y porque yo me quedaba silenciosamente detrás, sin entrometerme lo más mínimo, a menudo desperdiciando oportunidades de recoger datos adicionales o de conseguir una foto de alguna actitud en concreto, si ello implicaba molestar o irritar a los chimpancés. En general los chimpancés son también muy tolerantes con los trabajadores del campamento de Tanzania, hombres que trabajan con ellos cada día, mes tras mes, año tras año. Pero habitualmente se comportan de manera extraña si se encuentran africanos forasteros en el parque. He estado con chimpancés que, oyendo un grupo de pescadores avanzar por el camino de la costa del lago hasta el poblado, se agazapan quietos y silenciosos en los matorrales o en la hierba alta hasta que pasan los hombres. Algunos de los chimpancés evitan a los turistas; las hembras más tímidas no visitan el campamento a menos que formen parte de un gran grupo, en cuyo caso, evidentemente, hallan seguridad en el número. Pero algunos, particularmente aquellos que crecieron en los días en que había muchos estudiantes, realmente parecían encontrar interesantes a los turistas y sus extrañas costumbres. Al menos así lo parecía cuando Fifi, Gigi o Prof se acercaban a una cámara y se quedaban frente a ella.

Hasta cierto punto, la naturaleza de mi relación con los chimpancés se ha visto constreñida por nuestros métodos de investigación en Gombe. Deliberadamente mantenemos una distancia respecto a los chimpancés; en parte, porque son mucho más fuertes que nosotros y pueden ser peligrosos si pierden su respeto hacia los humanos; en parte, porque debemos influir lo menos posible en su conducta. Sí que tratamos de administrar medicinas si un chimpancé está enfermo o herido o enfermo, pero en general nos limitamos a observar y apuntar. Los chimpancés de ningún modo dependen de mí, ni siquiera por los plátanos que a menudo reciben muy de vez en cuando. Esta es probablemente la razón por la que, como muchos suponen, yo no considero a los chimpancés como una extensión de mi familia. Siento un profundo respeto y consideración por ellos. Me siento infinitamente fascinada por su conducta y puedo pasar horas y días en su compañía. A menudo me preguntan si prefiero a los chimpancés o a los humanos. La respuesta es fácil: prefiero ciertos chimpancés a ciertos humanos; ciertos humanos a ciertos chimpancés. Porque, desde luego, son todos muy diferentes. Uno o dos de los que he conocido, como Humphrey y Passion, me fueron muy antipáticos. Otros, como David Greybeard, Flo, Gilka, Fifi y Gremlin crearon en mi corazón un profundo sentimiento de afecto cercano al amor. Pero es un amor por unos seres esencialmente libres y salvajes. Y como yo no jugaba con ellos ni los acicalaba, ni entraba en sus disputas, es un amor

unilateral: ellos no me corresponden, como haría un niño o un perro. Pero esto de ningún modo minimiza lo que siento por ellos.

Nunca olvidaré cuando estaba sentada junto al cuerpo muerto de Flo y, unos diez años después, bajo el nido donde Melissa respiró por última vez. Cuando recuerdo sus vidas noto una sensación de pérdida, y he lamentado sus muertes tanto como las de algunos amigos humanos. Cuando encontraron al pequeño Getty muerto, con su cuerpo mutilado, quedé aturdida por el shock, y de nuevo me sentí muy triste. Ya no podría volver a verlo jugar con exuberancia, registrar sus innovadores juegos, contento, sin temor.

De todos los chimpancés de Gombe, fue David Greybeard al que tuve en más estima. Su cuerpo nunca fue encontrado. Simplemente dejó de venir al campamento y, cuando las semanas pasaron a ser meses, gradualmente nos dimos cuenta de que no lo volveríamos a ver. Entonces sentí una pena más profunda que la que antes o después he sentido por cualquier otro chimpancé. Estoy contenta de haberme evitado la angustia de verlo muerto. David Greybeard, gentil pero testarudo, tranquilo pero valiente; David Greybeard, el que abrió mi primera ventana al mundo de los chimpancés.

Y cuán mágico es dicho mundo para mí, alejado del bullicio de la sociedad moderna, donde puedo encontrar paz y energía. Un mundo con poder para curar un espíritu maltrecho. Porque en el bosque el tiempo parece no existir y en las vidas de los chimpancés, tan parecidos a nosotros y tan diferentes, hay una cualidad que nos hace enfrentarnos con las realidades básicas. Ellos continúan con su vida y, aunque las cosas a veces pueden ir muy mal, en general disfrutan de la vida por completo.

Hacia Gombe me dirigí, en busca de paz, después de que Derek perdiese su heroica batalla contra el cáncer. Murió en Alemania, donde por un momento pusimos nuestras esperanzas en una milagrosa cura; una esperanza a la que nos agarramos desesperadamente, como tantos otros en las mismas circunstancias. Cuando la esperanza se desvaneció, conocí la amargura y la desesperación que nos invade al perder a alguien a quien amamos. Pasé un corto tiempo con mi familia en Inglaterra. Luego volví a Dar, con todas la tristeza que asociaba a aquella ciudad, mirando cada día el océano índico donde Derek, a pesar de sus piernas lisiadas, había encontrado la libertad nadando entre los corales. Fue un verdadero desahogo dejar la casa y volver a instalarme en Gombe. Porque allí podía esconder mi dolor entre los árboles, encontrar nuevas fuerzas para vivir en los bosques que tan poco deben de haber cambiado desde que Cristo andaba por las colinas de Jerusalén.

Durante aquella época, cuando yo pasaba horas en el campo con escaso interés por recoger datos, me acerqué a los chimpancés si cabía más que antes. Porque yo estaba allí no ya para observarlos o para aprender, sino simplemente porque necesitaba su compañía, silenciosa y libre de compasión. Y a medida que mi espíritu iba sanando gradualmente, iba siendo cada vez más consciente de una empatía intuitiva con los chimpancés, con nuestros más cercanos parientes vivos. Desde entonces me he sentido más en armonía con el mundo natural, con los infinitos ciclos de la naturaleza, con la interdependencia de todas las cosas vivas en la jungla.

Nunca olvidaré mientras viva una tarde que pasé en compañía de Fifi, su familia y Evered. Durante tres horas seguí a los chimpancés, pacíficos y armoniosos, mientras vagaban de un lugar a otro, aquí comiendo, allá descansando y gruñendo mientras los jóvenes jugaban. Hacia el final de la tarde se dirigieron hacia el valle de Kamombe siguiendo el torrente de Kakombe hacia el este guiados por las higueras *-mtobogolo,* como les llaman los nativos- que crecen cerca de la cascada de Kamombe. Mientras nos acercábamos, el rugido del agua al crecer aumentó en el suave aire verdeante. Evered y

Freud, con el pelo erizado, aceleraron el paso. De repente vimos la caída del agua a través de los árboles, formando una cascada de ciento cincuenta metros o más. Siglo tras siglo el agua ha ido excavado un profundo agujero en la dura roca. En la otra orilla colgaban lianas enredándose en la pared rocosa. Los helechos, de un verde vívido, se movían sin cesar en el viento creado por la caída del agua a través del rocoso canal.

De repente Evered cargó hacia adelante, saltando para agarrar uno de los racimos colgantes, balanceándose sobre el torrente por entre el agua pulverizada. Un momento después Freud se le unió. Los dos saltaban de una liana a la siguiente, columpiándose por el espacio, girando sobre sí mismos colgados de sus amarres. Frodo apareció en la ribera de la corriente, tirando roca tras roca, con la piel empapada.

Durante diez minutos los tres realizaron sus exhibiciones mientras Fifi y sus jóvenes vástagos los contemplaban desde una de las higueras junto al torrente. ¿Estaban los chimpancés expresando sentimientos de adoración hacia los elementos, como los hombres primitivos en el origen de las religiones? ¿Adorando el misterio del agua, que parece vivir, corriendo siempre sin desaparecer jamás, siempre la misma y siempre distinta?

El rito finalizó; los chimpancés se fueron del torrente y se dirigieron hacia la higuera donde estaba Fifi sentada. Empezaron a comer emitiendo ruiditos de placer. Una suave brisa agitaba las ramas y pequeños destellos de luz brillaban entre la arboleda sobre nosotros. Inundándolo todo, el casi intoxicante aroma de los higos, el zumbido de los insectos y los ruidos de los pájaros. Las grandes ramas de la higuera desbordaban de racimos de higos y trepaban hacia el cielo. Sus flores daban néctar a las mariposas y a los iridiscentes pájaros nectarínidos. Los chimpancés comían higos escupiendo las semillas para que pudiesen crecer nuevas higueras. Un día el árbol caerá al suelo con toda su rica fauna y flora y de su decadente riqueza resurgirá la vida. En todas partes la muerte enlaza con la vida, perpetuando así el hogar de los chimpancés. Un ciclo interminable, viejo como los primeros árboles. Los viejos modelos se repiten por caminos siempre nuevos.

En la riqueza de un entorno semejante vivían las criaturas parecidas a los chimpancés que se convirtieron en los primeros hombres. Poco a poco fueron evolucionando. Algunos eran más aventureros y abandonaban la jungla en excursiones adentrándose en la sabana en busca de nuevos alimentos y territorios. ¡Qué alivio debieron experimentar volviendo a la seguridad de la jungla después de estas aventureras expediciones! Pero gradualmente, igual que las primeras formas de vida se fueron independizando del mar, de los lagos y de los ríos, los hombres fueron apartándose de la jungla. Encontraron cuevas y descubrieron el fuego, aprendieron a construir viviendas, a cazar con armas, a hablar. Y entonces se volvieron atrevidos y arrogantes. Empezaron a derribar su propio bosque, destruyendo lo que durante tanto tiempo los nutrió. Hoy, cambiando la faz del globo, los humanos arrancan los árboles, depredan la tierra, cubren de asfalto kilómetro tras kilómetro. Los humanos domestican lo salvaje y lo saquean. Nos creemos todopoderosos. Pero no lo somos.

Imparablemente el desierto gana terreno sustituyendo con aridez y rigor ese sostén de la vida que son los bosques. Especies de animales y plantas se extinguen, perdidos para un mundo que aún desconoce su valor, perdido su lugar en el gran esquema de las cosas. La temperatura del mundo aumenta, la capa de ozono va mermando. A nuestro alrededor sólo vemos destrucción, polución, guerra, miseria, cuerpos lisiados y mentes deformadas, tanto humanos como no humanos. Si permitimos que esta desertización continúe nos habremos condenado a nosotros mismos. No podemos entrometernos de esta manera en el plan maestro y esperar sobrevivir.

Me sentía abrumaba pensando en esta terrible imagen, en la magnitud de nuestro pecado

contra la naturaleza, contra las criaturas compañeras nuestras. ¿Cómo podría yo -o cualquiera- justificar tan vasta e insensata destrucción?

Un higo cayó a mi lado, sorprendiéndome. Fifi bajó del árbol y se tumbó cerca de mí, completamente satisfecha. Aquí, al menos, había perfecta confianza entre humanos y animales, perfecta armonía entre las criaturas y su entorno salvaje. Faustino, andando a trompicones, se me acercó y, con los ojos abiertos de par en par me miró, alargó la mano para tocar la mía y luego volvió con Fifi. Confianza. Y libertad. Pensé en los incontables chimpancés que han perdido sus viviendas arbóreas y en los que permanecen prisioneros en zoológicos y laboratorios de todo el mundo. Recordé la historia de Old Man y cómo había respondido a la necesidad de un amigo humano.

En mí estalló el deseo de luchar, de batallar contra un amargo final. Los chimpancés necesitan ahora más ayuda que nunca y sólo podemos dársela si cada uno de nosotros aporta su granito de arena sin importar lo pequeño que pueda parecer. Si no lo hacemos así no sólo perjudicaremos a los chimpancés, sino también a nuestra propia humanidad. Y nunca debemos olvidar que, por insuperables que parezcan los problemas ambientales del mundo, si todos juntos nos esforzamos se nos dará la oportunidad del gran cambio. Debemos hacerlo. ¡Es así de sencillo!

Evered, Freud y Frodo bajaron y, con Fifi y Faustino, se fueron hacia la paz del bosque. Los miré partir; luego, volví la vista atrás. Y allí donde brillaba el sol a través de una ventana de la densa vegetación, un arco iris apareció al pie de la cascada.

APÉNDICE I

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA EXPLOTACIÓN DE ANIMALES NO HUMANOS

Cuanto más aprendemos de la auténtica naturaleza de los animales no humanos, especialmente aquellos con cerebros complejos y con su correspondiente comportamiento social complejo, más preocupaciones éticas aparecen acerca de su utilización al servicio del hombre, ya sea en entretenimiento, como mascotas, como alimento, en laboratorios de investigación o cualquiera de los demás usos a los que los sometemos. Esta preocupación se agudiza cuando dicha utilización trae consigo un intenso sufrimiento físico o mental, como ciertamente ocurre con la vivisección.

La investigación biomédica que implica el uso de animales vivos empezó en una época en la que el hombre de la calle, aunque sabía que los animales sienten dolor (y otras emociones), no se preocupaba en general por su sufrimiento. Subsecuentemente, los científicos se vieron muy influidos por los conductistas, escuela de psicólogos que mantenían que los animales eran poco más que máquinas, incapaces de sentir dolor o cualquier otro sentimiento o emoción de tipo humano. Así pues, no se consideraba importante, ni siquiera necesario, atender a todos los requerimientos y necesidades de los animales experimentales. En aquel tiempo nada se sabía del efecto del estrés en los sistemas endocrino y nervioso; no se sospechaba que el hecho de usar animales estresados podía afectar los resultados de los experimentos. De esta manera las condiciones en que se guardaban los animales -tamaño y mobiliario de la jaula, confinamiento individual en vez de comunitario- estaban diseñadas para hacer lo más cómoda posible la vida del cuidador y del experimentador. Cuanto más pequeña es la jaula más barata es su fabricación, más fácil es de limpiar y su inquilino más fácil de cuidar. Por eso apenas sorprende que los animales para la investigación se guardaran en diminutas jaulas estériles, apiladas una sobre otra, normalmente con un animal por jaula. Y las preocupaciones éticas por los animales-sujeto se mantenían firmemente de puertas afuera (y éstas cerradas con llave).

Con el paso del tiempo el uso de animales no humanos en los laboratorios se incrementó, particularmente cuando ciertos tipos de investigación clínica en animales *humanos* se volvieron, por razones éticas, más difíciles de llevar a cabo legalmente. Los científicos y el público en general comenzaron a ver la investigación animal como crucial para el progreso médico. Hoy se da ampliamente por sentado que es el método para adquirir nuevos conocimientos sobre las enfermedades, su tratamiento y su prevención. Y también el método aceptado para probar todo tipo de productos, destinados al uso humano, antes de que salgan al mercado.

Al mismo tiempo, gracias al creciente número de estudios sobre la naturaleza y los mecanismos de la percepción y la inteligencia animal, la mayoría de la gente cree ahora que todos los animales no humanos, excepto los más primitivos, experimentan dolor, y que los animales «superiores» tienen emociones similares a esas emociones humanas que calificamos como placer o tristeza, miedo o desesperación. ¿Cómo es posible entonces que los científicos, al menos cuando se ponen sus batas blancas y cierras tras de sí las puertas del laboratorio, puedan continuar tratando a los animales experimentales como simples «cosas»? ¿Cómo podemos nosotros, ciudadanos de los civilizados países occidentales, tolerar laboratorios que -desde el punto de vista de los prisioneros animales- no son tan

distintos de los campos de concentración? Creo que es, principalmente, porque la mayoría de la gente, incluso en estos tiempos ilustrados, tiene muy poca idea de lo que ocurre detrás de las cerradas puertas de los laboratorios, abajo, en el sótano. E incluso aquellos que saben algo, o aquellos a quienes afectan los informes sobre la crueldad que ocasionalmente emiten las organizaciones en defensa de los animales, creen que toda investigación animal es esencial para la salud humana y el progreso de la medicina y que el sufrimiento en que tan a menudo está involucrado en él es una parte *necesaria* de la investigación.

No es cierto. Tristemente, mientras algunas investigaciones se llevan a cabo con un objetivo claramente definido que pueda conducir a un descubrimiento médico, hay muchos proyectos, algunos de los cuales provocan muchos sufrimientos a los animales utilizados, que no tienen absolutamente ningún valor para la salud humana (o animal). Además, muchos experimentos simplemente duplican trabajos anteriormente realizados. Finalmente, algunas investigaciones se realizan por el conocimiento en sí mismo. Y mientras ésta es una de nuestras habilidades intelectuales más sofisticadas, ¿debemos perseguir estos objetivos a expensas de otros seres vivos a los que, para su desgracia, somos capaces de dominar y controlar? ¿No es una asunción insolente que nos arroguemos el *derecho a* (por ejemplo) cortar, probar, inyectar, drogar e implantar electrodos en animales de cualquier especie en nuestro intento de aprender más sobre lo que les hace funcionar? ¿O sobre el efecto que ciertos productos químicos puedan tener en ellos? Y así sucesivamente.

Estaríamos de acuerdo en que el público en general ignora completamente lo que ocurre en los laboratorios y las razones de la investigación que en ellos se realiza, casi del mismo modo como los alemanes ignoraban, en su mayoría, todo lo referente a los campos de concentración nazis. Pero ¿qué ocurre con los técnicos en animales, los veterinarios y los científicos dedicados a la investigación, aquellos que realmente trabajan en los laboratorios y que saben exactamente lo que ocurre? ¿Son monstruos sin corazón todos aquellos que utilizan animales vivos cómo parte del aparato de un laboratorio estándar?

Desde luego que no. Algunos habrá, ya que en todas partes hay sádicos ocasionales. Pero deben ser una minoría. El problema, tal como yo lo veo, yace en la manera como educamos a la gente joven en nuestra sociedad. Son víctimas de una especie de lavado de cerebro que empieza, demasiado a menudo, en la escuela y que se ve intensificado en casi todas las universidades, menos en algunas pioneras, a través de cursos superiores de educación científica. Se enseña a los estudiantes que es éticamente aceptable perpetrar en nombre de la ciencia lo que desde el punto de vista de los animales sólo podría clasificarse como tortura. Se les anima a suprimir su empatía natural por los animales y se les persuade de que los sentimientos y el dolor de los animales son muy diferentes de los nuestros, si es que en realidad existen. Cuando llegan a los laboratorios, estos jóvenes han sido programados para aceptar el sufrimiento que los rodea. Y es también demasiado fácil para ellos justificar este sufrimiento diciendo que el trabajo que se lleva a cabo es para el bien de la humanidad. Para el bien de una especie animal que ha desarrollado una sofisticada capacidad para la empatía, la compasión y la comprensión, atributos que orgullosamente se proclaman como distintivo del ser humano.

Yo he sido descrita como una «anti-viviseccionista fanática». Pero mi propia madre está viva porque su atascada válvula aórtica fue sustituida por la de un cerdo. Nos dijeron que la válvula en cuestión -según parece, «bioplastificada»- procedía de un cerdo degollado con fines comerciales. En otras palabras, que el cerdo hubiese muerto de todos modos. Esto, sin embargo, no elimina mis sentimientos de preocupación por ese cerdo en particular: siempre he tenido un especial cariño por los cerdos. El sufrimiento de los cerdos de laboratorio y de

aquellos que se crían en granjas intensivas me preocupa especialmente. Estoy escribiendo un libro, *An Antology of the Pig,* que espero que ayudará a despertar el interés público por el dolor de estos inteligentes animales.

Desde luego me gustaría ver las jaulas de los laboratorios vacías. Lo mismo le sucedería a todo cuidador, a todo ser humano compasivo, incluyendo a aquellos que trabajan con animales en investigación biomédica. Pero si todo el trabajo con animales en los laboratorios se detuviera de repente, probablemente se produciría, por lo menos al principio, una gran confusión, y muchas líneas de investigación se detendrían. Esto significa que, hasta que las alternativas a la utilización de animales vivos en los laboratorios de investigación estén ampliamente disponibles y, además, los investigadores y las compañías farmacéuticas estén legalmente autorizadas a utilizarlos, la sociedad exigirá, y aceptará, el continuo abuso de animales por su propio bien.

Ya en muchos campos de investigación el creciente interés por el sufrimiento animal ha llevado a importantes avances en el desarrollo de técnicas como el cultivo de tejidos, las pruebas *in vitro, la* simulación por ordenador, etc. Al final llegará un día en que ya no será necesario utilizar animales. Tiene que llegar. Pero hay que ejercer mucha más presión para acelerar el desarrollo de técnicas alternativas. Deberíamos invertir mucho más dinero en investigación y dar el debido reconocimiento a aquellos que realizan nuevos avances, concederles como mínimo el premio Nobel. Es necesario atraer a los más brillantes a este campo. Más aún, se debe insistir en el uso de técnicas ya desarrolladas y probadas. Mientras tanto, es imperativo el número de animales utilizados se reduzca drásticamente. Debe evitarse la innecesaria duplicación de investigaciones. Tienen que implantarse normas más restrictivas acerca de para qué y para qué no pueden utilizarse animales. Deben ser utilizados sólo para los proyectos más acuciantes que supongan claros beneficios para la salud colectiva y que contribuyan significativamente al alivio del sufrimiento humano. Otros usos de animales en los laboratorios deben detenerse inmediatamente, incluyendo las pruebas de cosméticos y productos para el hogar. Finalmente, mientras los animales sean utilizados en los laboratorios por cualquier razón, deben ser tratados lo más humanamente y en las mejores condiciones de vida posibles.

¿Por qué relativamente pocos científicos están preparados para apoyar a quienes insisten en establecer mejores y más humanas condiciones para los animales de laboratorio? La respuesta usual es que cambios de este tipo costarían tanto que todo progreso en la ciencia médica se acabaría. No es cierto. La investigación esencial continuaría; el coste de construir de nuevas jaulas e instigar la formación de mejores programas de cuidados puede ser considerable, pero despreciable al fin, estoy segura, comparado con el coste del sofisticado equipamiento utilizado hoy en día por los científicos investigadores. Desafortunadamente, sin embargo, muchos proyectos están mal concebidos y a menudo son totalmente innecesarios. Realmente se verían afectados si los costes de los animales de investigación se incrementasen. La gente que se gana la vida gracias a ellos perdería su trabajo.

Cuando la gente se lamenta por el coste de humanizar dichas condiciones de vida mi respuesta es: «Fíjate en tu nivel de vida, tu casa, tu coche, tu ropa. Piensa en los edificios administrativos en los que trabajas, en tu salario, tus gastos, en tus vacaciones. Y después de meditar en estas cosas, entonces dime que tenemos que escatimar alguno de los dólares extra que gastamos en hacer un poco menos triste la vida de los animales que se utilizan para reducir el sufrimiento humano».

Seguramente debería ser una cuestión de responsabilidad moral que nosotros, los seres humanos, que diferimos de los otros animales principalmente en virtud de nuestro más

desarrollado intelecto y, con él, de nuestra mayor capacidad de comprensión y compasión, nos aseguremos de que el progreso médico deje de alimentarse del estiércol del sufrimiento y desesperación de los animales no humanos. Especialmente cuando implica la servidumbre de nuestros parientes más cercanos.

En los Estados Unidos la ley federal todavía requiere que cada lote de vacunas de hepatitis B sea probada en un chimpancé antes de ser comercializada para uso humano. Además, los chimpancés todavía se utilizan en investigaciones altamente inadecuadas, tales como el efecto que les producen ciertas drogas adictivas. En los laboratorios del Reino Unido no hay chimpancés; los científicos británicos utilizan chimpancés en los Estados Unidos, o en el TNO Primates Centre, en Holanda, donde se han destinado recientemente fondos de la CEE a la obtención de chimpancés (los científicos británicos, desde luego, utilizan masivamente otros primates no humanos y miles de perros, gatos, roedores, etc.).

El chimpancé se parece más a nosotros que cualquier otro ser vivo. Las similitudes fisiológicas han sido descritas con entusiasmo por los científicos durante muchos años, y eso ha llevado a la utilización de chimpancés como «modelos» para el estudio de ciertas enfermedades infecciosas a las que son resistentes la mayoría de animales no humanos. Existen, desde luego, similitudes igualmente sorprendentes entre humanos y chimpancés en la anatomía del cerebro y del sistema nervioso y -aunque muchos se han mostrado refractarios a admitirlo- en el comportamiento social, cognición y emotividad. Porque los chimpancés demuestran habilidades intelectuales que antaño se creyeron únicas de nuestra propia especie, la línea que separaba a los humanos del resto del reino animal, antes tan clara, se ha difuminado. Los chimpancés son el puente que salva el espacio entre «nosotros» y «ellos».

Esperemos que esta nueva comprensión del lugar de los chimpancés en la naturaleza signifique algún alivio para los centenares de ellos que hoy viven prisioneros, bajo el dominio del hombre.

Esperemos que nuestro conocimiento de su capacidad de afecto, goce, diversión, temor, tristeza y sufrimiento nos conduzca a tratarlos con la misma compasión que mostramos con nuestro prójimo humano. Esperemos que mientras la ciencia médica continúe utilizando chimpancés para experimentos dolorosos y psicológicamente aflictivos, tengamos la honestidad de calificar estas investigaciones como tortura de víctimas inocentes.

Y esperemos que nuestro conocimiento del chimpancé traiga también una mejor comprensión de la naturaleza de otros animales no humanos, una nueva actitud hacia las otras especies con las que compartimos este planeta. Pues, como dijo Albert Schweitzer, «Necesitamos una ética sin límites que incluya también a los animales». Y en el momento presente nuestra ética, incluso con los animales no humanos, es limitada y confusa.

En nuestro mundo occidental nos impresiona y encoleriza ver a un campesino golpeando a un burro viejo, forzándolo a tirar de una carga excesivamente pesada más allá de sus fuerzas. Eso es crueldad. Pero no consideramos una crueldad arrebatar a una cría de chimpancé de los brazos de su madre, encerrarla en el desolado mundo de un laboratorio, inocularle enfermedades humanas, cuando se hace en nombre de la Ciencia. Llevando el análisis hasta su conclusión, tanto el burro como el chimpancé están siendo explotados y maltratados para beneficio de los hombres. ¿Por qué un caso es más cruel que el otro? Sólo porque veneramos la ciencia y porque se supone que los científicos actúan por el bien de la especie humana, mientras que el campesino maltrata egoístamente al pobre animal en beneficio propio. De hecho, muchas investigaciones con animales son igualmente egoístas, y muchos experimentos se diseñan con objeto de conseguir subvenciones.

Y no olvidemos que nosotros, en occidente, encarcelamos a millones de animales domésticos en granjas intensivas para que transformen proteínas vegetales en proteínas animales para alimentación. Mientras esto suele disculparse con razones como la necesidad económica, o incluso considerado por algunos como cría de animales domésticos, es tan cruel como el apaleamiento del burro o el encarcelamiento del chimpancé. Igual que las granjas para obtener pieles. Y el abandono de animales domésticos. Y las granjas ilegales de cachorros. Y la caza del zorro. Y mucho de lo que hay tras los espectáculos de animales entrenados para nuestra diversión. La lista podría ser muy larga.

A menudo me preguntan si no siento que es «antiético» emplear el tiempo con los animales cuando tantos seres humanos están sufriendo. ¿No sería más apropiado ayudar a niños hambrientos, esposas apaleadas o vagabundos? Afortunadamente, hay cientos de personas que dirigen su talento, sus principios humanitarios y su habilidad para conseguir fondos para tales causas. No necesitan mis energías. La crueldad, ciertamente, es el peor de los pecados humanos. Luchar contra la crueldad, de una manera u otra - ya sea dirigida hacia otros seres humanos o no humanos- nos sitúa en un conflicto directo con esa desafortunada parte nuestra de inhumanidad que yace en todos nosotros. Si pudiésemos superar la crueldad con compasión estaríamos en el buen camino para crear un nuevo lazo ético, uno que respetase a todos los seres vivos. Deberíamos estar en el umbral de una nueva era en la evolución del hombre, la realización, por fin, de nuestra cualidad más específica: la humanidad.

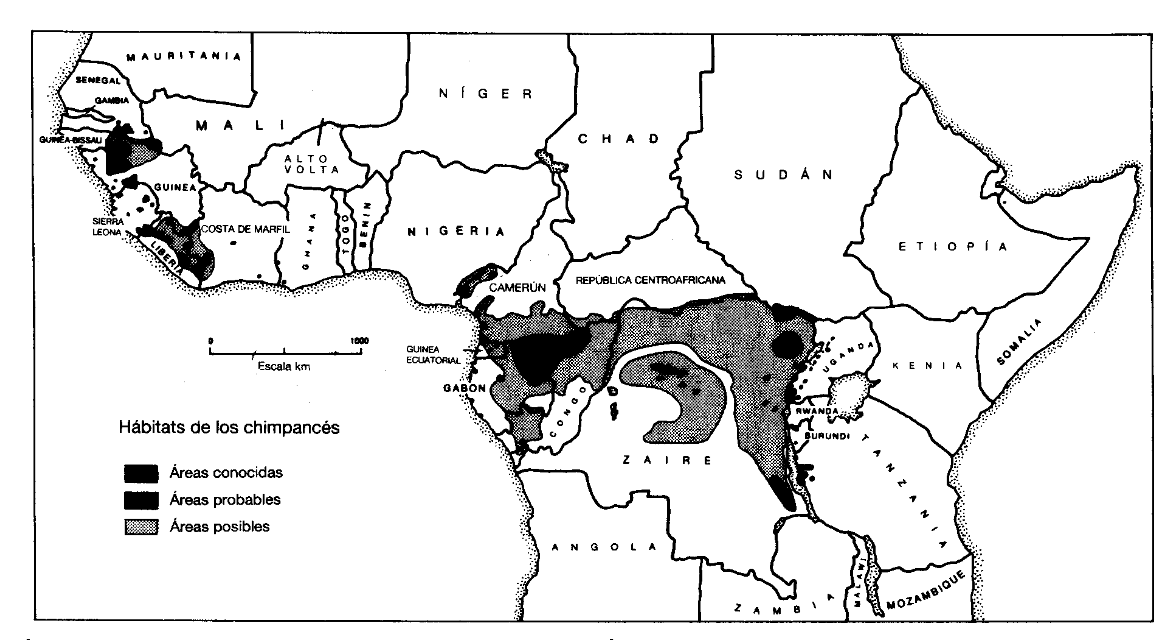
APÉNDICE II

LA CONSERVACIÓN Y LOS SANTUARIOS DE LOS CHIMPANCÉS

En el mundo occidental y en muchos países del Tercer Mundo, las actitudes hacia los animales y hacia el entorno están cambiando. Existe una mayor conciencia de la condición de los chimpancés que hace unos años, así como un creciente interés y deseo de ayuda. En respuesta a necesidades especiales la gente acude a la llamada de la necesidad.

El Comité para la Conservación y Cuidado de los Chimpancés, las cuatro C, está profundamente implicado en el fomento y la asistencia de las estrategias de conservación en África. Se trata de un grupo de científicos, todos ellos preocupados por la conservación y el bienestar de los chimpancés. Su presidente es el Dr. Geza Teleki, que trabaja junto al Dr. Toshisada Nishida y otros para poner en marcha un plan de acción diseñado para ayudar lo más rápidamente posible a los acorralados chimpancés de todo el continente africano. El mapa de la página siguiente muestra los lugares donde aún pueden encontrarse chimpancés. Algunos proyectos de investigación, como los de Gombe y las montañas de Mahale, en Tanzania, el del bosque de Tai, en Costa de Marfil, y Lope, en Gabón, hace muchos años que funcionan. En todos los casos estos proyectos resultan altamente beneficiosos para la conservación de los chimpancés en las regiones vecinas.

Para saber más sobre el área de distribución actual de los chimpancés se necesitan desesperadamente estudios en muchos países. Y en ciertas zonas clave, es importante desarrollar proyectos de investigación tan pronto como sea posible. Sin estos proyectos, que hay que llevar a cabo conjuntamente con una educación sobre la conservación, el turismo y la agricultura, los chimpancés desaparecerán pronto de muchos países. Desde luego, los estudios serán importantes por sí mismos. Nos permitirán aprender más acerca de uno de los aspectos menos conocidos y más fascinantes de la conducta del chimpancé, que son las diferencias de comportamiento de las poblaciones en distintas partes de África. En estos momentos no sólo están muriendo centenares de chimpancés, sino que además están desapareciendo culturas antes de que tengamos tiempo de estudiarlas.



Áreas de distribución de los chimpancés en África. Las principales concentraciones de chimpancés que se conservan en África coinciden con los países poseedores de amplias y vírgenes zonas forestales, como Zaire, Gabón y Camerún. (Mapa reproducido por cortesía del Dr. Geza Teleki y el Comité cara la Conservación y Cuidado de los Chimpancés.)

Durante el año 1989 me vi implicada en la conservación y protección del chimpancé en Burundi, a unas cien millas al norte de Gombe, junto al lago Tanganika. Fue una consecuencia directa de los intereses conservacionistas del embajador James D. Phillips (Dan) y su mujer, Lucie. Primero visité Burundi atendiendo a su invitación; conocí al Presidente Buyoya y a algunos de sus ministros, así como a otros miembros de su Gobierno, incluyendo al Secretario General, Venant Bambonehoyo, y quedé sinceramente impresionada por los esfuerzos de este Gobierno para salvar las zonas forestales que quedaban en su maravilloso país. Me impresionaron también los pasos que ya se estaban dando hacia la conservación de los chimpancés. Conocí a Peter Trenchard, coordinador del Proyecto de Diversidad Biológica, que había pasado muchos meses observando a los chimpancés del Parque Nacional de Kibira, una encantador bosque pluvial de montaña al norte del país. Paul Cowles y Wendy Bromley me llevaron a visitar un pequeño grupo de chimpancés al sur del país. Existe un cierto número de nativos empleados como «guarda-chimpancés» que controlan sus movimientos mientras viajan de una franja boscosa a otra, atravesando zonas cultivadas y poblaciones nativas. La yuxtaposición de chimpancés y nativos no es rara y encontré extraordinarios los pasos dirigidos a preservar los chimpancés, pasos comenzados por un conservacionista de gran previsión, Robert Clausen. Pero la situación era potencialmente explosiva, ya que los granjeros necesitaban tierras con urgencia. Paul (que antes había trabajado como voluntario del cuerpo de Paz y era entonces consultor técnico de los servicios asistenciales católicos en el Instituto Nacional para la Conservación del Entorno y la Naturaleza) explicó el proyecto agro-forestal del que formaba parte. Primero se desarrollan en incubadora especies arborícolas de crecimiento rápido. Los retoños se plantan después alrededor de los poblados. Muchos de los árboles

pueden utilizarse al cabo de dos años para construir postes, para carbón vegetal, para leña, para sombra y para enriquecer el suelo con nitrógeno. Cada especie de árbol tiene su propia función. La aplicación de este proyecto para la protección de las áreas forestales indígenas que quedan es obvia. Wendy trabajaba con Paul, explicando este nuevo concepto a los nativos. Burundi tiene que felicitarse por este programa, sin el cual hubiese sido imposible conservar chimpancés salvajes en este diminuto país de altísima densidad de población.

Para proporcionar ingresos e incentivos adicionales a la población local es necesario desarrollar un turismo controlado. Como primer paso, Charlotte Uhlenbroek, apoyada por la Institución Jane Goodall del Reino Unido, empezó a habituar a un grupo de chimpancés en el sur del país a la presencia de humanos. Como parte integral de este programa (cuya intención, desde luego, es recoger tantos datos del comportamiento de los chimpancés como sea posible) unos «guarda-chimpancés» visitaron Gombe para aprender los métodos de observación del personal del campo de Tanzania.

Una nueva conciencia e interés por los chimpancés en el país sacó a la luz el hecho de que en la capital, Bujumbura, y en otros lugares por todo el país, se utilizaban chimpancés como animales de compañía. La mayoría de estas crías habían pasado de contrabando desde el vecino Zaire. Gracias al apoyo del Gobierno y a la ayuda de muchos individuos, la Institución Jane Goodall del Reino Unido, en estrecha colaboración con el Instituto Nacional para la Conservación del Entorno y la Naturaleza, puede ahora continuar la construcción de un santuario cerca de Bujumbura, donde los rescatados animales de compañía, así como otros jóvenes, pueden vivir en libertad. Este santuario fue primero planeado, después se localizó el lugar y por último, con ayuda de Steve Matthews, comenzó la construcción en 1990. Los dos primeros huérfanos, Poco y Sócrates, estuvieron un tiempo en una jaula provisional en el jardín de Melinda (Mimi) Brian. Una parte importante del santuario es el centro educativo, donde la población local y los visitantes pueden observar a los chimpancés y su conducta.

En el mismo año Karen Pack partió hacia Pointe Noire, en Congo-Brazaville, para intentar montar un santuario para chimpancés ex-animales de compañía y para aquellos chimpancés confiscados por el Gobierno a los cazadores. Karen está actualmente trabajando para la Institución Jane Goodall del Reino Unido en el zoológico de Pointe Noire para enriquecer el entorno de los ocho chimpancés que hay allí. Esperamos reunir estos ocho con nuevos ex-animales de compañía y jóvenes confiscados en un santuario que será construido por la Institución Jane Goodall. Está planificado un centro educativo del mismo estilo que el de Burundi. Se llevará a cabo con el pleno apoyo del Gobierno del Congo. Una vez más, Steve Matthews supervisará la construcción, con el generoso apoyo de la Conoco Inc., compañía petrolífera que demuestra auténtica preocupación por el medio ambiente. Estamos especialmente agrdecidos a Roger Simpson. Hasta que el santuario esté terminado, Mme. Jamart cuidará de los jóvenes chimpancés confiscados por el Gobierno. Ella y su marido están realizando una notable labor.

Ciertamente, éstos no son los primeros santuarios para chimpancés maltratados o abandonados. Eddie Brewer comenzó el primero en África, a finales de los años 60. Como oficial del Gobierno encargado de la vida salvaje, Eddie confiscaba jóvenes chimpancés llevados ilegalmente a Gambia (donde, por aquel entonces, los chimpancés se habían extinguido). Su hija, Stella, llevaba los chimpancés a Senegal, donde se intentaba reintroducirlos en su hábitat natural. Desafortunadamente, los chimpancés salvajes no permitían la entrada de nuevos ejemplares en su territorio y fue necesario retirar a los ex-cautivos y recolocarlos en la isla de los Babuinos, en el río Gambia. Durante muchos años

este proyecto ha sido llevado a cabo por una magnífica persona, Janice Carter.

Una pareja inglesa realmente notable, que vivía en Zambia, Sheila y David Siddle, han convertido su casa en refugio para jóvenes confiscados. Los chimpancés no son propios de Zambia, y muchos de los huérfanos eran confiscados después de salir de contrabando de Zaire. Los Siddle han construido un notable recinto de ocho acres* y tienen un ambicioso plan para vallar grandes zonas de matorral donde, finalmente, el grupo entero podrá vivir en relativa libertad. El nuevo Centro de Rehabilitación y Orfelinato de Animales de Liberia dispone de un recinto para chimpancés y hay planes para el desarrollo de otros santuarios en Zaire y Kenia. En Uganda, jóvenes confiscados en el zoológico de Entebbe necesitan desesperadamente un sitio más grande. Casi todos los países de África donde aún viven chimpancés tienen el problema de los huérfanos. La excepción es Tanzania, donde puedo anunciar orgullosamente que hay sólo dos animales de compañía rescatados, procedentes de Zaire, que pronto encontrarán, esperamos, refugio con los Siddle.

* Puede obtenerse información sobre las personas y lugares mencionados aquí en el Jane Goodall Institute for Research, Education and Conservation, P.O. Box 26846, Tucson, Arizona 85726, USA; o en el Jane Goodall Institute (UK), 10 Durley Chine Road South, Bournemouth BM 2 5HZ; o en el Jane Goodall Institute (Canadá), PO Box 3125 Station «C», Ottawa, Ontario, Kl Y4J4.

En el capítulo XIX he presentado a Simon y Peggy Templar, paladines de los chimpancés maltratados. Algunos de sus jóvenes confiscados salieron hacia Gambia, pero más recientemente los apaleados huérfanos del tráfico ilegal que tiene lugar en España han encontrado refugio en Monkey World, en Dorset, Inglaterra. Este santuario fue creado gracias a los esfuerzos de Jim Cronin, Steve Matthews y el veterinario Ken Pack. Algunos de estos jóvenes estaban en un estado penoso cuando llegaron, pero Jeremy Keeling los alimentó, jugó con ellos, les enseñó y los trató con amor. Jeremy Keeling es una persona que se preocupa realmente, cuyo excepcional trato a los chimpancés ha hecho mucho para cicatrizar sus heridas emocionales.

Wallace Swett empezó una notable tarea con el Primarily Primates, en Texas, Estados Unidos. Allí, entre otros veinte chimpancés, está Virgil (cuyo verdadero nombre es Willie), estrella de la película *Project X,* junto con su «novia» Ginger (cuyo verdadero nombre es Harry). Vivían junto con la más extraordinaria y variada colección de chimpancés jamás maltratados en los Estados Unidos.

Dos laboratorios biomédicos han realizado programas de «jubilación» para chimpancés que han dejado de ser utilizados en experimentos. Fred Prince, del New York Blood Center, ha llevado a ciertas islitas de Liberia a algunos de los chimpancés que habían pasado por su laboratorio. Jorg Eichburg, de la Southwest Biomedical Foundation, ha construido jaulas convencionales de las que se puede salir. Si yo fuera un chimpancé no me gustaría pasar mis últimos días en ninguno de ambos lugares, pero cualquier cosa es mejor que una pequeña jaula de laboratorio. Y como *concepto* significa dar un paso importante en la dirección correcta.

En resumen, la condición de los chimpancés en todo el mundo es muy triste. En África existe una imperiosa necesidad de fondos -para investigaciones, para estudios y para santuarios- así como también de gente devota y cualificada para llevar a cabo dichos estudios y para trabajar con chimpancés confiscados o abandonados. También fuera de África existe una creciente necesidad de santuarios, ya que se confiscan envíos ilegales de

chimpancés en distintos países y muchos individuos son rescatados del mundo del ocio y del mercado de los animales de compañía y otros de los laboratorios de investigación. Aún así, estoy de algún modo segura de que aparecerá gente devota y maravillosa como aquellos que tanto han hecho hasta ahora por los chimpancés sin hogar, proporcionándoles amor y un lugar en un santuario. Los seres humanos, por su ignorancia y su codicia, han llevado a centenares de chimpancés a ese penoso estado; los seres humanos, con su interés y su compasión, están obligados a hacer cuanto puedan para corregir sus errores.

AGRADECIMIENTOS

¿Cómo, después de casi treinta años, puedo ni siquiera empezar a manifestar mi agradecimiento adecuadamente a cuantas personas han hecho posible continuar la investigación en Gombe? Mirando hacia atrás, resulta difícil distinguir entre las contribuciones hacia el estudio actual y las contribuciones hacia mi propia persona. Después de todo, los años en Gombe, observando e investigando la vida de los chimpancés, están tan indisolublemente unidos a mi propia vida personal que es difícil separar ambos aspectos. Seguramente, ni siquiera debería intentarlo. Tendría que escribir otro libro, pues la ayuda y el soporte que he recibido ha sido inmenso. Algunas veces me ha desbordado la amabilidad, generosidad y deseo de ayuda que he encontrado en gente de todo el mundo. Proporcionaron calor a mi corazón, dándome una y otra vez fuerzas para resistir en los tiempos difíciles.

Creo y espero haber expresado mi gratitud a todos aquellos que ayudaron a Gombe durante los diez primeros años de estudio en mi primer libro *In the shadow of man.* Ahora voy a tratar de hacer lo mismo a todas aquellas personas y organizaciones que me han permitido continuar desde entonces.

Primero debo mencionar mi gratitud al Gobierno de Tanzania: a nuestro anterior Presidente, Mwalimu Julius Nyerere, ahora presidente del partido, conservador de los hábitats forestales y botánico por mérito propio, y a su sucesor, el Presidente Hassan Mwinyi, y a todos aquellos que desde diferentes departamentos gubernamentales me han ayudado durante todos estos años. Especialmente quiero agradecer a varios de los comisarios regionales y a los directores de desarrollo de distrito de la Región de Kigoma, la ayuda que me han prestado en todo momento, y al director de Vida Salvaje (Wildlife), Costa Mlay. Debo especial agradecimiento al Director de los Parques Nacionales de Tanzania, David Babu, y a muchos de sus guardianes, así como al Director del Instituto de Investigación de Wildlife, Karim Hirji y al director del Consejo de Investigación Científica de Tanzania y a su equipo (especialmente a Addie Lyaruu).

Muchas fundaciones, instituciones y particulares han contribuido generosamente durante los pasados veinte años. Para la Sociedad National Geographic, una especialísima gratitud. La Sociedad patrocinó todo el programa de investigación durante muchos años y continúa sosteniendo nuestra labor de múltiples maneras. La publicidad de que han sido objeto los chimpancés de Gombe durante estos años, a través de artículos en revistas, programas de televisión y, más recientemente, anuncios en los periódicos ha sido, más que ningún otro factor individual, lo que me ha permitido, a mí y a cuantos me ayudaban, recaudar fondos para distintos programas con los chimpancés. Debo mencionar especialmente a Melvin Payne, Gil Grosvenor, Mary Smith y Neva Folk, quienes en los últimos años nos han ayudado extraordinariamente.

La LSB Leakey Foundation ha efectuado muchas y generosas donaciones; especiales gracias a Tita Caldwell, a Gordon Getty, a George Jagels, a Coleman Monton y a Debbie Spies por su ayuda y amistad.

También muchas donaciones particulares han ayudado a mantener la investigación en Gombe desde que la generosa subvención de la fundación Grant terminó inmediatamente después de los sucesos de 1975, cuando cuarenta hombres armados raptaron a cuatro estudiantes (como se relata en el capítulo VII). Las personas que han contribuido son tan numerosas que es imposible nombrarlas a todas, pero doy gracias de todo corazón a cada

una de ellas, no sólo por las grandes contribuciones, sino también por los pequeños regalos que representan, por parte de quienes los mandaron, idéntico espíritu magnánimo. Una de las más preciadas donaciones me llegó a África de parte de un niño que envió un cuarto de dólar pegado con cinta adhesiva en una hoja de papel, en la que escribía que enviaría más en cuanto pudiera ganar dinero.

Permítaseme también agradecer a mi buen amigo Jim Caillouette los suministros médicos para el equipo de trabajadores de Tanzania.

También hemos recibido donaciones de algunas compañías; debo agradecerle especialmente a Jeff Walters y la Compañía Sony el que nos cediese cámaras de vídeo, filmadores y cintas para poder filmar el comportamiento de los chimpancés en el campo.

Mucha gente de Kigoma, ciudad próxima a Gombe, nos ha aportado su ayuda. Especialmente quiero agradecer la colaboración de Blanche y Ton¡ Bescia, Subhadra y Ramji Dharsi, Rhama y Christopher Liundi, Asgar Remtulla y Kirit y Jayant Vaitha.

Siempre estaré agradecida a Robert Hinde por la paciencia que tuvo conmigo cuando era mi profesor en mi juventud y por la ayuda que me ha venido prestando desde entonces. También quiero agradecer a David Hamburg, quien en 1972 negoció una afiliación entre Gombe y la Universidad de Stanford, lo que permitió que una serie de buenos estudiantes trabajaran en Gombe como ayudantes de investigación, proporcionando al proyecto un nuevo vigor.

No puedo mencionar uno por uno a todos los estudiantes que participaron en la observación e investigación de los chimpancés. Pero quiero mencionar a aquellos que permanecieron en el campamento durante varios años, como Harold Bauer, David Bygott, Patrick McGinnis, Larry Goldman, Hetty y Frans Plooij, Anne Pusey, Alice Sorem Ford, Geza Teleki, Mitzi Thondal, Caroline Tutin y Richard Wrangham. También Curt Busse y David Riss, que siguieron durante cincuenta días a Figan.

Ahora quiero manifestar mi agradeciminto a los Asistentes de Campo de Tanzania, por los que siento gran respeto por su cuidadoso trabajo y dedicación. Estos hombres trabajaron en Gombe durante varios años; el trabajo es su vida. Después del secuestro de 1975 nuestro trabajo habría finalizado de no haber sido por la colaboración y el soporte que estos hombres nos dieron. Un especial agradecimiento a Hilari Matama, que empezó a trabajar en Gombe en 1968 y que aún está aquí, y a Hamisi Mkono y a Estorn Mpongo, quienes han estado conmigo durante diez años. También a Yahaya Alamasi, Ramadhani Fadhili, Bruno Helmani, a Hamisi Matama y Gabo Paulo. Y quiero rendir un tributo especial a Mzee Rashidi Kikwale, que murió en 1988. Rashidi era quien me acompañaba en mis primeras excursiones por las montañas de Gombe. Con él vi aquí los primeros chimpancés. A lo largo de los años siguientes y hasta su muerte Rashidi fue un leal trabajador y un gran amigo. Hacia el final de su vida realizaba una importante tarea en Gombe, pues actuaba como jefe honorario de los trabajadores del campamento. Después de su muerte, uno de los hombres, Hilali, lamentaba su pérdida diciendo: «Somos como un cuerpo sin cabeza». Fue una gran pérdida.

También quiero mencionar la colaboración de otras dos personas en la investigación de Gombe: son Christopher Boehu y Anthony Collins. Chris introdujo el uso de las videocámaras de 8 mm en el equipo de filmación de Tanzania y además enseñó a utilizarlas a varios miembros del campamento. Esto me permitió observar y registrar las escenas únicas e inolvidables del comportamiento de los chimpancés filmadas cuando tenía que ausentarme del campamento. Por otro lado Tony es Director de Campo del estudio de los papiones. Durante los dos años y tres meses que duró su colaboración, se encargó también

de la Administración del campamento, así como de los salarios, beneficios, seguros, etc.; por ambos aspectos le estaré siempre agradecida. Más recientemente entró en escena un veterinario británico, al que también quiero mencionar: Kenneth Pack. Gracias a su oportuna visita se salvó la vida de uno de los chimpancés que más quiero, Goblin; por ello le estaré siempre agradecida, así como por el trato amistoso que nos aportó cuando la reciente epidemia destruyó los estudios que se venían realizando con los papiones.

Hay en Dar es Salaam un fabuloso equipo de personas que ha sido de gran ayuda para mí tanto en los trabajos de análisis como en los de administración. Trusha Pandit fue mi mano derecha durante ocho años; no había nada que ella no controlara. Nos ha dejado recientemente para volver junto a su marido a la India y nadie podrá reemplazarla. Otros que han dedicado hora tras hora a analizar los datos y a controlar en Gombe, organizando incluso mi propio trabajo, son Jenny Gould, Jennifer Hanay, Ann Hinks, Uta Soutter y Judy Taylor. Mi más cariñoso agradecimiento para todas. Y también para aquellos maravillosos amigos que me animaron después de la muerte de Derek, ayudándome física y moralmente: primero, como es lógico, todos los miembros de mi propia familia; luego Vanne, mi madre, quien tuvo que marcharse a los pocos meses para ser sometida a una operación de corazón; a Olly, a Audrey y a Judy. Y también Grub, pobre niño cuya madre estaba siempre cuidando a los chimpancés e investigando la comunicación entre ellos. En Dar es Salaam está el hijo de Derek, Ian. Y gracias a Clarissa y Gunar Barnes, Jenny y Michael Gould, Frauke y Benno Haffner, Sigy y Ted McMahon, Nancy y Robert Nooter, el marido de Trusha Prashant Pandit, Judy y Adrian Taylor. Y a mis muy especiales amigos, con los que estuve durante los primeros deprimentes días tras mi regreso a Tanzania, Dick Viets y su maravillosa mujer, Marina, quien murió trágicamente en fecha reciente y a la que echo de menos y recuerdo con mucho amor y afecto. Y a otros que han sido de gran ayuda: Liz y Ron Fennell, Uta y Martin Souter, Catherine y Tony Marsh, Penelope Breeze y Stevenson McIllvaine, Mollie y David Miller y Julie y Don Petterson y Dimitri Mantheakis y sus hijos.

A continuación debo hacer llegar mi agradecimiento a cuantos hicieron posible el Instituto para la Investigación, Conservación y Educación Jane Goodall, una organización exenta de impuestos a través de la cual se canalizan todas las donaciones. Fue concebida por el último Príncipe Raniero de San Faustino y su mujer, Genevieve. Después de su muerte, Genie trabajó duro y cumplió su sueño con la ayuda de otros maravillosos amigos: Joan Cathcart, Bart Deamer, Margaret Gruter, Douglas Schwartz, Dick Slottow y Bruce Wolfe. ¡Cuánto esfuerzo, cuánta generosidad en tiempo o en dinero, o en ambos! Después de ellos otros seguidores leales han formado parte del Instituto: Larry Barker, Ed Bass, Hugh Caldwell, Sheldon Campbell, Bob Fry, Warren Hiff, Jerry Lowenstein, Jeff Short y Mary Smith. Y aquí destaco mi gran agradecimiento a las personas cuya generosidad fue muy importante para poner en pie la institución: Gordon y Ann Getty, cuya fabulosa donación en 1984 puede considerarse como nuestra fundación. Y mis más sinceras gracias, también, a William Clement, que realizó donaciones increíblemente generosas cuando el Instituto se trasladó de San Francisco a Tucson, Arizona. Debo expresar también mi agradecimiento a las personas que han trabajado tan duro a cambio de tan poco para ayudarme a realizar alguno de mis antiguos sueños. A Sue Engel, por ayudar a que despegase el Instituto. Y a Jennifer Kenyon y a la coordinadora de ChimpanZoo, Virginia Landau. Hay también una serie de personas que generosamente han donado sus esfuerzos y su dinero, y especialmente quiero agradecer a Leslie Groff, Gale Paulin y Humphrey y Penny Taylor. Y no sé cómo expresar adecuadamente mis gracias a Robert Edison y Judy

Johnson que se han esforzado para levantar el Instituto a lo largo de los años. Bob, en particular, comparte todas mis ideas en lo que concierne al bienestar de los animales. Quiero asimismo expresar mi gratitud a Geza Teleki quien, después de luchar por la conservación y el bienestar de los chimpancés casi individualmente desde su regreso de Sierra Leona, se ha unido ahora con el JGI. Geza, de hecho, es «Nuestro hombre en Washington», donde dirige el Comité para la Conservación y el Cuidado de los Chimpancés (las cuatro C). Geza, junto con Heather McGriffin, también me proporciona su maravillosa hospitalidad cada vez que visito la capital de América, lo cual, en estos días, sucede muy a menudo. Otra gente que está profundamente implicada en los esfuerzos por mejorar las cosas de los chimpancés, y que han sido de gran ayuda en Washington, son Michael Bean, Bonnie Brown, Roger Coras, Kathleen Mozzoco, el senador John Melcher, Ron Nowak, Nancy Reynolds, y Christine Stevens.

Otros muchos han hecho grandes contribuciones, cada uno a su propia manera, y estoy enormemente agradecida a todos ellos, especialmente a Michael Aisner por sus grandes esfuerzos en la creación de la fundación; a Mark Maglio por contribuir de manera tremenda; y a Peggy Detmer, Trent Meyer y Bart Walter por sus maravillosas ayudas.

Aún más recientemente nació el Instituto Jane Goodall (Reino Unido). Hoy es ya una poderosa organización a causa de las notables personas que pusieron en él toda su confianza: Robin Brown, Mark Collins, Geri di san Faustino, Robert Hinde, Bertil Jernberg, Guy Parsons, Victoria Pleydell-Bouverie, Sir Laurens van der Post, Susan Pretzlik, Karsten Schmidt, John Tandy, Steve Matthews, el hasta hace poco Sir Peter Scott, y mi madre Vanne. Junto con Karsten Schmidt, que guió con seguridad el Instituto ante la Charitable Trust Comission, la carga del trabajo cotidiano está sobre los hombros de Guy Parsons, Robert y Dilys Vass, Steve Matthews, Sue Pretzlil y Vanne. El éxito del lanzamiento de este Instituto se debió también a una generosa donación de Condor Preservation Trust, ordenada por Robin y Jane Cole, al duro trabajo de Clive Hollands y su equipo y a las contribuciones, conseguidas con los libros y posters de Michael Neugebauer. Animados con un principio tan prometedor esperamos hacer mucho en Gran Bretaña para despertar las conciencias sobre el dolor de los chimpancés, particularmente las de los niños. Y mucha gente, como John Eastwood, Pat Groves, Neil Margerison y Pippit Waters siempre están allí para ayudarnos.

Es difícil expresar mi deuda de gratitud con mi último marido, Derek Bryceson, por su ayuda y por sus consejos. Sin él dudo que hubiese podido seguir la investigación después del secuestro de 1975. Derek, con su amplio conocimiento y comprensión de Tanzania, me ayudó a entrenar a los trabajadores del campamento y a reorganizar la recogida de datos. Muchos fueron los intercambios de impresiones que tuve con él sobre sorprendentes aspectos del comportamiento del chimpancé; sus comentarios, realizados desde el punto de vista de un granjero, a menudo eran penetrantes y me abrían nuevos puntos de vista. Su contribución fue realmente grande; incluso ahora, a causa de que su nombre fue tan amado y honrado en Tanzania, dicho nombre me confiere a mi, su viuda, una posición que de ninguna otra manera hubiese conseguido.

Ahora debo intentar agradecer a mi madre, Vanne, la asombrosa contribución que ha realizado. No sólo animó mi sueño de la infancia de estudiar a los animales salvajes, sino que, desde luego, incluso me acompañó a Gombe en 1960. Su sabiduría y consejo durante todos estos años desde entonces y hasta ahora son imposibles de valorar. Ha contribuido a levantar la fundación, ha leído y comentado manuscritos y ha sido un permanente manantial de energía. Y, desde luego, no hubiese habido libro de no ser por ella ¡yo no estaría aquí!

Finalmente, están los propios chimpancés, todos ellos únicas y vívidas personalidades: Flo y Fifi, Gilka y Gigi, Melissa y Gremlin, Goliath y Mike, Figan y Goblin, Jomeo y Evered. Y David Greybeard que, a pesar de que se fue a los Felices Campos de Caza hace más de veinte años, permanece dentro de mi corazón.

FIN